El Hogar



PINTADA ESPECIALMENTE PARA "EL HOGAR" POR LOPEZ OSORNO

NÚMERO DEDICADO A LAS SIERRAS DE CÓRDOBA

Una taza de Te a la tarde no es un *lujo*, es una *necesidad*



Una taza de te con leche de 16.30 a 17 horas, repone las fuerzas y dá buen humor. Es el benéfico efecto de la teína o cafeína, contenida en proporción adecuada en los tes finos.



El te se prepara así:

En seguida que hierva el agua se enjuaga la tetera con el agua hirviendo. Se pone en ella una cucharadita de te por cada persona. Se vierte el agua y se deja reposar cuatro o cinco minutos, dejando la tetera cerca del calor o cubriéndola con un cubretetera. Cuando el tiempo es muy frío, también conviene enjuagar las tazas con agua caliente. Se sirve el te sin llenar las tazas, agregándole como medio dedo de leche cruda y el azúcar. Si se le agrega un poquito de crema de leche, resulta delicioso.

Librito Gratis

Pida a los introductores de TE SOL, calle San Martín 195, Buenos Aires, el librito de recetas TE SOL, con gran número de recetas para hacer en casa, ricos postres y dulces. Debe acompañarse una cualquiera de las etiquetas redondas — aquí reproducidas — que llevan todos los envases de TE SOL, Etiqueta Blanca o Five O'Clock.



Sres. Introductores de "TE SOL" — Calle San Martín 195 — Bs. Aires.
Les remito la etiqueta redonda de un paquete o lata de "Te Sol" y les pido se sirvan mandarme el librito de recetas Nº 5, a:

Señora ....

Calle .... Nº ....

Pueblo o Ciudad ....

F. C. ....

H

SUBSCRIPCIONES

En la Capital

Año	$ 9.—	m/n
Semestre	» 5.—	»
Trimestre	» 2.50	»
Núm. suelto	» 0.20	»
» atrasado	» 0.40	»

En el Interior

Año	$ 13.60	m/n
Semestre	» 7.—	»
Trimestre	» 4.—	»
Núm. suelto	» 0.30	»
» atrasado	» 0.60	»

En el Exterior

Año	$ 10.—	oro
Semestre	» 6.—	»
Trimestre	» 4.—	»

APARECE LOS VIERNES

PARA EVITAR interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora. El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta Administración en giros postales, cheques o estampillas de correo, bajo sobre certificado.

Año XXVI Núm. 1096

El Hogar

ILUSTRACION SEMANAL ARGENTINA
FUNDADA EN 1904 POR ALBERTO M. HAYNES

Buenos Aires, Octubre 17 de 1930

Dirección, Redacción y Administración: RIO DE JANEIRO, 262-300

U. T. 60 Caballito 1020 al 1029

Dirección Telegráfica "Senyah"



Oficina Central para Avisos y Subscripciones: Av. ROQUE SAENZ PEÑA, 651 (1er. piso). U. T. 38 Mayo 2031 y 2032

ANUNCIOS EN EL EXTERIOR

Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación.—No se acuerdan representaciones exclusivas. —La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

REPRESENTANTES EN EL EXTERIOR

INGLATERRA. — S. S. Koppe & Co., Ltd. Chronicle House. 72-78 Fleet Street, E. C. 4, London.
ESTADOS UNIDOS. — S. S. Koppe & Co. Inc. Times Building. New York.
FRANCIA.—Corresponsal: Luis W. Escalante. "Notre Paris". 7 Bd. Haussmann. París.
URUGUAY. — A. S. Adami. Av. 18 de Julio, 968. Montevideo.
PARAGUAY. — Santiago Puigbonet. Palma, 78. Casilla Correo, 581. Asunción.

Las Sierras

DESDE estas columnas hemos sonreído, invariablemente, ante las declamaciones hueras y declamatorias del patriotismo cuando éstas no se basan en sentimientos o actos que honran o enaltecen la propia nacionalidad. Porque entendemos que el más sano patriotismo es el que aspira al mejor conocimiento del propio país, para que de este conocimiento emane el afecto consciente, el deseo de continuo perfeccionamiento y el afán de sobrepasarse o superarse.

Por eso dedicamos íntegramente este número de nuestra revista a una de las más bellas zonas del país, en el deseo de que argentinos y extranjeros, seducidos por el encanto de una naturaleza casi virgen, se sientan atraídos por aquellas comarcas en las que la mano de un Artista sobrenatural ha volcado todos los encantos, transformándolas, a veces, en verdaderos países de ensueño.

Todavía las sierras cordobesas no son suficientemente conocidas. Millares de compatriotas buscan su descanso o su salud en playas oceánicas, dentro o fuera del país. Dejan, en este último caso, ingentes sumas de dinero que son "drenadas" a la economía nacional, y la mayoría de las veces no encuentran ni la salud que van buscando ni el descanso merecido, después de un año de fatigas.

Las sierras cordobesas, a menos de novecientos kilómetros de Buenos Aires, ofrecen al turista los más variados climas, dentro de los paisajes más extraordinarios. Con poco esfuerzo recorremos, imaginativamente, el breve mapa de aquellas regiones, y tratamos de evocar la característica de cada población. Es Villa Allende, a veinte kilómetros de la capital de la provincia, con sus pequeñas lomas, que alcanzan a quinientos metros de altura y son regadas por el agua del arroyo Saldán; y hacia el oriente, pasando el único camino, el más bello club de golf de la república. Más arriba — pocos metros más, — Unquillo, casi disimulado en la curva de un camino que se pierde entre dos serranías y lo encierra entre dos hilos de agua de curso permanente. Síguele Río Ceballos: el nombre nos está evocando un hilo de agua fresca y cristalina, y la memoria recuerda la calle única, deslizándose entre un hermoso caserío de chalets construídos con la misma elegancia que los que vimos en Allende. Más adelante aún sale al encuentro Salsipuedes. Y, en efecto, difícil sería salir de aquellos laberintos, por los que corre un camino espléndido, tallado en la roca viva, sobre la cintura de la montaña. Más arriba aún, pero rumbo a la derecha, se abre el camino de Ascochinga, mientras por la izquierda vamos a La Falda, luego de ascender y descender por uno de los más bellos caminos del mundo. Pasamos esas serranías, y, hacia el sud, nos invita el camino de Cosquín, adormilado como una paloma a la sombra perfumada y tibia del Pan de Azúcar. Por el mismo rumbo llegamos a Carlos Paz, recostado sobre la ribera occidental del lago San Roque, y con un caserío nuevo y limpio, como que recién se está poblando.

Si continuamos rumbo al sur, llegaremos a Alta Gracia, luego de andar tres horas por la montaña, entre paisajes que

(Continúa en la pág. 101)

Notas y comentarios de la sierra

País que Retiene

LA sierra es país que retiene. El hombre que sale del asfalto para caer en la llanura desmantelada, y que sale de ésta para entrar en el asfalto, descubre un verdadero país cuando sus pasos lo alejan de ese círculo vicioso y lo desvían hacia la sierra. Yo estoy aquí desde hace veinte años, dice un caballero inglés retirado de los negocios. Aquí vine, y aquí me quedé. Yo, desde hace treinta, dice un antiguo ambulante sirio. Una vez pasé por aquí, me gustó esto..., ¡y aquí me tiene!... ¡desde hace treinta años! Puse este boliche, fuí comprando hoy un campito, mañana otro, y ahora tengo más de mil hectáreas. El hombre no se satisface con las fértiles llanuras propicias a los ganados y a las mieses. Quiere, también, un bello país. La civilización también lo quiso, y no se encontró en su casa hasta encontrarse en Grecia. Cuando el hombre encuentra un bello país, encuentra por fin la habitación del hombre.

El Paisano de la Sierra

HOMBRE respetuoso, pero no humilde; hombre respetuoso, pero de inflexible espina dorsal. El paisano, pero no el huaso; el paisano, pero no el gaucho insolente. Y nada de indio. El paisano de la sierra es un europeo español con trescientos años de América. Un europeo que no llegó a barbarizarse como sucedió con el gaucho de la pampa descripto por Sarmiento. Porque allá en Córdoba Europa no se diluyó en la América india ni en el desierto. Permaneció encajonada entre las montañas, conservando el calor de la civilización. Por supuesto, ese europeo con trescientos años de América es muy argentino. Oigamos su elogio de don Fulano de Tal:

—¿Don Fulano de Tal? Es un hombre muy cabal. Muy caballero. ¡Muy argentino!

Toponimia

EL mal gusto toponímico no ha entrado en la sierra. En Córdoba se entiende mejor la tradición que en otras partes, puesto que se la respeta. Allí están los nombres que dejaron los indios, como Cosquín, Uritorco o el río Tiomayo, o los nombres naturales de los lugares, como La Cumbre o los nombres pintorescos como Cruz Chica, Cruz Grande, Los Cocos, Valle Hermoso. Los nombres de las residencias tampoco son Villa Luisa ni La Serafina, sino, acaso, nombres evocadores, como Sevilla, Toledo, Granada, Castilla, Triana. Son de notarse estos nombres, pues se diría que Córdoba, nombre bien conocido de los andaluces, conserva sin saberlo la tradición española. Los patios, las flores, son andaluces. Pero es particular que también nos hallemos con nombres clásicos de la vieja Andalucía y de la vieja Castilla en el frente de las residencias.

El Comisionado de La Cumbre

LA intervención de Córdoba nombró comisionado de La Cumbre al doctor Eduardo Bunge. El vecindario, dice un corresponsal, confía en la reconocida capacidad del doctor Bunge, quien se hizo cargo del puesto, procediendo a levantar un acta y a realizar un inventario de las existencias de la Comuna entregadas por el intendente depuesto.

El doctor Bunge, cabe agregar, es uno de los miembros de la Sociedad de Fomento Serrano, uno de los que más se interesan por sus actividades. Últimamente fué nombrado para integrar una de las comisiones de la misma. El nombramiento del doctor Bunge, que ya no sería un comisionado vulgar, es sumamente promisorio para La Cumbre.

Invierno y Verano

NO olvidemos que la sierra no es un país frío. Los ardientes llanos de La Rioja no están lejos, la calurosa Santiago del Estero limita con la provincia por el norte. La sierra no es solamente para verano, también es para invierno. En invierno el habitante de la sierra suele almorzar en el patio en mangas de camisa. No hay que juzgar el clima de la sierra por el de Buenos Aires. Aquí no tenemos la montaña en verano, ni nos hallamos a la latitud de la sierra en invierno. Aquí no tenemos unos inviernos con lindas nevadas que embellecen el paisaje sin helar de frío; aquí no tenemos las compensaciones del invierno. Tenemos unos inviernos monótonos, con largas semanas húmedas, con epidemias de gripe, con el terrible agosto. No creamos que los inviernos son en todas partes como en Buenos Aires. La sierra convoca al turismo también en invierno, lo convoca con tanta razón como en verano. Es que, cosa extraña, dada la antigua facilidad de las comunicaciones, la mayor parte de los argentinos no conocen la sierra ni por documento fotográfico. Por eso el turismo se practica poco en invierno, pues, hoy por hoy, no podría orientarse hacia otra parte en esa estación.

A la Escuela en Burro



En los caminos de la sierra el automovilista suele cruzarse con niños montados en burros que van o vuelven de la escuela. El burrito, tan poco conocido en el litoral, es característico de toda la América española, desde Córdoba hasta Méjico. Los mismos norteamericanos han aprendido la palabra "burro", conservada en los estados que antes pertenecieron a Méjico. Ese apreciable animal, a pesar de su nombre, presta en la sierra verdaderos servicios a la instrucción pública. Los niños de Buenos Aires no saben el trabajo que tiene el niño de la sierra para aprender a leer. La escuela está quizá a dos leguas. Afortunadamente, hay el burro. Algún día, cuando la patria sea más rica, lo veremos reemplazado por ómnibus automóviles del Consejo de Educación.

Poblado

LA sierra está poblada, el latifundio no existe. Desde una posición ventajosa, se ven, entre las bellezas naturales, los buenos caminos, las arboledas, los pueblos, los cercos, las casas, la leve nubecilla de humo de los hogares. El turista no se encuentra en un mundo virgen, sino en un lugar donde se fríen pasteles, se ordeñan vacas, se come queso casero, se asan ricos cabritos y se tejen tejidos de abolengo incaico, admirados por los coleccionistas. Podemos perdernos en la sierra, que no estamos solos. A la vuelta de un peñasco habrá una choza de piedra con todos los recursos del confort rústico. ¿No es esto lo que también busca el turista? ¿O preferís el turismo misantrópico? Esto es la salsa de un país de turismo.

Córdoba y Arizona

ARIZONA? ¿El desierto de Arizona? Pero Arizona ha dejado de ser un árido desierto en lo que va del siglo, y ahora Arizona exporta lechuga a los mercados del otro extremo de los Estados Unidos. ¿Quién creyera que el desierto de ayer fuese hoy una Meca del turismo norteamericano? ¿Arizona, el lejano desierto de la frontera mejicana? Desde 1920 el tráfico turista aumentó en mil por ciento. En una localidad, Phœnix, 2.500 personas pasaron la noche en un campamento de autos. En 1928, más de 200.000 turistas visitaron el Gran Cañón del Colorado. Mientras que hace diez años no pasaban más de una docena de turistas por día por el camino de Nogales, en la frontera mejicana, en 1928 pasaron 15.000 autos. Pues bien, Córdoba es más bella que Arizona, merece mucho mejor los honores del turismo argentino y sudamericano que Arizona los del norteamericano. Arizona conserva todavía su adusto sello de escenario lunar, de desierto sin agua. No es acogedora como Córdoba, naturalmente irrigada, trillada por el hombre europeo desde hace trescientos cincuenta años, con árboles seculares plantados por él, con las humildes ruinas de la colonia. Si Córdoba estuviera al lado de Arizona, los norteamericanos huirían de Arizona para refugiarse en Córdoba. Arizona es más interesante para el geólogo que para el turista. Arizona es para ir una vez, Córdoba para frecuentarla. Las cifras del turismo de Arizona son imponentes para nuestro país de diez millones de habitantes. Pero son imponentes ahora, que el turismo está casi por inaugurar. Aguardemos a que el turismo descubra la sierra.

La Sociedad de Fomento

EN esta página y en este número de EL HOGAR no debe faltar un elogio para la Sociedad de Fomento Serrano. Las molestias personales que se imponen los hombres de posición, y de negocios, y los distinguidos universitarios que la constituyen, son una contribución inestimable. Una empresa interesada la evidenciaría sin lograrla. ¿Cuál sería la poderosa sociedad anónima que obtuviese otro tanto de los gestores de sus intereses, gerentes y directores? La Sociedad de Fomento Serrano es un bello ejemplo de iniciativa particular en beneficio público, pero mucho más bello, si se tiene presente, ese espíritu militante de sus miembros, que hacen personalmente, que gestionan personalmente, que en todo están personalmente. La sierra contraerá una deuda, ya la ha contraído, con estos hombres tan poco avaros de su persona.

La Piedra que Sangra

(Cuento)

Por CESAR PELAZZA

Ilustración de Montylac

EN uno de los más pintorescos lugares de Cosquín, situado en la margen izquierda del río, a poca distancia del puente ferroviario, aún hoy se ve, sobre la nívea blancura de una ancha vena de cuarzo — que el profano en mineralogía confunde fácilmente con mármol, — una mancha rojiza, de un rojo pardusco, como si la tierra tuviese corazón y se lo hubiesen apuñalado.

Los caprichos de la naturaleza varían al infinito. Preguntad al mineralogo, y os dirá que la curiosa mancha no es más que un óxido de hierro o "limonita" tiñendo la sílice de la formación geológica del sitio. Pero si preguntáis a doña Deosinda, una vieja que vive en un rancho cercano, la Piedra que Sangra tiene su hermosa leyenda, que deja muy atrás a la explicación científica. Y si la poesía de la tradición puede ser una bella mentira para los que creemos que tienen alma las cosas, ¿por qué habrá de ser verdad la ciencia cuando materializa el espíritu del que ellas están impregnadas?

Entre la explicación fría, escolástica del minerálogo y la narración de la vieja serrana, que anima a la material inercia con un soplo de vida imaginativa, el espíritu ávido de belleza mal haría en vacilar. Ya lo dijo el poeta:

Quiera Dios tu ilusión no desvanezca
cualquier sabio enemigo del error...

La leyenda de la Piedra que Sangra es demasiado grande para caber en los estrechos límites de un catálogo de mineralogía. Ella necesita el amplio campo, el dilatado horizonte de la poesía eterna e infinita, como el infinito cielo que derrama el oro de su sol sobre las curvas voluptuosas de estas sierras.

Vieja debe ser la leyenda. Porque doña Deosinda, que es centenaria, casi, la conoce por el relato de sus mayores. Y tan escaso culto se rinde a la tradición, que pocos, o tal vez nadie, en Cosquín la conoce. Las nuevas generaciones tienen, en los rincones más apartados de las sierras lo mismo que en las ciudades, preocupaciones de un orden más positivo, y se alzan desdeñosamente de hombros cuando oyen contar estas cosas, que son, sin embargo, el alma de los pueblos.

Oigamos el relato de boca de ese viviente libro de historia que es la vieja serrana, alejada por la distancia y por los años de la prosaica contaminación modernista.

HACE muchos años, tantos, que ni doña Deosinda puede remotamente calcularlos, cuando Cosquín no existía sino como un reducido caserío, cuando se ignoraba allí la existencia de la tuberculosis, y la población indígena y mestiza era sana de cuerpo y de espíritu, a corta distancia de ese lugar vivía con el anciano padre una muchacha llamada Margarita. La naturaleza había puesto en ella cuanto puede apetecer una doncella que quiere ser linda, buena y hacendosa. Con su viejo, su rancho, sus cabras y colmenas, ella no pedía más para ser feliz. Se hallaba en la primavera de la vida, en plena eclosión de su juventud. Había crecido con la lozanía de las flores serranas, que ella arrancaba para adornar con joyas naturales el azabache de su abundante cabello. Dos ojos muy grandes y muy negros animaban su rostro bruñido por los besos del sol y en el que sangraba la roja puñalada de sus labios.

Era feliz. No sólo la modesta hacienda, que ella administraba con amoroso sentido de hogar, subvenía a sus necesidades y a las del padre, sino que el amor había venido a completar sus limitadas pretensiones a la dicha. Goyo, el cabrero, que vivía con sus padres y sus hermanitos en el camino del Pan de Azúcar y era el mozo más preciado del lugar, la amaba. Se lo había dicho una tarde de primavera, cuando el olor del tomillo y la hierbabuena penetra los sentidos y embriaga el alma, cuando de la naturaleza toda se exhala un hálito ardiente y se siente correr por la sangre la dulzura del amor a la vida...

El noviazgo de la pareja había llenado de regocijo al pueblo. Margarita y Goyo eran queridos de todos por sus prendas, su amor filial y la simpatía que despertaba su carácter jovial y bondadoso. Algunas mozas, tal vez, suspiraban decepcionadas, perdida la acariciada ilusión de alcanzar la atención de Goyo, así como no pocos donceles se resignaban a tronchar el soñado idilio con la más linda serrana de todas las cercanías.

Pero no podía faltar el alma que se nutre de envidia y de egoísmo, que sufre al ver la felicidad ajena y para quien sólo debe existir la propia. La sierra tiene el zorzal, el rey del bosque, la calandria, el jilguero, que la llenan con la dulzura gozosa de su canto. Pero también entre las reinas margaritas que salpican sus flancos con esmaltes tricolores se arrastran la víbora de cascabel y de la cruz y la yarará. A la vera de esa población mansa y patriarcal había crecido la mala hierba de Cruz "el Ñato", mestizo hosco y pendenciero, enemigo de toda fatiga que no fuera describir arabescos en el aire con el cuchillo. Había sentado justificada fama de malo, y todos lo temían, con razón.

Y "el Ñato" sentía una pasión violenta por Margarita, como si le hubiese "dentrao el daño" en el alma, como si todos sus pecados de hombre malo se hubiesen cla-

(Continúa en la pág. 169)

...BUENO: IO LO HI JURAO, Y EL ÑATO NO S'ECHA NUNCA ATRÁS...

10, distancia 1500 - 58 kilos. The Bi- Bruaca II 56, No- , Tropical 55, Om- 52, Regatón 52,

10, distancia 1600 kilos, Don Ernes- oreado 56, Reina 4, Mi Fe 54, Ha- 54.
distancia 1600 me- los, Miss Aras 48, Nogal 50, Costos

ancia 1000 metros: , Java 55, Brigi-

n José Pitt, dis- Unquillo 56 kilos, n 53, Saraband 50, 50, Java 48.
distancia 2100 me- 2 kilos, Lirio Blan- Torcaza 48, Aura

NOTAS SOCIALES

Para Córdoba, en busca de las rutilantes sierras, parte esta noche el distinguido caballero Dr. Pancho Talero. Hacemos votos para que su estada en ellas se deslice placentera y que su alma serrana rebose de alegría gustando las delicias de la peperina y del chivito asado.

Premio Don Mar metros: El Pagado linquin 56, Feros 56, gal 55, Centésimo 5 bo III 52, Singula Ventosa 50.
Premio Sahuma metros: Chapaco 5 to 56, Melitón 54, María 54, Futurity banera 54, Voluptu
Premio Madras, tros: Retobo 53 ki Tory 53, Voltio 53, 51 kilos.
Premio Zilah, di Cacique III 57 kil da 52.
Premio clásico tancia 1400 metros Episodio 55, Sunbe Mobile 51, Vengad
Premio Rabieta, tros: Tabaquesin 5 co 52, Bayamo 50, 45, Ephinx 47.

Las Aventuras de don Pancho Talero

Por LANTERI

ESCRIBÍ PRONTO... EN CASA BAMBA NO TE ASOMÉS A LA VENTANILLA, QUE SE PUEDE DAR VUELTA EL TREN CON TODOS LOS VAGONES

¿DE TOMASO AQUÍ? ¿ALGÚN DISGUSTO POLÍTICO?

¿YO DISGUSTOS? ¡QUÉ ESPERANZA! VOY A DESCANSAR. YA NO QUIERO SABER NADA CON MILITARES



¡ZAS, DON LISANDRO POR AQUÍ TAMBIÉN!

SÍ, AMIGO, VIAJAR ES RENOVARSE. ¡YA ESTOY HARTO DE DESENGAÑOS POLÍTICOS

¿MELO TAMBIÉN DE VIAJE? ¡AQUÍ HAY GATO ENCERRADO!

VOY A CANDONGA A VISITAR LA CAPILLA. DICEN QUE HACE MILAGROS CAPILARES



¡ZAS, CARLÉS TAMBIÉN DE VIAJE! SUPONGO QUE VD. NO VIAJARÁ POR PRESCRIPCIÓN MÉDICA.

ASÍ ES, AMIGO, ESTAMOS EN LA ÉPOCA DE LAS GRANDES EVOLUCIONES. VOY A PROBAR LAS AGUAS DE COSQUÍN

¡CÓMO! ¿VD., CANTONI, DESCANSANDO TAMBIÉN?

NO SEA INGENUO, AMIGO, ES UNA TRETA QUE LE HEMOS HECHO AL ESTADO DE SITIO PARA PODER REUNIR EN CÓRDOBA TODAS LAS FUERZAS POLÍTICAS...



...Y ESTAS EMPANADAS, QUERIDO HERMANO LISANDRO, VICENTE, LEOPOLDO, ANTONIO, MANOLO Y PANCHO, ETC. SELLARÁN PARA SIEMPRE EL PACTO DE ESTA MAGNA REUNIÓN... ASÍ UNIDOS IREMOS MUY LEJOS...

SEÑOR, UN TELEGRAMA PARA VD.

REPÚBLICA ARGENTINA TELÉGRAFO DE LA NACIÓN
OFICINA ... FECHA ... 1930
DESTINATARIO ... DESTINO ...
IMPORTE $ 5 ... HORA 12
ESCRÍBASE CLARO
PANCHITO: NO TE METAS EN BANQUETES POLÍTICOS VAN A CIRCULAR EMPANADAS CON CIANURO.
PETRONA



"...GRANDE FUÉ SU ASOMBRO AL COMPROBAR QUE LOS INDIOS EN VEZ DE RECIBIRLO CON LAS ARMAS EN LA MANO, LO HACÍAN AMISTOSA- AMISTOSAMENTE Y PROMETIÉNDOLE SUMISIÓN.."

Los primitivos habitantes de las sierras

Comechingones y Sanavirones

Por
E. LOPEZ CASACUBERTA
Ilustraciones de Pintos Rosas

LA hermosa región de las sierras de Córdoba, que tanto atrae al turista actualmente, y en cuyos admirables parajes hay enclavados muchos importantes y florecientes pueblos, estaba habitada, antes de la conquista, por los indios comechingones y sanavirones.

Puede decirse que aquella era la única parte de la zona montañosa argentina, que no habitaban los diaguitas, gran pueblo indígena que extendía sus dominios desde el Nevado de Acay y el Valle de Lerma al norte, hasta la provincia de Mendoza al sur, y que no era otro que aquel que nosotros llamamos hoy Calchaquí.

Los comechingones y sanavirones pertenecían a una raza aparentemente distinta. Se caracterizaban por la benevolencia y la suavidad, según testimonios de la época de la conquista, y sabían vestirse y adornarse con mayor arte que aquel que era corriente en otras tribus.

Mucho se ha escrito acerca de cuestiones étnicas y paleontológicas de las regiones cordilleranas de la Argentina, y los documentos que existen de los primeros tiempos post colombinos, arrojan, también, alguna luz sobre las extintas razas que poblaban en la antigüedad esas regiones. Pero lo cierto es que acerca de los comechingones es poco lo que ha quedado, y que ello vuelve verdaderamente difícil el dar una idea cabal de sus costumbres y de su vida prehispánica. Sin embargo, los escasos datos existentes bastan y sobran para diferenciarlos fundamentalmente de todos los pueblos vecinos y, sobre todo, para atribuírles una civilización mucho más elevada.



El primer contacto que los españoles tuvieron con ellos fué por demás sangriento. Un puñado de hombres, al mando de Diego de Rojas, oficial de Francisco Pizarro, el conquistador del Perú, se dirigió hacia las sierras de Córdoba con ánimo de explorarlas. Allí sostuvo varios encuentros con los comechingones y Rojas recibió una herida que le produjo la muerte. Su teniente, Francisco Mendoza, lo substituyó en el mando de la tropa y se dirigió al Paraná, en vista de que por las sierras la belicosidad de los indígenas era terrible.

La historia no justifica ese temor. Por lo contrario, afirma que tal fué la única manifestación guerrera que los comechingones tuvieron contra el extraño invasor. De fijo que, inteligentes y bondadosos como eran, comprendieron muy pronto que nada podrían contra los extranjeros, y prefirieron someterse, pensando, quizá, lo mismo que el cacique isleño dijo a Colón:

—No sabemos si sois hombres o dioses, pero dais muestras de tal poder, que sería locura resistir aun cuando lo quisiéramos. Henos, pues, a vuestra merced; pero si sois dioses, aceptad los dones y sednos propicios; si sois hombres, sujetos, como nosotros a la muerte, debéis saber que después de esta vida hay otra muy diferente para los buenos y los malos. Si esperáis morir algún día y creéis en la vida venidera, en que cada uno será tratado según su conducta en la vida actual, no haréis mal a quien no os lo hace. (Herrera Dec. I, lib. II, Cap. XIV.)

Tal debió ser el pensamiento de los comechingones ante los primeros españoles, y, si bien en un principio intentaron defender su tierra, muy pronto depusieron su belicosidad para mostrarse amistosos y cordiales.

Después de haber fundado la ciudad de San Miguel de Tucumán para contener los ataques de los calchaquíes, don Francisco de Aguirre, que acababa de hacerse cargo de la gobernación de Tucumán, juríes y diaguitas, decidió hacer una expedición contra los comechingones, a fines del año 1565. Grande fué su asombro al comprobar que los indios, en vez de recibirlo con las armas en la mano, lo hacían amistosamente y prometiéndole sumisión, a la vez que soliviantaban el ánimo de los soldados españoles, informándoles que en una lejana y fabulosa ciudad de muy al Sur, encontrarían todas las riquezas imaginables (la fantástica Ciudad de los Césares).

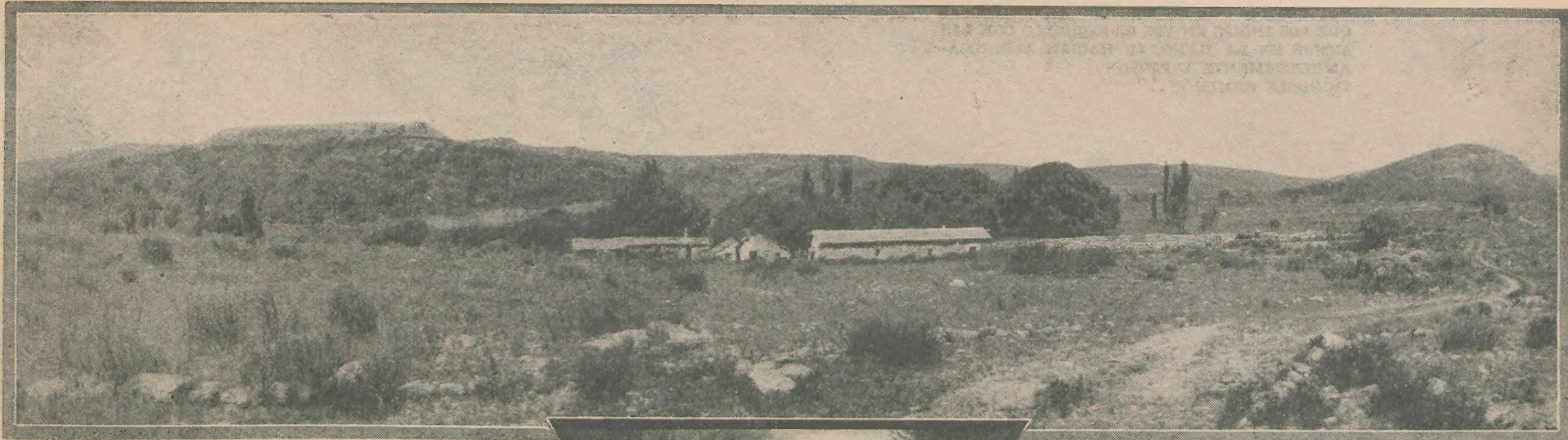
No necesitaron más los expedicionarios para pedirle a su jefe que continuara en la dirección indicada. Pero Aguirre, temeroso de una traición, se negó a ello, en cuya consecuencia, los soldados se amotinaron, arrestaron a su jefe y lo enviaron preso a la Audiencia de Charcas. De todo lo cual se infiere que la habilidad de los comechingones era mucho mayor de lo que podría suponerse para aquellos tiempos y para aquellos seres.

Destituído Aguirre por el virrey del Perú, fué nombrado en su reemplazo don Jerónimo Luis de Cabrera, quien, ansioso de ensanchar la conquista, nombró al capitán Lorenzo Suárez de Figueroa para que, al mando de cuarenta jinetes, explorara los puntos recorridos por la expedición de Diego Rojas y tratara por todos los medios de trabar amistosa relación con los comechingones, a objeto de preparar, así, una acción definitiva en pro de la conquista de las Sierras.

De regreso el capitán Suárez de Figueroa no trajo sino buenas noticias. El país era encantador y los naturales extraordinariamente pacíficos. No necesitó más Cabrera para preparar sus planes y encaminarse al mando de cien soldados de comprobado valor hacia las distintas serranías. Tomó, pues, el camino del sur. Pasó por Loreto, Atamisqui, Quilloamira en la provincia de Santiago del Estero; cruzó parte de la de Córdoba, por Chañar, Caminiaga y Tulumba, y, por último, descendiendo de la Sierra, acampó a las orillas de un río que los indios llamaban Suquía, y que no es otro que el río Primero de nuestros días.

Esto acontecía el 24 de junio de 1573. Once días más tarde, es decir, el 5 de julio, ya bien re-

(Continúa en la pág. 150)



La vieja estancia "Cuchi-Corral", en La Cumbre, propiedad del señor Francisco Espinosa Amespil, convertida en uno de los pintorescos parajes de excursión de aquella zona.



El doctor Ramón J. Cárcano ha sido, además de un excelente gobernante, un hombre de refinados gustos literarios. Su breve impresión sobre "Cuchi-Corral", que publicamos en la presente página, prueba la verdad de nuestro aserto. El doctor Cárcano, sensible a la emoción y a la belleza, ha sentido también la sugestión del encanto que produce la montaña cordobesa, y es tanto más sincera la impresión cuanto que él, nativo de Córdoba, acostumbrado a sus bellezas, ha podido reflejarlas con elegancia y galanura.

Las sierras de Córdoba

En Cuchi-Corral

Por el

DR. RAMON J. CARCANO

He tenido siempre la visión del porvenir de las sierras de Córdoba.

Contienen salud, fortuna y belleza. Para admirarlas y gozarlas plenamente eran necesarios los caminos, los puentes y los vados. Por eso, como gobernador de la provincia, me contraje a llevar esta tarea, iniciando en el país una nueva política administrativa.

La senda de herradura fué reemplazada por la carretera de automóviles, bajando a todas las quebradas y trepando a todas las cumbres. El hombre corrió a la conquista de la montaña. Ella, virgen y pura, solitaria y anhelosa, entregóse, lánguida, a su amor.

Los valles poblados, los climas saludables, las huertas opulentas, acreditan la unión fecunda. Faltan los diques, cántaros inmensos que guarden las aguas del cielo; las plantas eléctricas relacionadas, que manden a todos los rumbos el rayo de la fuerza, de la lumbre y de la luz; las industrias de la granja, que son armonías del suelo feraz; la distinción de tierras bajas y tierras altas, el equilibrio de las estaciones; y los caminos, más caminos, muchísimos caminos, que son corrientes de valorización y de cultura.

Hay que continuar amando con pasión.

Sobre la planicie ondulada de La Cumbre está el señor de "Cuchi-Corral". Poseía la fortuna y lo ha conquistado la belleza. Desde la elevada terraza del Mirador, donde antes anidaban los cóndores, se abre, bajo el inmenso valle de Río Pinto, contenido al frente por la muralla azul de la Sierra Grande. Los diversos cultivos en desorden metódico; los grupos de árboles de matices distintos; las modestas viviendas caprichosamente ubicadas; el ganado libre y retozón; el río, en una curva larga y lenta, copiando los paisajes de la orilla; el sol, pintando, en cada instante, nuevas luces, sombras y colores.

Toda esta composición, mezcla de orden y fantasía, movida, cambiada, agitada y embellecida por el viento, la lluvia y el sol, despierta en las almas una emoción muda y fuerte, entusiasta y dominadora.

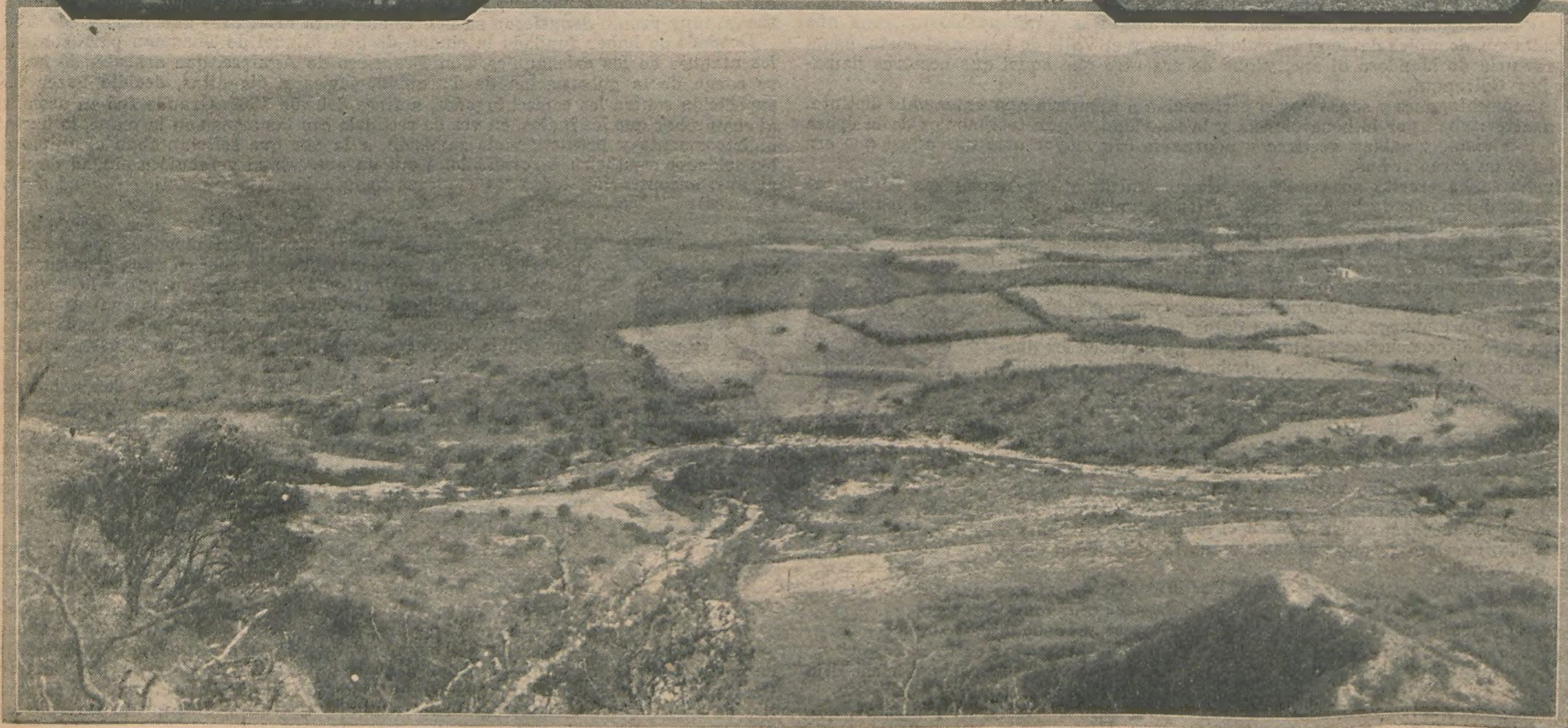
La belleza ha seducido a la fortuna y ennoblecido al hombre.



Nogales centenarios que existen en "Cuchi-Corral" y que forman parte de la importante flora de la región, donde existen árboles gigantescos que resisten airosos la acción del tiempo.



Una visión invernal de "Cuchi-Corral", que difiere en absoluto con la que ofrece a los ojos del turista la época veraniega. Durante los meses caniculares, la sombra de estos árboles reune a centenares de excursionistas.



Desde la plataforma de "Cuchi-Corral", situada sobre la altura de la sierra, se abre el grandioso panorama del valle de Pinto, cruzado por un ancho río y salpicado de pequeñas poblaciones de gente laboriosa que se dedica a cultivar la tierra y apacentar sus ganados.

Cosquín

(Leyenda)

Por

ANTONIO F. MARCELLINO

Ilustración de Antonio Suárez



ES una hermosa mañana de primavera, a fines del siglo XVI. En la parte norte del "Quisquisacate", que quiere decir Junta de ríos, en lenguaje indígena, en un pintoresco valle que se extiende desde la base del pico más alto de las sierras, llamado actualmente "Pan de Azúcar", hacia el oeste, existen, diseminados, varios ranchos, donde habitan algunos de los primeros pobladores de Punilla. En medio del valle serpentea un río tranquilo y sereno habitualmente, pero torrentoso y temible en épocas de grandes lluvias. A ambos lados del río, pequeñas parcelas ostentan al sol diferentes cultivos del hombre. Más cerca de las sierras pacen rebaños de cabras escondidos entre las piedras y el tupido monte.

En medio del magnífico cuadro serrano pasea una pareja de enamorados. Ella, de tez pálida y ojos rasgados y negros, es una mestiza que, por el bautismo, se llama María. Él, alto y bello como un sol, tiene por nombre de pila Juan, pero es conocido por Cosquín, que quiere decir Cuzco chico. A pesar de su modesto porte y rostro bondadoso, toda su persona revela un alma de héroe. Su origen verdadero lo ignoraba él mismo. Sólo guardaba el recuerdo, como una visión desvanecida, de largos viajes y muchos sinsabores. Sin que lo supiera, era un vástago del inca Tupac-Amarú, que por la misericordia y piedad de algunos corazones cristianos fué salvado del odio y furor que nacía de la ambición de los conquistadores del Perú.

De todos los horrores de la conquista, lo que más apena a los espíritus generosos es el sacrificio inútil de Tupac-Amarú, uno de los últimos infortunados incas, que no pudo salvarse, a pesar de haber intercedido por su vida muchos castellanos de influencia en la corte del virrey don Francisco de Toledo. Para poder salvar al hijo de Tupac-Amarú de la triste suerte reservada a los incas, varias damas piadosas de la corte pusieron en juego toda su influencia para alejarlo de la tierra de sus antepasados, y, de mano en mano, en pocos años, hallóse en uno de los parajes más bellos de la República Argentina.

Cosquín contaba entonces veinte años de edad, y cuidaba un hato de ganado de una comunidad de padres franciscanos establecidos en las sierras. Ignoraba éste su origen real, pero no hubiera sentido perder un imperio a cambio de su amor, porque era amado con la sencillez y plenitud con que saben amar los seres que viven al contacto con la naturaleza, siempre grande y generosa.

Esa mañana de octubre nuestros enamorados estaban ebrios de felicidad, que a cada instante se comunicaban en lenguaje infantil y en besos tan puros como los que se dan las palomas y los pájaros en sus juegos amorosos.

Toda la naturaleza resurgía al amor al llamado de la diosa Primavera, y acompañaba con su cántico a los hombres y demás seres de la creación. Los arbustos de la sierra se poblaban de flores de los más variados perfumes, embalsamando el aire, que embriagaba como un filtro de amor. Los pájaros eran, después de nuestros enamorados, los seres que parecían gozar más de la gloriosa mañana de sol, cantando armonías inimitables en homenaje al Creador.

Llegados que hubieron al pie de las sierras, Cosquín se interna en el monte, para juntar su rebaño disperso, mientras María se sienta en una piedra y contempla a su amado, que se pierde de vista al poco instante.

Por la estrecha senda venía avanzando un soldado español, que acompañaba desde hacía un mes a unos parientes de la localidad. Este hombre, cuando vió por primera vez a María, sintió una insana pasión en su alma, y se propuso satisfacerla, a cualquier precio. Cuando hubo llegado al lado de María, volvió a hablarle de sus pretensiones, con el resultado negativo de siempre. Cansado de la resistencia de una mujer perteneciente a una clase que siempre había considerado inferior y de fácil conquista, intenta hacer uso de la fuerza para someterla. María grita, a la vez que defiende con denuedo su honor. En ese instante llega, atraído por los gritos, Cosquín, que salta al cuello del soldado como un tigre herido, desarmándolo e hiriéndole de muerte con su propia espada.

Después de cometido el crimen comprendió Cosquín la gravedad de su situación, conociendo la solidaridad de los blancos frente a las razas desposeídas.

Rogó a María que volviera al poblado, y cuando la perdió de vista, después de despedirse de ella con un fuerte abrazo, se internó en lo más espeso del monte.

María, que esperaba obtener clemencia para su amado, volvió al rancho donde vivía, a contar lo ocurrido, siendo el hecho conocido a las pocas horas por todos los pobladores del valle.

Lejos de obtener perdón para Cosquín, a los pocos días llegó un destacamento de soldados de la guarnición de Córdoba, que comenzó a dar caza con fiera saña a Cosquín, quien fué un día sorprendido y cercado, y, no pudiendo escapar ni defenderse, se arrojó a un precipicio antes de caer en manos de sus perseguidores.

Al día siguiente, María llegó al mismo sitio, más pálida y bella que nunca, y, después de rezar a la Virgen, se entregó a la muerte, arrojándose también al abismo.

Desde entonces esa parte del valle se denomina Cosquín, recordando uno de los amores más puros y heroicos de las sierras cordobesas.

...COSQUÍN, QUE FUÉ UN DÍA SORPRENDIDO Y CERCADO Y NO PUDIENDO ESCAPAR NI DEFENDERSE, SE ARROJÓ A UN PRECIPICIO...

Un tesoro de la arquitectura colonial

La catedral de Córdoba



FOTOS FRANCISCO
Vista exterior de la catedral y el cabildo.



MUCHAS cosas hablan en Córdoba del pasado, pero ninguna quizá con la elocuencia, el vigor y la majestad de la hermosa catedral, joya de la arquitectura de los tiempos coloniales, que en la vieja ciudad levanta su mole suntuosa como monumento imperturbable de la fe entre el blanco caserío de la ciudad que tiende a modernizarse.

La catedral de Córdoba es, en efecto, una de las mejores galas de la vieja ciudad histórica, que vive todavía su pasado, con digna solemnidad, conquistando el respeto y la admiración contemplativa entre el vértigo de las actividades afanosas y renovadoras del siglo.

Parece que no está bien claro el origen y la iniciativa de su construcción y fundación. Documentos del Archivo de Indias fijan el 24 de junio de 1699 como fecha de la erección, y una información formulada en 1713 en la ciudad de Cádiz por su obispo, fray Alonso de Talavera, contiene las declaraciones del padre Ignacio Alemán, de la Compañía de Jesús, quien expuso que en 1702 había llegado hasta Córdoba, donde pudo observar la fábrica de la catedral, asistiendo a los oficios celebrados en el monasterio de Santa Catalina, que, en reemplazo de aquélla, hacía todavía las veces de iglesia mayor.

Lo que parece seguro es que las obras definitivas de la catedral se empezaron en 1680, y que fué el 25 de mayo de 1758 cuando se inauguró el templo, sin estar todavía concluído.

La lentitud con que se realizaron las obras, dadas las escasas expensas de la corona y la pobreza del vecindario para contribuir a los fondos requeridos, originó un dicho popular que todavía se conserva en la vieja capital cordobesa: "Más largo que la obra de la catedral".

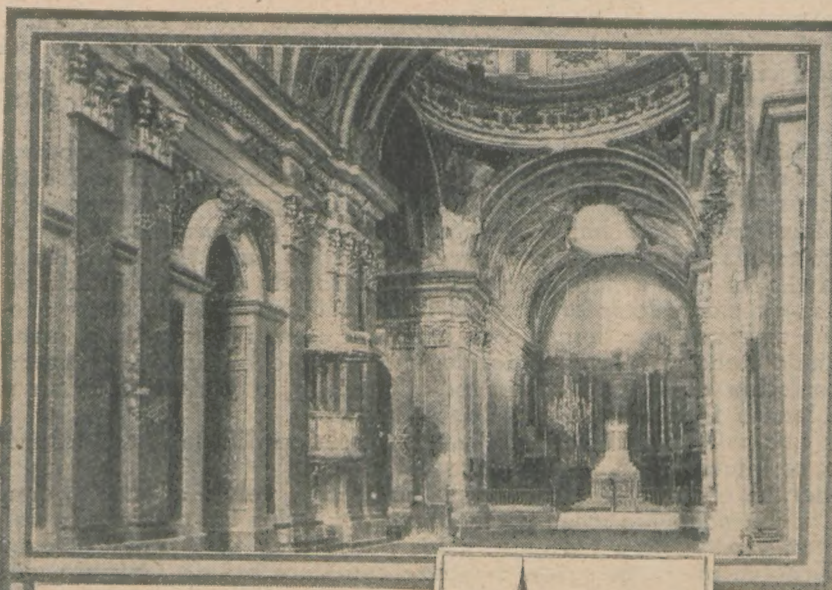
La obra se realizó con tal lentitud y tan extrema penuria, que varias veces en el curso de la misma se vinieron al suelo partes de la construcción, que se hacía necesario reedificar. En uno de estos derrumbes fueron aplastados el cura párroco don Adrián Cornejo y el licenciado don Juan de Cáceres.

A la escasez de fondos se unió la confusión de planes para la realización de la obra, lo cual contribuyó al retardo en la construcción de la misma. Fué recién en 1781 cuando entre el obispo don Miguel Abad Illana, el gobernador de Tucumán y el Consejo de Indias se convino en terminar definitivamente la decoración del templo, empleando, por indicación del Consejo de Indias los buenos materiales que hasta entonces se habían descuidado.

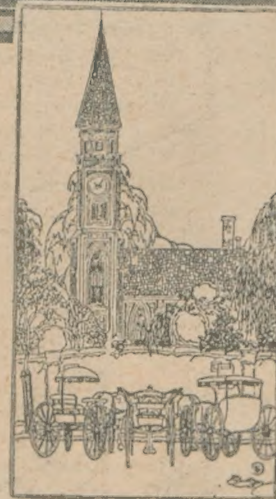
He aquí el detalle de los arquitectos y maestros que ejecutaron los planos e iniciaron y prosiguieron las obras: fué primer obrero mayor de la fábrica el maestro de campo don Pedro de Torres, que se encargó de la construcción de la planta. Dos años más tarde, por desacuerdos con el Cabildo, éste contrató los servicios del maestro alarife en arquitectura, boliviano, don José González Merguete, que diseñó los detalles y la elevación del templo. Por falta de recursos se suspendieron los trabajos. A González Merguete lo sucedieron como obreros mayores, fray Juan de Araeta y el maestro de campo don Domingo de Villamonte, pero la lentitud con que éstos seguían los trabajos, indujeron al Cabildo a contratar otro arquitecto, en 1729, que lo fué el padre rector de la Compañía de Jesús, Andrés Blanqui, quien colaboró en la obra durante diez años, dejando la iglesia terminada en sus problemas fundamentales. Se cree que fué fray Vicente Muñoz quien años después realizó los últimos trabajos.

Bastante más de un siglo ha durado la construcción de este templo que representa el esfuerzo anónimo de varias generaciones de obreros, tallistas picapedreros, albañiles, pintores, maestros de obras, etc.

El resultado fué ese magnificiente templo de tres naves y un pórtico sobre el que se elevan las macizas torres, en la cuales se advierten resabios de los modelos peruanos del Cuzco. Su vista (*Continúa en la pág. 111*)



La nave central del hermoso templo, con el crucero sobre el que se eleva la elegante cúpula.





El techo de la nave central, primorosamente decorado.

La leyenda de los enfermos



En las zonas más concurridas de la sierra de Córdoba, los enfermos están en la proporción que aparecen en el presente diseño. Viven y actúan al aire libre, en medio de la sierra y al amparo de un clima extraordinariamente benigno. El aire y el sol acaban allí con cualquier microbio. El contagio es materialmente imposible.



En cambio aquí, en la capital federal impedir la vecindad de un tuberculoso en el teatro o en el cine es algo absurdo. Es en tales aglomeraciones, y no en la montaña, donde en realidad existe el pavoroso peligro del contagio inevitable y fatal.



DIBUJOS DE PINTOS ROSAS

Lo mismo ocurre en el interior de los ómnibus y demás vehículos colectivos de Buenos Aires, Rosario y todas las grandes ciudades, donde los pasajeros deben viajar como sardinas en espantosa promiscuidad. Un acceso de tos en un enfermo constituye el más grave riesgo a que pueda exponerse una persona propensa a contraer enfermedades.

UN prejuicio difundido entre las personas aprensivas ha creado una leyenda sin fundamento: la de los enfermos en la sierra de Córdoba. Se sabe ya que la extraordinaria benignidad de su clima resulta el mejor remedio para las enfermedades del pulmón; y claro está, allá van los que procuran restablecerse de su mal. Pero tal cosa no significa, ni con mucho, la posibilidad del contagio. En primer lugar, porque allá se vive al aire libre y la proporción de los enfermos resulta escasa si se la compara con el espacio de que disponen para circular; tampoco es exacta la información que se relaciona con los enfermos en los hoteles. Los propietarios, velando por su propio interés, no admiten ningún enfermo.

La provincia dispone de grandes sanatorios y funcionan, además, no pocas clínicas particulares. Aun en la zona donde están instalados estos establecimientos, el peligro del contagio no existe; su ubicación aislada de los centros poblados impide toda posibilidad. Los enfermos que puedan existir en las residencias particulares tampoco constituyen un motivo de alarma; allá se vive en el campo, en casas-quintas, donde las aglomeraciones no son posibles.

Compárese un instante los tres diseños que reunimos en esta página, para comprobar la verdad de nuestro aserto. En Córdoba los enfermos están espaciados en la forma que allí se presenta. ¿Es posible suponer que hallándose así diseminados, el contagio constituya una realidad? Resulta pueril suponerlo.

En cambio, ¿quién nos puede librar en el cine, en el teatro, en el café o en el ómnibus, de la vecindad de un enfermo peligroso? ¿No vivimos en la metrópoli, en una perpetua aglomeración? ¿Cómo impedir que a nuestros vecinos de asiento les acometa un acceso de tos y que aquel otro espute en el suelo?

En verdad, si en alguna parte existe el peligro del verdadero contagio, es en Buenos Aires o en cualquier gran ciudad, donde por la razón del régimen de vida, la existencia se desenvuelve en atmósferas viciadas.

Porque cuando vamos a un restaurant, a un banquete o a una fiesta cualquiera, no nos detenemos a pensar si esos mismos cubiertos y esos mismos platos, han sido utilizados momentos antes por un enfermo del pulmón. Si tal reflexión acometiera a las personas aprensivas, es fácil que dejaran de concurrir a tales centros; sin embargo, incurriendo en una contradicción, no se preocupan en Buenos Aires de esos inconvenientes. Ellos surgen cuando se hace referencia a Córdoba:

— Yo no voy a Córdoba, porque está lleno de enfermos... — dicen con espanto.

Sin embargo, la realidad es otra. La región serrana de Córdoba dispone de grandes espacios libres que alejan todo peligro. Además, allá se adoptan medidas más severas de profilaxis en hoteles y restaurantes. Por otra parte, la provincia de Córdoba es vastísima y existen regiones en que por su altura — La Cumbre entre otras — los enfermos del pulmón no pueden permanecer.

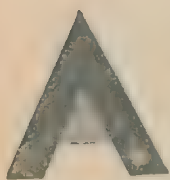
El peligro de los contagios es, pues, una de las tantas leyendas populares que pudieron definirse en otros tiempos entre la gente ignorante.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre la página 145 de este mismo número, titulada *La leyenda negra.*

TIPOS DE LAS SIERRAS

Por

LUIS MARIA JORDAN



A las siete de la mañana el día está fosco y amenazador. Poco a poco se ha ido velando el cono del Pan de Azúcar, tras una densa neblina de color azul sucio. Las sierras grandes han desaparecido del horizonte. Del sud viene un frío intenso, a consecuencia del granizo de ayer.

A las ocho de la mañana unos mocetones del barrio han colocado una soga, a lo ancho de la calle, y se entretienen en saltar para quitarse el frío: éste saltó un metro y diez; el otro, uno quince; ese otro, uno veinticinco. Vemos con envidia a aquellos fuertes muchachotes serranos, brazo y pantorrillas duros, capaces de ejecutar tales proezas. Uno de ellos, de rosadas mejillas obispales, se ingenia para saltar con la garrocha. Sírvele de sostén una de las tantas ramas de los sauces recién podados. El mozo salta, y lo hace bien: un metro y noventa y tres.

También es de la partida el cuidador de la quinta, un alemán flacote, que estuvo en la guerra de su país y salió ileso.

— Yo tuvo más suerte como los otros — dice en su media lengua de extranjero. Después de haber estado sesenta meses en el infierno de los combates: dos años en el frente ruso y tres en el occidental, — apenas sufrió la fractura de una pierna, porque lo apretó el caballo que montaba. El hombre, acostumbrado a saltar trincheras, entre la fusilería de los enemigos y los alambres electrizados, se ensaya sonriente en este salto inofensivo...

El frío aprieta, y a las diez y media de la mañana hay apenas un grado y medio sobre cero.

De paso al correo, nos encontramos con don Rafael..

— Hoy tendremos nieve, don Luis...

— Así parece, don Rafael...

El cielo se ha encapotado más y tiene un color cárdeno. A pesar de ser día de fiesta vénse en la calle a muy pocos transeúntes. Casi todos los comercios están cerrados. Frente al hotel, tres o cuatro automóviles esperan, sin esperanza, a los clientes que no se animarán a salir. El mercado esta también casi vacío. Los puesteros, con el pañuelo al cuello, despachan a los pocos clientes habituales.

— Poca verdura con este frío, doña Fulana.

— Usted siempre dice lo mismo "pa" cobrar más caro, don Sebastián...

La criolla del rezongo es una vieja que viene "desde arriba" dos o tres veces por semana para proveerse de lo poco que necesita en su ranchito sobre el camino de San José.

Vamos directamente al puesto de doña Paula Barrigón.

Esta doña Paula Barrigón es una española, viuda, madre de cuatro o cinco chicos y arrendataria de uno de los puestos del mercado. Podrá ser una mujer de cuarenta y cinco años: delgaducha, pálida, bajita, toda hidalguía y actividad. A la muerte de "su hombre" calzó ella misma los pantalones y se puso a trabajar. Sembró un "sitio", recogió verduras; crió gallinas; vendió huevos y pollos; engordó cerdos; benefició las crías; y así pudo, centavo sobre centavo, comprar la parcela de tierra que hoy es su orgullo y su sostén. El viejo carromato y la vieja yegua, llévanla al puesto todos los días, y allá está desde la cuatro de la mañana hasta las doce, ganándose el pan para sus chicos. Es doña Paula muy conversadora y muy simpática. Hasta ella no ha llegado aquello de las categorías sociales ni de los señoríos. Con verdadero afecto, y con la más absoluta ingenuidad tutea a todo el mundo.

Nosotros le hemos pedido que nos engorde un cerdo para faenarlo en estos días de frío.

— Hijo del alma — nos dice — te puedo vender éste.

Y señala un verraco negro en excelente carnes.

— ¿Te gusta, hijo?... ¿No ves que es una bendición? Has de saber que aquí comen de lo limpio, hijo mío. Yo les preparo la comida todos los días con lo que me queda en el puesto, ¿sabes? ¿O crees tú que yo los engordo con porquerías como los otros?

Ajustamos el precio.

— A sesenta centavos el kilo, y no nos diga que no.

Tímidamente decimos que en tal otra parte nos han hecho una oferta más ventajosa.

— Pero, hijo de Dios, ¿cómo vas a comparar los cerdos aquéllos, mantenidos con piojos, con estos "ángeles" que estás viendo? Vamos, hijo, no seas niño, que a sesenta el kilo haces un gran negocio...

Cerramos el trato, pero como no llevamos dinero encima pedimos un plazo hasta la tarde.

— Pero, ¿tú crees que yo me muero por un cerdo, hijo de Dios? Vamos cárgalo en el coche y me lo pagas cuando te dé la gana. Para eso estamos en el mundo. Llévatelo, llévatelo en seguida, hijo, o me arrepiento de vendértelo y te quedas sin comer las morcillas más ricas del mundo... Oye: no lo hagas matar esta noche porque "no te andará bien".

Asentimos. Doña Paula continúa:

— Mala comparación, hijo, es como nosotros. Si lo matas esta noche tendrá la sangre cansada, y ya verás cómo luego la carne sabe mal. Dime, hijo, ¿tienes máquina de picar carne? ¿No quieres que te preste la mía?

Al rehacer el camino andado, doña Paula nos va mostrando las verduras que le mató la helada.

— Mira tú, hijo, el trabajo de tres semanas... Y que Dios nos haga estas cosas a los pobres, pero también nos hace estas otras, ¿verdad? Y nos muestra a su hijita menor: una mujercita de tres años, fuerte como un coco y pintadita como una rosa.

— Tócale esas piernas, hijo mío, y ya verás la salud que tiene. La criatura es una muñeca deliciosa, con su sana carnecita de montañesa.

Sus ojos celestes nos miran atónitos, no acostumbrados a la presencia de gentes de ciudad.

Ha comenzado a caer una nieve fina y poco densa.

— Quédate aquí, hombre, hasta que pase esta nieve que te puede enfermar. Entra en mi rancho, que Dios es para todos, hijo mío...

Aceptamos su hospitalidad durante media hora y nos sentimos amigos de mil años.

— Ven a buscar lo que necesites, hijo; que unos huevitos frescos para tus chicos, que una ensaladita, que una gallina gorda...

No sabemos cómo agradecer tanta fineza, y nos despedimos de doña Paula con un cordial apretón de manos.

La nieve amaina y comenzam[illegible] el regreso. Como hace un frío intenso dejamos coche y cer[illegible] a cargo de un vecino y seguimos a pie, rumbo a Cosquín.

Son unas treinta cuadras de camino excelente. Las sierras han desaparecido casi del todo; en cambio, hacia el oriente hay una especie de niebla espesa que corta el horizonte. Está nevando en todas partes. Copitos del tamaño de una aceituna caen lentamente desde el cielo cerrado y sombrío. El aire helado corta nuestras carnes a pesar del buen paso de la marcha.

En el pueblo sólo hay alguna vida en la trastienda de los almacenes. La gente enferma o delicada se ha recogido temprano. Una que otra nota de vitrola interrumpe la quietud monástica del ambiente, y allá a lo lejos, en dirección al puente nuevo, un hombre envuelto en un amplio poncho patria que cubre al jinete y a la mitad de la mula empieza a trepar un caminito de las sierras. ¡Con qué ganas nos pondríamos a la par de aquel paisano, en otra mula de las sierras, para ir a vagar por ahí, hasta la medianoche, oyendo contar, con acento primitivo e infantil, consejas de duendes y aparecidos!...





VISIONES DE LA MONTAÑA

POR

BELISARIO ROLDAN



La prominencia serrana
tiene mi huerta a sus pies,
y el sol, que es un rey cortés,
le rinde cada mañana
su saludo montañés...

Cuando da en aparecer
tras el monte fraternal,
y bajo el beso estival
empiezan a florecer
las rosas de mi rosal,

piensa el alma adormecida
por el filtro de la unción,
que estaba puesto en razón
aquel fraile apolonida
que se llamó Luis de León...

¡Oh el silencio! ¡Oh las abras
del copioso bosque en flor
por donde ebrias de candor
van descendiendo las cabras
como mensajes de amor!

¡Oh la anémona amarilla
que ennoblece el trebolar!
¡Oh el furtivo soslayar
y la recia pantorrilla
de las mozas del lugar!

¡Oh la vaca complaciente
que al arrullo matinal,
de mi choza en el portal
deja su leche caliente
y gruesa como un candial!

¡Oh el hilo que hila en su rueca
con hebras de oro el albor,
mientras exhalan su olor
las tostadas con manteca
que alegran el corredor!

¡Oh las tardes estivales
en que agravando al jardín,
luna y sol en el confín
parecen dos colegiales
jugando en un balancín!

¡Oh la parla cordobesa
que tiene del parisién,
pues que los de allá también
dicen sus cosas con esa
tonadita de vaivén!

¡Oh el rumor que desde abajo,
donde la iglesia blanquea,
trae el alma de la aldea
en el eco de un badajo
monótono que golpea,

eco penetrante y grave
que al enarbolar su son,
como aleteando emoción
sube lo mismo que un ave
en espirales de unción!

¡Oh la villa de la lacia
cabellera del sauzal
que halló en el propio raudal
de su fina y "alta gracia"
su motivo bautismal!

¡Oh la montaña! ¡Es tan bella,
que oye, montañés, mi voz...
yendo de la cumbre en pos,
cuanto más subes por ella
más te aproximas a Dios!

Para la interpretación gráfica de esta comedia se prestaron gentilmente la actriz Rosita Cadenas y el actor José Luis Lloret, del teatro Mayo.

Las comedias de EL HOGAR

A LA LUZ DE LA LUNA

Un acto de SERAFÍN y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

PINTORESCA orilla de un río en la sierra. Es una clarísima noche de verano.

Carlos, recostado sobre la verde alfombra, que dicen los poetas, parece dormir. Sus ropas son de viaje. Al lado tiene un maletín y una manta. Por la derecha del actor salen Elena y don Facundo, también vestidos de viaje. Elena es la única estrella que ha consentido la luna esta noche. Don Facundo es un tío carnal de la estrella. Habla medio dormido y bosteza frecuentemente.

DON FACUNDO. — Pero, ¿adónde me llevas? ¿Adónde vamos a parar, sobrina de mi vida? ¿No ves que andando andando nos apartamos una legua del tren?

ELENA. — Y ¿qué nos importa, tío, qué nos importa, si ha de amanecernos así?

DON FACUNDO. — ¿Amanecernos?

ELENA. — ¡Pues claro está! ¿Es que cree usted que yo vuelvo a meterme en el tren después de lo ocurrido?

DON FACUNDO. — Pero, ¡si no ha ocurrido nada, muchacha!

ELENA. — ¡Nada: es verdad! Media sierra que se derrumba; el tren que choca; la máquina que se hace polvo; el peligro enorme de ir todos los viajeros al río... ¿Le parece a usted poco todo eso, o quería usted más? ¡Ay, qué espanto! ¡Qué espanto!

DON FACUNDO. — Eres una chiquilla. Yo no le quito importancia al hecho; mucho más que por lo pasado, por lo que ha podido pasar... Pero ya no hay riesgo ninguno... Todos los compañeros de viaje están metidos en sus coches, dándome envidia, dispuestos a dormir hasta que llegue el tren de auxilio. ¿Por qué hemos de permanecer nosotros al raso, a la luz de la luna?

ELENA. — Acuéstese usted, si se le antoja; no se ocupe de mí. Estoy aterrada; nerviosísima... ¡Ay, qué nerviosísima estoy! Necesito esta brisa, esta calma, el ruido de las hojas, el rumor del agua del río... Y, sobre todo, necesito estar sola; quiero estar sola. Váyase usted y déjeme sola. Aquí no hay nadie. No me van a comer los lobos.

DON FACUNDO. — ¡Ay, Elena, Elena, qué testadurita te ha hecho Dios!

ELENA. — Váyase usted, le digo, y duerma a pierna suelta, ya que tiene pasta para ello.

DON FACUNDO. — Lo que tengo es un sueño que me caigo, hija de mi alma. Apiádate de mí.

ELENA. — ¿No le he dicho a usted que me deje?

DON FACUNDO. — ¡Y dale! ¿Vienes al tren o no?

ELENA. — ¡Ay, tío! ¡qué pesado es usted! Comprendo la muerte por cansancio de mi pobre tía.

DON FACUNDO. — Y yo la muerte repentina de tu pobre marido. Adiós. Ahí te quedas. En la berlina me hallarás. Que te hagan buen provecho el rumor de las aguas, y el de las hojas, y la brisa nocturna, y los gusanitos de luz... ¡Jesús, qué calamidad de sobrina! *(Vase por donde salió, bostezando siempre.)*

ELENA. — ¡Señor, Señor! ¡Cuánta prosa cabe en un tío paterno!... *(Suspirando.)* ¡Ay!... ¡Qué bien me va a hacer esta soledad!... *(Pasea.)* ¡Hermoso sitio es este!... La luna, soberana del cielo, me mira desde lo alto, asombrada de verme tan sola... ¡Qué buenas amigas somos la luna y yo!... ¡Cuántas confidencias nos debemos!... *(Prestando oído.)* ¿A ver?... ¿Es un ruiseñor el que canta?... No. ¡Lástima grande! ¡Me sería tan grato oír cantar a un ruiseñor ahora mismo... ¡Canta, ruiseñor, canta! ¡Si entre las ramas de estos árboles anidas, canta, que tienes quien te oiga y quien te comprenda!... Nada: silencio... No se percibe otro rumor que el del aire jugando en las hojas, y el del agua del río que corre hacia el mar y besa, al paso, estas orillas... ¡Bendita noche!... ¡Ay!... ¡Me alegro de haber descarrilado!...

CARLOS. — *(Soñando en alta voz.)* ¡Ninguna! ¡ninguna como tú!

ELENA. — *(Aterrada.)* ¿Eh? ¡Dios mío! ¿Quién habla en esta soledad?

CARLOS. — ¡Tus ojos me arrastrarán adonde quieras!

ELENA. — ¡Jesús, qué miedo!... Pero ¡qué cosa más interesante! *(Acercándose cautelosamente hacia el sitio de donde parte la voz.)* ¿Quién será la persona que habla? ¡Pues si es un caballero dormido!...

CARLOS. — ¡A tu lado siempre! ¡contigo siempre!

ELENA. — Y que sueña conmigo... Es decir, con una mujer adorada... Su porte es señoril... Y por las trazas es un compañero de viaje... Buscó la soledad, como yo... y lo ha rendido el sueño... ¡Si él supiera que otra mujer se está enterando de los secretos de su alma!... ¡Qué bonito! Mi marido nunca soñó en voz alta, como éste... Roncaba, nada más. Y de un modo que se quejaban todos los vecinos.

CARLOS. — ¡Convenceré a tu madre! ¡estrangularé a tu tutor! ¡incendiaré el convento! ¡haré un racimo con todas las monjas!

ELENA. — ¡Ave María Purísima!

CARLOS. — ¡No, no llores, vida mía, no llores!, ¡que se empañan tus ojos divinos, y no me puedo ver en ellos!

ELENA. — ¡Anda con Dios: ya se metió en la celda! Y parece guapo este hombre... O miente la luz de la luna... Yo voy a despertarlo.

CARLOS. — ¡Por aquí, por aquí! ¡La tornera es nuestra; la abadesa está amordazada; al sacristán lo hemos echado al pozo!

ELENA. — ¡Jesús! Este hombre se va a condenar.

CARLOS. — *(Despertándose sobresaltado.)* ¡Eh! ¡Quién!, ¡quién!

ELENA. — *(Gritando asustadísima.)* ¡Ay!

CARLOS. — *(Asustado, a su vez, por el grito de ella, se incorpora primero y luego se levanta, sin explicarse claramente la situación.)* ¡Eh!... ¿Qué es esto? ¿Quién grita?

ELENA. — Caballero, por Dios, no alborote ni asuste; cálmese usted un poco...

CARLOS. — ¿Qué?

ELENA. — Que se calme usted un poco..., que yo no soy el comendador...

CARLOS. — ¿El comendador, señorita?... No entiendo... Usted..., yo... He tenido el gusto de descarrilar... Digo... Bueno, he descarrilado... Supongo que usted también habrá descarrilado... Vine aquí, me tumbé a la larga..., perdone la expresión..., y me quedé profundamente dormido...

ELENA. — Ya, ya. Y ha soñado usted en voz alta. Lo sé todo.

CARLOS. — *(Alarmadísimo.)* ¿Todo? ¿Cómo todo? ¿He dicho lo de...? ¿He dicho alguna tontería?

ELENA. — Dormido, no.

CARLOS. — Pues es raro; porque como no manda uno en la voluntad...

ELENA. — Justo; sí.

CARLOS. — ¿Y usted, señorita, es una ninfa de este paraje, o es una compañera de tren?

ELENA. — Lo último nada más.

CARLOS. — ¡Oh! Más bien parece usted lo primero.

ELENA. — Es usted muy galante, a pesar del sueño que tiene. ¿Iba usted a la ciudad?

CARLOS. — No, por cierto. Yo debía haberme quedado en una estación que hay a dos kilómetros de este sitio. Allí me esperaría con un caballo un criado de mi madre, y montado en él — en el caballo, naturalmente — llegaría al pueblo en que mi madre vive.

ELENA. — Ya.

CARLOS. — Es decir, que si tenemos la desgracia de descarrilar dos kilómetros más adelante, no nos encontramos aquí!

ELENA. — ¡Claro! ¡Si descarrilamos más adelante, qué habíamos de encontrarnos aquí.

CARLOS. — Entienda usted lo que quiero decirle.

ELENA. — Entendido.

CARLOS. — Y permítame usted que bendiga el trozo de sierra que se desprendió de la cumbre, y cayó a la vía, y detuvo al tren en su marcha.

ELENA. — Pasado el susto, y sin desgracias que lamentar, bendiga usted todo lo que quiera. Pero me va usted a decir por qué lo bendice.

CARLOS. — Porque a ello se debe, señorita, el que me estén mirando ahora mismo esos ojos, más bellos que esta noche clara, y el que estén oyendo mis oídos esa voz más dulce que el rumor del río y más transparente que sus ondas...

ELENA. — ¡Oh!... ¡A ver si se entera la monjita!

CARLOS. — ¿Qué monjita?

ELENA. — La del sueño de usted. Estaba usted soñando con una monja.

CARLOS. — ¡Milagro!

ELENA. — Había usted ahorcado ya a la abadesa del convento, y echado al pozo al sacristán, lo mismo que si fuera un galápago.

CARLOS. — Lo de siempre, sí; mi sueño favorito. Así como hay quien sueña frecuentemente que vuela, o que se le caen todos los dientes de una vez, o que lo persiguen, o que lo matan, yo rara es la noche que no sueño que me llevo a una monja.

ELENA. — ¿Colecciona usted?

CARLOS. — Parece que sí.

ELENA. — ¿Y era bonita la de esta noche?

CARLOS. — Era ideal. Comprenda usted que, puesto a robarla, no había de cargar con ningún mama-

Elena. — Y que sueña conmigo... Es decir, con una mujer adorada... Su porte es señoril... Y por las trazas es un compañero de viaje... Buscó la soledad, como yo... y lo ha rendido el sueño... ¡Si él supiera que otra mujer se está enterando de los secretos de su alma!...

rracho. Era encantadora. Pero al despertarme y verla a usted me ha parecido un coco.

ELENA. — ¡Jesús!... Le advierto a usted que yo pierdo mucho con el sol... Me va mejor la luna.

CARLOS. — Lo dudo.

ELENA. — Pues no lo dude usted un momento.

CARLOS. — ¿Quiére usted someterse a la prueba?

ELENA. — ¿A qué prueba?

CARLOS. — Esperemos aquí, juntos, charlando, hasta que llegue el día, y así me convenceré de la verdad por mis propios ojos.

ELENA. — ¿Y si la verdad es que, en efecto, me va mejor la luna?

CARLOS. — ¡Apago al sol de un soplo como una vela!

ELENA. — *(Soltando la carcajada.)* ¡Ja, ja, ja!

CARLOS. — ¡Oh, qué risa más cristalina y más alegre! ¡Se ha estremecido el bosque al oírla! *(Gritando.)* ¡Eco! ¡Misterioso eco! ¿Qué haces que no te la llevas en tus alas para alegrar los campos?

ELENA. — ¡Ja, ja, ja!

CARLOS. — Ríase, ríase más y más, que me refresca el alma... y al mismo tiempo me deja ver su dentadura, que es monísima.

ELENA. — Ahí tiene usted: como digo una cosa digo otra: los dientes pierden a la luz de la luna. Ganan con la del sol.

CARLOS. — El sol y la luna y las estrellas son los que pierden a su lado de usted, señorita.

ELENA. — Señora.

CARLOS. — ¡Ah, señora! ¿No es usted soltera?

ELENA. — No, señor. Si fuese soltera, ¿cree usted que estaría aquí?

CARLOS. — ¿Cómo es eso? Pues qué, ¿las solteras no descarrilan?

ELENA. — ¡Sí, señor! Pero no andan con esta libertad. A menos que descarrilen de otro modo.

CARLOS. — Eso sí. ¿De manera, mi dulce aparecida, que, por desgracia, todos sus irresistibles encantos tienen dueño?

ELENA. — Lo tenían.

CARLOS. — ¿Ha aplastado la máquina a su esposo?

ELENA. — ¡Jesús, hijo, qué atrocidad! La máquina no ha aplastado a nadie.

CARLOS. — Usted dispense.

ELENA. — Ni ha sido preciso. Mi esposo, el pobrecito, se murió repentinamente.

CARLOS. — ¡Ah, caramba! ¿Hace mucho tiempo?

ELENA. — Cuatro años.

CARLOS. — Menos mal. No se ponga usted triste. ¿Usted tiene mucho que hacer esta noche?

ELENA. — Pero ¡qué cosas dice usted, hombre de Dios! Esperar a que llegue el tren de auxilio. ¿Y usted?

CARLOS. — Yo, nada. Verla a usted; oírla a usted; admirarla a usted. Nada más. Siéntese, siéntese junto a mí.

(Se sientan los dos en un tronco caído.)

ELENA. — Con muchísimo gusto. Me encanta el lance. Todo lo extraordinario me atrae, me subyuga. Y este lance lo es.

CARLOS. — Aquí todo es extraordinario: mi suerte, su belleza..., todo.

ELENA. — ¿Es usted poeta?

CARLOS. — Como todo enamorado, señora.

ELENA. — ¿Está usted enamorado, caballero?

CARLOS. — ¿No lo ha advertido usted, Luisa?

ELENA. — ¿Luisa?

CARLOS. — Qué, ¿no es su nombre Luisa?

ELENA. — No, señor, que es Elena.

CARLOS. — ¡Oh, Elena, Elena! ¡Precioso nombre! ¿Cómo no adiviné que era Elena?

ELENA. — Porque eso es muy difícil, Mateo.

CARLOS. — ¿Quién le ha dicho a usted que me llamo Mateo?

ELENA. — *(Contrariadísima.)* Pero, ¿se llama usted Mateo?

CARLOS. — ¡No, señora! ¡De ninguna manera! Me llamo Carlos. Un nombre vulgar, pero bonito.

ELENA. — ¡Carlos, Carlos!...

CARLOS. — Si no le gusta, me confirmo inmediatamente. Carlos es mi nombre: mi apellido, Quintana. Resido en la capital casi todo el año; mi carrera es la de arquitecto, pero no hago más que castillos en el aire; vivo de mis rentas; soy libre como el pájaro, y deseo perder esta libertad en seguida. Si es posible, esta noche.

ELENA. — ¿Está usted loco?

CARLOS. — Completamente loco, Elena. Me han robado el juicio esos divinos ojos de usted, que ojalá me miraran con amor.

ELENA. — ¿Con amor y todo?

CARLOS. — Con amor, que es todo. ¿Por qué hemos de creer que el amor necesita de preámbulos, ni de antesalas, ni de paseos por la calle, ni de cartas retóricas, ni de presentaciones ridículas a los papás? El amor, o estalla como un incendio, o no es amor: es una amistad bastardeada e indigna.

ELENA. — ¡Ah! pienso como usted, Carlos: lo mismo que usted.

CARLOS. — Que me place.

ELENA. — Si el amor no es un sentimiento tan fuerte que anula y absorbe a todos los demás, que se enseñorea del corazón y del pensamiento, que es capaz de revolverlo todo, de trastornarlo todo, de crear un mundo y unas leyes sólo para él, sólo para sus horas..., si el amor no es eso, vaya noramala el amor.

CARLOS. — ¡Justo, justo! ¡Admirable elocuencia!

ELENA. — Yo gozo íntimamente cuando leo que un emperador dejó su imperio por el beso de una bailarina, o que un pobre pastor buscó la muerte en un precipicio, porque no tuvo alas para volar hasta el trono de una princesa...

CARLOS. — O que dos viajeros descarrilaron una noche, y se hallaron en la soledad del campo, a la orilla de un río, a la luz de la luna, bajo árboles protectores de su dicha, oyendo el beso de las ondas a sus pies, y el beso del aura en el ramaje..., y que se miraron, y que se comprendieron, y que él tomó entre las suyas una mano de ella, que tenía cinco hojas, como los jazmines..., y que sonó otro beso...



FOTO M. GONZÁLEZ ARRILI

Carlos. — Lo de siempre, sí; mi sueño favorito. Así como hay quien sueña frecuentemente que vuela, o que se le caen todos los dientes de una vez, o que lo persiguen, o que lo matan, yo rara es la noche que no sueño que me llevo a una monja.

ELENA. — No, señor: con el de las ondas y el del aura basta por ahora.

CARLOS. — ¿Cómo por ahora? ¡Me deja usted atónito! Pues ¿no acaba usted misma de confesar que el amor, o no es amor, o no se detiene en... *por ahoras?...*

ELENA. — *(Levantándose.)* ¡Ja, ja, ja!

CARLOS. — ¡La risa otra vez! Las mujeres, cuando no quieren hablar demasiado, muchas veces ríen. Y su risa es careta del amor.

ELENA. — Pero ¿está seguro de que es amor lo que yo siento ahora y lo que siente usted?

CARLOS. — *(Yendo junto a ella.)* ¡Seguro! ¡Segurísimo! ¿Qué puede ser si no es amor esa sonrisa con que usted me escucha, este ardimiento con que yo le hablo, esa luz que asoma a sus ojos, este fuego que incendia los míos, ese suave temblor de su seno, esta inquietud que de todo mi ser se apodera, esta viva alegría que va por camino invisible de usted a mí y de mí a usted, creciente como la luz de la mañana?... ¿Qué puede ser todo esto, si no es amor, y amor de ese que le encanta a usted leer en los libros?

ELENA. — Tal vez, Carlos, tal vez... No me atrevo a decir que no... Acaso ahora mismo pasa el amor por este bosque solitario...

CARLOS. — Pues no lo dejemos pasar, Elena encantadora. Aprisionémoslo aquí entre nosotros.

ELENA. — ¡El amor que pasa!... ¡Qué admirable poesía!... ¿Le gusta a usted Bécquer?

CARLOS. — Es mi poeta. ¿Y el... tuyo?

ELENA. — El mío también. Habla del amor con una delicadeza infinita, con una tristeza desesperada, que hace llorar.

CARLOS. — ¡Oh! Preferimos al mismo poeta: señal de que sentimos igual. Los latidos de nuestros corazones marchan a compás de idéntico ritmo. Hemos nacido el uno para el otro. ¡Ay, si viniera un cura en el tren!

ELENA. — ¿Para qué, Carlos mío?

CARLOS. — ¡Para casarnos mañana al salir el sol, como soñó casarse don Álvaro el indiano! ¿Qué tienes? ¿Por qué se nubla tu semblante, luz de mis ojos?

ELENA. — *(Con tristeza.)* ¡Ay, Carlos! Has pronunciado la palabra trágica. ¡Casarnos!

CARLOS. — ¡Casarnos, sí! ¿Qué mal hay en ello?

ELENA. — Cuando te digo que has pronunciado la palabra trágica...

CARLOS. — No te comprendo ahora...

ELENA. — Entre todas las rimas de nuestro querido poeta, hay una que me ha estremecido mil veces... y me ha hecho pensar mucho.

CARLOS. — Dímela. ¿Cuál es?

(Vuelven a sentarse.)

ELENA.

¿Quieres que de ese néctar delicioso
no te amargue la hez?
Pues aspírale, acércale a tus labios
y déjale después.
¿Quieres que conservemos una dulce
memoria de este amor?
Pues amémonos hoy mucho, y mañana
digámonos "¡adiós!"

CARLOS. — *(Abatidísimo.)* ¡Ay! Los poetas siempre haciendo la realidad imposible.

ELENA. — No. Los poetas siempre viendo sólo la poesía de la realidad.

CARLOS. — Pero, ¿por ventura, en este amor nuestro no hay poesía?

ELENA. — En este amor, sí; pero echaría a volar en cuanto llamásemos al cura.

CARLOS. — ¿No hay poesía en el matrimonio?

ELENA. — La poesía con que tú sueñas, no.

CARLOS. — ¿No hay poesía en tener un hijo?

ELENA. — La más pura de todas. Pero por lo mismo que es la más pura, se quiebra de sutil, y como hija del cielo, el más leve aliento mundano la mata.

CARLOS. — Tampoco te comprendo ahora.

ELENA. — ¡Ay! pues es muy claro. Considera que se van como un sueño las dulces horas de la luna de miel, y que a esa luna sigue otra menos melosa, y que al fin y al cabo entran las aguas de nuestra vida en su cauce corriente... y llama a nuestras puertas un hijo...

CARLOS. — ¡Un hijo tuyo!

ELENA. — ¡Y tuyo!

CARLOS. — ¡Es natural!

ELENA. — Ese de que tú has sonrosadito..., rubio...

CARLOS. — Con los ojos azules..

ELENA. — Negros..., negros...

CARLOS. — Azules... como los tuyos...

ELENA. — No..., como los tuyos, negros

CARLOS. — Azules...

ELENA. — Negros...

CARLOS. — Bueno: ¡uno azul y otro negro!... Sigue.

ELENA. — Imagina que ese ángel de Murillo nos sale llorón, y tienes tú que pasarte las noches, porque te da lástima de tu mujercita, paseándote en camisa de dormir por la alcoba, con el rorro en los brazos, cantándole la nana.

CARLOS. — ¡Oh, qué puerilidad! El amor que le tendré a nuestro hijo lo idealizará todo.

(Continúa en la pág. 111)



Un recodo del camino de Tanti a Mussi, que cruza una extensa región serrana, donde el paisaje presenta una esterilidad realmente lunar, que conmueve al automovilista.

Córdoba: ruta obligada del automovilista porteño

Por RAMON GARASA

CÓRDOBA es la ruta obligada del automovilista porteño. Es indudable que, antes de aventurarse a una excursión tan larga — que no ofrece, conviene destacarlo desde ya, ninguna clase de inconvenientes, aun para el volante novicio — realizará los consabidos viajecitos a Tigre, La Plata y otras poblaciones vecinas de la capital y unidas a ella por buenos caminos. Pero no dejará de aprovechar las primeras vacaciones veraniegas, aunque sean breves, para darse un paseíto por las hermosas sierras, siempre dispuestas a ofrecer nuevas emociones a quien las recorra en auto.

El porteño que, siquiera una vez, no imprima a su coche el rumbo de Córdoba, renuncia a su mejor posibilidad turística. Casi diríamos a la única posibilidad, porque, en efecto, las demás excursiones factibles apenas si compensan del polvo y de las restantes molestias del camino. Descontamos, como es natural, las que tienen por meta a Nahuel Huapí y a Mendoza, con características todavía de aventura. Tiene razón Federico D. Temperley cuando compara la tragedia del automovilista de Buenos Aires con la del niño a quien se le regala un veloz triciclo, con la estricta prohibición de usarlo fuera del reducido departamento donde vive.

Resulta extraño, sumamente extraño, que haya aún en nuestra ciudad poseedores de coches que no conozcan La Falda o los deliciosos alrededores del Lago San Roque. ¡Y lo peor es que no se han largado nunca hasta allá por temor al viaje!



El camino de Tanti a Mussi, todavía muy poco explorado por los turistas, cruza las altas cumbres y las fértiles pampas que lo circundan.

SIN EMBARGO...

SIN embargo es tan sencillo ir a Córdoba en automóvil como ir hasta La Plata o Quilmes. Todo lo que se diga en contra es inexacto. No se trata siquiera de una excursión incómoda, digna sólo de muchachos. Puede hacerse con señoras, con ancianos y con niños, como la hacen tantos, en la seguridad de que no se sufrirá otra molestia que el inevitable inconveniente del polvo.



La Falda, vista desde el camino llamado del "Potrero de Loza", a unos mil metros de altura. La fotografía difícilmente podrá dar una idea de la belleza inefable del paisaje, tal vez inigualado dentro de le república.

El camino en la época de verano, que es la única propicia para el viaje, aparece convertido en un billar. Tal vez sólo ofrezca pequeños tropiezos en los tramos de Campos Salles a San Nicolás, donde todavía no se lo ha abovedado convenientemente, y de James Craig a Oliva, que cuenta con un pantano recalcitrante. Pero en ningún caso será menester acudir a un cuarteador, salvo que se equivoque la ruta, como ocurre, nada más que por descuido, con alguna frecuencia. El Gran Premio Nacional de Automóviles, que se disputa en enero, impone al Automóvil Club y a los gobiernos provinciales un prolijo cuidado de la carretera que, en consecuencia, se presenta, por esa época, mejor que nunca.

Resulta imposible, además, perderse. El automovilista toma la calle Rivadavia derecho, llega a Morón, y desde allí hasta el parque Sarmiento, de Córdoba, las señales lo llevan de la mano. Hay, en primer lugar, letreros muy visibles en todas las curvas y desvíos, así como señales — una faja azul y blanca — pintadas en los postes, a cada centenar de metros, que son las que orientan a los corredores del Gran Premio.



Un error de la ruta puede provocar al automovilista estos inconvenientes, de los que sólo lo salvará un carrero comedido.

La carretera arranca en Morón, a la izquierda del cruce del camino pavimentado que va a Campo de Mayo — inconfundible, — y conduce a Puente Marquez, Moreno, Alvarez, Rodríguez y Luján. De ahí va a Carlos Keen, Ruiz, Cucullu y San Andrés de Giles, Carmen de Areco y Pergamino. En este último tramo es muy ancha y pareja, permitiendo buenas velocidades sin ningún riesgo ni incomodidad. Costea luego el ramal del Central Argentino y, al llegar a Campos Salles — estación que precede a San Nicolás, — se desvía a la izquierda

Al salir de Rosario, en el tramo de Fisherton a Funes, el volante tiene una recta adecuada para grandes velocidades. Puede compararse con la mejor de las pistas.

(Continúa en la pág. 163)

Los pintores de la sierra



Juan Peláez, sorprendido en plena labor, en las sierras.



Fernando Rusznak, especializado en el paisaje serrano.



Angel Vena, cuya obra pictórica sobre Córdoba le ha dado sólido prestigio.



Italo Botti, otro de los jóvenes pintores argentinos que ha preferido los temas serranos para sus cuadros.



Antonio Pedone, que ha conquistado sus mejores triunfos con telas sobre motivos cordobeses.



Fernando Fáder, el pintor máximo argentino, que ha reflejado en sus telas las bellezas de la montaña cordobesa.

Augusto Marteau, pintor urbanista, que ha reflejado interesantes aspectos de Córdoba tradicional.



Emilio Caraffa, también especializado en paisajes, autor de cuadros de positivo valor.

COMO es natural, Córdoba ha tentado a los pintores. En ninguna provincia argentina el paisaje ofrece a los ojos del artista panoramas tan bellos. Y es así cómo cada año, al iniciarse la temporada invernal, las salas de la calle Florida reúnen telas que llevan las firmas de los pintores más prestigiosos y que reproducen aspectos de aquella maravillosa región de la república.

La extraordinaria luminosidad de la atmósfera, la nitidez del cielo intensamente azul, la violencia de los tonos de la montaña, sugestionan de inmediato al artista. Su tela refleja, entonces, el cuadro hermoso que se tiende ante su vista, y cada cual, de acuerdo a su temperamento, va trasladando a la punta de sus pinceles la intensidad de su emoción.

Es así cómo Fáder, nuestro gran artista, ha centralizado en las sierras de Córdoba todo su arte superior. Le ha bastado aquel rincón de la patria para que su nombre alcanzara en el mundo un sólido prestigio. Nadie como él siente la belleza de la montaña, y sus paisajes son reveladores del hondo sentimiento que lo inspira.

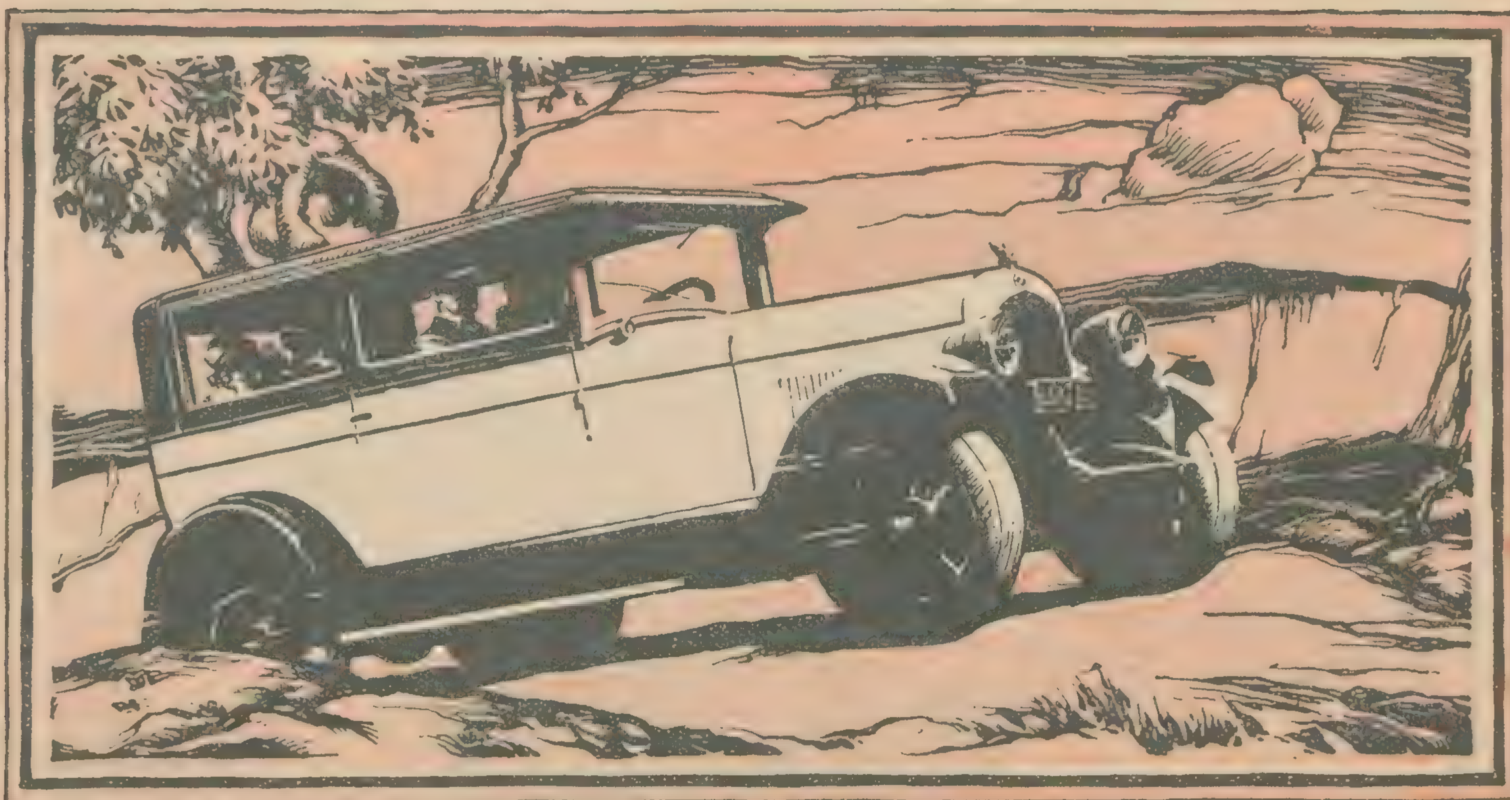
Es también Cordiviola, con sus caballejos serranos y sus chivos magníficos, otro gran intérprete de la montaña cordobesa; sus cuadros están llenos de sol y de aire. Se diría que ha cortado un trozo de la sierra y lo ha colocado sobre su propio caballete.

Juan Peláez es otro de los artistas que con mayor fidelidad y talento han reproducido en sus cuadros los aspectos de Córdoba serrana. Los tipos de aquellos parajes se han podido conocer ampliamente a través de la obra tan interesante como vasta que Peláez ha reunido en largos años de labor.

Y luego está Angel Vena, que enamorado también de Córdoba, ha logrado acrecentar su prestigio con telas que reflejan aquellos rincones pletóricos de belleza y colorido. Emilio Caraffa, que hace poco dió a conocer una muestra de sus trabajos, es otro de los artistas sinceramente enamorados de Córdoba, cuya obra le ha concedido un puesto destacado entre todos. Antonio Pedone, cediendo también a su temperamento, ha encontrado en los motivos serranos el tema predilecto de sus cuadros, y es, de esta suerte, un cultor inteligente y entusiasta de sus bellezas. Fernando Rusznak, especializado en el paisaje, Augusto Marteau e Italo Botti complementan el conjunto de artistas a cuyo cargo está difundir, por medio del pincel, los encantos serranos de la provincia de Córdoba.



Luis A. Cordiviola, sorprendido en momentos de labor en la provincia de Córdoba, trasladando a la tela uno de sus clásicos caballejos serranos.



...Y SE NOTA LA SUBIDA CUANDO SE EMPIEZA A CARACOLEAR...

Desde las sierras...

(CUENTO)

Por

MARIA MAGDALENA FRAGUEIRO OLIVERA

"Enero 6.
Sierras de Córdoba.



UERIDO Hugo:
Estoy desde esta mañana. He tenido que andar mucho para llegar hasta aquí; primero, en tren, después en automóvil, un "automóvil mensajería", en el cual, junto con dos pasajeros más, hemos atravesado parte de esta magnífica serranía cordobesa.

Cuando salimos esta mañana de la ciudad, ya algunas mujeres de hábito franciscano, dominico o de la Virgen, se encaminaban ligeras a la primera misa, cuyo último toque llenaba las calles desiertas.

Atravesamos calles y más calles.

En una esquina un vigilante, el vigilante de la noche anterior, hizo detener al chauffeur para preguntarle algo, y, mientras tanto, observé, en la puerta de un negocio,, cómo se desperazaba un joven dependiente antes de decidirse a levantar la cortina metálica de la vidriera.

Pasamos frente a un monumento y seguimos. Calle ancha, casas anchas, optimismos anchos. En las puertas, sirvientes y plumeros: es la hora del servicio doméstico y del menaje...

El parque. Pensaba hacer un viaje de tres horas para buscar naturaleza, pero aquí nos dan naturaleza por adelantado. Árboles y sombra, una sombra que a las doce del día ha de ser encantadora, pero a esta hora resulta un poco demasiado fresca. Es temprano y damos una vuelta por las avenidas umbrías. Las gomas de atrás se despegan trabajosamente del asfalto y las de adelante vuelven a pegarse.

Ahora, un camino largo de sol y un cartelito, con una flecha, que dice: "Alta Gracia, 40 kilómetros".

Corremos. El cartelito decía cuarenta, pero nosotros vamos a setenta, a setenta y cinco, a ochenta. Respiramos hondo y cerramos los ojos un momento, sin saber por qué. Tenemos la sierra de tres cuartos a la derecha, una sierra azul plomizo con algo de nube rastrera. Nos acercamos cada vez más, tanto que casi la atropellamos; ha cambiado de color y ahora tiene todos los colores. Subir en automóvil a la sierra por primera vez, es una decepción: la tierra se va aplanando debajo de las ruedas y, recién cuando uno está arriba, nota que el camino se ha quedado abajo. Pero siempre queda la esperanza azulada de esa otra sierra más grande que ha surgido adelante. Y se nota la subida cuando se empieza a caracolear alrededor de una sierra, a rodearla y a darle tantas vueltas hasta marearla... o marearse.

Yo, como iba al lado del chauffeur, no trabé relación con los otros dos pasajeros que iban detrás; uno era un pastor protestante, y el otro, un hombre bien vestido, casi elegante, un poco más grande que yo; viajaba sin equipaje y le oí decir que su coche había sufrido una "panne" la tarde anterior. El pastor habló algo de una misión que iba a dar no sé en qué pueblo perdido en las sierras.

Hacía rato que habíamos dejado atrás, a nuestra derecha, el caserío pintoresco de Alta Gracia.

El sol empezaba a calentar y el paisaje se llenaba de talas y algarrobos, que crecían enanos entre piedras; piedras enormes que, unas sobre otras, formaban la sierra áspera e inhospitalaria.

El cuadro se volvía salvaje y la vegetación se adelantaba al camino pedregoso retorcida y arisca, babeando espinas...

Vueltas y vueltas, y, por fin, un río. A las pocas vueltas, otro río; no, otro no, es el mismo, que se ha doblado, lo denuncian los sauces que esconden la cara allá en la represa.

Un pueblo. Un almacén alrededor del cual están ensillados todos los caballos del pueblo con las cinchas flojas.

Esa parte del camino se diferencia en que está más pisoteada que todo el resto. En los ranchos de adobe, a sus costados, hay humo sobre el techo, y en las puertas, mujeres obscuras, las cabezas atadas con pañuelos, y chicuelos descalzos con ojos huraños de temor. Viene un coche destartalado y se acabó el pueblo.

Hace calor, el camino se amansa, y tenemos la sensación de que lo hemos domado a fuerza de ruedas. Y nuestro coche salta por la sierra como un escarabajo.

Paisaje otra vez. Ríos otra vez. Vueltas, pueblos y siempre sierras. Valles, montañas ausentes. Estamos enloquecidos de paisaje y nos apretamos los ojos con los puños cerrados. Son las doce, falta poco. Nos detenemos en un rancho a pedir agua: sobre el barro reseco de las paredes, la paja fina, larga y desteñida, que agita pasivamente este vientecito norte, parece la crin canosa y lacia de un caballo bayo. El agua es de la acequia y nos la alcanza una chinita de pocos años en un tacho de algunos más.

Seguimos. El río a la derecha, la sierra enorme a la izquierda, y siempre curvas, sobresaltos; el río que se espanta de la sierra y el camino que se espanta del río. Un puente nuevo y enorme de tirantes de acero nos civiliza y nos alegra: es el final del viaje. Otra represa: el río descansa frente a una enorme hilera de sauces vividores, eternos adulones del agua.

Allí, contra la sierra misma, hay una casa grande con techo rojizo de dos aguas. Sobre el techo, con letras transparentes de metal recortado, un nombre: "La Alegría". El auto se detiene y se baja el pasajero elegante: "Adiós, ché, Ceballos". Detrás del portoncito pintado de rojo, un perro lanudo se desespera por saltarlo, y cuando ya está el motor en marcha, grita el ex pasajero, del otro lado del portón: "Ché, Ceballos, no te olvidés a la vuelta de pasar por la correspondencia." El chauffeur dice que bueno, y pasa a primera.

El río, siempre a la derecha, corre adelante como indicándonos el camino.

El chauffeur no le hace caso y da una vuelta brusca hacia la izquierda. El camino se independiza del río, pero al río no le importa y se va a buscar a las sierras

Nos cruzamos con un sulky en el que van tres niñas con boina de vasco. (¡Dios mío! ¿Aquí también? ¿Existirá algún punto de veraneo en que las niñas no usen boina de vasco?)

El chauffeur me las nombra: son las hermanas del pasajero que dejamos en "La Alegría". Ahora que el sulky ya pasó, me acuerdo que la que manejaba tenía unos ojos negros, expresivos, y unas cejas alzadas. Decididamente, son pintorescos estos pueblitos serranos.

El chauffeur me indica con la barba la única casa de pensionistas, hacia la que me dirijo: es una construcción antigua, blanqueada, con galerías corridas y una enredadera de campanillas azules que ensombra y llena de luz las galerías.

Son las doce y media. El almacén "La Victoria" está desierto; y allí, como abstraída en su blancura, la capillita se duerme contra la sierra inmensa...

El coche se detiene para que bajemos el pastor y yo. Nos reciben cinco perros y quince gallinas, y nos acercamos hasta la casa entre yuyos, ladridos y cacareos. Golpeo las manos, y un hombre se asoma a la puerta del rancho de enfrente. Insisto. "¡Ave María!" Una mujer que sale con un delantal por detrás de la casa, seguramente de la cocina, me mira como fastidiada de mi impertinencia y vuelve a entrar. No insisto más, pero en seguida, por otra puerta del frente, aparece don Gregorio, el dueño de casa a quien vengo recomendado. Sí, no hay duda que es él, un español bonachón, gordo y de aspecto charlatán. Echa a los perros y carga mis valijas.

El pastor espera detrás de mí. Surgen chinitas con alpargatas y delantales limpios. Comprendo que el milagro es, indirectamente, mío. Milagros por carta, es en la única forma que he hecho milagros. Don Gregorio ha reaparecido y da órdenes. El pastor se quedará hasta mañana solamente, pues debe tomar otra mensajería que lo llevará todavía más lejos. Don Gregorio le muestra su cuarto y me introduce en el mío, en el que me esperan mis valijas que llegaron antes que yo. Mi cuarto da a la galería del frente, de la que lo separa una cortina de paja en la que hay pintados un castillo, una arboleda y un lago. Sobre mi mesa de "toilette" hay una jarra con agua, una palangana y un jabón verde, y entonces le he preguntado a don Gregorio adónde me bañaré, y me ha contestado: "El señorito tiene el río a menos de media cuadra." Lo miro, pero

(Continúa en la pág. 163)

El invierno es la estación serrana más deliciosa

Este espléndido paisaje nevado dará una idea de lo que es el invierno en las sierras, o sea de lo que es la estación más deliciosa del año en una de las regiones más deliciosas del mundo.

CUANDO aquí en Buenos Aires los porteños nos morimos de frío bajo los cendales de una niebla londinense o los alfilerazos de una de esas lluvias tan invisibles como pegajosas, los habitantes de las sierras de Córdoba gozan de la estación más deliciosa del año. Los habitantes y, naturalmente, los felices turistas a quienes Dios dió lo necesario para poder abandonar estos sitios e irse a aquéllos ansiosos de un poco de aire tónico, de perspectiva preferible y, lo que es mucho más importante todavía, de menos frío y de menos humedad.

Las sierras son en invierno sencillamente deliciosas. El admirable clima que distingue a la región y la altura de sus montañas vuelve purísimo el ambiente. No hay temor de que allí el frío sea traidor como aquí, aun cuando — extraña circunstancia — los cambios de temperatura sean frecuentes y verdaderamente bruscos. Pero nos explicaremos a objeto de que quien no conozca esos parajes privilegiados nos entienda bien y no piense que estamos haciendo paradojas.

Cuando en las sierras luce el sol durante un día de invierno, puede decirse que hace calor. El ambiente se templa. El aire, bienoliente a peperina es suave. El cielo de un azul que diríase bruñido por lo resplandeciente, invita a las largas caminatas por los senderos pintorescos de la serranía. Y allá se va uno, deseoso de gozar a pulmón pleno el aire sano del lugar y de agilizarse un poco en las ascensiones llenas de peripecias.

Por

RAFAEL ESPINDOLA

Pero he aquí que el sol pica, y entonces comprende uno que ha hecho mal en ponerse el sobretodo. Muy pronto la prenda invernal resulta agobiadora. Más tarde es el saco el que pesa. Luego el pull-over. En las sierras fragantes y tibias todo parece anunciar que una primavera distinta a la primavera de siempre se ha volcado sobre el mundo. El sol resplandece cada vez con mayor fuerza. Entre los algarrobos, los talas y los quebrachos, aletean los pájaros serranos. Hay horneros, zorzales, mirlos, charrúas, martín pescadores. El rumor que producen en el aire blando anuncia un extraordinario renacer de la vida. Y es sólo entonces cuando se aprecia en todo su valor lo que la sierra significa para la salud del cuerpo y el espíritu.



Mas he aquí que de pronto una ligera nube oculta el sol. Y que, instantáneamente, el turista experimenta la necesidad de abrigarse. Sí. Hace frío. Un frío áspero, tónico, duro, completamente distinto al frío enfermizo de la Pampa, a ese frío que se pega y que hace toser y estornudar. La ascensión que bajo el sol se hacía penosa, vuélvese entonces más rápida. El deseo de moverse, de accionar, de templarse los músculos, se trueca en algo indispensable. Y el turista, que momentos antes transpiraba despojado de sus prendas de abrigo, se apresura a cubrirse de nuevo y sube, sube, sube por los deliciosos caminillos, hollando, de cuando en cuando, los humildes romeritos, las salvias o las albahaquillas y sintiendo en la nariz el escozor de su perfume dulzón y sin fronteras...

No se crea que es preciso que el sol se oculte para que estos cambios bruscos de temperatura se produzcan en Córdoba, o mejor dicho, para que el turista los experimente. Basta, en efecto, con pasar bajo un árbol para que la diferencia de temperatura se haga notar en forma mucho más viva de lo que podría suponer quien no conoce esas regiones.

Quizá cuanto llevamos dicho despierte en el lector la idea de que las sierras de Córdoba no pueden gozar en invierno del clima saludable que se les atribuye. Pero tal idea, por más que parezca aceptable, sólo obedecerá a simples imaginaciones. Córdoba goza del clima más saludable del mundo, pues los cambios de temperatura a que nos referimos hace un momento, sirven para templar y no para abatir la salud de las gentes. Allí el frío no es una tortura, no es un entumecimiento, no es un afán de cobijarse y quedarse quieto a la vera del fuego. No. El frío es agilidad y esfuerzo. Resolución de escalar una colina y de detenerse allí a contemplar el panorama estupendo. Seguridad de vivir plenamente. Apetito sin trabas y remozado brío.

No nieva muchas veces en las sierras, pero cuando nieva, puede decirse sin temor a incurrir en exageración que nieva para todo el invierno. Una mañana el paisaje amanece de blanco. Ha nevado durante toda la noche, y treinta o cuarenta centímetros de nieve alfombran el suelo. Es entonces cuando más se goza de la vida en las sierras. El recuerdo de los paisajes alpinos se insinúa en la mente. Y si el turista ha estado alguna vez en Italia o en Suiza, llega muy pronto a la conclusión de que no valía la pena haberse ido tan lejos cuando en la propia casa se tenía la belleza natural y el clima sano que se fué a buscar allá.

Sobre la nieve — y a veces también bajo ella — es cuando la vida de la montaña cobra su verdadero valor. Sabido es que cuando nieva no hace frío o el frío se aminora. Resulta así doblemente interesante y conveniente el salir de excursión. Los lejanos montes de cocos, molles, talas y espinillos invitan a llegar a ellos.

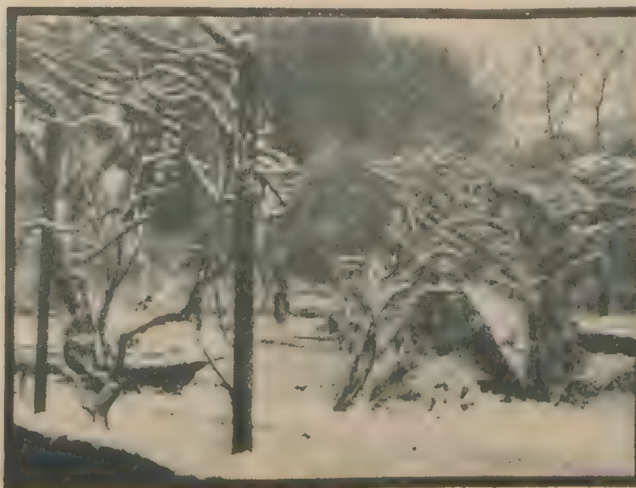
Las cumbres más próximas, blanqueadas por la nevada reciente, ofrecen un espectáculo distinto. Y entonces el turista se dice que desde los montes o las cumbres el panorama que se domine será magnífico. Y no vacila ni un momento y se pone en marcha, seguro de sorprender una belleza más en el formidable conjunto de bellezas que son aquellos rincones cordobeses.

La Cumbre, Ongamira, Yacanto, Los Cocos, Alta Gracia, Cosquín... ¿A qué citar nombres de lugares o de pueblos?... Desde el majestuoso Champaquí hasta la parte más baja de la región, el paisaje nevado resplandece ahora bajo el sol suave del invierno serrano que no alcanza a desleír le nieve de la noche. Y el cielo azul, el cielo cordobés, que sólo tiene igual en el del sur de España o Italia o en el de Grecia o Turquía, se ensancha maravillosamente sobre el perfil lejano de las colinas y reverbera espléndido en el espejo helado de la tierra...

Ese es el invierno serrano, o sea la estación más deliciosa de una de las regiones más deliciosas del mundo.



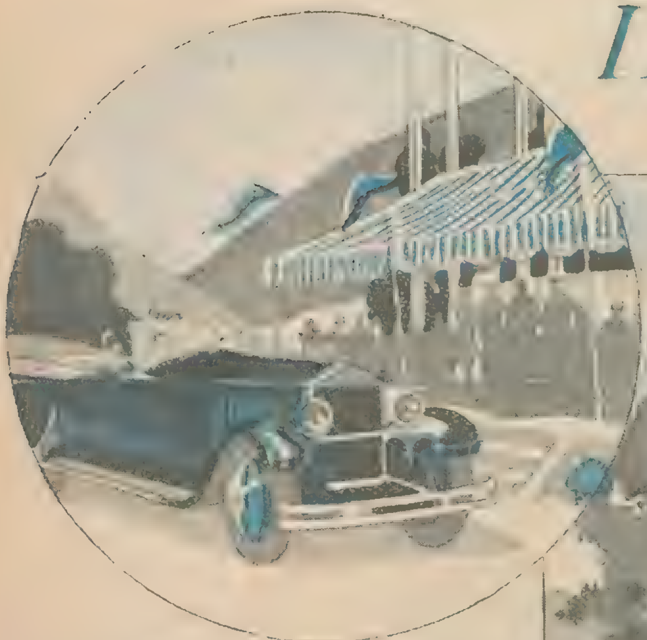
Así bajo su blanco manto de nieve, el panorama serrano adquiere su verdadero valor y su mayor belleza.



Otro aspecto del invierno en la región cordobesa de las sierras, que nada tiene que envidiar a sus similares de Europa.

FOTOS LUTZ, FERRANDO Y MAC LEAN

Las diversiones en las sierras



Pocas provincias argentinas, por no decir ninguna, ofrecen al turistas una red de caminos tan pintoresca y completa como Córdoba. Esto lo saben ya los millares de automovilistas que han tenido oportunidad de visitar los parajes serranos. Cuando han terminado su jira, cada uno es un entusiasta propagandista de aquellas bellezas, por lo que no es difícil predecir que a la vuelta de unos pocos años Córdoba contará con las preferencias unánimes de todos los turistas.



Las mejores canchas de golf — y que nos disculpen los aficionados de la capital y de Mar del Plata — estan en Cordoba. Ello se explica por las derivaciones del terreno, que presenta obstáculos naturales que hacen más interesante y difícil el juego. Los campeones extranjeros de golf que nos han visitado están de acuerdo en reconocer que los "links" de las sierras cordobesas son los mejores.



También tiene Córdoba su magnífica pista de regatas en el lago San Roque. Entre un magnífico marco de montañas se disputan grandes torneos, que habrán de alcanzar con el tiempo extraordinaria importancia. Falta aún imprimir a este aspecto del deporte una mayor actividad y coordinación, para que el lago de San Roque reúna periódicamente a los grandes campeones del remo.



Cuando se ha dejado el automóvil en cualquiera de los puntos de veraneo, las excursiones a pie adquieren aún un encanto mayor. En efecto, los parajes más hermosos de la sierra sólo pueden ser visitados llegando a ellos por pequeños senderos, que corren por lo común a orillas de los riachos o ascienden hasta las alturas a las cuales no pueden llegar los vehículos. Córdoba tiene de esta suerte panoramas que nada tienen que envidiar a los de Suiza.



Cuenta Córdoba con piletas de natación en cada uno de los puntos de veraneo; ellas deben sumarse a las que existen en las residencias particulares, que no son por cierto las menos ni las más pequeñas. Los cultores de la natación tienen, pues, donde practicar el elegante deporte, que adquiere durante la época veraniega una gran difusión. Como es natural, grandes torneos reúnen a los mejores nadadores de la república.



Y por último, se destaca en Córdoba el "deporte" del baile y del copetín. No hay hotel donde no exista la amplia terraza destinada para el baile. Quienes sean partidarios del tango o del fox-trot, tienen ancho campo donde practicar sus aficiones coreográficas. Los grandes clubs son, asimismo, centros importantes donde se cultiva con éxito la música bailable. Durante los cuatro meses de la temporada en las sierras, el baile es una institución muy importante.



La equitación es en Córdoba el deporte tradicional. Se organizan así grandes cabalgatas, de las que participan animados núcleos. Los senderos que se recorren así son, sin disputa, los más interesantes, ya que sobre el lomo de los caballitos serranos se puede llegar hasta el fondo mismo de las quebradas y trepar por pequeños caminos de herradura que conducen a lugares llenos de encanto. Durante los meses del verano, la provincia de Córdoba presenta una extraordinaria animación con sus numerosas cabalgatas, integradas todas ellas por el bullicioso elemento juvenil.

EL veraneo en las sierras de Córdoba ofrece a los turistas un sinnúmero de atractivos, que acrecientan sus naturales encantos. Todo está allí organizado para recibir dignamente al huésped y ofrecerle el mayor número de distracciones, de acuerdo a sus gustos y tendencias. Puede decirse que, en este sentido, Córdoba es la provincia mejor preparada para que su permanencia en ella resulte lo más agradable posible. Nada falta en los deportes. Y según lo ilustra la presente página, ellos se cultivan dentro del hermoso panorama de sus sierras, con amplitud y entusiasmo. Se explica de este modo que cada año la privilegiada provincia cuente con un mayor número de veraneantes y que aun en la época invernal, en mérito a la bondad de su clima, cuente con tan considerable afluencia de forasteros. Porque Córdoba, especialmente en su zona serrana, disfruta del privilegio de un clima agradable en el curso de todo el año. El frío es seco y soportable, y el calor, si bien alcanza en determinadas horas una elevación molesta, tiene en las tardes una agradable compensación con la brisa fresca que sopla invariablemente y que cambia en pocas horas el ambiente.







Un aspecto del pintoresco pueblo de Yacanto, enclavado en plena serranía, junto a las altas cumbres, a cerca de mil metros sobre el nivel del mar. FOTO N. N.

YACANTO

Por

JUAN FELIPE DEL CASTILLO

UNO de los más admirables rincones de las sierras de Córdoba — lo que equivale a decir del país — es, sin duda, Yacanto. Yacanto es un pueblo situado en el sur de la provincia, a 890 metros de altura sobre el nivel del mar, y sólo a quince millas del Champaquí, majestuosa montaña de nueve mil pies de elevación, que es la más destacada de toda la cadena en aquellos parajes.

Ningún sitio mejor que Yacanto para pasar unas vacaciones de verdadero reposo. El paisaje es allí sencillamente estupendo y el aire no puede reunir mejores condiciones para la salud.

En Yacanto hay un hotel muy confortable, que está provisto de cancha de tennis, croquet y clock golf.

Un bellísimo arroyo que corre cerca de ese establecimiento provee de agua corriente a la pileta de natación. Así, pues, a las bellezas naturales hay que que agregar el confort moderno, lo que hace de Yacanto un lugar preferido tanto en invierno como en verano por los turistas.

Uno de los edificios dignos de ser visitados en Yacanto es "La Obra". "La Obra" está hecha con adobes crudos, y se le denomina así por tratarse del edificio más grande de la localidad. Tiene un salón bastante amplio, seis habitaciones y un oratorio de purísimas líneas.

Este edificio fué hecho construir por el caballero español don Juan Esteban Arias de Cabrera, y hoy es propiedad de la señora Florinda Lópes.

La iglesia de Yacanto es otro de los edificios que deben ser visitados. Se trata de un templo tan pobre como venerable, en cuyo interior reposan los restos del arzobispo Castellanos.

Dará una idea de la debilidad de sus muros el conocimiento de que no ha sido posible instalar en su campanario las campanas que se trajeron de España. Una de las fotografías que ilustran estas líneas es sobradamente elocuente al respecto. Un tronco de árbol de no muy grandes dimensiones tiene más resistencia que la torre de la pequeña iglesia.

En cuanto a los paseos y excursiones que se pueden hacer por los alrededores de Yacanto, pálido resultará cuanto digamos comparado con la realidad.



Esta fotografía de una de las cascadas del río Yacanto dará una idea de la belleza natural de esos admirables parajes.



FOTO A. FRANCISCO
La iglesia de Yacanto es tan sencilla como venerable. En su interior reposan los restos del arzobispo Castellanos, que nació en ese pueblo.

Los caminos que conducen al Baño del Obispo o a la Quebrada del Lomo del Chancho son maravillosos. Llevan a los lugares más pintorescos de los alrededores o a aquellos que reúnen los atractivos más típicos de la región. Grandes peñascos y arbustos espinosos aparecen aquí y allá matizando la perspectiva que se prestigia con el lejano azul de las cumbres y con el verde vivo del césped. Las ascensiones a pie son en gran manera beneficiosas. Y desde lo alto de las colinas se domina un espectáculo verdaderamente magnífico.

Piedra Pintada, Las Tapias, Los Pozos, Nono, San Javier y Mina Clavero son otros tantos lugares dignos de visitarse en los alrededores. Se puede ir a caballo o en auto, pues hay excelentes caminos, y durante todo el recorrido se va de sorpresa en sorpresa en lo que a la belleza del paisaje se refiere.



Las campanas de la iglesia de Yacanto fueron colocadas así debido a que la torre del templo era tan débil que no resistía su peso. FOTO A. FRANCISCO

Los naturales tienen estereotipada en el semblante la expresión de la salud. Vale decir, la expresión de la alegría. Las mujeres y los niños muestran las mejillas coloreadas por el buen aire y el buen sol propios del lugar.

Todo respira sencillez y tranquilidad. No hay, repetimos, en el país, un sitio que reúna mejores condiciones que Yacanto para proporcionarle al espíritu el reposo que la vida de las grandes ciudades hace indispensable.

El turista puede encontrarse allí tras poco menos de un día de viaje. En Retiro se toma el ferrocarril de Buenos Aires al Pacífico y se desciende en Villa Dolores, veintidós horas más tarde. De allí hasta Yacanto hay sólo cuarenta minutos de automóvil.

Las fuentes de Achira

(Cuento)

Por Cesar Carrizo

Ilustraciones de Rodolfo Claro



"...LA MENSAJERÍA POCO A POCO FUÉ AMAINANDO LA MARCHA. MINUTOS DESPUÉS HABÍAN LLEGADO..."

DESENGAÑADO de los hombres que aún no han oído la voz de Jesús que a través de los tiempos nos dice: "Amaos los unos a los otros"; sin fe en la civilización, después de haber asistido a la última hecatombe europea como voluntario en las huestes francesas, Jacinto Robles, cordobés por su estirpe, por su donaire y su tonada, desembarcaba una mañana de septiembre en el puerto de Buenos Aires.

Alto, apretado de carnes, con una barba que era más bien pelambre de convaleciente; los ojos obscuros y profundos, llenos de esa tristeza que dejan la vida y los caminos; la nariz orgullosa y tajante; con cicatrices en la cara y más de una laceria en el alma, el viajero, que apenas tenía una valija en la mano, se vino de a pie, ciudad adentro.

Llegó al Paseo Colón. Penetró en una de esas peluquerías sórdidas que allí existen. Se miró al espejo, y vió su estampa maltratada por el mundo y el destino. ¿Era él el que años anteriores se fugara de Córdoba, dejara sus estudios de medicina, y, empujado por anhelos trashumantes, llegara a Buenos Aires? ¿Era él el que años anteriores marchara a Europa — enamorado romántico de Francia, — a incorporarse a sus falanges, porque el gallo galo había dado al viento la clarinada decisiva? Él era, en verdad; mas no quería creer Se le hizo un nudo en la garganta. Pero al punto ahogó su amargura con una sonrisa, como hombre acostumbrado a conversar con la muerte y a oír a toda hora la voz sin palabra de la fatalidad.

Tomó un diario de la mañana. Recorrió las columnas de avisos en donde se piden y se ofrecen empleos. ¿En qué podía trabajar? Jacinto Robles, con cuatro años de medicina y muchas utopías en el alma, había escrito allá, en la Córdoba de sus pecados y amores, más de una prosa de combate y también endechas y madrigales.

Pero en ninguno de los avisos se pedía un periodista, ni un poeta lírico, ni siquiera un traductor o corrector de pruebas. ¡Ah, los campos del cuarto poder abastados estaban de gente!...

A todo esto, el dueño de la peluquería le preguntó si quería servirse.

— No, señor; espero a un amigo, que es cliente suyo — respondió, mintiendo.

Al cabo de un rato, y como el amigo imaginario no llegaba, tomó la valija y se fué por esas calles de la ciudad.

Almorzó en una fonda de calle cortada. Después, andando andando, llegó a la plaza del Congreso. Se sentó junto al "Pensador" de Rodin, que aún estaba ahí, cerca de los diputados, como una perenne lección de vida interior... ¿Qué sería de él?... Que fuera lo que pluguiera al destino. Y así se iban las horas.

Hasta que vió pasar por la calle un antiguo compañero de estudios manejando su automóvil. Le hizo señas y salió corriendo en pos de él.

Pudo darle alcance frente al palacio del Congreso.



Y he aquí que el viejo compañero, después de dudar un rato, estalló en un grito de júbilo y estupor:

— ¡Jacinto! ¿Pero eres tú, Jacinto Robles?

— Parezco un mendigo, ¿verdad?

— No, eso no; caramba. Por cierto que estarás arrepentido de tus locuras. Tanto, cuando eras el predestinado de nuestra generación...

— No hablemos del pasado, querido Bonifacio. Traigo el corazón hecho andrajos. Pero vengo resuelto a vivir otra vida. ¿Y tú?

— Ya me ves: diputado nacional. Cerré el consultorio y me vine a descansar y a aprender caló criollo, que te aseguro es el idioma del futuro. ¡Ja, ja, ja!... Y ahora ordena, querido Jacinto. Soy el mismo para ti, el mismo a quien en vano enseñabas anatomía descriptiva. ¿Qué has resuelto?

Volver a Córdoba, a mi pueblo: Achira. Hace más de dos años que nada sé de mi madre. Su última carta la recibí en Marruecos. Me muerden los remordimientos y la nostalgia. Harto de la civilización, ansío volver a mi casa de piedra y adobes.

— Ni una palabra más. Ánimo. Espérame un momento. Como nunca hay sesión, saldré en seguida.

UNA semana después, Jacinto Robles, remozada su persona de pies a cabeza, sin barbas, sin greñas, sin hambre y con el ansia de ver su tierra y de beber en las fuentes de Achira, tomaba un tren en el Retiro. Se estrecharon entre los brazos con Bonifacio, y partió.

Era la hora del atardecer, cuando de la pampa bonaerense, sembrada de granjas, chalets, molinos de viento, alamedas y casitas multicolores, se eleva algo así como una plegaria.

Jacinto Robles contemplaba la majestad de la hora y la grandeza del llano. La pampa sin límites, bajo el ala bermeja del crepúsculo, parecía en éxtasis, cual si quisiera en un ancho vuelo ascender hasta la primera estrella de la tarde.

Al día siguiente, al amanecer, el tren cruzaba los campos de Córdoba. El viajero ya estaba acodado en la ventanilla, aspirando el perfume del terruño, el alma sedante y recia del terruño, olorosa a sementeras, a humus, a toros y a rocío. Nunca como ese día amara y comprendiera tanto el espíritu y la fuerza de los campos natales. Y, hombre imaginativo, le pareció cual si estuviera amaneciendo sobre las tierras próvidas una nueva vida, una historia mejor, un gran poema de gesta; pero un poema civil, de siembra y cosecha, sin capitanes enchapados de hierro, sin ríos de sangre.

Bajó del tren en Río Cuarto. Fué y volvió por la ciudad. Quería saber cuándo y a qué hora partía una diligencia para Achira. Llegó hasta una empresa de transportes. En verdad, a las 14 había un correo.

Tomó pasaje. Y ya se retiraba, cuando vió que una joven de cabellos rubios, ojos azules, alta, flexible, de rostro ovalado y facciones un tanto enérgicas penetraba en la oficina. El sol y los vientos libres de la sierra habían puesto una coloración de rosa y de manzana sobre aquella cara.

Jacinto Robles se quedó en la puerta para verla salir. Sin saber, sin querer, la joven le había dejado una sensación extraña, un dulce escozor en el espíritu.

Minutos después salió de la oficina de pasajes. Jacinto la vió alejarse con paso resuelto y ritmo de ola en la andanza, como quien va dominando al mundo.

Pocos minutos antes de las 14 Jacinto Robles ponía su pie en el estribo de la mensajería; y al penetrar en la diligencia vió que ya estaba en su asiento la joven de los ojos de turquesa y de los cabellos de trigo.

Tenía un libro en la mano, y junto a ella, sobre amplia valija, revistas y diarios. Los demás pasajeros: dos estancieros, un matrimonio de chacareros con su prole, y otros seres anodinos, no tenían importancia.

Se sentó cerca de la desconocida y vió que leía un libro de Bernard Shaw, traducido al francés. ¿Cómo en manos tan finas y liliales iba el satírico disolvente, el iconoclasta de los viejos valores? Y ya no dudó que esa joven no pertenecía a la sociedad de Córdoba. ¿Quién era, pues? ¿A qué se dirigía hacia un pueblo que está tan a espaldas de la civilización, tan asentado en el pretérito, una dama tan moderna? Y al punto vió que un nimbo de misterio la rodeaba, aislándola del ambiente.

Mas era necesario afrontar el enigma. Le dirigió unas breves palabras en francés, en un francés parisiense, un tanto rápido y nervioso. A lo cual le contestó ella en el francés diáfano y claro del mediodía:

— No cabe duda que usted acaba de llegar de París.

— ¿Lo dice usted por el acento y la dicción? — habló Jacinto Robles.

— Es claro. Algunos amigos y amigas que han venido de allá me dicen que hasta el idioma de las calles de París ha cambiado.

— Sin embargo, no hay tal cosa. Apenas si se ha contagiado un poco del humo y del ruido de las batallas. Pero Francia, con su buen sentido y su espíritu clásico, está desechando el contagio.

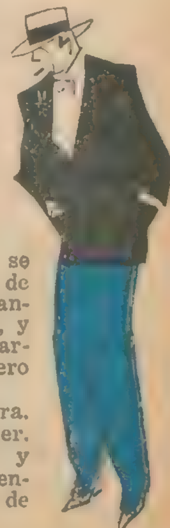
No hay nada que nos acerque más a la confidencia como los viajes. De ahí que salvados los primeros escrúpulos, los dos conversaban como viejos amigos.

Jacinto Robles, para satisfacer la curiosidad de su compañera de viaje, le contó su vida, desde que en un ímpetu romántico — imitando a lord Byron — dejó el cuarto año de medicina, cruzó el mar, para incorporarse al ejército de Francia el último año de la guerra. Después sus aventuras en el Rif, a las órdenes de Millán de Astray. Después esa vida de argentinos desocupados en París...

— Han pasado más de diez años. Pero ahora vuelvo a Achira a trabajar, a sembrar, a crear algo.

— ¿Es usted de allá?

— Pertenezco a las familias fundadoras del pueblo. Y allá me espera o no me espera mi madre... Hace más de dos años que nada sé de ella. He sido tan ingrato, pero sin querer. La vida, la guerra, el ver cómo los ensueños y utopías se vuelven escoria, le endurecen a uno el corazón, le matan a uno el sentimiento de la piedad y de la ternura, y hasta se pierde el sentido del amor...



— ¿También del amor? — inquirió ella, dando a sus palabras un tono de sorpresa.

— Sí, hasta el sentido del amor se obscurece cuando se ha visto tan de cerca la barbarie humana. Por eso anhelo volver cuanto antes a mi tierra, y sobre todo a mi pueblo, manso, patriarcal, sin progreso ni civilización, pero bueno como el pan bendito.

— A mi vez, ansío conocer Achira. Allá me espera mi hermano y su mujer. Mi hermano es ingeniero de minas; y una empresa de Buenos Aires le ha encargado el estudio de unas canteras de mármol.

— Sí, las canteras están en el Cerro de las Lajas, y son de mármol verde, rosa y blanco. Nosotros tenemos derechos sobre las canteras, desde mis abuelos.

Dada la simpatía y confianza que había nacido entre ambos, la joven le habló también de su vida. Se llamaba Myrian Loudet. Con su familia vivía en Capilla del Monte. Ahí, en un chalet construído sobre la roca viva pasaba algunos meses del año. Había llegado a ese paraíso enclavado sobre el basalto de la sierra, por prescripción médica. Mas, ahora, Capilla del Monte era para ella un refugio y una panacea, cuando el ruido de la civilización, tan compleja y refinada, la obligaba a fugarse camino de la montaña.

Hacía algunos años. Más que una mujer, más que un ser viviente, fuera una armazón de huesos cuando llegó a Córdoba. Se creía tuberculosa y no lo estaba. Sufría, sí, una neurosis aguda; una de esas neurosis que las mujeres archimodernas adquieren en las grandes ciudades, en medio de esta civilización tan cambiante y fragorosa; con sus aperitivos, sus tabacos perfumados, sus alcaloides, sus afeites y refinamientos; civilización tan amiga de la noche, y tan enemiga del sol; mundo de invernáculo adonde no llega el aliento ni la fuerza bárbara de los campos.

Myrian Loudet, pues, era una de las tantas víctimas. Y es claro, no necesitó drogas para curarse. Nada más que vida salvaje, aire libre y luminoso, agua de los arroyos, berros de la vertiente, bifes a la plancha, y un caballo gaucho, brioso y noble para galopar.

— ¿Pasará muchos días en Achira?

— Tal vez una semana; o quince días, no sé. Hasta que me aburra y vuelva a Capilla del Monte, donde mis amigos y amigas de Buenos Aires preparan un amplio programa de veraneo.

— Bien, pues: por el tiempo que usted permanezca en Achira me ofrezco a ser su cicerone.

— ¿Cree usted que necesitaré de un cicerone?

— Creo que sí. Toda ciudad, toda aldea por más simple y pequeña que sea tiene un secreto, un contenido moral, un alma que no se descubre a primera vista. De ahí que los viajeros que llegan por primera vez necesiten de alguien que les descubra esa alma escondida.

— [illegible] Tengo ansias de conocer la villa, de la cual mi hermano y mi cuñada me dicen tantas cosas lindas...

Hubo un breve silencio. Para Jacinto Robles había llegado el momento de evocar con emoción su terrazgo, su casa, lo más dilecto que todo hombre lleva en el corazón.

Y el trotamundos le habló con amor de hombre y de niño, de su aldea, vieja en años, pero joven y fuerte de vida, porque oye desde siglos, a toda hora, la voz del agua; la voz de un arroyo que le dice serenatas en la noche calma, y la charla de las fuentes. Porque el pueblo todo es un hontanar. Los manantiales surgen de la tierra morena; y una diadema de azucenas, junquillos, berros, margaritas, menta y hierbabuena los rodean.

Allá van las mozas del pueblo con sus cántaros de greda. Y como no es difícil que el amor pase vestido de Jesús, las mozas dan de beber al sediento, y de nuevo se anima la parábola de la Samaritana...

Es de noche cuando se escucha más diáfana e innumerable la canción de las fuentes. Pero hay una armonía que la supera. Son las guitarras pulsadas por manos varoniles, y a cuyo ritmo los jóvenes, en ronda, van dejando de puerta en puerta, el homenaje de una serenata.

Pasa la noche y la romería del amor. Amanece. ¿Adónde ir? ¿A "La Pileta del Padre"? Sea: es un manantial de aguas mágicas — según dicen las abuelas — porque en viejos tiempos, un asceta que murió en olor de santidad, bebió agua, alzándola de la fuente en el cuenco de sus manos...

Jacinto Robles le habló también del "Cerro de las Lajas" que guarda en su seno canteras de mármol rosa, blanco y verde; de "La Torrecita", un monolito de piedra azul que se alza del llano como un centinela alerta; de "La Piedra del Aguila", rodeada de fabulosa leyenda.

Y de las casas de piedra y adobe, antañonas y recias a la usanza colonial, con horcones y pilastras vestidos de glicinas y jazmines; casas con su ancho patio árabe, y en el medio la cisterna, en cuyo espejo del fondo se miran los astros y los novios.

— Todo esto está tan lejos de la civilización... — dijo Myrian Loudet. — ¿Y el alma escondida?

—La descubriremos allá—respondió Jacinto Robles.

Ambos guardaron un largo silencio. Al fin, allá, a cierta distancia, aparecieron los álamos de Achira.



"...LLEGÓ JUNTO A ÉL. LO ENLAZÓ CON SUS BRAZOS, CON SUS TRENZAS. Y LO BESÓ CON AMOR DE NIÑO..."

Era casi el atardecer. La mensajería poco a poco fué amainando la marcha. Minutos después habían llegado.

MYRIAN Loudet se fué con sus familiares y Jacinto Robles marchó a su casa. Penetró sin golpear. Y allá, bajo el corredor, junto al jazminero, encontró a su madre, rezando el rosario de la tarde. Era el momento preciso en que la anciana elevaba al cielo el ofertorio, pidiendo, en cambio, que le trajera, cuanto antes, al andariego, al tunante, al ingrato, que ella en su fe lo creía vivo, aunque todos lo daban por muerto. Y he aquí que Dios le responde en el abrazo filial del viajero.

Se le cayó el rosario de las manos; y por poco se desmaya de emoción. Pero Jacinto la reanimó sentándola en sus rodillas y cubriéndola de besos.

Al día siguiente todo el pueblo supo que el niño prodigio había vuelto, después de sus aventuras por buenas tierras. Pero había vuelto hecho hombre, modelado a martillazos por el dolor de vivir, y la inquietud de andar y conocer el mundo. Fué un desfile de hombres principales y mujeres del pueblo. Vino el señor cura; las autoridades de la villa vinieron también; y bajaron de la sierra algunos puesteros a felicitar a la dueña y al viajero.

Hasta que pasados unos días Achira volvió a su ritmo, a su vida sedante y buena; clara como el agua de los manantiales, blanca y peregrina como ese humo que al atardecer se eleva del hogar de los pastores.

Mas para Jacinto Robles había empezado una nueva vida de siembra y fecunda diligencia. Tenía confianza en sí mismo; fuerza en los brazos, aplomo en la voluntad, y su alma esa sabiduría doliente que da la vida.

Sólo el corazón parecía no estar en su centro... Porque huelga decirlo, que un extraño lazo de simpatía y mutua comprensión se había tendido entre él y Myrian Loudet.

De esta manera, no ahorró esfuerzos ni recursos para hacerle grata su estada en el pueblo. De mañana, paseos al campo en bulliciosas cabalgatas; de tarde, hacia las quintas donde se improvisaban amables tertulias; de noche, paseos a la luz de la luna. Y era entonces cuando los dos amigos, separados un poco de la caravana, se sentaban sobre una roca junto a los manantiales. Myrian se quedaba en silencio, largo rato, escuchando la canción del agua, y aspirando el perfume de la menta, de la hierbabuena, del toronjil, de los lirios silvestres.

¿Terminarían enamorándose o lo estaban ya? Jacinto Robles jamás le hablara, ni le insinuara siquiera un asunto tan serio. Y es que Myrian Loudet era una de esas criaturas que siendo cordiales, comunicativas, desenvueltas, aparecen, sin embargo, como inmunizadas para el amor. Dijérase que una cota de hierro invulnerable las preserva del divino arquero. Son las mujeres predestinadas a ser camaradas admirables, confidentes fraternales. Pero, ¡guay!, cuando en estas mujeres despierta la emoción y la pasión del amor... Entonces quieren a su hombre con sumisión y ternura de palomas, y lo defienden con fiereza de lobas.

A todo esto se iban los días. Hacía casi dos meses que Myrian Loudet, que llegara por una semana, prolongaba su estada. Poco a poco el alma del pueblo, ese secreto virtual, esa fuerza misteriosa del ambiente había ido envolviéndola como un embrujo. Y cuando una noche, sola en su alcoba, se preguntó en un rasgo de franqueza consigo misma, si esa seducción, si ese entregamiento al alma del pueblo, no era sino la fuerza del amor que despertaba en ella, tuvo un calofrío, y se rió a carcajadas para conjurar idea tan absurda.

Comenzaba noviembre. Una noche, junto a los hontanares, que esa vez elevaban más fina y honda su vieja pastoral, Myrian, de pronto, se calló. Extasiada contemplaba las fuentes llenas de estrellas. Los astros, grandes y luminosos, habían bajado a través de una atmósfera limpia y seca.

Al cabo de un rato habló:

— Esto es maravilloso, Jacinto. ¡Qué cuadro para un poeta o para un pintor! Mire usted cómo el cielo ha bajado a la tierra. Y escuche la canción del agua: parece música de Ravel...

— Pero hay una maravilla más — dijo Jacinto. — Vamos a ver las acequias que parten de las fuentes.

Allá fueron; y Myrian vió con sus ojos húmedos de emoción que las acequias eran arroyos de estrellas que se iban, mansamente, camino de las huertas y rastrojos. Su sensibilidad se había venido a flor de piel. Estaba como transfigurada, cual si un genio mágico la hubiera transportado a un país de conseja y de milagro.

Sin saber cómo, ni en qué momento, sus manos se enlazaron cordial y amorosamente. Y en (Continúa en la [illegible])

Una visión fugaz de las sierras de Córdoba



Por

JOSUE QUESADA

Ilustración de Soldati

CONFIESO que nunca me había atraído la montaña; hombre de llano, estaban habituados mis ojos a los vastos horizontes y a las lejanías sin término. Desde mi adolescencia, la emoción de la llanura constituyó para los entusiasmos juveniles el mejor halago. Era la vieja estancia de los abuelos, donde cada verano un bullicioso enjambre de primos y de primas, llenábamos de rumores las viejas alamedas, los caminos polvorientos y el pastizal espeso de los montes. Poco a poco, la pampa se fué infiltrando en mi sensibilidad, y eran entonces las madrugadas grisáceas que me sorprendían en los grandes rodeos, convertido en un centauro, jinete audaz en un redomón arisco. Y luego, la vida trashumante del resero, filósofo de la nada, que iba magullando recuerdos entre el balido de la tropa en marcha. La pampa ardiendo de sol, la pampa en la hora postrera del atardecer, tenía para mí la fuerza de un encanto enorme. Y la amaba con el íntimo recogimiento, con la sincera unción con que se aman las cosas que están en nosotros mismos, y que reflejan en nuestras pupilas el gozo de vivir.

FUÉ más tarde el mar; el mar siempre igual y siempre distinto, según lo definió un poeta. Era también como la pampa, la inmensidad tendida bajo la otra inmensidad. Y como ésta era azul y era gris; y, a veces, cuando las nubes viajaban llevando su presagio de tormenta, el mar era hosco también y rebelde. Entre las rocas de la orilla, su fragor era como la voz de la propia naturaleza. Frente al mar embravecido sentía mi pequeñez de insecto; en cambio, cuando bajo el sol las pequeñas olas rizadas eran como escamas brillantes, yo parecía ceder a una sugestión inexplicable, y quedaba allí horas y horas aislado en mí mismo, más cerca del cielo que de la tierra.

El mar, en sus noches de luna, en esas noches cálidas de febrero, en que no sopla la brisa, adquiría la extraña visión de un astro. Noches para sentirse enamorado y buscar en la soledad de la hora el silencio propicio. Noches en que el espíritu se ensancha para anidar languideciente en la amplitud del cuadro. Noches de seda, blancas como las almas.

HAN pasado veinte años. Desde entonces acá, aquella envoltura romántica ha ido quedando hecha jirones en el largo camino. Y no creía posible que de nuevo pudiera despertar en mí la sensibilidad del éxtasis.

Y fué en las sierras de Córdoba, hace pocos meses, donde el milagro llegó. Era una mañana luminosa del último invierno. Había dejado a Buenos Aires sumido en la densidad de su niebla desagradable y húmeda, y había amanecido en Córdoba bajo un sol diáfano y radiante.

El tren había comenzado a penetrar en las primeras derivaciones de la serranía, y el cuadro era ya como una fiesta de la Naturaleza. La montaña era alegre, verdes las praderas, cristalina el agua de los ríos, imponente la grandiosidad del panorama. El aire era como una leve caricia y en cada ráfaga un perfume penetrante y agradable me saturaba de selva. Y a medida que en el serpentear impresionante el tren se iba arrastrando por la falda de los cerros, el espectáculo iba ganando en variedad y en belleza. De pronto, el río aparecía allá abajo tumultoso y violento, marcando con la blancura de su espuma los saltos de sus caídas. Junto a él, en una inclinada reverencia, los grandes árboles, en su permanente primavera, como si de este modo quisieran expresar su gratitud a la corriente que pasa besando sus raíces.

La máquina corría ahora bordeando con ínfulas la margen del gran lago San Roque, como si quisiera hacer un alarde de su potencia. Pero, en seguida, la montaña se oponía otra vez y era un resoplar jadeante el ascenso de la cuesta. Iban quedando atrás las estaciones, y los ojos pasaban de asombro en asombro.

Bajo el sol de oro, la montaña y los valles semejaban una fantástica decoración de colores. Riqueza de matices, extraordinaria variedad de tonalidades en todos los verdes, en los grises, en los azules, en los amarillos.

Cada rincón, cada nuevo aspecto era un cuadro que presentaba valores inconfundibles. Un pintor sinceramente enamorado de su arte, fuera capaz de enloquecer frente a aquel desenfrenado desborde de la Naturaleza. Porque al pronto era un rancho limpio y blanco que en primer término absorbía toda la atención; y era en seguida un fondo de azul intenso y maravilloso con que la bruma lejana había puesto su pincelada sutil en la esmeralda de la sierra. O era en el valle un conjunto de cabras que semejaban estar pintadas sobre la alfombra de la pradera exuberante que dividía en dos el hilo de plata de un pequeño curso de agua que corría entre las piedras.

Si se miraba hacia lo alto, el azul era de una nitidez tan brillante, que el cielo parecía de cristal; en grandes giros, un águila planeaba sin fatiga y era como el símbolo de la serenidad en aquel día triunfal.

La montaña se me había metido de golpe en el alma. Sentí en el momento que su belleza me había cautivado sin darme tiempo a reaccionar. Estaba como bajo la sugestión de una borrachera de emociones, absorto en la ventanilla del tren, ávidos mis ojos, palpitante mi corazón...

DESPUÉS..., ¡oh!..., después... Cuando se ha rodado por los caminos maravillosos, cuando la sucesión de panoramas forman en el pensamiento una revolución calidoscópica, cuando cada detalle recogido en el andar incesante se reproduce en el recuerdo, las montañas de Córdoba son aun más hermosas, son mayores sus encantos, más luminosos sus días, más diáfana la atmósfera, más dulce su clima, más riente su campiña...

Y es entonces cuando la pampa resulta un erial desolado y triste, y el mar un vencido que protestara en lamentos su eterna impotencia contra la madre tierra.



EL TURISMO SERRANO Y EL PROBLEMA ECONOMICO

Muchas personas suponen que ir a las Sierras de Córdoba a pasar unos días, es empresa que exige una fortuna. Y no hay tal cosa. El siguiente cuadro da idea de la verdad y permitirá a cualquier lector adoptar el presupuesto que más le convenga:

ALTA GRACIA (585 metros sobre nivel del mar)

Incluído el hotel y los boletos de ferrocarril de ida y vuelta, con cama de ida:

UNA SEMANA	En hotel de lujo	En hotel familiar
Una persona	$ 215.—	$ 145.—
Dos personas	„ 358.—	„ 260.—

LA CUMBRE (1.144 metros sobre nivel del mar)

Incluído el hotel y los boletos de ferrocarril de ida y vuelta, con cama de ida:

UNA SEMANA	En hotel de lujo	En hotel familiar
Una persona	$ 210.—	$ 161.—
Dos personas	„ 390.—	„ 292.—

LA FALDA (936 metros sobre nivel del mar)

Incluído el hotel y los boletos de ferrocarril de ida y vuelta, con cama de ida:

UNA SEMANA	En hotel de lujo	En hotel familiar
Una persona	$ 207.—	$ 172.—
Dos personas	„ 377.—	„ 300.—

LOS COCOS (1.020 metros sobre nivel del mar)

Incluído el hotel y los boletos de ferrocarril de ida y vuelta, con cama de ida:

UNA SEMANA	En hotel familiar
Una persona	$ 161.—
Dos personas	„ 292.—

MENDIOLAZA (565 metros sobre nivel del mar)

Incluído el hotel y los boletos de ferrocarril de ida y vuelta, con cama de ida:

UNA SEMANA	En hotel familiar
Una persona	$ 140.—
Dos personas	„ 280.—

VALLE HERMOSO (1.020 metros sobre nivel del mar)

Incluído el hotel y los boletos de ferrocarril de ida y vuelta, con cama de ida:

UNA SEMANA	En hotel familiar
Una persona	$ 193.—
Dos personas	„ 314.—

VILLA "CARLOS B. PAZ" (400 metros sobre nivel del mar)

Incluído el hotel y los boletos de ferrocarril de ida y vuelta a Cassaffousth, con cama de ida:

UNA SEMANA	En hotel familiar
Una persona	$ 150.—
Dos personas	„ 330.—

HUERTA GRANDE (981 metros sobre nivel del mar)

Incluído el hotel y los boletos de ferrocarril de ida y vuelta, con cama de ida:

UNA SEMANA	En hotel familiar
Una persona	$ 215.—
Dos personas	„ 399.—

CAPILLA DEL MONTE (990 metros sobre nivel del mar)

Incluído el hotel y los boletos de ferrocarril de ida y vuelta, con cama de ida:

UNA SEMANA	En hotel familiar
Una persona	$ 164.—
Dos personas	„ 326.—

YACANTO (540 metros sobre nivel del mar)

Incluído el hotel y los boletos de ferrocarril de ida y vuelta, con cama de ida:

UNA SEMANA	En hotel familiar
Una persona	$ 196.—
Dos personas	„ 354.—

ASCOCHINGA (650 metros sobre nivel del mar)

UNA SEMANA	En hotel de primer orden
Una persona	$ 208.—
Dos personas	„ 371.—

Incluído el precio del boleto.

RIO CEBALLOS (600 metros sobre nivel del mar)

Incluído el hotel y los boletos de ferrocarril de ida y vuelta, con cama de ida:

UNA SEMANA	En hotel familiar
Una persona	$ 148.—
Dos personas	„ 287.—

UNQUILLO (570 metros sobre nivel del mar)

Incluído el hotel y los boletos de ferrocarril de ida y vuelta, con cama de ida:

UNA SEMANA	En hotel familiar
Una persona	$ 138.—
Dos personas	„ 257.—

Incluído el precio del boleto.

VILLA ALLENDE (495 metros sobre nivel del mar)

UNA SEMANA	En hotel familiar
Una persona	$ 133.—
Dos personas	„ 239.—

Incluído el precio del boleto.

MINA CLAVERO (900 metros sobre nivel del mar)

UNA SEMANA	En hotel de lujo	En hotel familiar
Una persona	$ 217.—	$ 179.—
Dos personas	„ 390.—	„ 355.—

Incluído el precio del boleto.

JESÚS MARÍA (591 metros sobre nivel del mar)

UNA SEMANA	En hotel familiar
Una persona	$ 1[illegible]0.—
Dos personas	„ 244.—

Incluído el precio del boleto.

LA CALERA (487 metros sobre nivel del mar)

Incluído el hotel y los boletos del ferrocarril de ida y vuelta, con cama de ida:

UNA SEMANA	En hotel familiar
Una persona	$ 130.—
Dos personas	„ 250.—

PARA LLEVAR EL AUTOMOVIL

FERROCARRIL CENTRAL ARGENTINO

A las personas que se trasladen de Retiro por la línea del F. C. C. A. hasta Córdoba, Alta Gracia, Río Segundo o Pilar, para pasar una temporada en las sierras, haciendo uso de cuatro boletos de numeración corrida, de ida y vuelta, se les concederán las tarifas especiales que a continuación se indican por el flete de IDA y VUELTA de los automóviles que llevan consigo.

I. — Automóviles con destino a las estaciones Córdoba, Alta Gracia, Río Segundo y Pilar:

Precios, en moneda nacional de curso legal, por cada coche suelto.

Peso efectivo de los automóviles	De RETIRO Ida y Vuelta
Hasta 1.000 kilos	$ 200.—
De 1.001 a 1.400 ks.	„ 250.—
De 1.401 ks. y arriba	„ 300.—

FERROCARRIL CENTRAL CORDOBA

A las personas que se trasladen de Retiro por la línea del F. C. C. C. hasta Córdoba, Alta Gracia, Río Segundo o Pilar, para pasar una temporada en las sierras, haciendo uso de cuatro boletos de numeración corrida, de ida y vuelta, se les concederán las tarifas especiales que a continuación se indican por el flete de IDA y VUELTA de los automóviles que llevan consigo.

I. — Automóviles con destino a las estaciones Córdoba, Alta Gracia, Río Segundo y Pilar:

Precios, en moneda nacional de curso legal, por cada coche suelto.

Peso efectivo de los automóviles	De RETIRO a CÓRDOBA Ida solamente
De 1.000 a 1.700 ks.	$ 184.75
Cada 1.000 ks. más	„ 42.—

FERROCARRIL BUENOS AIRES AL PACIFICO

Las personas que se trasladen por la línea de esta Empresa de Retiro, Mercedes, Rawson, Chacabuco, Junín, Alberdi, Rufino y Laboulaye a las estaciones Achiras, Concarán, Pisco Yacú, Tilquicho, Conlara, Kilómetro 25 (Los Cerrillos) y Villa Dolores, haciendo uso de boletos de ida y vuelta o de los determinados en la tarifa Nº 20, gozarán del 50 % de rebaja sobre las tarifas ordinarias íntegras en el transporte de ida y vuelta de los automóviles que lleven consigo.

Las familias que viajen con un mínimo de cuatro boletos enteros de numeración corrida, o su equivalente entre medios y enteros, podrán llevar con la rebaja indicada un automóvil de cualquier tipo que la Empresa considerará a los fines del aforo en la categoría de los livianos de mil kilos de peso efectivo.

En todos los casos se cobrará como flete mínimo por el viaje de ida y vuelta $ 120.00 % por cada automóvil.

VIAJE EN AUTOMOVIL ENTRE BUENOS AIRES Y CORDOBA

El señor Máximo A. F. Armesto, miembro de la Comisión de Carreras del Automóvil Club Argentino, que en distintas oportunidades ha realizado el trayecto entre Buenos Aires y Córdoba, nos suministra el siguiente cálculo sobre el costo del viaje en automóvil:

"En la primera etapa, de Buenos Aires a Rosario (386 kilómetros, 500 metros) el consumo aproximado de un coche chico (Ford, Chevrolet, Rugby, etc.) es de 70 litros de nafta, a 20 centavos el litro. Este precio es uniforme en toda la república, con excepción de algunos municipios que gravan la nafta con un impuesto. En la ciudad de Córdoba el impuesto es de dos centavos por litro.

GASTOS DE LA PRIMERA ETAPA

70 litros de nafta a 20 cts.	$ 14.— %
1 lata de aceite	„ 4.70 „
TOTAL:	$ 18.70 %

El gasto de la segunda etapa es el mismo, aproximadamente, por ser igual la distancia que separa la ciudad de Rosario de Córdoba (387 kilómetros, 300 metros).

Primera etapa, gastos	$ 18.70 %
Segunda „ „	„ 18.70 „
TOTAL:	$ 37.40 %

El consumo de un coche grande es, aproximadamente, de 95 litros de nafta por etapa, a 20 centavos el litro.

Gastos de ambas etapas, incluyendo dos latas de aceite de $ 4.70 c/u.	$ 47.40 %

A las sumas invertidas en gastos de nafta y aceite, se deben añadir las que ocasionan los almuérzos, comidas, alojamiento, etc., que varían según los gustos y las posibilidades de cada turista.



Recuerdo serrano

(CUENTO)

Por JUSTA DIAZ DE VIVAR

Ilustración de Elsie Peek

DOÑA Elisea!... ¡Doña Elisea!... —grité desde la carretera. —¡Doña Elisea! —insistí con toda la fuerza de mis pulmones. .

Nadie contestó a mi llamado. El eco de mi voz se repitió a lo lejos, en la silenciosa paz de la mañana, y se perdió entre las piedras y las aguas.

La carretera que se prolonga indefinidamente, lisa como la palma de la mano, blanca, dura, limpia; que unas veces asciende y otras se dobla violentamente a la izquierda o a la derecha, angostándose a medida que se aleja, está desierta y callada.

La población serrana es dormilona. Los veraneantes se nutren con sueño reparador y tonificante. Los lecheros vienen pasito a paso de "Pastos Blancos", de "La Estancita", de "Salsipuedes" y de los innumerables rinconcitos poblados. Los álamos forman unas veces margen al camino. Otras, los inmensos sauces que se doblan amorosos, acariciadores, meciendo suavemente sus ramas, como si quisieran dar a la tierra y a los hilitos de agua saltarines el amparo de su sombra, el rumor de sus hojas, el canto de las aves que anidan en la espesura de su fronda. Las casitas de veraneo con nombres llamativos en letreros azules están calladas. Los ranchos con techo de paja, sombreados por sus enormes higueras, gloria de la tierra y bendición de Dios por la abundancia de sus frutos, comienzan a dar señales de vida. Un niño busca la vertiente para lavarse o beber. Una mujer ordeña una cabra o abre el corral para que suban alegremente a "la loma", detrás de "la madrina", donde encuentran rocas, pasto tierno, agua fresca y libertad. Una brisa fresca, tonificante, con olor a menta y a tomillo y a las innumerables hierbas aromáticas y medicinales que cubren las sierras, llega embriagadora. Desde el atardecer hasta las primeras horas de la mañana la temperatura desciende, aunque el sol de mediodía vuelque sus ardores sobre la población serrana.

El rancho de doña Elisea, edificado en un bajo, mucho más bajo que la carretera, y al que se llega descendiendo seis o siete escalones naturales, parece dormido, aunque se sienten voces apagadas.

Apareció su dueña, bondadosa y amable.

—Vengo a pedirle, doña Elisea, que me venda su "rey del bosque".

Una sonrisa enigmática entreabrió sus labios descoloridos.

A sus ojos asomó un destello de tristeza o de pena.

—No, señor—respondió resuelta y respetuosa.—Es nuestro compañero y la alegría de mis hijos... Oiga, señor, cómo canta... ¿Lo siente?... Lo agarramos chiquito. Mi marido lo sacó del nido, pelado, feíto, allá, muy lejos, adonde fué por leña. Lo criaron mis hijos, y viese usted cómo lo quieren, cómo lo miman. Come con ellos su pan... cuando lo tienen; un poquito del maíz del locro y las semillas del zapallo que los sustenta. Cuando maduran los higos, son para él los mejores y más jugosos. Cuando las uvas asoman entre las hojas sus granos violáceos, los chicos se trepan y escogen para él las más grandes y más dulces. Y viese cómo le gustan los "piquillines" que los chicos recogen. Cuando yo coso a la sombra del parral, acompaña con su música el canto de mi máquina... Sí, señor; tiene razón, el canto al trabajo y a la paz... Dos veces se escapó..., y las dos volvió, buscando la jaulita que lo vió emplumar, que lo vió crecer poquito a poco... No me lo pida, señor; es la alegría de mi rancho, la voz que me despierta cuando asoma el sol allá, detrás de aquellas sierras...

Y como si el animalito comprendiera su valor moral en ese pobre hogar, comenzó su canto suavecito, melodioso, que fué elevando poco a poco dulcemente. Su cabecita levantada, erguida, parecía seguir el ritmo de la música. Sus notas claras, musicales, subían de tono, y parecían descendidas de lo alto y confundidas con la luz, con el color, con la paz y la belleza indescriptible de las sierras.

Es el "rey del bosque" un avecita maravillosa de Córdoba, tan necesaria y compañera de las familias serranas como las cabras y los cabritos que las proveen de leche y carne, inseparable de las poéticas viviendas como los "tordos" de los ranchos del Chaco, y los cardenales y los zorzales de los de Corrientes. Es su orgullo en su humildad y es parte de la familia; comparte su pobreza o su abundancia. Ve crecer a los hijos y envejece con ellos. Su plumaje negro y oro, su fácil acomodo a la prisión, que a otras aves mata, y, sobre todo, su canto maravilloso, hace el encanto de los turistas y veraneantes.

Una semana escasa dejé pasar, y volví. El pajarito me atraía, y no quería regresar sin él.

—Se lo venderán, señor—me dijo una vecina.—Están muy atrasados... El marido no trabaja, está enfermo... Sufren privaciones...

Llamé:

—¡Doña Elisea!...

Apareció la serrana. La expresión de su rostro era más triste. Su cuerpo más enjuto. Con el tono más acariciador y amable, pregunté:

—Definitivamente, ¿no me vende su "rey del bosque"?... ¡Sea buena!... Usted puede recoger y criar tantos!... Vive en las sierras y... yo no volveré.

Acentuóse aun más su tristeza. Indecisa y mortificada, miró a sus hijos... Les faltaba el pan. Miró luego la jaula con amor. Sus niños la rodeaban. Unos la tomaban de la mano, otros de la falda... La miraban suplicantes.

—¡Mama!... ¡No lo venda, mama!... ¡No, mama!—insistían a una voz.

El pajarito saltaba alegremente de un palito al otro. Subía un granito en su pico grande y corvo, y como embriagado de amor a la luz, a la sombra del rancho, a la soledad de las sierras y a la paz de esa pobreza; como si comprendiera el cariño que le profesaban y la lucha sorda entre el amor de la madre a los hijos y el deseo de conservarlo; como si presintiendo su destierro definitivo pidiera gracia, dando un adiós a las brisas perfumadas que jugaban en las ramas, al sol que goteaba su oro entre las hojas, a las aguas azules de su río Ceballos, al susurro indefinido de los álamos y los sauces plumosos, gigantescos, elevó mucho más aún su canto, multiplicó sus gracias y entremezcló a las transparencias azules de la atmósfera la armonía de su voz.

Doña Elisea miró enternecida al pajarito.

—Y, bueno, señor... Pero cuídelo y quiéralo mucho... Llévaselo, hija...

La niña mayor tomó la jaulita. Una lágrima brilló en sus ojos. Con obediencia pasiva me siguió sin abrir los labios. Los otros doblaron la cabeza, arrimaditos, pegaditos a la madre.

—Tenga cuidado, señor, al sacarlo de la jaula. Cuando desconoce, pica la mano del que lo toma, y sangra.

....

El "rey del bosque" vive feliz. A veces pienso que añora sus sierras o su rancho amigo, porque su canto es triste. Cuando saluda al sol que tiñe de fuego el horizonte en las mañanas templadas de primavera, elevo mi pensamiento a Dios y bendigo su grandeza, su infinita bondad que puso al hombre en su camino las flores y las aves para alegrar su vida. Y cuando me canta al pasar, o me pide con su gorjeo la hojita de lechuga o el pedacito de fruta que le muestro, le prodigo una caricia en nombre de los niños que lo criaron con amor y lloraron por él.

EL ANTIGUO SEÑOR DE LAS SIERRAS

EL silbido de la locomotora y el "clakson" de los automóviles turistas que recorren los caminos de la sierra ahuyentaron al puma, legítimo señor de esa región abrupta. Pero no ha desaparecido la especie. Basta alejarse de los centros de población para contemplar en los ranchos serranos, como trofeo de caza, el cuero de un puma auténtico que pagó con la vida sus incursiones por la majadita y por el gallinero.

Es uno de los animales más curiosos de la fauna argentina, por las leyendas tejidas a su alrededor, una de las cuales pretende que el puma "jamás ataca al hombre", antes bien se constituye en su protector. Por eso el gaucho solía llamarle "amigo del cristiano".

—¿Qué hay de verdad sobre el puma?

Trataremos de reunir aquí las nociones más autorizadas sobre el puma, en estado salvaje y sus relaciones con el hombre, origen de tantas fábulas y narraciones extraordinarias.

Es el puma animal troglodita, cuando la naturaleza le brinda cuevas naturales. Por eso, en las sierras forma su guarida predilecta en las regiones pedregosas con grandes monolitos sueltos, con grutas o simples cavidades que le resguarden.

Allí suele irse en su busca, pero inútilmente, porque el animal precavido, al oír desde lejos los pasos, se aleja y desaparece. Pero se encuentra tibia la cama de tierra de sus largas siestas diurnas. Por el rastro suele reconocerse la que fué alcoba de cachorros, los que son alimentados con pequeños roedores, cuises y tucotucos que la madre puede cazar a pocos metros de la cueva.

Huye el puma prudentemente del hombre, pero si la fuga es demasiado visible, se queda echado e inmóvil tras el arbusto o la piedra para pasar inadvertido. Una vez descubierto, no huye a grandes distancias; busca siempre con empeño otro arbusto u otra piedra donde guardar la espalda, y si es alcanzado allí, no salta con ese movimiento tan característico del tigre de Bengala y del jaguar, sino que queda sentado con el tren posterior y con los miembros anteriores listos para dar rápidos manotones; el cazador nativo, teniendo en la mano y fija una boleadora, los mata a golpes en el cráneo con la otra bola que sigue el movimiento de la honda, y esto apenas a dos metros de distancia. Y si el indígena no tiene la sangre fría suficienta para matarlo así, le tira desde el caballo su lazo a la cabeza y sigue al trote: el animal se resiste no sólo con el peso bruto de su cuerpo, sino con la fuerza de todas sus garras clavadas en la tierra, y de esta manera se ahorca. No es animal feroz tal como el jaguar; más bien es de un carácter dulce, juguetón, como lo demuestra cuando, cazado de cachorro, es criado entre la gente; aun no enseñándole nada se domestica muy bien, es alegre, toma cariño a los que conoce, muestra más inteligencia que un gato doméstico común y le renacen los instintos salvajes y crueles sólo en el momento en que come. Dicen que en libertad es feroz y ataca al hombre cuando la hembra tiene cría pequeña, pero esto es excepcional.

El puma no tiene enemigos entre los animales y de la lucha con ellos siempre sale vencedor, menos en raros casos, cuando una coz bien aplicada de una yegua o una cornada de una vaca madre lo deja muerto en el suelo, lo que es rarísimo. El único y formidable enemigo es el hombre, el cual en el desierto hace con él contadas víctimas, pero en las campañas pobladas por muchas haciendas, sobre todo las lanares, es buscado con ahico por medio de perros, y muere envenenado cuando a la noche siguiente de una gran matanza en un redil de ovejas, al volver a buscar la presa que dejó enterrada, muere allí sobre ella, pues el hombre la ha saturado con estricnina. El puma de mayor talla puede pesar aproximadamente 60 kilos, y mide desde el hocico hasta la punta de la cola, 1,30 metros.

Los primeros viajeros españoles que al llegar a América vieron un puma, lo llamaron león, aunque sin melena, y mucho más pequeño que los verdaderos leones, y desde entonces león se le llama, con notoria impropiedad, en toda la América latina. Sin embargo, aparte del color, que, en efecto, se acerca algo al del rey de los animales, nada de éste tiene el puma: ni las costumbres, ni el vigor, ni la ferocidad. En cambio, todas esas fábulas que se cuentan acerca de la supuesta nobleza leonina, aplicadas al puma nada tendrían de increíbles. Mientras que son contados los casos en que un puma ha atacado al hombre, las ocasiones en que le ha servido de defensor han sido muchas.

Una vez, un grupo de treinta cazadores iban a caballo por la pampa, de regreso de una caza de avestruces, cuando advirtieron que faltaba uno de ellos. Regresaron en su busca y lo hallaron tendido en el suelo, con una pierna rota. Contó que, poco después de la caída de la noche, un puma se había acercado a él y luego se echó tranquilamente a su lado. El animal permaneció algún tiempo en actitud como de vigilante reposo; al cabo de un rato manifestó agitación, se levantaba e iba y venía, hasta que desapareció. Un instante después oyó el herido el rugido del jaguar. Pronto apareció éste, y el hombre se sintió perdido. Pero el animal se detuvo como aguardando otra presa. Casi en seguida apareció el puma, y las dos fieras se trabaron en lucha. Huyó el jaguar, pero volvió varias veces, y siempre halló a su adversario dispuesto a la pelea. Así hasta el amanecer, en que los dos animales desaparecieron. De aquí que creyera que el puma se había constituído en su guarda y lo salvara del jaguar.

Boddam Whetham refiere que un leñador quedó muy sorprendido, una noche que entraba en su choza, al sentir frotarse en su pierna el cuerpo de un animal. Se inclinó y vió, con el susto consiguiente, a un puma que, con la cola en alto y ronroneando, se deslizaba recostándose en la pierna del hombre, a manera de un gato y luego se echaba al suelo, como queriendo jugar. El leñador le amenazó con un palo y el animal huyó.

Por lo demás, hay en nuestra historia una significativa leyenda a tal respecto. En 1536, los españoles establecidos en Buenos Aires tenían que sostener luchas terribles con los indos, quienes sitiaban por hambre a los pobladores. Algunos sitiados prefirieron fugar al campo antes de perecer. Por temor a los espías y para acabar con ellos, el gobernador de la plaza ordenó, bajo pena de muerte, que nadie saliese de ella durante la noche; y como una pobre mujer, llamada Maldonada, quebrantase la orden, la condenó a ser atada a un árbol en el campo y abandonada a las fieras. La atroz sentencia

(Continúa en la pág. 152)



Dibujo de Pedro Roca

Álamos de Córdoba

Por RAFAEL ALBERTO ARRIETA



¡Álamos de Córdoba!,
pastores de acequias,
sonoros y fúlgidos
al viento y al sol,
fieles atalayas
de nubes y estrellas,
columnas de plata
de los plenilunos,
¡acoged el nido
de mi corazón!

El VII Gran Premio Audax Córdoba

La carrera automovilística que se realizará pasado mañana, 19 de octubre



El distintivo de la gran carrera.

PASADO mañana, en el circuito Córdoba, que comprende los caminos La Tablada, Argüello, Villa Allende, Kilómetro 14 y Recta de Martinolli, o sea un total de 18.050 metros, se correrá el VII Gran Premio Audax Córdoba, que es uno de los que más vienen interesando a los deportistas por las dificultades que su obtención presenta. La prueba consiste en cumplir veintiocho vueltas, con un recorrido total de 505 kilómetros 400 metros.

Puede decirse que durante el desarrollo de la carrera, toda Córdoba se vuelca en los lugares estratégicos del recorrido. Desde la víspera, en autos, coches, carros y otros vehículos, la multitud se lanza a la conquista de esos lugares, ansiosa de no perder detalle de la lucha que, poco después, sostendrán, sobre la carretera, los audaces volantes. Tal resulta una verdadera fiesta el acontecimiento. Se improvisan campamentos a lo largo del camino. Se aprovechan las más breves alturas para plantar carpas y tiendas a ambas orillas de la carretera cuya distancia devorarán más tarde las máquinas perfectas. Se aguarda, en fin, ansiosamente. Y la noche que transcurre, oreada por el aire puro de la recientemente nacida primavera, es una de las que más gratamente se recordarán después durante todo el año.

Entretanto, los mejores volantes del país, se entregan al reposo para, al día siguiente concurrir, bien templados los nervios, a la magna prueba. No es necesario citar nombres. Digamos, tan sólo, que el primer premio de la carrera fué ganado el año 1928 por Eduardo Estanguet y el año 1929 por Carlos Zatuszeck.

Y ya que hablamos del primer premio digamos en qué consisten ése y los demás de que está dotada la carrera a que nos referimos.

El primer premio consiste en la copa challenger "Carlos Natalio Botana", donada por la señora Salvadora Medina Onrubia de Botana y seis mil pesos en efectivo; el segundo, en tres mil pesos; el tercero, en dos mil; el cuarto, en mil; el quinto, en quinientos y el sexto, en trescientos. Como se ve es una prueba muy bien dotada.

Además de esos premios, que son los oficiales, están los que suelen donar las altas autoridades provinciales y que varían todos los años.

La carrera se larga a las diez, y en pelotón: es decir, que todos los competidores salen a la vez.

Luego, en la carretera serrana, es el trueno de los motores y el vértigo de las ruedas, ante los ojos de millares de personas que se han congregado para presenciar la interesante justa deportiva.

Se cometería una verdadera injusticia si, al tratar este asunto, no se hablara de la asociación que patrocina la carrera. Es ésta la Asociación Sportiva Audax Córdoba (sociedad civil), y fué fundada el 14 de noviembre de 1914, con objeto de fomentar el deporte en todos sus aspectos: football, ciclismo, tennis, motociclismo, automovilismo, etc. Llegó hasta a propiciar un mitín de aviación que tuvo efecto en el Aero Club de Córdoba, en 1925, y que reunió a aviadores de talla, como Luro, Duggan, Sguazzini y otros que llegaron de todo el país. También suele organizar exposiciones de automóviles, habiéndose realizado bajo sus auspicios el Primer Salón del Motor en Córdoba. Este salón tuvo gran éxito. Y contó con la concurrencia de las marcas más conocidas. Se realizó también en 1925, durante la llamada Quincena Sportiva.


Espléndida vista aérea del Circuito Córdoba en que se disputará la magna prueba de pasado mañana con la intervención de los más destacados volantes del país. A la derecha se ve el camino a Argüello en su articulación con el camino de la Recta de Martinolli, que sale inmediatamente a la izquierda.

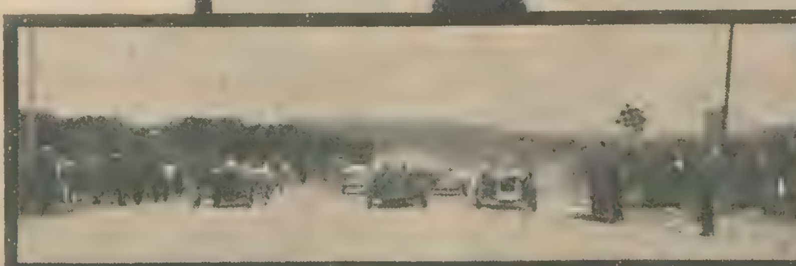
En la actualidad la comisión directiva de la asociación está compuesta por los siguientes caballeros: presidente, Arturo Butori; vicepresidente, Victorio Pinzani; secretario, Eulalio Soria; prosecretario, Arturo L. Costa; tesorero, Ramón Madariaga; protesorero, Marcelo Martínez (hijo) y vocales, H. Bazán Leal, Miguel Sancho (hijo), Pablo Lobos, Guillermo Odoricio, Antonio Odicio y Domingo Sibona.

A los esfuerzos de estos caballeros se deberá el que la gran prueba de pasado mañana se desarrolle en medio de la mayor expectativa. No han escatimado, es verdad, ni tiempo ni entusiasmo para darle a esa prueba el magno significado deportivo que debe tener y, sobre todo, para atraer sobre ella la atención del país.


Ernesto Bossola, que en 1929 ganó la carrera de Fuerza Limitada con coche Whippet.

Ya mañana, en los caminos de La Tablada o de Villa Allende, en Argüello o en la Recta de Martinolli, los espectadores impacientes aguardarán el momento de la carrera. Pernoctarán bajo el cielo bonancible de la serranía, y cuando el primer rayo de sol transponga las cumbres cercanas, ya estarán de pie para esperar la disputa del gran premio.


El público contempla los autos momentos antes de ser largado el Gran Premio Audax del año 1929.


Largada de la carrera de Fuerza Limitada, que se disputó en 1929.

Más tarde en la bien cuidada carretera los audaces volantes lanzarán sus vehículos en vertiginosa velocidad. El nombre de cada uno de ellos estará sucesivamente en labios de la multitud. Y la plena emoción será cuando en pugna magnífica, los corredores mejor colocados traten de sacarse ventaja.

El clamor del público irá subiendo de punto. Y por último, los más próximos a la meta contemplarán entre atronadores vítores la llegada del vencedor.


El volante Carlos Zatuszeck, que se clasificó primero en el Gran Premio Audax del año pasado.

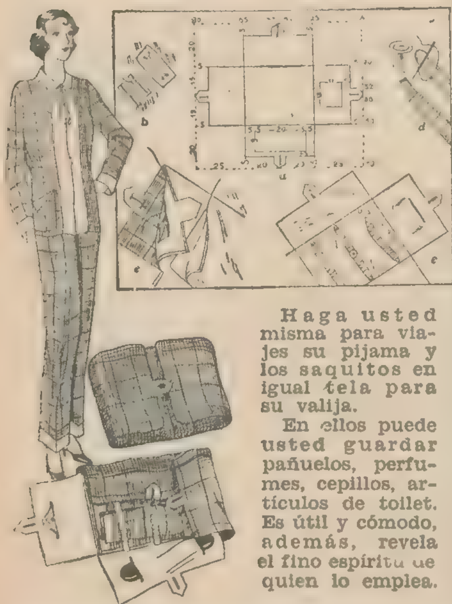
LUTZ, FERRANDO Y CIA.



Córdoba, la serrana, habrá dado una nueva nota deportiva de alto valor. La Asociación Sportiva Audax verá satisfechos sus deseos y compensados sus desvelos y una nueva proeza habrá quedado estampada en la historia del automovilismo nacional, que con tantos héroes cuenta y que tan pródiga es ya en hechos gloriosos y en sacrificios de toda naturaleza, no obstante lo relativamente breve de su vida.

La página para la casa

SEÑORA:



Haga usted misma para viajes su pijama y los saquitos en igual tela para su valija.

En ellos puede usted guardar pañuelos, perfumes, cepillos, artículos de toilet. Es útil y cómodo, además, revela el fino espíritu de quien lo emplea.

Charlas sobre urbanidad

DE LAS REGLAS QUE DEBEMOS OBSERVAR EN LA CASA DONDE NOS HOSPEDAMOS

**** Si los dueños de casa donde nos hospedamos se han olvidado de proveernos de algunos muebles que necesitemos en nuestra habitación, evitemos el pedirles los que no nos sean del todo imprescindibles, prefiriendo siempre comprar aquellos que, por su pequeño volumen, no han de llamar su atención, y pueda entenderse, en todo caso, que hemos llevado en nuestro equipaje.*

**** Procuremos hacer nosotros mismos, o por medio de nuestros criados, todo aquello que no haga absolutamente indispensable la intervención de las personas de la casa.*

**** Tributemos un respeto sin límites a los usos y costumbres de la casa en que estamos.*

**** Tratemos con dulzura a los criados de la casa, y manifestémosles siempre nuestro agradecimiento por los servicios que nos presten.*

**** Al despedirnos de la casa, es muy propio y decente que les hagamos algún presente, sin excluir a aquellos a quienes haya tocado el servirnos.*

**** Luego que hayamos regresado al lugar de nuestra residencia, aprovecharemos la primera oportunidad para escribir, a los amigos que nos hospedaron, una carta muy afectuosa y llena de expresiones de agradecimiento.*

**** Las personas de buena educación, donde se encuentren hospedadas, siempre procuran no hacerse molestas, ni llevar sus exigencias más allá de lo que es justo y necesario.*

Por consiguiente, cuando es la amistad la que las recibe en su seno, sus atenciones son mucho más exquisitas, y en su manera de conducirse tan sólo respiran el deseo de corresponder al obsequio que reciben y de dejar agradables recuerdos en todo el círculo de la familia de que, puede decirse, han formado parte.

MARUJA.

CONSEJO IMPORTANTE PARA PREPARAR SANDWICHES

Los sandwiches son mucho más sabrosos si no se pone el pan en proporción desmedida. La miga es poco digestiva. En cambio deben tener mucha manteca.

Deben hacerse, pues, a la inversa de los que generalmente se compran.

Sandwiches de queso y nuez. — Se pisa la nuez, sin cáscara, en un mortero, se le agrega en parte igual queso parmesano, rallado, se une con crema de leche y se untan con esta pasta los sandwiches previamente enmantecados.

Sandwiches de berro. — Para media docena de sandwiches se pica un huevo duro, se remojan los berros en aceite y vinagre, se cortan un poco para que queden chatos y se ponen junto con el huevo picado entre el pan previamente enmantecado.

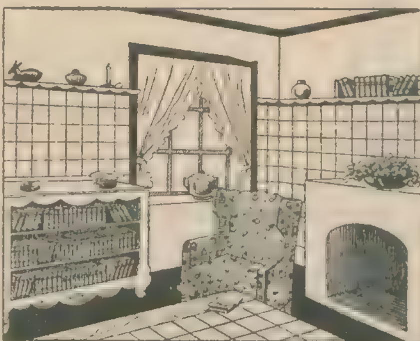
COMEDOR DE CAMPO

En el campo el comedor presentará un carácter más sencillo que en la ciudad. Los muebles de maderas preciosas y con demasiados adornos no son los que convienen, pues aquí resultarían ridículos.

Vuestros esfuerzos tendrán que dar a esta pieza un aspecto alegre y muy cómodo; que ella sea agradable a toda hora del día, después de un partido de tennis, a la vuelta de un paseo, cuestión de que al venir podamos tomar cualquier refrigerio con placer.

Que el tiempo que uno se detiene a tomar un restaurador de fuerzas, el cuadro que ofrezca a nuestra vista sea amable dentro de su simplicidad.

Pocas cosas son suficientes para amueblarlo, pero vosotras emplearéis las alegres cretonas floreadas, los tules rústicos, los yutes de colores y el decorado estará lleno de frescura. Luego el conjunto rústico se completa con género a cuadritos, verde sobre fondo amarillo, tapizando las paredes hasta una cierta altura, ajustándolo debajo de una repisa que correrá a todo lo largo del comedor.



Los libros, los bibelots, los cacharros de cobre, serán dispuestos en la repisa.

Una faja verde irá en el plafonnier, en el marco de la ventana y de la puerta.

Sobre una pared color ocre claro, un viejo armario contiene la vajilla. En otra oportunidad puede hacer de bibiloteca.

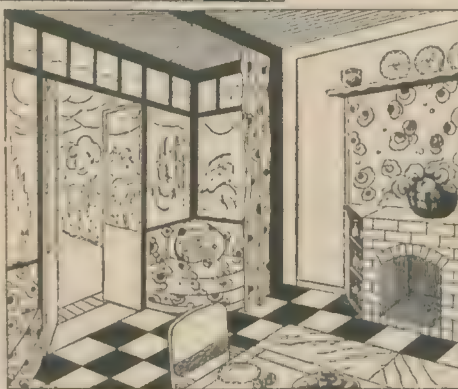
A los costados está la amplia mampara.

Sobre la chimenea un viejo jarrón o una vasija de cobre repleta de flores da más frescura al ambiente cálido de la estación.

El mismo género a cuadritos cubrirá la mesa; y las pequeñas cortinas de muselina ligeramente ocre armonizarán con el conjunto.

En el comedor, con las ventanas dando al jardín, las cretonas floreadas y los muebles encantadores en su sencillez se ajustarán divinamente a su aspecto estival.

De cada lado de la puerta, ocupando cada ángulo, se podrán colocar un par de pequeños sillones recubiertos de cretona.



A uno y otro costado van los cortinados del mismo género, pudiendo cerrar la ventana los días o las noches muy frescas.

Encima de la chimenea se colocará un panneau de la misma cretona, sostenida arriba por un estante donde serán alineados objetos decorativos, platos o potiches. A los costados de la chimenea dos pequeños placards en ángulo, que son simples tablitas cerradas por una puerta fijas a la pared; son preciosos para guardar la cristalería.

Los platos de porcelana amarilla, sobre verde vivo, armonizan con la cristalería de colores. Pero en este aspecto simple no irá nada de porcelanas finas, ni de cosas pretenciosas o costosas. Y es acá donde se manifestará vuestro buen gusto.

LA SOMBRERERA



Toda mujer que estime el orden y el arreglo de su casa, puede hacer por sus propias manos una elegante sombrerera, para lo cual sólo se precisa un palo de más o menos metro y medio, y cuatro redondeles de madera sencilla, como lo demuestra el grabado.

Luego se forra con una cretona y se le agregan broches de presión para mantenerla cerrada y libre de polvo.

BEBIDAS DE VERANO

Con el calor tenemos la mala costumbre de beber el agua en bastante cantidad y helada, y muchas veces no tenemos en cuenta los trastornos desagradables que puede producir en nuestros delicados estómagos. Estos malos efectos se pueden evitar haciéndola más agradable, sin quitarle las cualidades desalterantes que posee el agua, de la siguiente manera: se derrite en ella un terrón de azúcar, mezclándola con unas gotas de zumo de limón y una copita de coñac.

Este preparado es muy sencillo y tiene la ventaja de quitar la sed además de ser muy agradable.

LA MUJER Y EL DEPORTE

Generalmente, los mujer no es deportista. Su instinto le advierte que no debe renunciar a su coquetería y a su feminidad..., pero como está de moda practicar el sport, hay que someterse a él. Además, todos los higienistas están de acuerdo en que, con ello se conserva la juventud y la salud..., siempre que no se abuse.

Cualquier ejercicio practicado con exceso es perjudicial y produce una deformación. Tomemos, por ejemplo, la marcha. Si se camina con paso rítmico, cuidando la estética en el andar, no hay nada mejor ni más saludable, pero si hace "footing" con paso viril, olvidando toda armonía, en pocas semanas de este ejercicio, se habrá perdido toda la gracia que se poseía antes de caminar.

El tennis es el enemigo de la belleza de las manos y de los antebrazos, deformándolos considerablemente.

El abuso del automovilismo es otro peligro para la mujer. El esfuerzo que exige el volante a las manos, las desarrolla enormemente quitándole también frescura y juventud al rostro a aquellas que manejan coches abiertos.

Existe, sin embargo, un ejercicio que desarrolla los músculos sin deformarlos, que da flexibilidad y soltura a los movimientos. Este "sport" es el arreglo de la casa. La escoba y el plumero son grandes amigos de la mujer; sólo que he observado que las deportistas son siempre amas de casa mediocres.

Esta es una de las tantas contradicciones que la vida nos ofrece.

EL MENU DEL DOMINGO

ALMUERZO

Mayonesa.
Sopa provinciana.
Bocadillos de ostras.
Filetes a la cordobesa.
Pollo asado, con
Ensalada de berros.
Dulce de peras.
Café.

FILETES A LA CORDOBESA

En una fuente que pueda resistir el fuego, se vierten caldo bueno, perejil cebolletas, alcaparras y pepinillos en vinagre, cortado todo en pedacitos y sal; póngase encima la carne de vaca partida en filetes delgados, luego una segunda capa del condimento de la primera capa, se cubre la fuente y se deja hervir suavemente por espacio de media hora.



CABRITO ASADO

Mechar un trozo de cabrito y tenerlo durante tres o cuatro días en un adobo de agua con vinagre, cebollas tomillo, laurel, perejil, ajos y sal. Escurrirlo.

Envolverlo en un papel untado de manteca y colocarlo en el asador.

Cuando ya va en sazón, se quita el papel para que tome color y se sirve con salsa de pimienta.

CENA

Locro a la cordobesa.
Huevos a la cordobesa.
Cabrito asado, con
Ensalada de lechuga.
Empanadas a la cordobesa.
Fruta.
Café.

MOTIVOS DE CORDOBA

Por

ARTURO E. LATORRE

CIUDAD TRISTE

COMO toda ciudad de tierra adentro, Córdoba sufre la nostalgia de la verdadera alegría. Si fuese puerto, llegarían a ella las voces rumorosas de todas las razas del mundo. Y con ellas una parte importante de vida.

Sobre el hilo de agua del río Primero, que serpentea la hondonada de la ciudad, parece que bajara silenciosamente la profunda tristeza de las sierras en esta época de invierno. Tristeza sin metáfora. Tristeza de muerte.

Si fluye una nota de color en sus calles, o alguien sale de ese marco casi místico, demasiado dogmático de sus habitantes, esta alegría pasajera se asemeja a la misma que experimentan los niños enfermos cuando les traen hasta la cabecera de sus lechos el ansiado juguete. Llamarada fugaz. Luego, sombras... Hay tristeza en los rostros y una especie de luto en las almas. Las gentes pasan a nuestro lado como si cada uno en particular y todos al unísono sintieran sobre sus espíritus la pesadez de una tragedia. Sobre nuestro corazón parece destilarse minuto a minuto una gota de "spleen" que, insensiblemente, va desdibujando nuestra personalidad. Gravita sobre nuestra facultad de sentir el enorme peso de las catedrales vacías... A pesar de ser la novia de todos los turistas, sobre sus espaldas sigue gravitando la tristeza de tres siglos de vida... Sigue siendo la ciudad colonial, pese a sus pujos de pretensioso dinamismo.

La ciudad del recuerdo, la "Córdoba del ensueño" — como la llamara el excelso poeta — lleva aún sobre sus calles la sangre mártir de la época triste del Restaurador. Los Reinafé, como tantos otros, siguen señalando con su índice fatídico la enorme injusticia de los hombres. Desde Barranca Yaco, como en una trayectoria, llega aún hasta Córdoba el hálito de muerte de Facundo Quiroga.

CIUDAD DOCTORAL

LA imaginación popular, siempre tan propensa a los más crasos errores, no concibe el prestigio de la sociedad cordobesa sin el título de "doctor". Pesa sobre este particular el ascentralismo derivado de los primeros pobladores que acompañaron a Jerónimo Luis de Cabrera — andaluces en su mayor parte — en la fundación de la ciudad.

En aquella época "de hierro y de sangre", dice un autor, la corriente peninsular que penetraba por el virreinato del Perú por la puerta de Lima, y de donde descendieron los primeros pobladores de Córdoba, así como por el Río de la Plata, daban a ciertas tendencias sociales un aire de superioridad único, superioridad celosa en sus prerrogativas y en sus fueros.

Cuentan las crónicas de la época que el graduarse de "doctor" era tan importante que se agotaban todos los recursos para presentar al graduando, ante el asombro jubiloso de la aldea, como a un personaje más alto que las mismas autoridades del rey, como al coronamiento feliz e intangible del edificio social. Un "doctor" en aquellos felices tiempos era el depositario de todas las ciencias y el que asumía las más grandes responsabilidades en los cargos públicos.

El grupo selecto de esta clase letrada envolvió por completo a la sociedad de la época en ese ambiente "doctoral" que aún conserva hasta nuestros días y que muchos reconocen con un desprecio olímpico, otros con curiosidad y los menos, por afección sincera. Esta característica — dice el mismo autor — salvó a Córdoba de la vulgaridad de estos pueblos durante la gestación obscura de la colonia.

Hoy conservan todavía los habitantes de la "docta" ciudad el vestigio de aquellos tiempos, pues no se concibe una cultura si de por medio no blasona el pomposo título de "doctor". Sin embargo, no ha de pasar mucho tiempo sin que el cosmopolitismo y las corrientes culturales modernas den por tierra con los títulos universitarios, ya que el exceso de profesionales — hoy en franca crisis — ha de traer inevitablemente un ritmo más armónico con los tiempos nuevos que nos toca vivir.

Córdoba siente aún en su envergadura intelectual el profundo desprecio por el industrialismo, y siendo como es una ciudad profundamente conservadora, está aún apegada a los viejos pergaminos y al anacronismo del linaje. La cultura tradicional de sus hogares no ha podido apartar de su lado un cierto apego a las ideas fundamentales, y así sus habitantes son reacios a toda corriente que venga de fuera. Este rasgo primitivo se conserva a través de toda la larga evolución política y social de tres largos siglos. Desde su fundación, el 6 de julio de 1573, hasta los días que corren, no ha cambiado mayormente el espíritu público, a pesar de la corriente inmigratoria.

Córdoba conserva intacto, sin embargo, su prestigio de ciudad "doctoral", y si bien es cierto que se vuelcan año tras año sobre el "clearing-house" de las asociaciones burocráticas un sinnúmero de profesionales sin vocación alguna y que sólo aspiran al empleo público, no es menos cierto que seguirá siendo la pauta y el índice de la mayor cultura de las provincias argentinas.

CAMINO DE LAS SIERRAS

NO se puede hablar de Córdoba si no se nombran sus sierras, en las cuales no se sabe qué admirar más: si la belleza natural de la región serrana o el artificio de sus palacios encantados.

Un ferrocarril de juguete nos lleva hasta Unquillo, vecina localidad veraniega empotrada en el comienzo de la sierra menor y a escasa distancia de la "ciudad doctoral". De allí nos toma el auto, que nos lleva por el camino de Jesús María a Río Ceballos, verdadera maravilla de encrucijadas, de vados, de quebradas, de mansiones señoriales.

Mi compañero de viaje — un poeta niño cordobés — no puede resistir al encanto del paisaje y a una natural vanidad propia de sus años, para pedirme que detengamos la marcha del coche y así poder recitarme unos versos que ya me tenía prometidos. No hubiese querido romper el ensimismamiento que me produce la naturaleza, porque hay instantes en que para gustar la belleza, nuestro espíritu gusta del silencio, y hay en ello un deseo lógico que se impone por la misma fuerza de las cosas; mas, ¿cómo negarme? Mi poeta niño vive en ese momento pendiente de mi voluntad. Pienso por otra parte que un poema en las sierras no las ha de ofender y que en cierto modo ha de tener algo de maravilloso. Por una asociación de ideas recuerdo un recital de la Singerman en Alto de San Pedro. Esto me convence. Ya no pienso. Estoy resuelto. Imagino, además, que los versos si ellos tienen una relación con la naturaleza; deben ser dichos a pleno pulmón y a pleno campo, "teniendo como un marco majestuoso el azul esplendente de la altura y el verde de la pampa victorioso".

Detengo la marcha del auto, mientras mi amigo se baja ceremonioso, y, pasándose las manos por su abundante cabellera, busca la pose necesaria para dar comienzo a sus estrofas. Al verle en esta situación, acude a mi memoria la visión de un friso griego. Oídle:

Está azul el cielo
y la tarde azul;
la calma es un tul
que baja hasta el suelo.
Luce la alameda
que al fondo se pierde,
su vestido verde
de fragante seda.

Y bordeando el monte
de olmo y carolino,
se alarga el camino
sobre el horizonte.

Sobre el fondo aguado
de crisoberilo
se yergue tranquilo
el molle morado.

La casita blanca
y el molino gris
forman un país
sobre la barranca.
El sol dora el lomo
de la sierra helada
con su pincelada
de amarillo cromo.

Y está azul el cielo
y la tarde azul;
la calma es un tul
que baja hasta el suelo.

Nuestro auto sigue su marcha ascendente. Pasamos por el paraje denominado "Caracol", en la Sierra Chica, y siguiendo la sinuosidad de la planicie plomiza que se extiende a nuestra vista, llegamos, por fin, a la cumbre de esta parte de la Sierra, donde el camino nos deja ver el panorama de Valle Hermoso, verdadera lámina fantástica de un libro de cuentos de Perrault.

Luego, Ascochinga, Cosquín, Santa María, Bialet-Massé, puntos todos donde la naturaleza hizo un derroche de galas, de luces, de colores, de vida. Nos sentimos pequeños ante la grandiosidad del panorama que se nos mete por los sentidos como una sucesión de estampas encantadas.

Hacemos un nuevo alto para beber en la policromía del paisaje el manantial íntegro de paz que reclama imperiosamente nuestro espíritu. Nunca nos sentimos más pequeños y más cerca de Dios. Mi poeta niño me dice "sotto voce" al oído:

(Continúa en la pág. 67)



Las sierras en la poesía

SIERRA

Nunca vi montañas y ayer contemplaron
Mis ojos la sierra por primera vez.
¡Cuánto asombro nuevo para mi ignorancia!
¡De arriba las cosas qué chicas se ven!

Por todas las calles la sierra nos mira,
La sierra es un mudo y áspero guardián,
Absorta me quedo frente a su belleza.
Yo sólo sabía de llano y de mar.

Pero aunque este recio paisaje me admira,
Amo la llanura con hondo sentir;
La sierra es un ritmo que en sí mismo acaba;
La Pampa es un verso que no tiene fin.

MARGARITA ABELLA CAPRILE.

MONTE Y CAMPIÑA

El viejo monte pensativo y triste
contempla la campiña, que es su amada...
La campiña de flores se reviste;
y, al sentirse fecunda,
sonríe con sonrisa perfumada.

El viejo monte, en plácidos amores,
contempla su campiña con verdura,
con hojas y con flores;
pero recuerda al matador otoño
que arranca de raíz esa hermosura.

Surge el otoño y reina. Hoy la campiña
ante el monte de luto se reviste.
La campiña eres tú, ¡oh hermosa niña!,
y yo soy, niña hermosa,
el viejo monte pensativo y triste...

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

EN LA BUENA MONTAÑA

En la buena montaña;
el pastor y su aprisco,
y dulce paz eglógica
tal como un poema de Virgilio.

Confidencial montaña,
encumbrada de amor con el sencillo
cántico del zagal, con el doliente
llorar de la zampoña al infinito,
mientras puntuaba la frugal pradera
en alegre balar todo el disperso aprisco.

El múltiple rebaño ya no existe.
El pastor ha partido;
y en la desolación de la montaña,
en el hondo silencio del cortijo,
en la angustiosa lobreguez del valle,
tiende la ausencia su crespón de olvido.

MARIO BRAVO.

LA MONTAÑA DE NOCHE

Haremos fuegos sobre la montaña.
La noche que desciende, leñadores,
no echará al cielo ni su crencha de astros.
¡Haremos treinta fuegos brilladores!

Que la tarde quebró un vaso de sangre
sobre el ocaso, y es señal artera.
El espanto se sienta entre nosotros
si no hacéis corro en torno de la hoguera.

Semeja este fragor de cataratas
un incansable galopar de potros
por la montaña, y otro fragor sube
de los medrosos pechos de nosotros.

Dicen que los pinares en la noche
dejan su éxtasis negro, y a una extraña,
sigilosa señal, su muchedumbre
se mueve, tarda, sobre la montaña.

La esmaltadura de la nieve adquiere
en la tiniebla un arabesco avieso.
Sobre el osario inmenso de la noche,
finge un bordado lívido de huesos.

E invisible avalancha de neveras
desciende, sin llegar, al valle inerme,
mientras vampiros de arrugadas alas
rozan el rostro del pastor que duerme.

Dicen que en las cimeras apretadas
de la próxima sierra hay alimañas
que el valle no conoce y que en la sombra
como greñas, desprende la montaña.

Me va ganando el corazón en frío
de la cumbre cercana. Pienso: acaso
los muertos que dejaron por impuras
las ciudades, eligen el regazo

recóndito de los desfiladeros
de tajo azul, que ningún alba baña,
¡y al espesar la noche sus betunes
como una mar, invaden la montaña!

¡Tronchad los leños tercos y fragantes,
salvias y pinos chisporroteadores,
y apretad bien el corro en torno al fuego,
que hace frío y angustia, leñadores!

GABRIELA MISTRAL.



LA SIERRA NEVADA

Ayer, al despedirme
de mi amante montaña,
la dejé alegre y buena,
azul y sosegada...
Pero anoche han venido
de visita las hadas,
y, al jugar en sus cumbres,
han tejido guirnaldas...
Y es así que en la gloria
de esta riente alborada,
la montaña se enjoya
como una desposada...

RICARDO TUDELA.

EL POEMA DE LAS SIERRAS

En clara noche brilla a la luna
la gran laguna
Brilla con una
luz misteriosa;
de tonos puros, de tonos leves,
como las nieves
color de rosa.
Llena, muy llena,
del agua pura,
limpia, serena,
que da la altura.

Sobre las ondas,
brilla la cumbre.
Con grata lumbre
de tintas blondas.
Y en un profundo
noble reposo.
Cima de un mundo
maravilloso.

Y al pie del agua, limpia y serena,
que llena y llena
constantemente
la gran laguna,
— tan reluciente
con tanta luna —
se esparce un prado
de luz vestido;
muy dilatado,
muy florecido.

Con muchas matas en flor, agrestes;
con muchas flores
de mil primores;
de finos tallos, de breves hojas;
blancas, celestes,
violetas, rojas...

En puros, bellos,
limpios destellos
de clara lumbre,
— destellos puros de tonos blancos —
todo se envuelve, todo se baña;
la torva cumbre,
los toscos flancos
de la montaña;
la gran laguna,
tan reluciente, donde se espeja
la blanca luna;
los ricos prados
hoy tan lucidos,
tan dilatados,
tan florecidos.

....

¡Cuánta dulzura
la paz transmite de brillo tanto!
La paz del cielo, que dura y dura.
con tal encanto,
¡cómo sosiega los valles hondos;
los horizontes,
limpios de bruma, que prestan fondos,
de vagas luces, a tantos montes!

¡Ay! Para el alma
de sombras llena,
doliente, mustia,
llena de angustia,
llena de pena,
la dulce calma,
la luz serena,
que en tal escena
doquier dominan — doquier amables —
tienen consuelos inexplicables

Mas, ¡ay, qué pronto su bien acaba.
para el cuitado
desalentado
que lo buscaba.
Y en triste mundo
se ve de nuevo; desengañado,
meditabundo;
con hartas gentes
indiferentes;
más impasibles
ante el lamento de sus clamores,
más insensibles
a sus dolores,
que los picachos de peña dura
de mas rigores
y en más altura.
Los más sombríos.
Los más adustos. Los más bravíos.

¡Ay del cuitado
que devorado
por su tristeza
pida consuelos,
para sus duelos,
a la impasible Naturaleza!
¡Y ay del vencido
con tanta herida,
que al hombre pida
piedad y olvido!...
¡La propia vida!
Verá muy pronto, que sueña, sueña.
Que son los hombres
como los riscos: de dura peña,

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

LA MUSA DE LOS CAMPOS

¡Oh, tarde rumorosa, dorada, fresca, pura!
Mira la alta montaña, la solitaria cumbre
que crece enamorada de la azulada altura
y que, a la luna, brilla con temblorosa lumbre.
¡Qué hermosa está la cumbre! ¡La cumbre es la esperanza
de un más allá, el asiento más puro de la vida;
lejos de las miserias que el suelo humano lanza,
la cumbre está soñando mayestática, erguida,
con la altivez de un águila desde el solar mundano
con una vida menos impura y dolorida,
con el volar más alto del pensamiento humano.
La noche azul arrulla los campos florecidos,
lleva la blanda brisa mil fragantes olores,
la luna ríe en todos los remansos dormidos,
y melodiosamente cantan los ruiseñores.
¡Noche de sentimiento, de divinos dulzores,
de flor, de brisa, de honda serenidad, de cielo
donde las gemas tejen un luminoso velo
de múltiples diamantes y leves resplandores!
Corriendo entre los claros de la verde arboleda
juega la luna, como si bordase el ramaje,
y en la quietud augusta del inmenso paisaje
las hadas de la noche hablan con voz muy queda.
La enramada está inmóvil, los árboles dormidos
y el campo solitario; y en la noche estrellada
sólo velan los buhos agoreros y el hada
que vela dulcemente por la paz de los nidos...
A las tímidas luces del lento amanecer
se esponja de rocío la serena campiña,
mientras el gallo lanza como en altiva riña
el clarín victorioso por que se hace temer.
Los corrales despiertan y abren los palomares
al aire su abanico de obedientes palomas,
la brisa mañanera menea los pinares,
corre por los sembrados, salta sobre las lomas;
por los atajos se oyen los primeros cantares
de los trabajadores que van a su labor,
apáganse las luces últimas estelares
y surge el sol, fastuoso como un emperador.
¡Oh campos, oh propicios y dilatados lares!
¡Oh deleite dulcísimo de nuestro augusto amor!

J. ORTIZ DE PINEDO.

Un drama en las sierras

(Cuento)

Por ARMANDO TAGLE

Ilustraciones de Cosentino

"...SE HABÍA AGAZAPADO EN UN RECODO DEL CAMINO QUE CONDUCE AL SANATORIO..."

SE había agazapado en un recodo del camino que conduce al sanatorio de Santa María para ver pasar el automóvil en que traían, enferma, a Estela Salières. Se le había comunicado que el coche partiría desde Córdoba a la una de la tarde conduciendo a la enferma y a sus padres. Calculó, entonces, que debían llegar al punto en que se había situado, dos horas después. En la casa de campo que poseía su padre, entre sierras abruptas, iba, venía, bajo aquel lívido cielo de invierno, poseído por el demonio interior de su ansiedad. Nunca le habían parecido tan largas las horas, tan interminables los minutos. Evitaba encontrarse, no solamente con su padre, sino con las pupilas familiares que adivinarían indudablemente su pena. Pero no pudo evitar que una criada que lo había visto nacer, que había substituído a su madre si la madre es substituíble, le advirtiese con ese instinto seguro que otorga el cariño a las mujeres:

— Niño: usted está enfermo.

Como un niño se hubiese arrojado a los brazos de aquella mujer y desahogado en ellos su angustia profunda si el pudor de sus sentimientos no se lo hubiese impedido. Dióse vuelta, se apoyó contra un pilar, llevóse las manos a la frente gimiendo interiormente, deseando morir. Mucho antes de la hora en que debía pasar el automóvil no pudo dominarse y salió hacia el campo. Hacía uno de los días más fríos del año. Las nubes que cubrían el cielo habían adquirido esa lividez cenicienta que anuncia la nieve. Ni un soplo de aire se recogía sobre las ramas desnudas. Era un paisaje desolado de invierno sobre el cual parecían extenderse la tristeza y la inmovilidad de la muerte. Por el camino solitario pasó una mujer, luego un anciano. La proximidad de estos dos seres en los cuales la emoción de la vida había llegado a su extrema simplicidad, suscitó en Manuel Alvarado ese deseo profundo de la dicha tranquila, del olvido del mundo, sin estas crisis que anestesian la voluntad y desgarran el alma. Siguió andando. A medida que se acercaba la hora en que debía ver desde lejos a Estela, su emoción adquiría la intensidad de una verdadera catástrofe. ¡Cuánto hubiera dado por ser uno de estos paisanos rústicos en los cuales se desarrolla solamente la fuerza animal de la vida! Pero él no podía cambiar su destino. Él no podía, con un movimiento de voluntad, abolir su dolor. No; esto no lo podía. Dentro de diez, de veinte, de treinta minutos un automóvil conduciría a Estela al sanatorio Santa María donde agonizaría silenciosamente, mientras él, que era — ¿qué derechos no otorga el cariño? — todo para ella, no podría moralmente verla. Había llegado ya a un recodo del camino, y se detuvo indeciso. En medio del silencio verdaderamente impresionante que se extendía a su alrededor, creyó escuchar el rumor ronco y lejano de un motor. Unas zarzas le ofrecían a unos pasos un refugio seguro. Se ocultó. Miró hacia atrás: nadie. Una tristeza infinita se desprendía del cielo, del valle, de las montañas que parecían aletargarse como seres vivientes. Esperó. El rumor se desviaba. Con las pupilas en que bien se advertía la fiebre de sus noches pensativas, recorrió el valle que formaba como un cuadrilátero al pie de las montañas. Vió una casa. En esta casa, alquilada otrora por los padres de Estela, habían transcurrido las horas más deliciosas de su vida. A la distancia en que se encontraba advirtió sin esfuerzo la galería, el comedor, los tres dormitorios. Su espíritu reproducía el cuadro, su imaginación situaba a las personas. Vió una vez más a Estela en los días de sol, con su vestido blanco que brillaba a la luz, sus cabellos oscuros, su paso menudo y diligente. Vió a sus padres. Se vió a sí mismo. Para exorcizar la alucinación de que era víctima cerró los ojos, pero el cuadro se dibujó de nuevo en su conciencia, sí, en este espejo interior en que vemos las cosas cuando no queremos ver... Hacia la derecha, más allá de la casa que acababa de ver, se distinguían los pabellones blancos del sanatorio de Santa María. Un arroyo que arrancaba de la profundidad de las montañas contorneaba este asilo en el que a cada momento cesaba la vida. Manuel, que lo había contemplado día por día, en sus veinticinco años, no pudo reprimir un estremecimiento de horror ante el espectáculo de la ciudad de la muerte. Agazapado entre las zarzas, insensible a la nieve que empezaba a caer, recordó que muchos días había vagado con Estela por sus alrededores sin que esta visión lo conmoviera como lo conmovía en este minuto. Pasaban indiferente tomándose de las manos, besándose en las abras del bosque, contagiados por la voluptuosidad de la naturaleza que los cubría de flores. La muerte estaba muy cerca pero ellos no la veían. El egoísmo de la juventud los hacía amarse sobre las tumbas en las cuales se enlazaban las lianas con una imagen conmovedora de la vida que pasa, sonriente, ante la muerte. Dos años de esta verdadera embriaguez interior habían sido apenas un minuto. Estela enfermó. Manuel no quiso dejar de verla un solo día, resuelto a cumplir hasta la tumba este compromiso de honor que formula el cariño. Entonces intervino su padre. Una tarde que regresaba de casa de Estela, este hombre bondadoso y austero lo llamó. Por espacio de media hora, bajo la claridad mortecina de la lámpara, el hijo escuchó, absorto, las reflexiones que le formulaba su padre. Él no debía malograr su vida por una mujer. Comprendía cuánto se puede querer, medía su dolor, respetaba su cariño. Pero la vida es la vida: él no se había dado la muerte ante la tumba de su esposa. ¿Entonces?



— Yo voy a hacerme cargo de la estancia. Nos iremos allá. ¿Quieres?

Era una tradición en su familia la obediencia, no a las órdenes, sino a los deseos del padre. Esta voz familiar y cariñosa le enajenaba la voluntad hasta el punto de substituírsela por la suya. La lógica terrible de la vida hablaba por sus labios. Por una debilidad extrema de la voluntad, las razones del corazón cedían ante las razones de la inteligencia. Mientras experimentaba el vacío de sus fuerzas, su padre le demostraba que una mujer no lo constituye todo en la vida, que más allá, sí, más allá sería feliz.

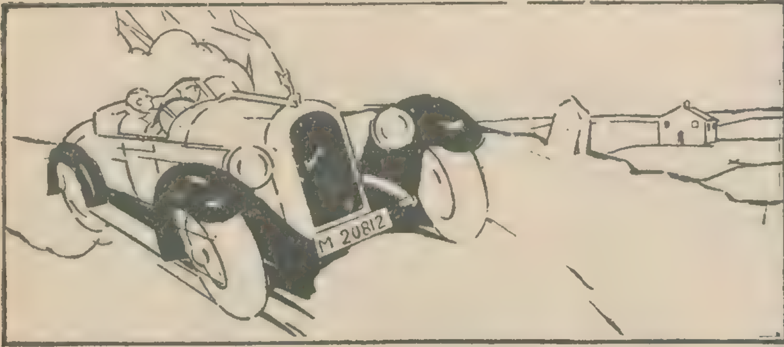
— Tú no conoces la vida. Eres todavía un niño. Déjame que te guíe.

Recordaba que había vagado entonces por las callejas más solitarias de la ciudad, por los barrios sin movimiento, como si en este minuto de su vida el murmullo de los hombres le fuese insoportable. Él también quería morirse. Pero las palabras de su padre lo acompañaban a todos los tugurios, se repetían en su alma, le mordían el corazón, bajo la penumbra de las estancias humosas: la vida es la vida, ¡él era un niño!...

LA había visto pasar después de diez meses, envuelta en mantas espesas, la cabeza recostada contra el hombro de su madre. ¡Qué emoción le había producido la visión fugitiva de su persona! De tal manera es cierto que el amor profundo se prueba en estos rasgos de abnegación silenciosa, que permaneció mucho tiempo, abstraídas las pupilas, viendo aún su figura imaginaria. Una vez más, bajo la nieve, sobre las faldas de la montaña, se repetía las reflexiones de su padre, procuraba matar el cariño con la inteligencia. Razonaba. Una mujer no debe influir en nuestra existencia hasta el punto de paralizar nuestra voluntad. La vida es, a menudo, un gran deber que se cumple mediante un gran dolor. ¿Que hacerle? Sí, pero él no podía mudar de alma. Él no podía cambiar su destino. ¿Cómo abolir esta imagen que se había encarnado en su conciencia? Había en él una fuerza que lo llevaba hacia ella. Esta fuerza actuaba sobre su voluntad minuto a minuto, irresistiblemente. Esta fuerza contraria disolvía sus energías interiores. ¿Qué hacerle también? Razonando de esta manera llegó a un bosquecillo, ahora helado por

(Continúa en la pág. 153)

Las sierras en la caricatura



(DE "THE PASSING SHOW", LONDRES)

—Te suplico que acortes la marcha. Estas vueltas me ponen los pelos de punta.

El del volante.—Haz lo que yo. Mira para otro sitio.



(DE "IL TRAVASO", ROMA)

Durante la partida de la esposa..., y después de la partida.



(DE "BUEN HUMOR", MADRID)

—¡Fíjese! ¡Ese hombre se mata!

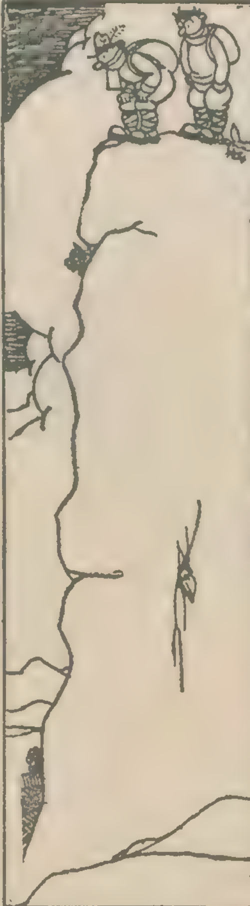
—¡No tengas miedo: es un tipo muy agarrado!



(DE "TRIBUNA ILLUSTRATA", ROMA)

El visitante.—¡Oh qué bien debe encontrarse usted aquí!

El gordo.—¡Ya lo creo, amigo! Sobre todo cuando estoy solo.



(DE "BUEN HUMOR", MADRID)

—En este sitio me ocurrió hace años una desgracia espantosa.

—¿Te caíste?

—No; me encontré con mi mujer y mi suegra.



(DE "BUEN HUMOR", MADRID)

Él (que durante la declaración amorosa ha rodado hasta el borde del precipicio).—¡Por amor de Dios! ¡Déme usted su mano!

Ella.—No; hasta que haya hablado usted con papá.



(DE "BUEN HUMOR", MADRID)

—¿Es sano este pueblo?

—¡Ya yo creo! Cuando yo vine aquí no podía andar.

—¿Padecía usted reuma?

—¡Oh, no, señor! Es que nací en este pueblo.



(DE "THE HUMORIST", LONDRES)

La madre (previsora).—No empujes esa piedra, Tito. ¿No ves que abajo hay gente?



(DE "LONDON OPINION", LONDRES)

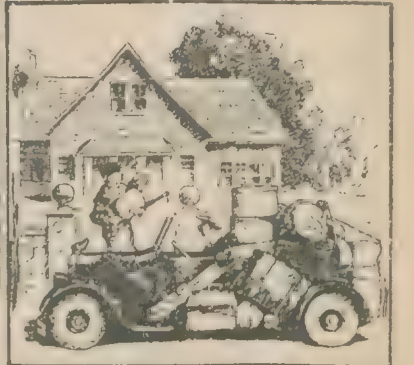
—Mira a tu esposo trepando la montaña.

—Sí, ya lo veo. El pobrecito se vuelve loco por el alpinismo.



El turista.—¿Dice usted que aquí se han despeñado más de treinta automóviles? Entonces debe ser muy poco concurrida esta carretera.

El guía.—¡Al contrario! Todas las personas próximas a heredar traen a pasear aquí a sus parientes ricos.



(DE "JUDGE", NUEVA YORK)

Él.—Oye, vidita, quisiera que me dijeras si vamos a dar un paseo por las sierras o si nos mudamos de casa.



(DE "THE HUMORIST", LONDRES)

Ella (escribiendo).—"Querida mamá: te escribo sentada en medio del prado. Enrique acaba de dejarme para hacer una pequeña exploración por las montañas..."



(DE "GUTIERREZ", MADRID)

El de arriba.—¿Quiere usted que le haga una caricatura en colores por sólo dos pesos?



(DE "THE HUMORIST", LONDRES)

El turista (al ver que todos beben muy contentos).—¿Es hoy día de fiesta en este pueblo?

Uno de los parroquianos.—Nada de eso. Es que esta tarde pasó por aquí un automóvil y ahora el habitante más viejo del pueblo es otro.



Buenos Aires hace 60 años

Por MARTIN CORREA

DEL 17 AL 23 DE OCTUBRE DE 1870

REPERCUTÍAN intensamente en Buenos Aires aquellos acontecimientos que pudieran dar lugar a reafirmar la fe democrática de los porteños de hace sesenta años, tan entusiastas sostenedores de las ideas liberales, los que proclamaban sin ambages y penetraban en todos los espíritus, como una reacción natural después del largo período de la dictadura de Rosas.

Así, pues, llenó de júbilo a los demócratas porteños la noticia de la proclamación de la república en Francia, conocida aquí a mediados de octubre. Los ánimos se encendieron de entusiasmo en seguida. El doctor Manuel G. Argerich, elocuente y prestigioso tribuno de la juventud, convocó a sus amigos a una reunión en su casa de la calle Bolívar, frente al Colegio, y a ella asistieron Guido Spano, del Valle, Juan Carlos Gómez, José Baratti, Alexis Peyret, Héctor F. Varela, Florentino González, Luciano Choquet, Cayetano Pezzi, Manuel Castilla, Carlos Saguier, Alfredo Ebelot y algunos otros. Este núcleo de nombres significaba en aquel tiempo desinterés, entusiasmo, generosidad, amor a las causas santas de la democracia. Ahora los vemos reunidos en el pasado, y nos parece que ellos personifican toda una tradición de virilidad ciudadana.

De esa reunión de hombres maduros y de jóvenes surgió la idea de realizar un mitin que condensara las aspiraciones de todos los republicanos que a la sazón vivían en Buenos Aires, sin distinción de nacionalidades, expresadas en un voto caluroso por que la república fuera la forma definitiva de gobierno de la Francia, por los siglos de los siglos.

AQUEL domingo 17 de octubre fué un día gris y amenazante. Los organizadores del mitin resolvieron que éste se realizara bajo techo, en el espacioso circo Chiarini, que ocupaba uno de los ángulos de la plaza del Parque, esquina Tucumán.

Allí, en un ambiente poblado de rumores cosmopolitas pero en el que predominaba la bulliciosa juventud porteña, hablaron en el lenguaje universal de la libertad los oradores predilectos: Argerich, Guido Spano, Varela, Cittadini, arrancando cada cual estruendosos aplausos. Pero el entusiasmo de esos tres mil concurrentes llegó a su grado máximo cuando apareció en la tribuna un orador inesperado: el general Mitre, que había llegado casi de incógnito al recinto y que no quería estar ausente en esa fiesta de los republicanos.

"El general Mitre tuvo momentos de verdadera inspiración — decía *La Prensa*, al dar cuenta del acto. — Al escucharlo, el pueblo recordó en él al tribuno de otras épocas de temores y de esperanzas para la patria argentina." Hacía el diario un resumen de sus elocuentes palabras, y agregaba con rotunda franqueza: "El general Mitre, a pesar de sus grandes errores políticos, es siempre simpático para nosotros."



Martín Coronado, el famoso autor dramático que hace sesenta años se destacaba ya como poeta, leyendo una oda a Francia en un mitin popular.

Don Juan Manuel Jordán, que hace sesenta años se recibió de escribano, contando él medio siglo de edad.

Doctor Elías Bedoya, famoso prócer civil de la organización, fallecido hace sesenta años.

DESPUÉS del general Mitre habló su hijo Bartolito, quien, como hemos visto, acababa de llegar a la patria tras un largo peregrinaje por el mundo. Su presencia fué aclamada, y su discurso reveló que había en él la pasta de un buen orador.

En seguida subió al estrado un joven pálido, delgaducho, de largas guedejas, de mirada tranquila pero profunda. Mientras la multitud se preguntaba quién era, algunos amigos que estaban próximos a él lo aclamaban frenéticamente.

— ¡Viva el poeta Coronado!

— ¡Que hable Martín Coronado!

Era, en efecto, el futuro gran dramaturgo quien estaba allí con la timidez propia del orador novel, dispuesto a romper una lanza en favor de la república.

Martín Coronado tenía a la sazón veinte años y estudiaba en el Colegio Nacional. Hacía poco que había llegado de Entre Ríos, su provincia natal, trayendo en sus maletas un drama en tres actos que nunca estrenó, y del cual no hablan sus biógrafos. Se titulaba "El

primer amor", y debió ser publicado a fines de 1870, mediante una subscripción levantada entre sus amigos. Pero Coronado tenía sus paréntesis líricos entre un drama y un examen, y por ello su fama de poeta era, a la sazón, superior a su fama de estudiante y de autor dramático.

En la ocasión antedicha, Martín Coronado recitó una inspirada poesía titulada *A la República Francesa*, que levantó una tempestad de aplausos, y cuyas primeras estrofas decían así:

En dondequiera que, gigante y libre,
su enseña la República tremola,
con ella, como el viento con la ola,
está el alma de América viril;
y el genio tutelar que la preside,
cuando un pueblo oprimido se levanta
himnos de muerte a sus tiranos canta
y a su cobarde pléyade servil.

¡Francia! Y ahora que, valiente, [rompes
las cadenas de acero del imperio,
y en tu suelo, trocado en cementerio,
alzas a la República un altar,
no pueden, no, faltarte en esta Amé- [rica,
donde los reyes mueren cuando nacen,
hermanos cariñosos que te abracen
a través del oceano y del mar.

. . . .

CON justificado orgullo *La Prensa* del 17 anunciaba que al día siguiente cumpliría su primer aniversario. "En verdad — decía — no habrá muchos diarios que cumplan un año, más feliz que ella." Y el 18 dedicaba un largo editorial para rememorar el acontecimiento, finalizando con este párrafo, que le ha servido de evangelio a través de sesenta años: "*La Prensa* es un diario del pueblo. No sirve los intereses mezquinos de ningún partido, de ningún círculo, ni ciegamente las ideas de ningún gobierno."

Algunos colegas se dignaron también recordar la fecha. "Orión", desde su alto sitial, envió un saludo "al niño que hace un año nació humilde, creció con salud y está hoy lozano y rollizo".

AUNQUE desde tiempo inmemorial existía en la ciudad un templo protestante — el de la calle 25 de Mayo, cuya severa arquitectura se dominaba desde el río, constituyendo uno de los puntos de referencia de la gran aldea, — fué toda una novedad la iniciativa de un núcleo de residentes norteamericanos, quienes, deseando tener su iglesia aparte, adquirieron un terreno en la calle Corrientes entre Maipú y Esmeralda, para levantar allí la capilla destinada a sus cultos.

Hace sesenta años se colocó la piedra fundamental de este edificio, que aún subsiste, y que pone una nota exótica en el bullicioso "quartier" de Corrientes. La ceremonia fué tocante, al decir de los diarios de la época. La presidió el ministro señor Kirk, y asistieron en masa los norteamericanos residentes en Buenos Aires, amén de una selecta concurrencia de ciudadanos argentinos tenidos por "masones". Al colocarse la primera piedra habló el pastor, reverendo Klapp, y acto seguido el ministro norteamericano pronunció algunas palabras celebrando la generosa hospitalidad de esta tierra, donde cabían todas las creencias y donde reinaba la libertad de cultos.



El templo protestante de la calle Corrientes entre Maipú y Esmeralda, cuya piedra fundamental fué colocada hace sesenta años con una brillante ceremonia.

Fueron lo suficiente estas palabras para que Héctor Varela, que se hallaba entre la concurrencia, levantara su voz y cantara un himno a la gran nación del Norte que nos brindaba su ejemplo y su experiencia y nos enviaba representantes tan ilustrados como míster Kirk. Terció, también, Juan Carlos Gómez, el cual dijo un breve discurso que restableció el discreto nivel de la ceremonia y permitió que ésta terminase sin mayores ulterioridades.

LOS cordobeses que hace sesenta años residían en Buenos Aires, y muchos que, sin ser cordobeses, sabían honrar el talento y el patriotismo, recibieron el 20 de octubre, con profundo pesar, la noticia de que había fallecido en la docta ciudad uno de los hombres más destacados de su tiempo: el doctor Elías Bedoya, antiguo congresal unitario del año 26, soldado de Paz en las luchas contra Rosas, ministro que fué de Urquiza en su período presidencial, y retirado luego a la apacible vida del hogar y de la contemplación.

Era Bedoya, según Mansilla, que lo conoció cuando actuaba en Paraná, un hombre casi gigante, correcto, pulcro, de cuello envuelto siempre en ancha corbata blanca. Caminaba con la solemnidad del que sabe que llama la atención, y toda su persona estaba llena de ese *no sé qué* digno, que, sin quererlo uno mismo, va diciendo a voces: yo soy alguien.

Era, además, un hombre altivo e irreducible, que no transaba sino con su propia conciencia. Cuéntase que en cierta ocasión, siendo ministro, un amanuense le entregó cierto expediente, advirtiéndole:

— Dice el presidente que firme...

A lo cual contestó Bedoya, después de analizar el documento:

— Yo no firmo robos.

Más que ligero llevó el amanuense la respuesta al presidente:

— General, dice el doctor que él no firma robos.

Urquiza montó en cólera. Hombre de pasiones fuertes y de gestos terribles, acostumbrado a hacerse obedecer sin réplica, su choque con el ministro debía terminar en un incidente grave. Arrebatado por la ira, se proponía llamar a Bedoya, cuando éste apareció en la puerta del despacho:

— Señor — le dijo, saludando respetuosamente, — no he firmado eso porque sin duda V. E. ha sido sorprendido, engañado.

— ¿Y qué cree usted que hay?

— ¡Un robo!

— ¿De veras?

— Sí.

— Lo siento. Me han sorprendido.

— Pero si V. E. quiere favorecer a ese hombre, se hallará cómo...

— Bueno, ministro, halle cómo...

"Cuántos mandatarios — añadía Mansilla a modo de corolario — no envidiarían la docilidad del caudillo prepotente y cuántos favoritos no hemos visto abandonados por el favor de arriba, nada más que por haber hablado la mitad de lo que Bedoya habló."

Elías Bedoya murió a los setenta años, rodeado de su larga familia, toda gente piadosa a fuer de buenos cordobeses. Él, en cambio, opuso siem-

(Continúa en la pág. 120)







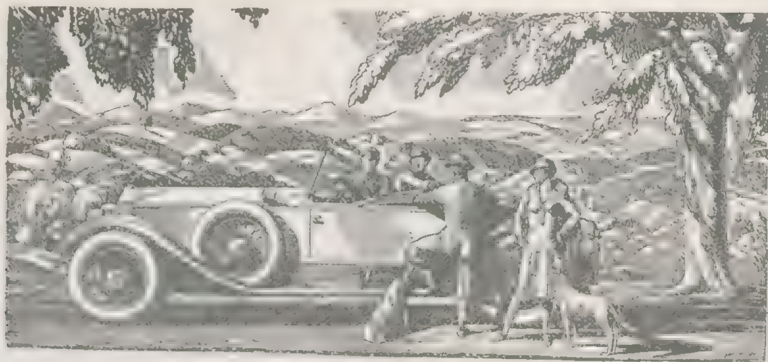
La radiotelefonía en las sierras de Córdoba

Por CHARLES H. DAY

EXISTE una gran divergencia de opiniones en lo referente a las transmisiones en las sierras de Córdoba. Muchos aseguran que la recepción es imposible. Otros están desilusionados por el hecho de no poder obtener el 100 % de efectividad, a pesar de lo cual es evidente la existencia de un gran deseo de vencer todos los obstáculos que las elevadas montañas imponen, hallándose arraigado este deseo especialmente en las familias, quienes, a pesar de habérseles hecho presente la imposibilidad de escuchar bien, colocan igualmente sus antenas. Ahora, ese deseo que existía de querer percibir el 100 % del sonido, ha sido suplantado por un punto de vista más filosófico de la situación actual, lo que contribuye, sin duda, al mayor progreso de la radiotelefonía en las sierras de Córdoba. Y progresa, no sólo debido al factor filosófico, sino que también al mejoramiento en las transmisiones, y a los magníficos receptores que hoy pueden comprarse. Una recepción al 100 % es imposible de ser obtenida en las sierras de Córdoba, ni tampoco existe en el mercado un tipo de receptor capaz de obtenerlo. No existe actualmente un receptor capaz de salvar todas las dificultades que hay en las montañas. Pretender lo contrario será atentar contra el avance de la radio. No hay duda que bajo el punto de vista comercial, y teniendo en consideración el interés existente por el progreso de la radio en general, al comprador de un aparato no se le puede poner en conocimiento de todos estos inconvenientes que, por otra parte, no tardará el propio interesado en sentir. La dificultad mayor de la recepción en las sierras no estriba en la distancia de la transmisión. Lejos de ello, pues, en noches favorables es posible escuchar, con un aparato regenerativo de tres válvulas. Pero cuando el "fading" prevalece, cosa frecuente a ciertas horas y de acuerdo a la estación, entonces el escucha debe conformarse con lo que pueda oír con ondas de 200 a 500 metros. Cuando uno considera la forma cómo las ondas son reflejadas, absorbidas y tergiversadas, entonces nos damos cuenta de la intensidad del progreso de la radio, y viendo que a pesar de todas las dificultades, conseguimos obtener las recepciones (muchas veces muy buenas y de una pureza única), entonces todos estamos conformes en decir que vale la pena esperar.

Existe también en las sierras otro gran factor que aún no ha sido tomado en cuenta. Aunque parezca mentira, la recepción a onda corta en las sierras es practicable y con excepcionales resultados, durante todo el año. A veces, cuando es imposible escuchar una sola palabra de las "broadcastings" de Buenos Aires y aun de la ciudad de Córdoba, en onda corta las trasmisiones desde Europa y los Estados Unidos se reciben con una claridad sorprendente. Es así cómo, noche tras noche, se obtiene música de las estaciones extranjeras con una potencia tal que puede bailarse a su compás sin dificultad alguna. Con onda corta puede escucharse también música desde Holanda, Londres, California, y entre las cinco y seis de la mañana desde Australia. En idénticas condiciones se ha podido escuchar desde Manila, en las islas Filipinas. Por eso es que el uso de aparatos de onda corta está tomando gran incremento entre los habitantes de las sierras que los utilizan para las trasmisiones internacionales. También pueden obtenerse las trasmisiones diurnas que se efectúan desde Buenos Aires, y a veces, con un receptor bueno, pueden ser escuchadas durante todo el día. (Con onda de 200 a 500 metros.) Pero, con todo, no podemos esperar un 100 % de efectividad.

Los Cocos, octubre de 1930.



Mi sierrita

Por

HORACIO GOMEZ MOLINA

Sierra de mis constantes evocaciones,
llevadas por el ansia mis emociones,
vuelan en estos versos con rumbo a ti,
trémulas del instinto con que hacia el nido
— en la verde penumbra bien escondido —
va agitando sus alas el colibrí.

Sierra maravillosa de cuyo cielo
luce en lo más recóndito de mi desvelo
la gracia del celaje y el arrebol;
te miro con mis jóvenes ojos de artista
y tengo tu hermosura siempre a la vista
bajo los puros besos del Padre Sol.

Emigrado te quiero más todavía,
porque así te idealiza la lejanía
y se hace ensueño y magia mi gran amor;
te me antojas edénica por el tomillo,
el azahar del fino "palo amarillo"
y los cálices hondos del cacto en flor.

Tus laderas y lomas, valles, quebradas,
de rojas margaritas como esmaltadas
reciben de los cielos beso ideal.
Lo dice el algarrobo del alto monte,
y en el soto, embriagándose de horizonte,
lo hace música el pico de algún zorzal.

Cuántos claros arroyos en ti gorjean
y qué brisas tan puras son las que orean
los musgos bendecidos por su cristal.
Césped de las barrancas y los repechos
a los que sube el canto de los helechos
en alas de esa brisa tan musical...

Cuántas veces vagando por tus caminos,
sin sentir las heridas de tus espinos,
contemplaba las nubes de fino tul,
y apoyando en las rocas mis laxos músculos,
a la luz milagrosa de los crepúsculos,
se me llenaba el alma de cielo azul.

O bien era el prestigio del sol naciente
que traía la blanca nueva de Oriente
escrita en gracia, trinos, dulzura y paz,
y tú mi sierra indígena te despertabas
con el aliento virgen de las "alavas"
y el corazón suavísimo de la "torcaz".

En mí estás encarnada, sierra bendita;
todo lo que atesoras en mí se agita:
tus esencias, tus cantos, todo está en mí:
yo siento que en lo íntimo de las entrañas
llevo el silencio enorme de las montañas
y escondo los panales del "camoatí".

¡Oh mis claras y alegres sierras nativas,
las de Cosquín, tan mías y tan festivas,
y el Pan de Azúcar, cerro tan paternal,
en cuyas suaves faldas, cuando pequeño,
descubrí una mañana todo el ensueño
y sentí una frescura de manantial!...

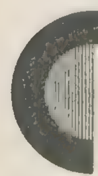
LA MARAVILLOSA REGION SERRANA

	Modesto Acuña	Alma Fuerte	Rio Tercero	Corralito	Monte Ralo	Despeñaderos	Jose de la Quintana	Despeñaderos	R. Garcia
ALTITUD (M^S)	346.54	432.11	386.89	476.98	501.21	449.00	520.41	449.00	463.50
KILÓMETROS DESDE CÓRDOBA	130.2	115.1	99.2	77.8	63.9	51.8	67.5	51.8	30.5

NIVEL DEL MAR

REFERENCIAS

- Iglesias
- Sanatorios
- Ríos
- Lagos y lagunas
- Golf
- Estaciones de F. C.
- Ferrocarriles
- Piletas
- Caminos
- Localidades



CÓRDOBA ha reunido, en sus sierras, los panoramas más bellos y más diversos de la república; en su vasta extensión se encuentran no sólo los climas más diferentes, sino, también, los aspectos geográficos más opuestos. Dentro de la misma región serrana se pasa, alternativamente, de las zonas tropicales a aquellas otras donde la vegetación acusa un origen totalmente distinto. Se explica ello, si se tiene en cuenta que el origen de la sierras de Córdoba — consideradas como las más antiguas del mundo, según comprobaciones geológicas, — están formadas por aluviones sucesivos.

Córdoba presenta en su aspecto climatérico las mismas variantes de su índole geográfica; basta realizar un viaje por sus caminos para comprobarlo. Así, cuando el auto se sumerge en las profundidades de un valle o se recuesta en una ladera, el calor obliga a retirar los abrigos; pero no lejos de allí, cuando se ha llegado a una pampa o a la altura de una montaña, el frío o la brisa reemplazan de inmediato la temperatura anterior.

Los caminos constituyen para Córdoba un legítimo motivo de orgullo. Su red caminera es, sin duda, la más completa que pueda presentar un estado argentino, y corresponde decir aquí, que ella es obra de un gobernante cuyo nombre no podrá ser olvidado: el doctor Ramón J. Cárcano.

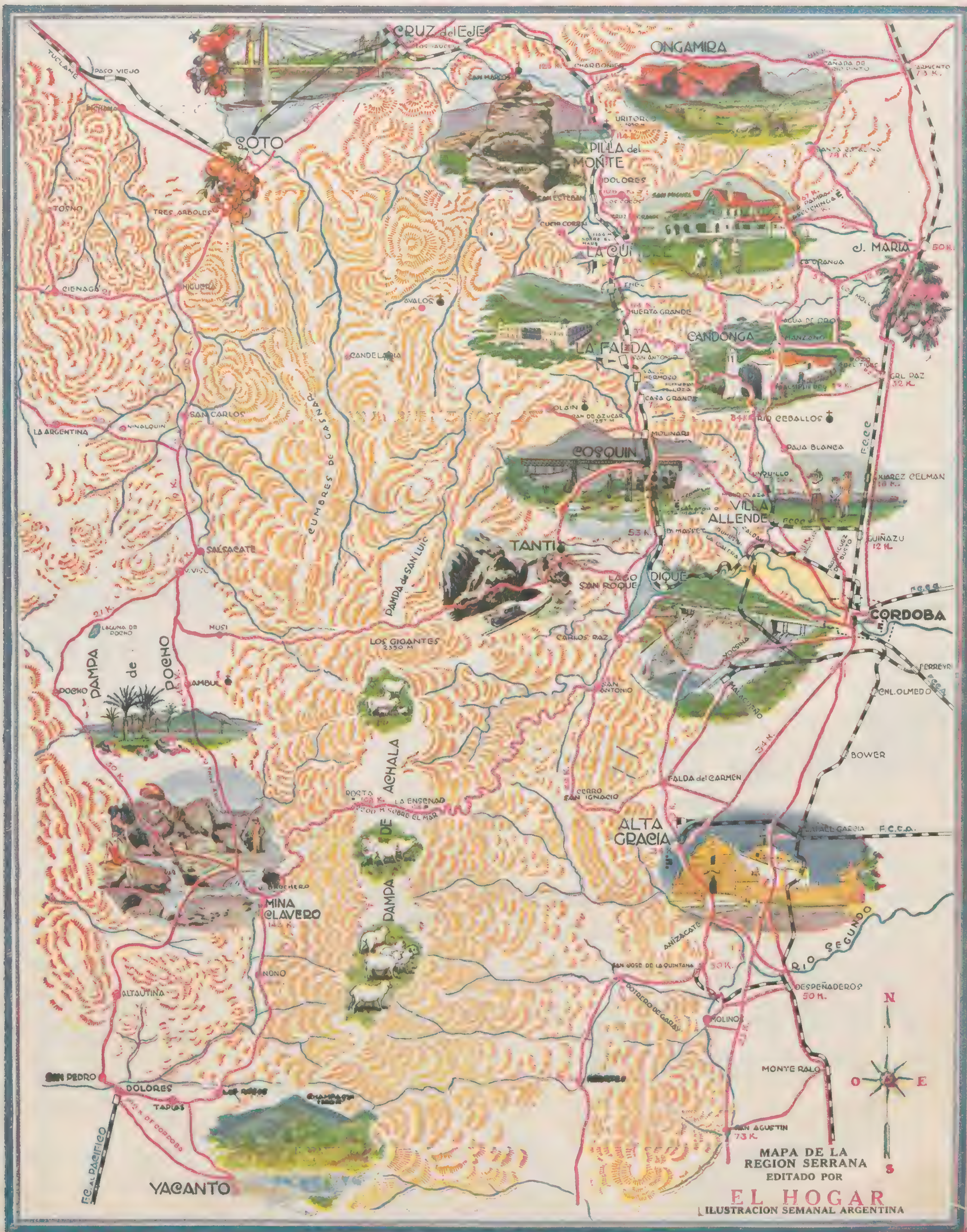
Cuando se recorre de un extremo a otro la rica provincia, se comprueba cómo el pueblo todo, hasta los serranos más modestos, saben que a la acción decidida y patriótica de aquel mandatario, la gran obra pública que significa vincular todas las villas de la región montañosa, ha contribuído al progreso y al bienestar de sus habitantes. Como es natural, el pensamiento de llevar a cabo un plan destinado a dotar de caminos a la zona serrana encontró sus opositores políticos. Hemos oído, alguna vez, al doctor Cárcano expresar el fundamento de aquellas oposiciones; los caminos asfaltados estaban destinados a los porteños, porque, en cierta manera, el propio doctor Cárcano lo era, ya que residía desde hace largos años en la capital federal. La inversión de algunos millones en construir caminos era endeudar a la provincia sin ningún beneficio para el nativo. Tales reparos se hallaban inspirados en el absoluto desconocimiento de las posibilidades de progreso que habrían de significar los nuevos caminos a las cumbres, porque, en el término de diez años, todo el aspecto de aquella parte de la provincia cambió fundamentalmente. Desde La Cumbre se empleaban, por el antiguo camino de herradura, cinco días para llegar hasta la capital de Córdoba; en la actualidad, la distancia de 102 kilómetros, se cubre en automóvil en un poco más de dos horas, realizando el viaje sin precipitaciones.

La iniciativa del gobernador Cárcano ha significado para Córdoba su consagración como provincia destinada a ser el centro exclusivo del turismo en el país; el día en que pueda vincularse aquel estado con la metrópoli, por medio de un camino para automóviles, se habrá cumplido un anhelo que está en la mente de todos los argentinos.

El plano que publicamos, en la presente página, ilustrará al lector sobre la importancia de la red caminera de la provincia de Córdoba, con la indicación de los parajes que merecen ser visitados por el turista. El puede servir como carta de ruta para quien se disponga a recorrerla en automóvil, ya que la riqueza de detalles que en ella se reflejan lo permitirá sin ningún esfuerzo. Como puede verse, hay donde elegir, y quien se disponga a conocer todos los puntos señalados tendrá que disponer, en verdad, de mucho tiempo. El camino ha creado, por lo demás, la industria del turismo, que irá alcanzando, poco a poco, mayor importancia. Ya no es un problema la falta de hoteles confortables a lo largo de la ruta, ni puede faltar tampoco todo cuanto se refiera a la atención de los automóviles. Todo ha sido ya organizado en forma tal, que resulte, en verdad, agradable.

NIVEL DEL MAR

	ALTITUD (M^S)	KILÓMETROS DESDE CÓRDOBA
Alta Gracia	563.00	47.6
R. Garcia	463.50	30.5
Cordoba	[illegible]	0.0
La Calera C.A.	487.44	30.1
Dumesnil	[illegible]	33.4
La Calera C.N.A.	499.80	35.4
Casa Bamba	552.38	43.0
Dique	643.30	49.0
Cassafousth	643.80	50.0
San Roque	643.25	54.0
Bialet Masse	653.34	[illegible]
Santa Maria	654.46	64.9
Cosquin	708.12	67.8
Molinari	784.70	72.6
Casa Grande	800.41	79.0
Valle Hermoso	892.00	84.0
La Falda	934.21	87.0
Huerta Grande	971.16	89.0
Thea	1022.65	93.0
La Cumbre	1141.78	102.0
San Esteban	1024.16	110.0
Capilla del Monte	979.63	118.0
Charbonier	850.13	128.0
Los Sauces	567.92	145.0
Cruz del Eje	465.93	158.0


CRUZ del EJE
ONGAMIRA
SOTO
CAPILLA del MONTE
LA CUMBRE
J. MARIA
LA FALDA
CANDONGA
COSQUIN
VILLA ALLENDE
TANTI
DIQUE
LAGO SAN ROQUE
CORDOBA
CUMBRES DE GASPAR
PAMPA de SAN LUIS
PAMPA de POCHO
LOS GIGANTES 2350 M
PAMPA DE ACHALA
ALTA GRACIA
MINA CLAVERO
RIO SEGUNDO
YACANTO
F.C. al PACIFICO
SAN PEDRO
DOLORES
SALSACATE
SAN CARLOS
CANDELARIA
HUERTA GRANDE
RIO CEBALLOS
SAN ANTONIO
FALDA del CARMEN
BOWER
DESPEÑADEROS
MOLINO
MONTE RALO
SAN AGUSTIN 73 K.
NONO
ALTAUTINA
TAPIAS
N
S
E
O
MAPA DE LA
REGION SERRANA
EDITADO POR
EL HOGAR
ILUSTRACION SEMANAL ARGENTINA

Una crónica social de hace 35 años

El veraneo en Córdoba

Por

AMADO J. CEVALLOS

NO es riguroso el verano en la ciudad de Córdoba para los que han soportado recientemente los calores de Buenos Aires, Rosario y Tucumán, para no hablar de la Rioja, Catamarca, Santiago del Estero, Corrientes y San Juan; pero es insoportable para los cordobeses. Los días son esplendorosos, hay relativamente poco polvo, el agua corriente y represada es abundante, los cambios de temperatura son frecuentes, las lluvias lavan la vegetación y convierten las calles en arroyos, y casi siempre soplan por la noche ráfagas frescas, especialmente en la Avenida General Paz, en el Paseo Sobremonte, en las quintas, en el pueblo General Paz, en San Vicente, en Alta Córdoba y en el Parque Las Heras, adyacentes al dique de Regatas; pero a ciertas horas es desesperante el calor.

Por otra parte, la ciudad parece haber sido tomada por algún enemigo que ha hecho emigrar a la mayor parte de las gentes de más holgada posición, dejando solamente como rehenes o prisioneros a unos pocos infortunados que no pueden salir sino una vez por semana, como de escapada clandestina.

Las casas de éstos, por lo regular habituales frecuentadores del club social, de los cafés y del hotel San Martín, llegan a ser hasta familiares, y no bastan para atenuar esta sensación de malestar las fisonomías desconocidas de los pasajeros del litoral que se detienen por algunas horas antes de emprender su excursión a las sierras.

Los paseos públicos se ven casi desiertos; quedan los tradicionales "niños de verano", que a duras penas podrán tener algún interés para los muchachos calaveras de la peor especie, suponiendo que a éstos no les haya sido posible también emprender el vuelo campestre.

La ciudad ha estallado, y sus fragmentos, que felizmente pronto volverán a unirse y reconstituirla, están desparramados por toda la sierra y las llanuras: unos por las quintas de los alrededores, otros entre las breñas, a muchas leguas de distancia.

Hay para todos los gustos, para todas las situaciones de labor ordinaria, para todas las condiciones sociales y para todos los bolsillos.

Hombres de cierto bienestar económico y de hábitos sedentarios, ocupan sus palacetes o los de sus amigos en Las Rosas, Baracaldo, etc., extendiéndose río arriba hasta la Calera, que es un ramillete de verdura y elegantes construcciones, ya entre las fragosidades de la sierra baja; otros, propietarios antiguos o muy poco ávidos de lujo, elegancia, novedad, emociones serranas, se van a los Molinos, Río Segundo, Pilar, Pampayacta, Villa Nueva, Bell Ville, Jesús María (muy próximo a la sierra), donde gozan de sociedad selecta, aire puro y fresco y gran espacio para pasear en coche, con el inconveniente no muy raro de viento y tierra en cantidad mayor de la necesaria; General Mitre y Alta Gracia, pueblecillos serranos como Calera y un poco más distantes, tienen mayor población, tanto fija como veraniega, están a dos o tres horas de la ciudad por vía férrea y se prestan admirablemente para una vida social medio urbana y medio campestre; Santa Catalina, Ascochinga, San Jorge, Capilla del Monte, Dolores, Huerta Grande, Cosquín, Tantí, todos en plena sierra y cerca de las estaciones de las líneas férreas que se dirigen al norte y nordeste, aunque no

igualmente accesibles por razones de otro orden y de varios órdenes, son de lo más ideal para pleno veraneo entre montañas y sociedad distinguida (Cosquín y Capilla del Monte, cada uno con media docena de hoteles más o menos, van ya en camino de convertirse en pequeñas ciudades), mientras que Santa Catalina, por ejemplo, la espléndida posesión jesuítica, seguirá perteneciendo por mucho tiempo a unas cuantas aristocráticas familias descendientes de un no lejano tronco común; Cruz del Eje, Soto, Mina-Clavero, San Javier, Santa Rosa (de Calamuchita), San Ignacio y Soconcho, mucho más distantes, a menor altura geográfica y de topografía menos accidentada, tienen, sin embargo, cada una, sus méritos especiales y atraen todos los años valerosos turistas que tienen a veces que atravesar ríos crecidos y marchar varios días en tren, mensajería, coches de alquiler o a lomo de mula; y si se quiere algo más agreste, menos concurrido o más económico, sin carecer de los interesantes encantos del clima y de la topografía, hay todavía Tulumba, San Pedro (de Tulumba), Cañada de Río Pinto, Ongamira, Quebrada de Luna, San Marcos, Ojo de Agua de Toto, Cuasapampa, Candelaria (de Cruz del Eje), Characato, Hornillos... Sin contar, por el lado de Río IV, con San Bartolomé y otros puntos. Toda la dificultad es elegir.

Y cuando se dispone de poco tiempo y se quiere recorrer el mayor espacio y la mayor variedad posible, es problema serio.

Pero no era cosa de quedarse en planes.

Aprovechando unos cuantos días de obligada espera para desprenderme de preocupaciones que me permitieran emprender excursiones de más larga trayectoria, tomé a las 8.30 del próximo pasado viernes el tren del Norte, en la estación Alta Córdoba. Llevaba el propósito de detenerme algunas horas en Jesús María y continuar, por el tren que pasa por este punto a las 6 de la tarde hasta la estación Sarmiento, donde por la módica suma de un peso se toman coches que conducen a la Villa General Mitre, distante una legua y media de ese punto de la vía férrea.

La simpática población, tantas veces visitada anteriormente, amiga de muchos años, ostenta sus blancos edificios y sus alamedas, agrupadas en manzanas de cien varas por costado, divididas por anchas calles de paredes muy bajas.

Está asentada sobre una especie de seca bahía que limitan al sur, al oeste y al norte las alturas de la extremidad sur del cordón del Chañar o de Tulumba y unida por el este a la ilimitada llanura oriental. Por la parte del oeste, al lado del camino, se alza en forma de enorme budín el famoso Cerrito, que se ve desde la vía férrea cuando se sigue viaje al norte.

Ha sido siempre un centro muy favorecido por la migración de verano que llega, no sólo de la capital cordobesa, sino de Buenos Aires y Tucumán; pero este año la concurrencia es extraordinaria, según puede verse por la siguiente lista:

De Tucumán. — Don Carlos Ferreira y familia, doctor Vallejo y familia, doctor Lobo y familia, doctor Federico Helguera y familia, doctor Cossio y familia, doctor Mendioro y familia, señor Vencio y familia, señor G. Maciel y familia.

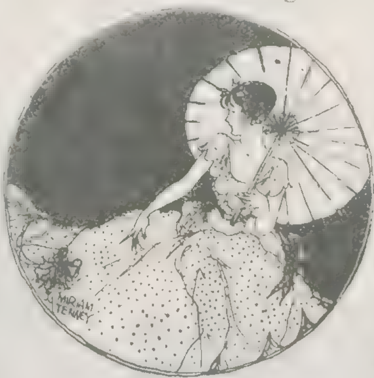
De Buenos Aires. — Señores Veades y familia, Lidoro Quintero y familia, Francisco Beltrán y familia, N. Castellano y familia, y señora Mercedes I. de Cuenca y familia.

De Rosario de Santa Fe. — Nicolás Pinto y familia.

De Córdoba. — Doctores José María Ruiz y familia, Samuel Castellano y Andrés G. Posse, señores Donaciano del Campillo, Carlos M. Narvaja, Severo Obregón, Deodoro Roca, José María Narvaja, Pedro Díaz, Enrique Rothe, Santiago Beltrán, Tristán Ortiz y Julio Silvester, y las señoras Clementina de César y Justa A. de Posse, todos con familia.

Se comprende así que la temporada se pase muy agradablemente, en bailes, los paseos y demás jolgorios, aunque las muchachas se quejan de la escasez de "mozos", lo que casi me atrevería a traducir "mozos de cuenta", pues es indudable que la mayor parte no quieren llevar el apunte a los que hacen sus primeras armas.

De General Mitre tomé un coche hasta la Bañada de Río Pinto o más propiamente hasta la Verde, propiedad del jefe político don Ignacio Peña, hermano de los diputados nacionales don Cleto y don Vicente.



Es una espléndida localidad que dista legua y media o dos leguas de Sarmiento; tiene bastante población, aunque un poco diseminada, y un elegante pequeño templo gótico, recientemente concluído. Está al pie, entre las primeras ondulaciones de Sierra Chica y sus vistas hacia todos los rumbos son amplias y graciosas. Se puede pasear a pie, a caballo, en coche, como se quiera. Alternan los potreros alfalfados con los extensísimos prados naturales que suben hasta las cimas de las colinas. Queda muy cerca de Ongamira, que es una maravilla que hace llegar allá a los huéspedes de Ascochinga y San Jorge.

Sólo necesitaría un hotel bien atendido y cómodo para atraer, como los últimos puntos nombrados, a las familias elegantes. La Verde es una mansión señorial, digna de su dueño, por sus vastas proporciones. No se desprenderá el señor Peña, ni sería eso posible, de su flamante hermosa vivienda para convertirla en hotel; pero le sería muy fácil levantar otro edificio, expresamente hecho para el objeto, siempre que encontrase algún interesado en el negocio.

De Santa Catalina seguimos al día siguiente, a caballo, la marcha en dirección a Ascochinga, a través de los accidentes de la falda serrana, llegando en poco más de dos horas a Santa Catalina.

Llegamos como a las 6.30 p. m. y trepamos al ya famoso hotel de Ascochinga, por un magnífico camino.

Está esto desconocido en su edilidad y demografía. ¡Cómo no sea mayor el cambio de lo que yo me pienso! Tengo una especie de terror a las segundas impresiones... Pero no quiero; no me da la gana meterme en tales honduras; prefiero comunicar por esta vez lo que más puede interesar a los lectores de información noticiosa.

Han permanecido algún tiempo aquí la familia del doctor Bustillo, los señores Carlos Madero y Aquiles Rodríguez Orey, los doctores Leopoldo Melo y Manuel Carlés.

Permanecen actualmente: la familia del señor Otto Bemberg, la señora Manuela V. de Stegman y familia, las señoras de Elía y de Llavallol, el señor Baltasar Moreno y familia, los doctores Rovirosa, Rodríguez Saráchaga, Julio A. Roca y Mujica.

Son esperados: el ingeniero señor Luis Silveyra y familia, el señor Ataliva Roca y familia, el señor Rodolfo Jiménez y familia, la señora Catalina H. de Clark, y el señor Alkaine e hijo.

¡En el hotel no cabe materialmente más!

Y me dicen que San Jorge, distante de aquí como una legua al oeste, donde la edificación es mucho menos lujosa y amplia, está también completamente lleno.

Esto marcha, ¡pero se va para otros rumbos!... Ahora, camino del oeste, a plena sierra.

El Valle de Punilla

La Cumbre

Por MANUEL TASSANO



ESTE diminutivo de puna fué aplicado al extenso valle por los conquistadores hispanos, al notar que en algunos de sus parajes experimentaban sensaciones parecidas a las producidas por las punas cordilleranas.

La penetración ibérica en este valle fué contemporánea con la fundación de Córdoba, siendo sus ocupantes, en su mayor parte, personas de alta notoriedad, participantes de la conquista de Chile y Tucumán, por cuyos méritos o prerrogativas solicitaban y obtenían mercedes territoriales que, al pasar a su dominio, hacían cultivar con los indígenas, enajenándolas después o legándolas a su posteridad.

Con esta práctica, todo el valle punillano, con especialidad la zona que actualmente acoge la inmensa mayoría del turismo, fué distribuída en esta forma: a Bartolomé Jaimes, por decreto real de 30 de octubre de 1585, la extensión que hoy encierra las poblaciones de la Cumbre, Cruz Chica, Cruz Grande, Los Cocos, San Esteban, Dolores y Capilla del Monte; a los esposos Francisco Pérez de Aragón y Lucrecia de Villalva, 2 de septiembre de 1585, la Pampa del Pescadero, Balata, tierras del indio Juan Balata hasta las cumbres de la Sierra Chica; a Luis Izquierdo de Guadalupe, 3 de septiembre de 1697, la zona de *El Potrerillo*, cuatro leguas de superficie; a Gabriel García de Frías, 12 de enero de 1612, las tierras que denominábanse *Leminbutos* o Casa de Pescados, dominios que fueron del cacique *Cachocharaba*, con superficie de tres leguas; a doña Gerónima de Abrego y Albornoz, la merced de Olaen, por decreto del 14 de febrero de 1598, ampliada a favor de Felipe de Soria, con *Ayampitín*, el 10 de octubre de 1640 y con mayor extensión, a Ignacio de Salguero y Cabrera, el 7 de octubre de 1643. Esta merced comprendía la cuenca del lago San Roque, Cosquín y tierras al oeste; es decir, una superficie de 16 leguas cuadradas. Al caer gran parte en poder del mitrado Diego Salguero de Cabrera, el 3 de marzo de 1763, por instrumento labrado en Sucre, antes Charcas y Chuquisaca, la dona a la Orden Betlemítica, para construir y administrar el Hospital San Roque, de Córdoba. Los P. P. betlemitas enajenaron a los indios de Cosquín parte del legado de Olaen.

El 27 de abril de 1701 es concedido el Valle de Escoba al capitán José de Olmos y Aguileras, limitando al Norte con los indios de San Marcos, al Sud con Bartolomé Jaimes y al Oriente con Copacabana. El 10 de octubre de 1729 pasó a manos de los jesuítas que la mantuvieron hasta el fatídico *Sint ut sunt, aut non sint*, originario de su desconocimiento y expulsión.

La merced *San Nicolás* diósele a Juan de Gallegos y a su esposa Constancia Negrón, en abril de 1615.

En las postrimerías de este siglo favorecióse a Tristán de Tejeda y Mateo de Azevedo con la zona de Las Chacras, Thea, Huerta Grande hasta el Arroyo de Los Quinteros y La Falda, Casa Grande y Molinari, que comprólas el convento Santo Domingo, pasando luego al dominio de Agustín de Soria y Medrano; a Juan Perafan de Rivera, el 17 de julio de 1690, la zona del Río Tío Mayo. Ahora bien, salvo raras omisiones, este era el antiguo escenario punillano a mediados del siglo XVIII, transformándose gradualmente con las sucesiones de aquellos terratenientes en infinidad de pequeños centros poblados. De éstos, los que en 1890 recibieron la vi-



Don Manuel Tassano, uno de los investigadores históricos de mayor prestigio en la provincia de Córdoba, autor del presente artículo, y que por su ilustración y conocimiento de la zona puede considerársele el "Cronista" de la sierra.



La vieja finca de "San Jerónimo", en la Cumbre, una de las más antiguas residencias coloniales de la región y que conserva interesantes vestigios de su existencia secular.

sita del ferrocarril, alcanzaron progresos de tanta importancia que la mirada nacional volvióse hacia ellos.

LA CUMBRE

No habían transcurrido tres lustros desde la fundación de Córdoba, cuando los hispanos habíanse instalado aquí, aplicándole el título de *Hacienda San Francisco de la Punilla*, y después *San Gerónimo*, lo que hoy llámase *La Cumbre*. En sus inmediaciones partía la línea divisoria de las mercedes de Aragón y Jaimes y fundado sus respectivas moradas de las que todavía existe. no obstante sus 340 años, la que habitara doña Lucrecia de Villalva, esposa de Aragón, y que al enviudar de éste pasó a segundas nupcias con Gabriel García de Frías. Para el año 1633, doña Lucrecia, nuevamente viuda de ambos esposos, procede al reparto de sus tierras entre sus hijas Mariana, Engracia, Ventura y Catalina. Con alguna antelación hacía lo propio don Bartolomé Jaimes con sus hijos Isabel, Mariana, Lucía, Alonso y Miguel.

En los días 3 y 4 de junio de 1619, dos hijas de Bartolomé, Isabel y Mariana, con los respectivos esposos, enajenan a favor de Lorenzo de Ludueña las fracciones de su pertenencia que comprendían lo que hoy son La Cumbre, Cruz Chica, Cruz Grande y Los Cocos.



Pedro Dionisio de Echalar, cura párroco de San Roque, que en la vida patriarcal de la sierra goza de gran popularidad y el más efusivo cariño de sus tranquilos feligreses.

Nótese que para el año 1627, según instrumento público, **Lorenzo de Ludueña ya había edificado casas, corrales, cercados, cultivado sementeras de trigo y maíz, criado ganado vacuno y lanar y *plantado árboles de Castilla*.** Esto hace suponer que no es infundado atribuirle la paternidad de los colosales nogales existentes en la huerta de la capilla San Roque; el vetusto congénere de la posesión de Hermida y los monstruosos nogales de San Gerónimo, que fueron derribados para la industria en el año 1896.

Desde 1633 hasta 1870 o sea durante el período de 237 años, La Cumbre reconoció sucesivamente una larga caravana de propietarios que pasaron así: doña Antonia de Quevedo, en 1642; Juan de Quevedo, en 1669; Antonio de Ceballos, desde 1697 hasta 1713; Antonio Bustos, 1740; Josefa Bustos y esposo Ramón Ladrón de Guevara, 1766; capitán José Felipe Zapata, 1786; María Josefa Bustos y esposo Francisco Pavón, 1800; Jacinto Roque de Olmos, 1805; Francisco Javier y José María Zapata, 1845; Gregoria Iglesias de Zapata, Juana Jacinta Pavón, Rafaela, Remigia, José Antonio Pavón, Juan José Olmos y José Manuel Olmos, hasta 1870.

Desde esta fecha hasta el presente, la antigua zona de San Gerónimo ha multiplicado su población en forma asombrosa, y en 1899, por disposición del F. C. C. C., aplicóse definitivamente el nombre de La Cumbre al paraje que otrora fuera residencia de conquistadores, surgiendo gradualmente numerosos y monumentales edificios, un vasto y artístico templo, costosas obras públicas, un poderoso comercio e instalación de todos los resortes administrativos, innumerables cuanto lujosos hoteles, campos deportivos, etc.

Un lugar delicioso:

La Cumbre

POR su altitud y por el admirable panorama que lo rodea es uno de los parajes privilegiados de la serranía. Cuenta, para ello, con un clima invariablemente seco y una temperatura primaveral sin oscilaciones apreciables. Con tan fundamentales atractivos se explica que sea una de las regiones predilectas del turismo, adonde concurre una constante avalancha de excursionistas, ávidos de gozar las delicias de la naturaleza sin violencias ni riesgos propios de otros parajes pintorescos.

Cuenta esta deliciosa villa serrana, acreditada por tal cúmulo de atractivos, con una población ya considerable y con todos los elementos indispensables para el más apetecible confort: hoteles, clubs, piletas de natación, golf, paseos hermosísimos, buenos servicios de transporte, iglesias y canchas para toda suerte de deportes, todo lo cual contribuye a hacer más grata la permanencia en un paraje serrano tan bien provisto de seducciones naturales y atractivos sociales.

Don Roberto Runciman, propietario de la vieja estancia San Jerónimo, que hoy constituye el pueblo de La Cumbre. Gracias a sus iniciativas, a los muchos caminos que construyó y donó, bien merece el título de "Padre de La Cumbre". FOTO CABADA

Los varios millares de habitantes de su población natural, se ven constantemente reforzados por la considerable población transeúnte, que va, periódicamente, a buscar alegría y reposo en su vida agreste y tranquila.

Los progresos de esta hermosa villa cordobesa se han acentuado recientemente en grado sumo debido a la corriente de turismo hacia ella establecida en estos últimos tiempos, vale decir, desde que las vías de comunicación y los magníficos caminos han facilitado la corriente de viajeros hacia estas privilegiadas regiones de la república.

En la actualidad cuenta La Cumbre con un buen número de buenos hoteles, tales como la Mansión del Olimpo, Palace Hotel, San Andrés, Cruz Chica Hotel, Petit Hotel, el Gloria, el Reydon, el Bristol, Serrana Hotel, Las Dalias y Hotel Golf, y otros. Abundan también las casas de pensión económicas y bien instaladas; todo lo cual evidencia que la residencia en La Cumbre puede hacerse en la forma más acomodada y a gusto.

Funcionan buenos cines; hay excelentes casas de comercio en todos los ramos y también farmacias y médicos, aunque bien entendido, esta profesión no es un buen negocio en aquella localidad, por razones de las excelencias del clima y la salud moral del ambiente.

En cuanto a los progresos edilicios de La Cumbre, podemos señalar la existencia de aguas corrientes, luz eléctrica y dos magníficas iglesias: el templo parroquial y la capilla de San Roque, ésta última de estilo colonial, con un gran patio donde se conservan nogales tres veces centenarios que son la admiración de los turistas y que representan, para el arte regional, un motivo de gran valor artístico.

También se cuentan paseos encantadores que siempre se ven muy concurridos: Huerta Mala, la Quebrada de San Jerónimo, Cuchi Corral, La Vuelta al Mundo, Cruz Chica, Cruz Grande, el Pungo, el Rosario, Los Cocos, etc., son otros tantos parajes de recreo que congregan diariamente a los *dilettanti* que buscan en los encantos de la sierra, salud y expansión moral. Pero una de las atracciones y comodidades más intensas que ofrece La Cumbre a los turistas y a todas las familias de buena sociedad que han hecho de aquella villa el paraje habitual de su residencia permanente o intermitente, son los clubs deportivos y las mismas comodidades que, para tales efectos, abundan en todos los establecimientos de hospedaje de la localidad; y en La Cumbre Golf Club, una excelente pileta de natación con todas las comodidades. Por otra parte, La Cumbre Polo Club cuenta con una hermosa cancha situada a solo tres



Uno de los innumerables paisajes pintorescos en los alrededores de La Cumbre.

FOTO CABADA



cuadras de la estación, y a presenciar los interesantes matches que en ella se juegan frecuentemente asisten las mejores familias de la sociedad de La Cumbre.

La elevación sobre el nivel del mar hace de aquel paraje uno de los más deseables, pues los enfermos del pulmón no resisten su fuerte e inmejorable clima. Cada día es mayor allí la edificación de hoteles, casas y chalets.

Y finalmente permitirá apreciar las ventajas de la situación privilegiada de esta localidad para disfrutar de los encantos de la vida serrana, la circunstancia de que los bellos parajes de La Cumbre se encuentran en la zona dominada por la influencia de los Ferrocarriles del Estado, y en comunicación directa, por medio de excelentes caminos, con Cruz Chica, Cruz Grande, Los Cocos, Los Molles, etcétera., lugares todos éstos, de lo más pintoresco de la sierra..

También arranca de La Cumbre el camino que va a Ascochinga, pasando por El Pungo, Candonga y El Manzano. En Ascochinga se halla el Savoy Hotel, con grandes comodidades para los turistas y numerosos elementos de distracción.

Para realizar cómodamente excursiones a todos estos bellos parajes, existen organizados en La Cumbre excelentes servicios de automóviles, carruajes y caballos de silla que permiten el acceso a los rincones más pintorescos y a las alturas más atrayentes, haciendo de la residencia en La Cumbre una vida rodeada de todas las apetecibles atracciones desarrollada dentro del más exigente confort.

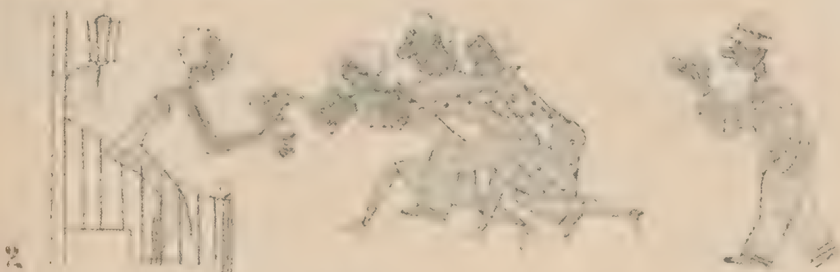
Una información que puede ser útil a los turistas es que en lugares como "Cruz Chica", "Los Cocos" y otros no menos concurridos, existen talleres para la reparación de autos, lo que pone a salvo de los más temibles inconvenientes de las excursiones.

ALGUNOS DE LOS PRINCIPALES VERANEANTES QUE POSEEN PROPIEDADES EN LA CUMBRE

Señora María Unzué de Alvear, ingeniero Carlos Bustos Morón, doctor Gregorio Aráoz Alfaro, ingeniero Emilio F. Olmos, señor Mauricio Harilaos, señor Jorge A. Mitre, ingeniero Enrique Gómez Molina, señor Casimiro A. Gómez, señor Julio E. Gómez Palmés, monseñor Pablo Cabrera, señora A. M. Crisol de Achával, arquitecto Raúl J. Alvarez, señor F. Espinosa Amespil, doctor Eduardo Bunge, señor Enrique Dodero, señor Conde Viana, doctor Jorge H. Mac Lean, doctor Tomás Varela, señor Enrique Muiño, familia de Bazet, señor J. Buelink, señor E. L. Pereyra Iraola, señores Alfredo y Juan Benitz, doctor Manuel Beltrán, doctor Luis de Ridder, doctor Halaham, señor Jorge Barcha, señoritas de Durand, doctor Félix Daverede, señor Carlos J. Forn, señor Emilio Fontán, señora de Hermida, señor Enrique Haris, doctor D. G. Kavanagh, señor Kennard, señor Antonio Martínez, señor J. Podestá, señor Félix Pierre, señor Roberto L. Runciman, señor Thomas J. Cadmus, arquitecto León Dourge, señor Luciano Ford, señor Alfredo González Germade, señor Andrés Ordoqui, señor Esteban Lambert, ingeniero Adolfo T. Moret, señora de Masle, señor H. G. Norman, doctor Carlos Navarro Ocampo, señor Juan Pruden, señor Jorge Palacios, ingeniero David Quayat, señor Bannermann B. Roberts, doctor Honorio J. Silgueira, señor Francisco Smart, etc., etc.

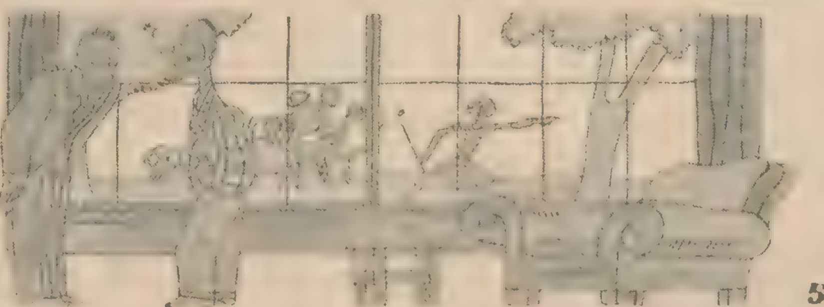
Un día de descanso en las sierras















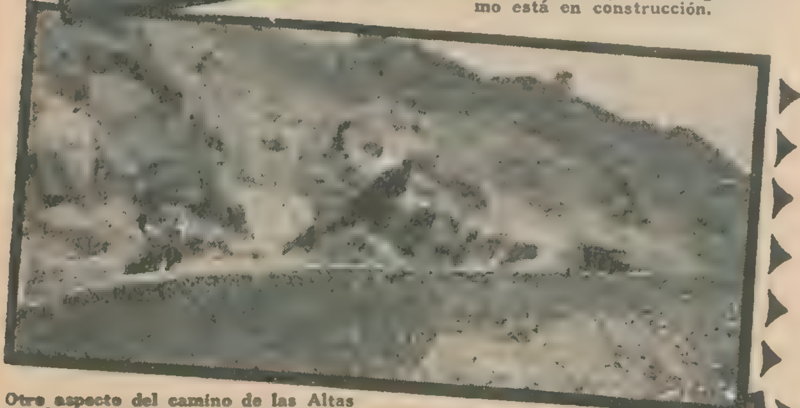
LOS ENTUSIASTAS Y EL INDIFERENTE.

CORDOBA LA PROVI

Villas de veraneo. Atractivos. Paseos.



Camino de Calera a San Roque. Vista de la primera sección, próxima a San Roque. Un segundo tramo está en construcción.



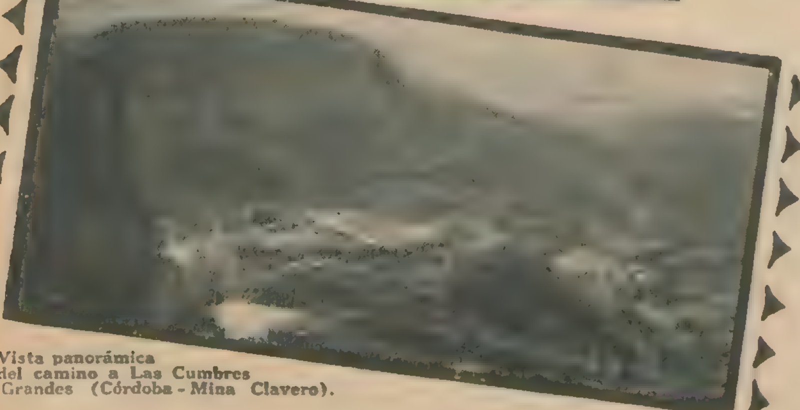
Otro aspecto del camino de las Altas Cumbres (Córdoba a Mina Clavero).



Hermosa alameda que se halla en el camino de Córdoba a Alta Gracia.



Puente sobre el arroyo Las Vaquerías, en Valle Hermoso.



Vista panorámica del camino a Las Cumbres Grandes (Córdoba - Mina Clavero).

CÓRDOBA es la única provincia argentina que está preparada para recibir al turista que llega atraído por sus bellezas naturales. En los últimos quince años, por la virtud de sus caminos admirables, la caravana de forasteros ha ido aumentando cada año en forma sorprendente. Y lo será aun más, cuando se hayan difundido los progresos alcanzados por el confort y el bienestar, y, sobre todo, cuando los prejuicios sobre la existencia de los enfermos del pulmón dejen de ser la leyenda de un peligro.

Mientras no exista un buen camino que vincule a Buenos Aires cón Córdoba, será preferible que todo viajero que se disponga a conocer aquella provincia adopte el único medio posible para llegar hasta ella: el ferrocarril. Pero desde la misma capital se puede trazar un plan de excursión en automóvil que comprenda todas las villas dignas de conocerse; la bondad de los caminos permite recorrerlos aun bajo la lluvia. El que no está asfaltado, está hecho en concreto de hormigón, que le da una sólida consistencia.

Sin el propósito de trazar en estas líneas un itinerario determinado, vamos a señalar las localidades y los puntos principales que merecen ser visitados:

DEÁN FUNES. — Población: 12.000 habitantes, según el último censo. Tiene teatro y cine, hoteles y pensiones, sucursal del Banco de la Nación, oficina de correo, iglesia. Uno de los paseos más pintorescos con que cuenta es el de "La quebrada de Sauce Punco", distante seis kilómetros de esa ciudad, con sus vertientes de aguas medicinales.

BALNEARIA. — Población: 7.000 habitantes. Tiene intendencia municipal, una sucursal del Banco de la Nación, usina eléctrica, hoteles y restaurantes. Funcionan diversos sanatorios; tiene escuelas, agencias de automóviles de diversas marcas y talleres mecánicos.

MAR CHIQUITA. — Pueblo anexo a Balnearia. Cuenta aproximadamente con 1.000 habitantes. Policía, municipalidad, escuela, plaza, usina eléctrica, fábrica de hielo, instituto médico y diversos hoteles. En la estación La Para existe un hotel que se halla también en la costa de Mar Chiquita.

RODRÍGUEZ DEL BUSTO. — Hermoso pueblo situado dentro del radio municipal de Córdoba, pues se halla a seis kilómetros de la capital. Está rodeado de muy buenos caminos vecinales, provinciales y nacionales, asfaltados algunos de ellos, que la unen con el centro de la ciudad, como asimismo a los puntos veraniegos: Argüello, Villa Allende, Río Ceballos, Guiñazú, Jesús María y demás establecimientos de las sierras.

ARGÜELLO. — Hermoso alrededor de la capital, punto al cual concurren numerosas familias en la época veraniega, las que acostumbran a recrearse en las pintorescas costas del río Primero. Desde este paraje pueden visitarse fácilmente algunos lugares cercanos como La Calera, Villa Allende y Río Ceballos. Argüello está ligado con Córdoba, La Calera, Villa Allende, Unquillo, etc., por magníficos caminos petrolados en toda su extensión, de los cuales se desprenden otros que van a las sierras de Córdoba, uniendo todos los pueblos veraniegos con la capital. En Argüello hay hoteles y chalets para alquilar.

DUMESNIL. — En esta estación empalman las líneas del Estado y las del Ferrocarril Central Argentino. Los turistas y viajeros que deseen visitar el dique distribuidor, pueden descender en esta estación, pues el lugar el "Mal Paso", donde aquél está situado, se halla a seiscientos metros. La localidad no tiene comodidades para pasajeros, pero en los lugares vecinos de las estaciones próximas existen hoteles y casas de pensión.

LA CALERA. — Hermosa villa que pertenece al departamento de Santa María, situada en la margen izquierda del río Primero. Cuenta con autoridades municipales, comisarías, correo, registro civil, escuela fiscal y convento religioso. El comercio es importante y está constituído por cuatro grandes establecimientos de ramos generales. Entre los paseos merecen citarse: "La Vertiente", "La Cascada", "El Diquesito", "La Angostura", situado éste a once kilómetros, sobre el camino a Cosquín. Se alquilan casas amuebladas para veraneo.

SAN ROQUE. — Un hermoso villorrio, a pocos kilómetros de la capital, en plena quebrada de la sierra y a orillas del lago de su nombre. En esta localidad existe un hotel confortable. En esta localidad se bifurcan, frente al obelisco que señala el arranque del camino a Las Cumbres, éste y el que lleva a Cruz del Eje, por la vía de Cosquín.

CASSAFOUSTH. — No hay poblado. A su frente, el importantísimo dique San Roque.

BIALET MASSÉ. — Importante villa, que cuenta con una población de dos mil habitantes. Su comercio está representado por cuatro grandes casas en ramos generales. Tiene un sanatorio, hoteles y numerosas pensiones. A quince kilómetros de esta población dista la "Villa García", también preparada para recibir veraneantes; a veinte kilómetros, el pintoresco pueblo de "Tanti", que cuenta con muchas preferencias entre las familias que gustan disfrutar de una vida tranquila y confortable.

SANTA MARÍA. — Este lugar constituye actualmente una importante población, con mil quinientos habitantes, sin contar con los que se asilan en el Sanatorio Nacional. Su comercio está representado por dos almacenes, tres casas de pensión, bares, confiterías, taller mecánico, etc.

Sobre el camino nacional se levanta la iglesia, y cuenta con un paseo muy pintoresco, denominado "La Cueva del Tigre". Por su clima benigno, Santa María es punto de concentración de numerosas familias.

COSQUÍN. — Importante villa, capital del departamento de Punilla, cuenta con una población de nueve mil habitantes. Está situada sobre la margen del río Cosquín, a setecientos ocho metros de altitud. Es una estación climatológica que goza de gran fama por la bondad de su clima y lugar de veraneo preferido por gran número de familias de Córdoba, Buenos Aires y Rosario. Es en este aspecto una de las poblaciones más importantes y que reúne todo el confort de una villa moderna. Posee numerosos parajes de excursión, entre los que merecen señalarse: "Pan de Azúcar", "Mallín", "Cueva de los Lagartos", "Boca del Tigre", "Las Locitas" y "Cueva de los Leones".

VALLE HERMOSO. — Es un pintoresco lugar, riquísimo en paisajes, que se halla aislado de toda población, dotado de una oficina de correos y telégrafos, luz eléctrica, teléfono; posee hoteles y casas de pensión. Existe allí la capilla "San Antonio", que fué construída hace trescientos años por los jesuítas. Entre sus paseos figuran: "El dique de las Vaquerías", muy concurrido por veraneantes y turistas. Existen lue-



NCIA DEL TURISMO

Excursiones. Una guía para el viajero

go las hermosas cascadas "Los helechos", "La iglesia", "Crenchas del Tigre", "La usina" y "La gruta de San Antonio". En las vecindades se pueden visitar los parajes que siguen: "Cerro de la Amistad", "Quebrada del infiernillo", "Las Higueras" y "Las Glorietas".

La Falda. — Es otra de las poblaciones más acreditadas como punto de descanso, tanto en invierno como en verano. Cuenta con todos los adelantos de las grandes ciudades y hoteles de primer orden, hasta modestas casas de pensión. Su población permanente es de cinco mil habitantes. Entre los principales paseos pueden citarse: "El Cuadrado", "La Quebrada", "Piedras Grandes", "Alto de San Pedro", "Río Grande" y la "Cascada del Molino", distantes desde uno hasta doce kilómetros. También debemos mencionar: "Dique A. Marcuzzi", "Las Playas", "Cabeza del Soldado", "Quebrada del Río Primero", "Pampa de Olain", "Cascada de Olain" y "Las Vaquerías", este último citado ya en la nota de Valle Hermoso.

Huerta Grande. — Villa situada en un paraje privilegiado, a trescientos setenta y un metros de altitud. Tiene muy buenas aguas y clima benigno. En este punto empalma el camino que, faldeando la montaña, se dirige por la Cañada al Pungo, en donde se enlaza con el que cruza la sierra a El Manzano y Ascochinga.

Los paseos son: A "Piedras Grandes", seis kilómetros; a "La Cañada", seis kilómetros; a "M. O. Campos", seis kilómetros; a "El Cuadrado", diez kilómetros. Además, a cinco kilómetros del establecimiento de Alto de San Pedro, hay una espléndida pileta de natación pública, en la que se facilitan trajes de baño. Hay también jardines y viveros de árboles frutales y ornamentales.

La Cumbre. — Hermosa villa, situada en un altiplano que se extiende en dirección al oeste, hasta las inmediaciones de las canteras de mármol denominadas "Centenario", y limitada al naciente por la sierra, que se eleva, majestuosa, a poca distancia. Esta sierra se denomina "La Viarapa". La Cumbre está situada a mil ciento cuarenta y un metros sobre el nivel del mar. El clima de esta villa es invariablemente seco, y la temperatura media es de veinte grados durante todo el año.

Desde La Cumbre parte el camino que hace el recorrido por Cruz Chica, Cruz Grande, Los Cocos, Los Molles y Dolores, lugares éstos los más pintorescos de las sierras. También arranca de La Cumbre el camino que va a Ascochinga, pasando por El Pungo, Candonga y El Manzano. En Ascochinga se halla el "Savoy Hotel", con grandes comodidades y confort y numerosos elementos de distracción.

Posee, además, La Cumbre, un gran club de golf, clubs de tennis, un club de polo, suntuosas residencias, hoteles confortables y numerosas pensiones. Sus principales paseos son: "El Pungo", "El Chorrito", "Huerta Mala", "Quebrada San Jerónimo". Cascadas: "Tío Mayo" y "70 Pies", "Terrón Colorado", "Lago La Esperanza", "Cuchi Corral", "La Vuelta al Mundo", "Cruz Chica", "Los Cocos", etc.

Cruz Grande. — Este lugar está situado a cinco kilómetros de La Cumbre; posee una vasta y hermosa perspectiva serrana. Tiene hotel con buenas comodidades y diversos sitios de recreo.

Cruz Chica. — Situación topográfica inmejorable. Buenas aguas de vertientes y un clima deliciosamente fresco. Hay hotel con pequeñas casas aisladas del cuerpo principal. Existen canchas de tennis, criquet, golf, etc., y piletas de natación.

Los Cocos. — Es otro de los parajes serranos más hermosos de la provincia, situado a dos kilómetros de la estación San Esteban, a mil doscientos metros sobre el nivel del mar. Ofrece su clima una particularidad: es fresco en verano y benigno en invierno. Cuenta con buenos hoteles y casas de pensión.

Dolores. — Pintoresco paraje, por donde pasa el camino que cruza por Cruz Grande y Cruz Chica, el famoso camino denominado "La vuelta al mundo", que brinda al viajero los más bellos panoramas de las Sierras Chicas. El camino continúa de Dolores a Capilla del Monte, en donde se empalma con el principal, o sea del cual se apartó en La Cumbre, cerrando así el precioso recorrido, que también es llamado "La media luna".

San Esteban. — Es un hermoso pueblo situado a mil veinticuatro metros sobre el nivel del mar. Goza de un clima benigno y de pintorescas zonas circunvecinas. De esta villa pueden los veraneantes realizar toda clase de excursiones por los maravillosos caminos de la región. Su comercio es importante. Posee numerosas fincas y chalets, figurando entre éstos algunas de las residencias más suntuosas y artísticas de la región serrana.

Capilla del Monte. — Esta localidad constituye uno de los puntos veraniegos más concurridos de los que pueblan las sierras. Cuenta con todos los elementos como para hacer agradable la estada de los forasteros, que acuden indistintamente en verano y en invierno. Al este de este pueblo se levanta el cerro Uritorco, cuya cima alcanza una altura de mil ochocientos cincuenta metros sobre el nivel del mar. Es el pico más alto de las Sierras Chicas.

En sus alrededores se pueden mencionar los siguientes paseos: "La Toma", "El Zapato", "La Piedra Movediza", "Los Mogotes", "San Salvador", "Los Terrones", "Cajón del Río", "Los Paredones", "El Águila Blanca" (fuente de agua mineral), ninguno a más de diez kilómetros.

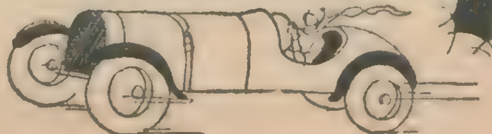
Debe tenerse en cuenta que dada la reducida distancia entre las diferentes estaciones, los paseos de una son fáciles de frecuentar por los veraneantes de las otras.

Capilla del Monte, por su posición topográfica, ofrece un panorama de lo más hermoso, con el "Uritorco" al frente y "Las Gemelas" con sus faldas cubiertas de frondosos árboles de quebracho, molles y algarrobos.

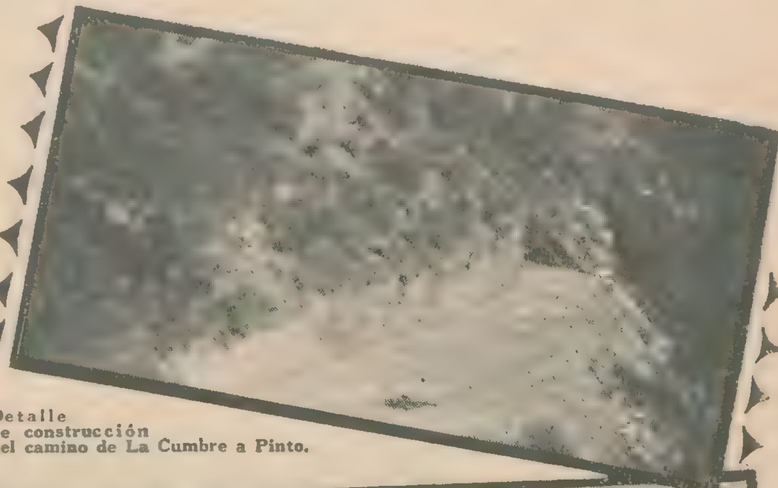
Esta población goza de un comercio activo y próspero, cuenta con casas mayoristas, bazares, imprentas, librerías, zapaterías, sastrerías, dos talleres fotográficos, tres peluquerías y tres lujosas confiterías. De su importancia hablan elocuentemente los numerosos chalets que se levantan en sus pintorescos alrededores. Por otra parte, se ha instalado ya una fábrica de hielo, y actualmente se ha terminado la ampliación del "Gran Cine Teatro", hermosa sala que cuenta con los últimos adelantos.

En esta localidad existen talleres para reparaciones de autos.

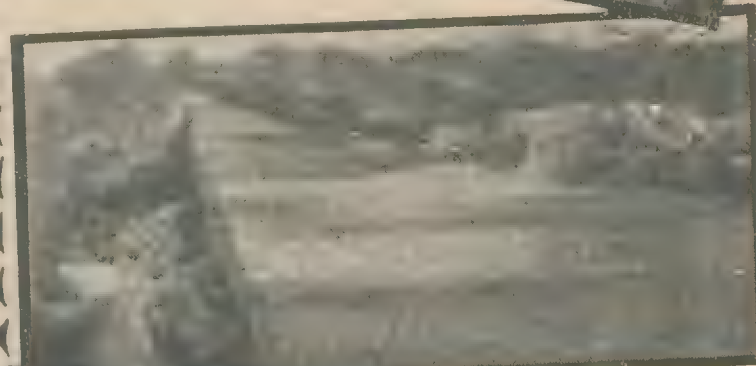
Charbonier. — Lugar de aspecto atrayente, con una población de novecientos habitantes, bondadoso clima y buenas aguas. Estación de veraneo que no tiene importancia para el turismo, pero que ofrece a los que desean pasar en ella una temporada para tonificar sus cuerpos fatigados por la labor diaria de las ciudades, un excelente lugar.



(Continúa en la pág. 124)



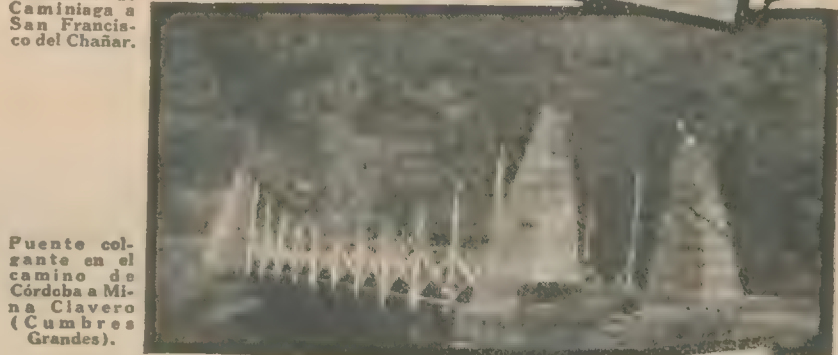
Detalle de construcción del camino de La Cumbre a Pinto.



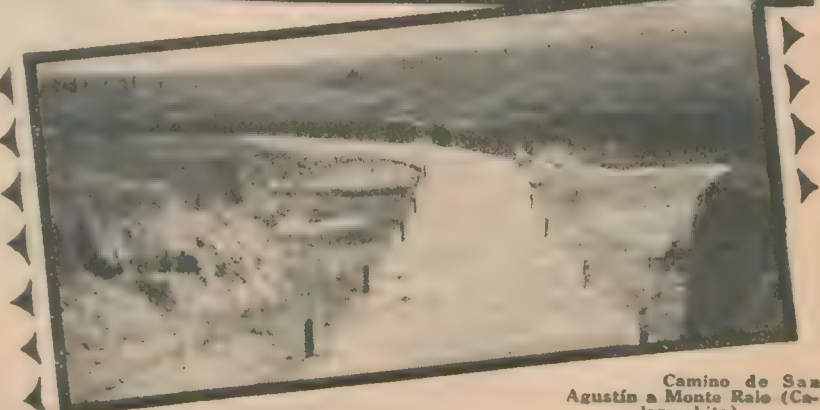
Camino de Playas a Agua de Ramón, departamento de Minas.



Avenida de palmeras, en el camino de Caminiaga a San Francisco del Chañar.



Puente colgante en el camino de Córdoba a Mina Clavero (Cumbres Grandes).



Camino de San Agustín a Monte Ralo (Calamuchita).

La moda para el golf



IZQUIERDA

Modelo de vestido para deportes, de seda, sin mangas. Un pequeño saco completa la vestimenta. En colores blanco o azul.

CENTRO

Vestido en crêpe color blanco, azul o rosa. Con alforzas y mangas cortas que le dan el aspecto de un modelo propio de una niña.

DERECHA

Modelo de traje para deporte de dos piezas, en colores vivos, rojo, verde o azul marino. Lleva adornos de flores de diferentes tonos. Muy bueno para ser usado en los "links" de golf.

IZQUIERDA

Traje para deporte. Pollera de franela combinada con una blusa de mangas enrolladas. La nota elegante la pone el pañuelo que alrededor del cuello está adherido a las aberturas de la blusa.

DERECHA

Pollera y saquito cruzado en lana color azul, usados con una sencilla blusa color blanco, forman esta vestimenta para el golf. Los pliegues de la falda facilitan la acción de la deportista.



Se ha proyectado crear en Córdoba la Dirección General de Turismo

INICIATIVA QUE DEBE MERECER LA ATENCION DEL FUTURO GOBIERNO

Entre las iniciativas que fueron consideradas por la Cámara de Senadores de la provincia de Córdoba, merece señalarse la que presentó oportunamente el senador J. T. Paz Casas, presidente de dicho cuerpo, el que, compenetrado de la conveniencia que significa fomentar el turismo, dispuso establecer una Dirección General a cuyo cargo estaría todo cuanto se refiriera a atraer al forastero.

En dicho proyecto, que tiene sanción del Senado, se establece lo siguiente:

LEY DE TURISMO

ART. 1º — Créase la Dirección General de Turismo, cuyo Directorio estará formado de un Director rentado, el Director General de Vialidad, el Presidente del Consejo de Higiene, un delegado hotelero, un representante de las Empresas Ferroviarias y un representante de una entidad de turismo, designados por el P. E.

ART. 2º — Las funciones que tendrá a su cargo dicha dirección son las siguientes:

a) Propaganda tendiente a atraer una fuerte corriente de turismo hacia las sierras y las playas de la Mar Chiquita, por todos los medios posibles.

b) Intervenir como intermediaria obligada en todas las gestiones que ante los poderes públicos realicen las instituciones civiles que tiendan al fomento del turismo.

c) Trazar planos guías de todas las rutas; afiches, folletos, etcétera.

d) Difusión y publicidad de las conclusiones científicas referentes a la clasificación y determinación de todas las zonas climatéricas aptas para el tratamiento de enfermedades y para el desarrollo del turismo de invierno y verano.

e) Efectuar periódicamente una prolija inspección de hoteles de las ciudades y villas de turismo, cuidando el estricto cumplimiento de las disposiciones dictadas al respecto, en vigencia.

f) Confeccionar un ficheto de hoteles, con sus precios, categorías, número de habitaciones, baños, altura sobre el nivel del mar, y todo otro dato que pueda ser de interés para el turista.

g) Fomentar la construcción e instalaciones de hoteles, balnearios y demás sitios destinados a alojar o a proporcionar estada a los viajeros y turistas e intervenir en el examen y aprobación de proyecto de construcción o instalación de tales establecimientos.

h) Velar por la conservación de las bellezas naturales de los sitios, reliquias o monumentos de la Provincia y proponer a los municipios o gobierno de la Provincia, en su caso, las medidas necesarias con el mismo fin.

i) Participar en los congresos de turismo que se organicen en el país o fuera de él.

j) Celebrar convenios con empresas de turismo, a fin de organizar propaganda, realización de viajes, itinerarios.

ART. 3º — La Dirección de Turismo fiscalizará:

a) Toda empresa que se dedique a realizar viajes de turismo.

b) Los viajes colectivos que organicen las empresas, a fin de que estén rodeados de seguridad y de garantías en su cumplimiento.

ART. 4º — Con el fin de colaborar con la Dirección de Turismo, créanse Comisiones Vecinales de Turismo en todas las ciudades o pueblos que puedan ser frecuentados por turistas. Estas comisiones serán ad-honorem, compuestas por el Intendente Municipal, donde exista comuna; un médico, un representante de los hoteles o casa de pensión, un representante del comercio, y, en caso que no existiera Municipalidad, un representante de los propietarios del lugar, los que serán designados por la Dirección de Turismo.

ART. 5º — En las localidades donde no existan municipalidades o, donde existiendo, soliciten su concurso, la Dirección de Turismo intervendrá a los efectos de cumplir esta ley.

ART. 6º — Toda nueva construcción de hotel que se efectúe dentro de las disposiciones de esta ley y en las zonas declaradas de turismo, quedará exenta de pagar impuestos por Contribución Directa durante diez años.

ART. 7º — Todos los hoteles deberán inscribirse en la Dirección de Turismo, proporcionando [illegible] los datos que ésta le solicite.

ART. 8º — Las Municipalidades, antes de autorizar la construcción de hoteles y casas de hospedaje en los centros de turismo, podrán someter los antecedentes del caso a la Dirección de Turismo, en cuanto se relacionen con la seguridad, riesgo de incendio, higiene, salubridad y comodidad.

ART. 9º — En el presupuesto podrán gravarse las facturas de los hoteles y asignar las partidas necesarias, a fin de cumplimentar esta ley.

Entre los fundamentos aducidos por el autor de la iniciativa se destacan los que hacen referencia al número de turistas que frecuentan las sierras de Córdoba y Mar Chiquita, durante la temporada veraniega.

He aquí el interesante cuadro:

PUEBLOS DE VERANEO	AUMENTO DE POBLACIÓN
San Javier y Yacanto	800
Cruz del Eje	1.800
Las Rosas	300
Mina Clavero	1.000
Capilla del Monte	1.200
San Marcos Sierra	200
San Esteban	300
Los Cocos	400
Las Dos Cruces (grande y chica)	1.000
La Falda	3.800
La Cumbre	700
Huerta Grande	1.000
Valle Hermoso	300
Cosquín	3.000
Ascochinga	800
Carlos Paz	800
Tanti	1.000
Salsipuedes	500
Río Ceballos	2.000
Jesús María	500
Unquillo	1.500
Mendiolaza	200
Kilómetro 14	1.000
Villa Allende	3.500
Tulumba	500
Totoral	2.000
Deán Funes	100
Mar Chiquita	3.000
Alta Gracia	2.500
Calamuchita	500
Achiras	500
	36.700
Agregar pueblitos y villas varias	3.300
Total de turistas	40.000
DEDUCIR, por posible error de cálculo, el 25%	10.000
Neto de turistas	30.000
Cada turista gasta en pensión, bar, diversiones, paseos, alquileres, automóviles, etcétera, por día, término medio	× $ 15.—
Total diario	$ 450.000.—
La temporada puede apreciarse en 90 días, o sea	× $ 90.—
Total de gastos hechos por el turismo en verano	$ 40.500.000.—
Agregar que se edifiquen 100 chalets y casitas por año con un costo medio de pesos 20.000 cada una	„ 2.000.000.—
Total	$ 42.500.000.—

Año 1930.

Los datos de aumento de población son recogidos de las autoridades y vecinos de cada localidad.

LEY DE VIALIDAD

El mismo senador Paz Casas es autor de otra interesante iniciativa, en virtud de la cual se crea una "Dirección de Vialidad de la Provincia", formada como institución autónoma, y a cuyo cargo estará todo cuanto se refiera a la red caminera, su conservación, ampliación de nuevas rutas, etcétera.

Se trata de un trabajo serio, meditado y cuya aplicación está llamada a producir grandes beneficios para la provincia de Córdoba.

Su parte dispositiva dice así:

ART. 1º — Créase la Dirección Provincial de Vialidad, que constituirá una institución autónoma, con los objetos y finalidades establecidas en la presente ley.

ART. 2º — La D. P. de V. estará formada por un director y dos vocales, nombrados por el P. E. con acuerdo del Senado, y durarán cuatro años en el ejercicio de sus funciones, pudiendo ser reelectos.

Para ser miembro del directorio se requiere ser ciudadano argentino, poseer título de Ingeniero Civil y tener cinco años, por lo menos, de ejercicio de la profesión.

Podrán ser suspendidos por el P. E. en acuerdo de ministros, previo sumario labrado por el Fiscal de Gobierno, con intervención del acusado, y para ser removido se solicitará el acuerdo del Senado.

ART. 3º — Todas las resoluciones del Directorio se tomarán en presencia y con la conformidad de dos de sus miembros, por lo menos.

ART. 4º — La D. P. de V. tendrá las siguientes atribuciones y deberes:

1º) Formular los Reglamentos Generales de organización y funcionamiento de la Institución, los que serán sometidos a la aprobación del Poder Ejecutivo.

2º) Nombrar y remover su personal administrativo y técnico de carácter permanente. El personal obrero y accidental serán nombrados y removidos por el Director.

3º) Formular anualmente su presupuesto completo, el que será elevado a la Legislatura por el P. E., conjuntamente con el presupuesto general de la Provincia.

Las partidas fijadas por la D. P. de V. para conservación, reparación y rectificación de obras de vialidad, no podrán ser modificadas en forma alguna por el P. E. ni por la Legislatura.

4º) Administrar el fondo de vialidad.

5º) Formular los planes, proyectos y presupuestos anuales de las obras de conservación, reparación y rectificación de los caminos, puentes y demás obras de vialidad, y proveer a su ejecución.

6º) Confeccionar los planes generales de vialidad y los proyectos y presupuestos de las nuevas obras a ejecutarse, una vez obtenida su sanción legislativa.

La Legislatura no dictará leyes ordenando la construcción de nuevas obras de vialidad que no estén previamente proyectadas y presupuestadas por la D. P. de V. La D. P. de V. no ejecutará las obras ordenadas contraviniendo lo dispuesto anteriormente.

7º) Llamar a licitación pública, adjudicar y contratar la ejecución de las obras de vialidad autorizadas.

No será indispensable licitación pública y podrán construirse con licitación privada, adjudicación directa o administración, las obras de vialidad cuyo presupuesto no exceda la cantidad de diez mil pesos nacionales moneda legal.

8º) Comprar los materiales, útiles y maquinarias para las obras. Cuando el importe sea inferior a tres mil pesos nacionales moneda legal, podrán hacerse estas adquisiciones por licitación privada o compra directa.

9º) Construir aquellas obras, de acuerdo a lo dispuesto en los incisos anteriores, que, no estando previstas en el plan anual de trabajos, sean de carácter urgente e indispensable, dando cuenta al Poder Ejecutivo.

10º) Celebrar convenios ad-referendum del P. E. o de la Legislatura, según el caso, con las autoridades de la nación, de las otras provincias o municipalidades, sobre obras y asuntos relativos a vialidad.

11º) Confeccionar el plan y clasificación de los caminos provinciales.

12º) Proceder al señalamiento, arbolados y embellecimiento de los caminos.

13º) Publicar el mapa vial de la Provincia y guías camineras.

14º) Fomentar y organizar la cooperación privada en beneficio de la vialidad.

15º) Dictar los reglamentos del tráfico y policía camineros, con aprobación del P. E.

16º) Reglamentar con la aprobación del P. E. la apertura, ocupación, ensanche, clausura, desvío, destrucción, degradación y estrechamiento de los caminos y demás obras viales, resolviendo cualquier asunto que se suscitare al respecto, entre particulares, o entre éstos y la Provincia, o por la aplicación de leyes y reglamentos, pudiendo las partes afectadas apelar ante el P. E. dentro de los cinco días, contados desde que se les hubiera comunicado la resolución respectiva.

17º) Reglamentar con aprobación del P. E. las sanciones o incumplimiento de los reglamentos que dictare en uso de las facultades conferidas, pudiendo castigar las infracciones con multas hasta de cien pesos nacionales moneda legal, o arrestos subsidiariamente a razón de un día de arresto por cada seis pesos nacionales de multa. Las reincidencias se castigarán con el doble. Estas penalidades serán sin perjuicio de la responsabilidad por el importe de los trabajos u obras que ordenare ejecutar la P. de V. a costa del culpable para reponer las cosas al estado anterior a la infracción, y cuyo importe será reclamado por vía de apremio. Las multas y arrestos serán aplicados por las autoridades policiales y por la D. P. de V., como lo establezcan los reglamentos.

18º) Solicitar directamente la fuerza pública cuando el cumplimiento de las leyes, reglamentos y disposiciones así lo requieran.

19º) Entender en todo asunto que se relacione con la vialidad de la Provincia.

20º) Elevar anualmente al P. E. y ambas cámaras legislativas una memoria detallada de su funcionamiento, trabajos, etcétera.

Tradiciones cordobesas

"Ché Rey, a vos te toca..."

Por

Benjamin del Castillo

¡VAN ya transcurridos muy cerca de cuarenta años!

Imperaba en la docta ciudad de Córdoba don Marcos Juárez, hermano de don Miguel, que fuera presidente (renunciante) de la república, y a quien don Hipólito le hiciera, en compañía de otros muchos ex sonados radicales, la famosa revolución de 1890, de tan discutidas consecuencias...

La tranquila población de la Roma argentina se remolineó en una mañana primaveral, llena de sol y de sana y virtuosa alegría. ¿Qué había pasado?

Los cordobeses corrían apresuradamente de un lado para otro. Los que seguían el camino del tumulto lo hacían ignorando por qué iban en la dirección que llevaban. En lo que se refiere al autor de esta crónica, ya lejana por cierto, declara que venía de la Facultad de Derecho en dirección a su casa, sita en calle 9 de Julio.



CARICATURA DE LA ÉPOCA

Don Marcos Juárez

Temeroso de que se tratara de un incendio o de algún otro conato de revolución, tan de moda en aquel entonces, interrogó al primer transeúnte que halló a mano:

—¿Y qué pasa, amigo?

—Y que no sabe, que llegó el Rey, hoy de mañanita; que oyó misa en la Merced; se confesó y comulgó y ahora se lo tiene *apechugado* don Marcos, con la intención de llevárselo a su quinta de "Las Rosas".

—¿Y dónde se le puede ver?...

—Vaya a la calle Juárez Celman, cerca del puente, donde está situada la casa de don Marcos Juárez, al lado mismo de la cañada, y allí lo va a ver al Rey...

Haciendo fácilmente memoria, recordé que los diarios bonaerenses anunciaban las probabilidades de una visita a la Roma argentina de don Carlos de Borbón, indicado en aquella época: "pretendiente a la corona de España"; pero las crónicas no fijaban la fecha exacta de la visita. Sólo comentaban la curiosidad que Córdoba, ultrapapista, había despertado en el aspirante a la corona de la madre patria...

Cuando llegué a la calle Colón, entonces Juárez Celman, una compacta concurrencia llenaba la acera donde estaba situada la casa de don Marcos, el tan mentado señor de Córdoba.

No me fué difícil hallar en aquel compacto grupo, muchos conocidos, entre ellos el ya fallecido payo Benjamín Roqué, familiar de don Marcos, quien me indicó el nombre de algunos personajes de los que penetraban en esos instantes en casa del casi dictador cordobés. Vi en efecto, entre otros, al prestigioso diputado por Córdoba, el difundido y simpático Rufino Varela Ortiz; al rector de la Universidad; decanos, jueces, legisladores y un número elevado de clérigos, entre ellos el obispo Toro, de tanta actuación...

—¿Quieres ir con nosotros? —me interpeló Roqué.

En ese momento llegaban varios tranvías, tirados por caballos, que debían ir rumbo a General Paz, pueblo inmediato a la ciudad, y a poco la crecida concurrencia que ocupaba la casa de don Marcos la abandonaba, rodeando con extrema y no disimulada curiosidad al huésped; que a muchos se les ocurría distinto a los demás hombres, sin percatarse de los hábitos democráticos de don Carlos, quien había optado por aquel medio de locomoción, al consultársele amable y gentilmente.

En efecto, el Rey, como le decían, ocupó el primer coche con don Marcos Juárez y su séquito, hasta quedar el tranvía completo. Y así llenáronse tres coches más con otros invitados. Yo ocupé el último coche, donde me acompañaba Marquitos, hijo de aquella especie de tiranuelo liviano y decidor de la provincia de las iglesias y conventos.

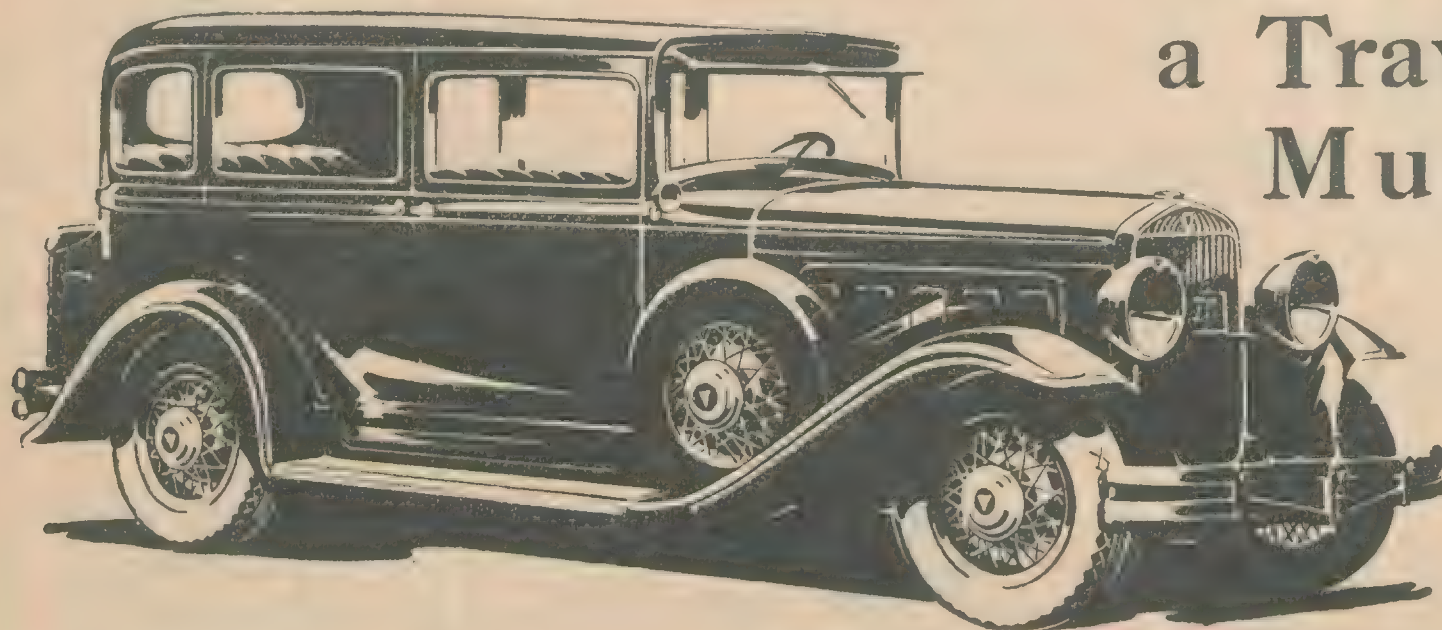
Se visitó el flamante pueblo General Paz, donde el bien recordado anciano don Augusto López, que era el hombre consular del vecindario, prodigó finas atenciones a don Carlos.

Recorrida toda la línea, bajo la dirección de Samuel Palacios en persona, se había proyectado, y así se hizo, cambiar de empresa tranviaria y ocupar las famosas cucarachas del señor Domínguez, para recorrer las calles 9 de Julio y Deán Funes, hasta las quintas.

La concurrencia, complacidísima de las ponderaciones que el huésped prodigaba a la ciudad hospitalaria y gentil, indicaba a éste los sitios más calificados de la capital cordobesa, iglesias, santuarios y conventos. Pero resultó que dejado muy atrás Santo Domingo, histórica iglesia, nada nuevo y sensacional podía ofrecerse a don Carlos, y entonces don Marcos Juárez or-

(Continúa en la pág. 132)

VICTORIA tras VICTORIA a Través del Mundo



HUDSON Super 8

El primer lugar entre los Ocho Cilindros de todo el mundo, ha sido ganado por el HUDSON Super 8 a base de méritos legítimos. Su convincente performance triunfante en cuanta competición ha intervenido contra coches de todos los precios y de todos los países, señala a este HUDSON como el 8 más admirable en el mundo del automovilismo

En FRANCIA

El Hudson Super 8 ganó el famoso Tour de France sin una sola falta. Las pruebas incluyeron velocidad, aceleración, frenos, arranque y seguridad. Conquistó el trofeo Ansaldo, la Copa Spido y Dunlop y dos medallas de oro.

En POLONIA

La famosa prueba Internacional de Seguridad de los Ocho días, fué ganada por tres coches Hudson, que se unieron en los primeros honores sin una simple falta. Los trofeos conquistados incluían Copas de Plata y Bronce, el premio de la ciudad de Warsaw, el del Automóvil Club de Polonia, el de la Vacuum Oil Company y tres insignias de oro.

En ESTADOS UNIDOS

El HUDSON Super 8 fué designado coche oficial de la policía de California, después de rigurosas pruebas contra muchos competidores. Cincuenta y cinco coches HUDSON corrieron más de 280.000 millas en siete días, sometidos a control constante por vendedores y distribuidores a través de los Estados Unidos. El promedio marcado fué de más de 5.000 millas por semana cada coche — más de 700 millas por día. Estas pruebas demuestran, fuera de toda duda, la fuerte seguridad del Hudson Super 8.

SEDAN STANDARD 4 puertas . . $ 5.950.-

Recargo por ruedas de alambre . . $ 220.-

SOCIEDAD ANONIMA BUXTON GUILAYN & C° LDA
SUIPACHA 602 — BUENOS AIRES
AUTOMOVILES. ELECTRICIDAD. MAQUINARIA

SUIPACHA 602 — FLORIDA 653 — CALLAO 299 — Bdo. de IRIGOYEN 119[illegible]

La Falda



FOTO HOWELL

El camino de "El Cuadrado" es, sin duda, el más pintoresco en la región de La Falda. Se trata de una hermosa ruta que asciende en espiral a considerable altura.

LA Falda es uno de los parajes serranos más sugestivos por su especial ubicación y las bellezas naturales que contiene. Se halla a cerca de mil metros sobre el nivel del mar. Su población es de cinco mil habitantes, y cuenta con instituciones culturales, numerosos hoteles y clubs sociales y deportivos.

Un hermoso conjunto de viviendas particulares, en su mayoría suntuosas y todas de buen gusto arquitectónico, albergan a distinguidas familias que han hecho de este privilegiado lugar uno de los más selectos centros sociales de la sierra.

Entre sus paseos más importantes pueden citarse: "El Cuadrado", "La Quebrada", "Piedras Grandes", "Alto de San Pedro", "Río Grande" y la "Cascada del Molino", distantes desde uno a doce kilómetros. Todos estos parajes ofrecen innumerables motivos de satisfacción para las personas amantes del turismo. Son lugares de esparcimiento que tonifican el sistema nervioso de las gentes que dejan por una temporada el afiebrado trajín de las ciudades.



El clima es escasamente variable, lo cual hace agradable la permanencia allí. Por eso se deja con pena este lugar, cuando las actividades de la vida nos empujan de nuevo hacia las ciudades populosas y sin aire, donde tenemos la mayoría nuestra residencia habitual.

Pero no sólo es el clima y las bellezas naturales lo que hacen de La Falda un paraje de gran atracción para los turistas, sino, también, el ambiente de sociabilidad que allí reina, efectuándose a menudo reuniones danzantes, funciones teatrales, torneos de natación, de tennis, de golf y pic nics muy animados.

Por otra parte, además del camino llano que viene desde Córdoba y toca la mayoría de los poblados que se hallan en el valle de Punilla, cuenta La Falda con una vía que se presta para las excursiones automovilísticas por su excepcional trazado: el camino llamado de La Falda a Potrero de Loza, el cual permite llegar hasta allí desde la ciudad de Córdoba, saliendo de ésta por el que va a Río Ceballos, luego de atravesar el gran macizo de las sierras. El panorama que se pre-



FOTO CASADA

Vista general de La Falda, situada en uno de los valles más hermosos de la provincia de Córdoba.

senta a los ojos del excursionista es totalmente nuevo si sólo ha salvado esa distancia por la primera de las vías mencionadas o por el ferrocarril.

Al contemplar desde la altura el espectáculo magnífico del caserío de La Falda, cuando se inicia el descenso del valle, se siente un intenso placer deportivo en el coche que se viaja, por la pendiente que describe curvas fantásticas faldeando los cerros, aunque es perfectamente estudiada y segura.

Para aquellas personas que, por su temperamento, no sienten satisfacción alguna usando del automóvil para esta clase de excursiones, les está reservado el viaje cómodo y moderado del tren.

Los amantes del deporte tienen en La Falda canchas de golf, tennis, pull, etc. Sobre todo, la de golf es admirable por su posición en el valle, y jugar allí tiene un encanto nuevo, que ha de dejar imborrable recuerdo en el ánimo del "golfer" que haya tenido la feliz oportunidad de hacerlo.

Hay también salas de espectáculos y otros esparcimientos. Todo esto, unido a las bellezas de la Naturaleza, que se ha mostrado pródiga en esta región cordobesa, con sus bosques, quebradas y sorprendentes panoramas, hacen de La Falda uno de los sitios de veraneo más preferidos por cuantos al comenzar las inclemencias del estío se meten en el tren y van en busca del aire salutífero de las sierras.



FOTO A. FRANCISCO

Cascada Cabeza de Perro, en La Falda.



Alta Gracia

Por

JUAN JOSE VELEZ

A la vuelta de largos años, hemos visitado esta villa, que surgió un día llena de gracia en el panorama serrano, como una hija predilecta de la montaña, con su templo medioeval a guisa de atalaya de la fe inculcada al pueblo por el misionero, con su tajamar a la moda de espejo para retratar en él la limpidez de su cielo y servir de fuente probástica a cuantos llegaron enfermos del alma o del cuerpo, a sorber en su superficie irisada por los céfiros la poesía serrana, y saturarse de la vida que desborda allí la naturaleza, llena de gracia y de encantos naturales que a porfía regalan la vista del turista, sea que quiera éste por la sinuosa curva que describe la senda que conduce a la próxima quebrada bajar a ella a cortar helechos, o que sobre el promontorio enhiesto, abierto el espíritu a la luz del horizonte, agite las alas y en un saludable escarceo de virilidades mentales trece rutas luminosas a su propio pensamiento. Villa de Alta Gracia, que conocimos en la florida edad del primer ensueño juvenil, cuando aún la poblaba el bosque primitivo cargado de perfumes, y que acabamos de visitar en la madura edad del juicio exacto, transformada en pintoresca estación de recreo, en contacto con las paralelas ferroviarias que le han llevado el aliento vital que inocula a las yermas soledades el monstruo de acero: la locomotora. ¡Villa de Alta Gracia, yo te saludo!

Días aquéllos de tranquila calma, de místico sopor y ascética somnolencia, los de nuestra primera visita, al halago de la curiosidad infantil y, con motivo de unas misiones religiosas que se daban entonces al vecindario, para mermar la caterva de pecadores empedernidos y acrecentar la cosecha espiritual de las almas. Días éstos de nuestra segunda visita, de bullicio bullicio, de algazara femenina, de boato y confort, que nos han sorprendido al poner el pie en la hoy alegre población con proyecciones de cosmópolis del lujo, y que ya al presente perfila en la moderna demarcación de su perímetro, por la arquitectura de su edificación, lo que implica el brinco del león, o sea el paso redoblado del progreso. ¡Salve Villa de Alta Gracia, vieja odalisca de mis sueños juveniles, yo te saludo, mansión de paz y emporio de riqueza!



"La Capilla", uno de los parajes más pintorescos en Alta Gracia. La capilla es obra del arquitecto Jorge Bunge.

Uno de los ranchos típicos de la región.

FOTOS DE ISAÍAS EZCURRA

Fué correspondiendo a una gentil invitación de visitar Sierras Hotel, que nos trasladamos allí con ese objeto: tiempo primaveral con notas sinfónicas de luz y de vida; de acción y pensamiento; día ese de la feliz excursión, sereno y templado y a propósito para una jira así en la que tanto el cuerpo como el espíritu necesitan de generosos estimulantes. Compañeros de viaje, buenos y leales amigos, y de consiguiente excursión agradable, alegre, tónica, para un espíritu como el nuestro, reñido con todo protocolo; para unas costumbres como las nuestras, sencillísimas, y, por lo

tanto, en contraposición a las de los que alquilan opulencia para brillar por el oropel; para un carácter enteramente franco, en pugna toda la vida con las quijoterías, requiebros y dobleces de los modernos Maeternich, simuladores de afectos, de talentos y virtudes.

¿Conversación? General, sin quemar mirra a nadie, ni tampoco prender la candelilla ardiente a las espaldas del ausente; sujeta al paladar la lengua, antes que desatarla en dislates que jamás deben prosperar, como recurso para restar méritos y achicar la personalidad ajena, creyendo con ese procedimiento agrandar la propia.

Por las ventanillas del tren, vistas hermosas; y ya al llegar a Alta Gracia, recostado el blanco caserío en la extensión del valle, y las sierras esbeltas silueteando sus cumbres color pizarra en un espacio limpio, bajo un sol providente, que desglosa los rayos de su gloria con tanta prodigalidad sobre la alegre población.



FOTO HOWELL
"La Bolsa", hermoso lugar en las cercanías de Alta Gracia.

¡Oh, Villa de Alta Gracia! Desde la ciudad mediterránea te renovamos la salutación que provocaste a nuestro arribo. Eres toda una expresión, un carácter y una acción; objetívanse en ti los sueños de otra hora para darte contornos de urbe que rumorea su progreso actual sin perder la pureza nativa. Representas la vieja tradición con tu templo de macizos murallones y aquel barrio legendario de tus antiguos moradores; y remozas con bríos pujantes bajo las amplias galerías de tu soberbio Sierras Hotel y el esplendor del aspecto urbano con que te brindas a las miradas del viajero con tu villa Carlos Pellegrini. Alguien, en su hora bíblica, golpeó con la vara sobre la peña y brotó a raudales al agua; andando el tiempo y siguiendo su curso las generaciones, se ha golpeado allí en el viejo granito, y sobre una graciosa lomada ha surgido como por encanto una rara constelación de fuerza y actividad en ese palacio que hoy puja por echar sus minaretes a las nubes, magno esfuerzo de un vidente que en sus divagaciones columbró ya al colocar la primera piedra lo que sería este hijo robusto de su pensamiento, rodrigado ahora por la empresa del Central Argentino, para recibir al calor de su oro las caricias de los éxitos definitivos.

Penetramos en su interior sugestionados por el contraste reinante entre la obra de la naturaleza, allí misma imponente con sus serranías y montañas de rusticidad salvaje, y ese edificio, plasmando un esfuerzo enorme, construído sobre el secular granito y alzado paraninfo de las bodas de esa villa con las conquistas de la moderna civilización. Desde sus galerías extendíamos la vista en círculo por todo el panorama, y desde allá, del fondo, se nos incorporaba la montaña con su leyenda y su magia, y en una evocación de siglos de su historia, la presentíamos grande y dominadora, honrada por el paso de nuestros ejércitos libertadores, al estallido de sus clarines de guerra, camino de la gloria en las jornadas de la independencia primero, y más tarde por la constitución definitiva del país.

Hoy la saluda la paloma mensajera, símbolo de paz y cultura, escapada de esa arca que en la marcha del progreso ha echado anclas sobre la meseta; salida de ese edificio magno del Sierras Hotel, animado de bullicio contagioso y desde el que, como píos de pájaros o perfumes de flores — la eterna poesía de la creación — salen a inundar el valle claras voces argentinas en explosiones de júbilo, unidas al concierto de la naturaleza, lo mismo en la quietud de las horas crepusculares que en las plácidas noches de luna plena; festivales de la sociabilidad y del buen tono, con refulgencias de astros en la burilada superficie de "su tajamar", o con sonoridades de cascadas, en las grutas con vertientes de agua fresca; decorado el cuadro por lucidas y esbeltas siluetas femeniras que en los atardeceres se esfuman en el faldeo de las sierras al galope tendido de sus briosos corceles; ágiles amazonas que a nosotros los turistas nos han salido al paso en nuestra excursión para contarnos sus endechas de amor o sus impresiones pasajeras, sentadas en esos rústicos bancos de madera que hemos visto colocados como al descuido bajo copudos árboles o a la vera del arroyo saltador y coqueto, cubierto de botones de oro y astringente berro.

En las galerías, repantigados en cómodos sillones de mimbre, formaban grupos, orfebres del arte político con el cincel de punta para labrar a gusto y capricho inscripciones que por los jeroglíficas ha de costarles mucho a ellos mismos descifrarlas, porque las que no eran trazadas en la arena de las canchas de tennis las dibujaban con el índice en el aire, para entretenimiento y solaz de los pocos que aún confían en la buena fe de nuestros políticos criollos; algunos que a la sordina se acercan a los personajes influyentes y les propinan sendos apretones de manos, decisivos y cordiales, por lo que pudieran dar en el blanco y apuntarse con algunos números para las rifas de las diputaciones y senadurías, sin contar que cualquier viento popular, soplando intempestivamente, pudiera dejarlos a ración de esperanza mirando a la luna, lánguidos y tristes; otros de marcado pronunciamiento egolatrista, que porque gustaron un día del festín y de sus gajes y se titulan grandes hombres, se les hace fácil empresa coronarse nuevamente de gloria en las regiones olímpicas; por allí se les veía maquinando planes con la simulación del que se arremanga y resulta dando coces contra el aguijón; y por regla general, quienes más quienes menos salpicando el comentario de alguna nota política, con la pimienta que colorea la epidermis cuando se han gastado los glóbulos rojos en excesivas florescencias al calor de amistosa camaradería.

Los dejamos enredados en su líricas maquinaciones y nos fuimos en una "vieja americana" tirada por dos buenos mancarrones criollos, y manejada por un tal Godoy — auriga de mucha menta en cinco leguas a la redonda, — por un carril tortuoso, desnivelado y maltrecho, que sabía aquel andarlo hasta de noche con los ojos cerrados sin riesgo alguno, y jaloneando de cosas bellas, árboles plenos de hojas y frutos, sierras compactas amostacilladas de casitas blancas y cumbres airosas bañadas de luz y resplandecientes de un ideal colorido; aguasfuertes en aquel marco verde que alegra la perdiz con su ex abrupto silbo y sagitario vuelo; que se tornan inasibles por la diafanidad de la atmósfera y las que prestan sus encantos la flor silvestre que abre furtivamente entre los gajos de la trepadora rapaz que va rumbeando hacia la copa frondosa; y la corriente líquida del pequeño arroyo que se bifurca, y caracoleando entre peñas y piedras baja cantando, como un muchacho aldeano, la canción del cristal sonoro, dando notas que superviven, porque sigue el eco repitiéndolas en la concavidad de la montaña, siempre tierna y dulce canción de amor, en la que se embelesa toda la serranía.



Gozábamos en esta jira, como es de imaginarse, quienes como nosotros renunciábamos al "flirt" de la política por internarnos en el bosque solitario para dar al espíritu en el campo lo que le mezquina egoísta la sociedad en los centros urbanos; expansión, alas y lastre. Y así seguíamos abstraídos en la belleza del paisaje, engolfados en el deleite de tanto bueno, cuando de improviso nos detuvimos a las puertas de un establecimiento industrial, al parecer; éste no era otro que la usina de la empresa del Central Argentino, donde se tritura el granito para el balasto de la línea.

He aquí una maquinaria colosal que es puesta en movimiento a fuerza motriz, con una energía eléctrica extraordinaria, la que debe necesitarse para hacer andar como pequeños carreteles de hilo, enormes piezas de acero y hierro de gran tonelaje. Por ser día festivo y no funcionar los motores, en obsequio al descanso dominical, no se nos pudo explicar su mecanismo; y nos contentamos con admirar al mónstruo dormido; imagínense unas mandíbulas hercúleas que reducen a munición al granito, a la más leve masticación. Entran los grandes bloques de piedra al sacrificio por medio de guinches y poleas, y son colocados en un plano por el que se deslizan hasta caer bajo las mazas formidables que los resquebrajan y en un extraordinario despliegue de energías los pulverizan. Lástima que no funcionara toda esa maquinaria, para habernos dado cuenta, prácticamente, de su estupendo poder; pero se nos dijo que frecuentemente salían vagones cargados con balasto, destino a Buenos Aires. De ahí tornamos a la villa, que a la

(Continúa en la pág. 168)

CROSLEY RADIO

en las Sierras de CORDOBA

Belleza en la presentación y eficiencia en su funcionamiento

De sobrias líneas, los gabinetes de los receptores Crosley satisfacen los gustos más exigentes por su esmerada terminación y en cuanto a la perfección técnica de su chassis, su mejor elogio es que en las Sierras de Córdoba, con todos los inconvenientes de la distancia y topografía del terreno, se efectúan recepciones de las Broadcasting de la Capital Federal en pleno día, con toda nitidez, volumen y sin ruidos extraños. Poseer un Crosley en las Sierras de Córdoba es vivir en constante comunicación con todos los acontecimientos propalados por vía del éter y recrear su espíritu con los interesantes programas de las estaciones transmisoras.



R. F. 1.
RADIOFONOGRAFO
para corriente alternada
$ 835.—
sin lámparas

R. F. 2.
RADIOFONOGRAFO
para corriente continua
$ 935.—
sin lámparas

Distribuidores autorizados en la ciudad de Córdoba:

BAÑA y ARENAZA - Rivera Indarte Nº 62
D'AURIA & Cía. - Rivadavia Nº 76
BROUARD & Cía. y F. URANGA
San Martín Nº 125

Si Ud. se interesa en ser nuestro Agente en la localidad donde reside, llene el cupón adjunto.
NOMBRE ....
DIRECCION ....



UNICOS IMPORTADORES

H. y C. CHILIBROSTE & Cía.

AV. DE MAYO 1361 — RIVADAVIA 1360·1368

BUENOS AIRES

Distribuidor en Uruguay: **Claudio Sapelli**
ANDES 1490, MONTEVIDEO

Distribuidor en Paraguay: **Artaza Hnos.**
PALMA 386, ASUNCION

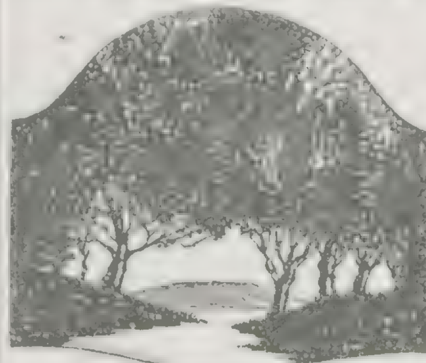
Agua y sierras

Por

CYRO DE ACEVEDO

DISMINUÍA, poco a poco, la travesura picante de su conversación, y algo de artificial y lamentoso se notaba en su voz, que perdiera la modulación atrevida de antes, cuando la palabra del decidor bromista crepaba en risa, festejando su propia malicia. La gasconada habitual de su mirada se convertía en angustia, que por momentos palidecía la pupila irónica, y la impresión de miedo latente se completaba en la actitud inquieta de todo el cuerpo, en el movimiento desarticulado de las manos, que parecían querer asirse de un amparo.

Por todos lados la montaña crecía titánica; cerrando el horizonte, y bien cerca de los rieles se hundía el abismo, en cuyo fondo apretado, el río se rasgaba en las piedras, sollozando espuma, pareciendo huir despavori-



do. Aumentaba el ansia del hombre de la pampa, al sentir el vértigo de la sierra, la hostilidad de las cumbres, que ora entumecían sus lomas, ora enristraban peñascos, dibujando en el cielo, acuarelado de gris, la línea heroica de una almena o el contorno melancólico de un solar arruinado.

Una impresión de grandeza y de calma bajaba de la cordillera, que parecía moverse lentamente, dando paso a la locomotora atareada, jadeante, gritando en silbidos estridentes, todo su esfuerzo y toda su pena en la subida ingrata. De repente, un silbido más dolorido, una sacudida brusca en los vagones, y una parada a orillas del boquerón enorme, por cuyos flancos de roca se desplomaba una vegetación raquítica, hasta tocar los sauces, que lloraban sobre el río, inútiles y monótonos.

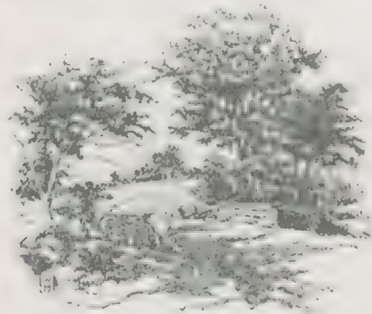
A instancia del compañero asustado, se ensayó la caminata entre los rieles, y la romería alegre vencía la cuesta, desordenada y gárrula, en demanda de la estación que se avistaba arriba. A la derecha del trillo, la aspereza de la sierra se ocultaba bajo la alfombra interminable de gramíneas, de donde emergían las pasionarias lánguidas y las boninas silvestres, escariatas, amarillas, blancas, manchando de tonos vivos la esmeralda opaca del follaje serrano.

Al fin de la subida, el escenario cambió de pronto: el horizonte se alargaba inmenso; valles tortuosos se cavaban en la ondulación majestuosa de las montañas y la mirada atónita se perdía en el amontonamiento alpino que se confundía con las nubes, no sabiéndose dónde terminaba el arranque volcánico de la tierra, dónde empezaba la sombra vaporosa del cielo. El río parecía más ancho y

Los caminos

Por

EDGARDO BULNES



Los caminos son puertas abiertas al misterio de los paisajes inesperados. Su llave es el sol y sus cerrojos, los vientos agresivos y las lluvias tenaces.

Cada vez que un nuevo camino se abre a nuestro paso, dejamos en la encrucijada una duda desdeñada, un dolor muerto o alguna angustia olvidada.

¡El asombro de los viejos caminos abandonados cuando alguien que no se espera vuelve otra vez por ellos!

En los lejanos cielos que están en el límite de los caminos desconocidos, la esperanza y el ensueño aclaran las turbias soledades de las miradas que ensombreció la vida.

Dejemos la vieja ciudad triste. Los caminos nos ofrecen para nosotros solamente la posesión sensual y total del paisaje virgen y joven.

Lejos de los hombres y las mujeres que con sus dientes de perro muerden el fruto amargo de su carne triste, iremos, ¡alma mía!, por los largos caminos solitarios.

Y al final de todos los caminos, unos pasos más allá, está resuelto el misterio de esta inquietud, y aquí roe la impotencia al alma como el orín al noble acero de una espada olvidada en un sepulcro.

---

menos tímido; en el aire la victoria de la luz expandía en destellos al remontar del sol, que disipara la nieve, inundando la naturaleza agreste que se entregaba toda a su caricia lasciva. La pendiente suave permitía volver al tren, y a poco rodar de la locomotora, aligerada de algunos vagones, empezó a sentirse la música de la cascada.

Era el dique San Roque, el desquite del agua que sobre el muro ciclópeo rodaba espumajosa, cantando, gritando, espadañando en olas argentadas. Aquí deslizaba coqueta, rozando la piedra con suave murmullo, allí serpenteaba irisada, y al chocar contra la rampa saltaba en lluvia, que se incendiaba al sol, transformándose en piedras preciosas de un color fantástico. Finalmente, arrancando indómita, se estrellaba en el fondo de la garganta de montañas, hirviendo en borbollones, creando el río que partía atormentado en busca de la planicie. Del puente, sobre el murallón de donde brota la cascada, se veía el lago inmenso, descansando el espíritu y sosegando los ojos en la contemplación de su superficie desarrugada y pura. Agua serena y fresca, de un zafiro apagado en la penumbra de los morros; agua esplendente y viva, a reflejar cielo y cumbres, produciendo la ilusión extravagante de un firmamento al revés. El valle se abría en un anfiteatro y las sierras se apartaban vencidas, pues el agua venía hinchando, al sumir la tierra, en una extensión de tres leguas y con una profundidad de treinta y dos metros. Ahogaba todo, árboles y oteros, y al tropezar en su camino con una aldea, le inundó lentamente, de muro en muro, de casa en casa, cubriendo la iglesia y su torre, donde en las solitarias noches de luna, dríadas y náyades pueden repetir la leyenda de la campana sumergida.

El hombre entendió finalmente la naturaleza y al cerrar el embudo volcánico por donde el torrente saltaba, desordenado y peligroso, creó el embalse gigantesco de los dos ríos que allá, muy lejos, en la Sierra Grande, nacen en el misterio de sus florestas, y bajan impetuosos, cavando la roca o brincando sobre ella, en relucientes cascadas. De esa agua soberana que impresiona y encanta, viene la riqueza de los campos, la fertilidad de la tierra, la derrota de la montaña estéril. Donde crecía el matorral grosero brota la alfalfa, y los trigales resbalan por las pendientes o llenan las planicies: cortos, para que el viento no desgrane el fruto precioso al sacudir la fruta delicada; tupidos, indicando el vigor del terreno donde pasó el agua, que en alcantarillas y acequias múltiples sale del dique, ese vertedor incansable de vida, de confort y de riqueza. Pero esa agua, que en su aspecto es poesía y color, que en su movimiento es música, y en sus efectos cultivo fácil y cosecha abundante, también es luz y fuerza; y cuando la revelación de su poder mágico se haga completa, la obra grandiosa de dos latinos, Cassafousth, el ingeniero, y Juan Massé, el empresario constructor, producirá la transformación de la provincia entera, haciendo la fortuna más común, dando al proletario nativo un bienestar más durable, con el empleo seguro de su capacidad y su energía.

Córdoba no será solamente el centro intelectual consagrado por la tradición; la ciudad donde se guardan tan vivas las costumbres cariñosas de la hospitalidad sencilla y franca, que me hicieron recordar mi patria y aumentaron mis "saudades", o el paraje romántico donde la hermosura femenina se modela en delicados perfiles y parece insinuar halagos en el cantar suave de la voz compasiva y melódica. No será solamente la pradera auriverde del trigo y de la alfalfa, sino también la comarca industrial y fabril. El embalse victorioso esparcirá la fuerza motriz que las dínamos trasmudan en vibración eléctrica, a correr tembloroso por doquiera, nervios de la tierra y de los valles, donde se levantarán las fábricas.

La locomotora rodaba ahora sin esfuerzo bajando la pendiente; las cumbres adustas se esfumaban en la reverberación solar que refractaba en la roca, polvoreando oro. Delante del tren, los rieles semejaban listones ígneos, que desprendían relámpagos. Los campos parecían dormir; nada se movía; ninguna brisa refrescaba el aire. Al fin de una curva, la ciudad creció inesperada, de extraño aspecto, de un dibujo fantástico, sin perspectiva y sin sombras, confundiendo líneas agudas de campanarios, masa informe de vegetación, blancas paredes, techos encorvados. La cuenca entera parecía un incendio, donde el tren se hundía...

Creaciones Harrods que interpretan las últimas tendencias de la moda para PRIMAVERA - VERANO 1930-31



LA silueta de la izquierda, lleva un hermoso vestido en gasa estampada con precioso saquito de igual género; y graciosos volados en las dos prendas.

EN el centro, se puede apreciar un precioso vestido todo hecho en organdí, muy vaporoso, con hojas incrustadas en la misma tela. Lleva un amplio cuello formando capita y en la cintura una delicada flor, también de organdí.

A la derecha, se presenta un novedoso vestido para golf, en piqué; la pollera lleva tablas al costado y el saquito, sin mangas, en lana fantasía.

Harrods

Centro creador de la Moda

EN artículos para VIAJE, como en todo lo que se necesita para la práctica del noble juego de GOLF, Harrods presenta los mejores surtidos que se ofrecen en Buenos Aires. *Visítelo*

HARRODS (Bs. As) Ltd. - Florida, 877 - U. T. (31) Retiro 4901

Un viaje a Ongamira [1]

Por

HECTOR CARLOS BERNARDEZ



HACÍA unos cuantos días que teníamos proyectado un viaje a Ongamira, a la gruta de Ongamira, pero mi compañero de "andadas" estaba algo delicado debido a una reciente enfermedad que le había postrado por una semana.

Esa mañana, el sol que en las sierras de Córdoba es como rey esplendoroso y altivo, asomó por detrás de los cerros con su corona de rayos fulgentes y dió de lleno con su rosa - fuerte luz sobre los valles verdeantes, y reflejóse en las aguas transparentes del arroyito serrano, invitando a la vida hermosa de las excursiones y de los panoramas, de las quebradas y los picos, de las cumbres y de los llanos, y yo, saboreador por excelencia de todas esas bellezas que en nuestro suelo privilegiado abundan a cada paso, no pude resistir a la tentación y ese mismo día, en un Ford cualquiera, con



La casa de don Felipe, el turco, que hace treinta y un años está en Ongamira. Allí suelen parar los pintores. Tiene un curioso álbum firmado por todas las notabilidades del país.



Este es don Felipe, el turco, propietario en Ongamira, dueño y señor de la comarca.

el viejo Cueva y un nieto de él, por únicos compañeros, un pavo preparado, una botella de vino, un pan casero, "de mujer", como le dicen en las sierras, una damajuana de agua de vertiente, más liviana que el humo, y una botella de leche... como si dijéramos "con el redomón bien ensillao y las maletas al tiento"... salimos derechito a nuestro objeto: la gruta de Ongamira. Nueve leguas y pico de donde nosotros estábamos, pero nueve leguas en las sierras por entre quebradas tortuosas, subidas casi verticales y bajadas a pique... El Ford (no és propaganda) es como esos caballitos criollos de galope corto y largo aguante que hace veinte años cruzaba la pampa entera, trepaba por los cerros y vadeaba los ríos con la seguridad de un cronómetro y la resistencia de un toro. "Está cansao"... se le sacan las caronas, unos revolcones en el suelo y otra vez al tranco, al trote o al galopito... veinte leguas. ¡Ah! raza noble de animales valientes que la tierra come año tras año, sin un suspiro, sin un adiós, sin un recuerdo... El Ford hoy es el caballito criollo, siempre humilde; con cualquier cosa se arregla, con casi nada anda; al tranco, al trote o al galopito, pero seguro que llega... ¿Se rompe la dirección?, un gajo de tala basta... ¿Se le gasta la polea?, un pedazo de lata de kerosene le sirve de suplemento... ¿Se cansó?, unos revolcones y otra vez andando.

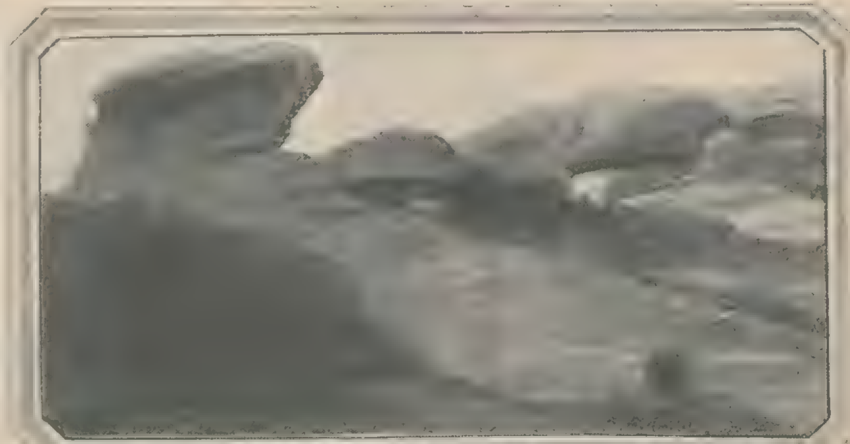
Los caminos en las sierras de Córdoba son, sin excepción, excelentes, pero en cuanto se baja a los llanos, las huellas se hacen hondas como surcos, la arena sin agua desde dos meses es como harina de trigo, y un coche liviano como el Ford "colea" que da gusto, dejando en pos de sí una estela de tierra hecha polvo que ahoga y que marea a los moradores cercanos la trayectoria del auto.

—Ahí va un Ford.

Suele decir con la seguridad de un sabio un campesino cualquiera, y allá va un Ford, seguramente, como antes diría un gaucho: "Allá va una manada de ovejas o una tropilla o una hacienda vacuna". "Por aquí pasó un Ford"... "Por aquí pasó un auto grande", lo mismo que antes: "Por aquí pasó una tropilla de chúcaros". "Por aquí ha pasado hacienda ovina". Lo mismo. El gaucho de antes es el "fordman" de hoy, la misma fe en su pingo, la misma fe en su Ford.

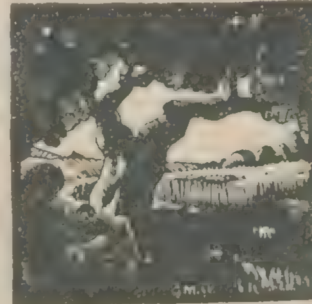
Las quebradas están hechas un primor. El auto sigue adelante y a mí se me cansan los ojos de tanto mirar. ¡Si seré egoísta! quiero "tragarme

(1) Esta gruta queda en la sierra del mismo nombre, provincia de Córdoba, seis leguas en línea recta hacia occidente, partiendo de la estación Sarmiento, vía a Tucumán del F. C. C. C.



Las piedras rojas de Ongamira, que presentan a los ojos del viajero un aspecto fantástico.

con la retina esas maravillas serranas" y abarco grandes extensiones de panorama con los ojos. Allá lejos culebrea un caminito que a ratos sube, a ratos baja, a veces se pierde y a veces aparece como una cinta de plata vieja tendida a lo largo de las sierras; como una sierpe mitológica, y que nosotros debemos recorrer en toda su extensión; como una señal para el viejo Cueva, que debe tener en cuenta, para no dar en alguna "encerrada", y mientras tanto las puntas de los cerros lejanos se avergüenzan de que los domen así y se ocultan en un manto de atmósfera espeso azulado y transparente a la vez, como si las cumbres de las montañas se quisieran ir al cielo en una ascensión sublime. ¡Todo hermoso! ¡Espléndido! ¡Qué Suiza ni qué diablo! Esto es una cosa maravillosa, encantadora... Damos vuelta a un recodo y ascendemos doscientos metros en pendiente directa, "primeriando" hasta llegar a la iniciación de la bajada, y hago parar el auto. Una quebrada se mete entre dos sierras como una cuña de la naturaleza. Los aguaribays, los pinos, los sauces, se estrechan como colosos entrelazando sus ramas en un abrazo ciclópeo, mientras a sus pies, sumiso, lascivo, corre un hilo de agua, claro como las almas de los niños, que se dirige a los valles, mensajero de frutos, de vegetación, de vida y de alimento. Una calandria canora alza sus armonías a los aires, que se desparraman como un rosario de notas en la soledad de los cerros, y el corazón retoza como un potrillo de sangre en medio de nuestros pechos... Es que son corazones argentinos, y aquel suelo es argentino, y aquellas maravillas son de nuestra patria, y hasta aquella calandria es criolla.



Después seguimos el viaje con el mismo afán de ver y más ver. De trecho en trecho el camino se angosta, se hace dificultoso, y unos hierros de forma romboide sobre travesaños plantados en el suelo, nos indican que existe peligro con sus faces coloradas. Andamos despacio, ansiosos de pasar lo malo para saborear a gusto el paisaje que con tan diversos tintes se desliza por todas partes. Un día espléndido. Llevábamos algunos cartuchos y una escopeta, por si hubiera caza a mano. Nada; apenas aves canoras, pájaros pequeños, de múltiples colores, que armonizan el viaje con sus notas risueñas, alegres o estridentes.

Una bandada de loros chirrían en el aire con desconcierto infernal y cruza en el ambiente como una cinta de esperanza que va a perderse a lo lejos, huyendo del más estridente chirriar del Ford. De pronto, una montaraz aparece en el camino. El viejo Cueva es un tirador de primera, uno de los mejores "pulsos" de casi todo el noroeste cordobés: a él no se le hubiera ido la perdiz, ni jugando, pero tiré yo, medio chambón y con revólver de "yapa", "afeitándole el pescuezo", como dice mi compañero, pero la montaraz me sacó la lengua y se fué.

Un incidente venial. Después, otra vez los ojos sobre las delicias de los alrededores, ya subiendo, ya bajando, ya ligero, ya despacio, como si una fuerza superior nos moldeara a las circunstancias, y el trayecto de aquel viaje lo hiciéramos a la velocidad que nos rigiera un ser superior e invisible: el Creador, que acomoda las cosas y los seres a su eterna voluntad; y cual si nosotros fuéramos unos resortes austeros que a veces queremos salirnos de nuestras órbitas fijas, hay momentos en que corajeamos demasiado, pero Él, dentro de nuestras conciencias, nos reduce, nos emplea, nos sujeta, nos doblega, y el temor a lo más allá, el instinto de conservación, nos hace temerosos, y volvemos al medio ambiente, a estar a las condiciones del camino para nuestro mismo bien.

Hay partes en que el recorrido es como un tiro de taba, peligroso, y hasta es una casualidad echar una suerte y salir airoso en el paso. De un lado la sierra cortada a pique desde su cúspide, formando un paredón

(Continúa en la pág. 67)



FOTOS DE LUIS S. CABADA

Una de las piedras monumentales de Ongamira, que emerge como un monolito. A la derecha, otra piedra semeja una parva de colosales dimensiones.

Sus Burbujas eliminan las impurezas de *Entre* los Dientes

Colgate no sólo pule la suave superficie... sino también higieniza las diminutas hendiduras que no puede alcanzar una simple cepillada. Así limpia los dientes completamente.



La Crema Dentífrica Colgate en forma de cinta es el Dentífrico de mayor venta en el Mundo.

LA limpieza superficial de los dientes es sólo una limpieza *a medias*. El peligro reside en los espacios entre dientes; en las diminutas hendiduras donde las partículas de alimentos se acumulan y donde comienzan las caries.

Colgate limpia esos lugares difíciles de alcanzar. Su espuma deslumbrante y rica en burbujas, penetra en los intersticios; ablanda las acumulaciones y las elimina en una ola higiénica de completa limpieza.

Esta espuma de Colgate es única. Las pruebas científicas demuestran que tiene más alto poder penetrante que cualquiera de los principales dentífricos conocidos. Su acción limpiadora es asombrosamente profunda. Después de cepillarse con Colgate, su boca *se siente* limpia... porque lo está... como ningún otro dentífrico puede limpiarla.

Colgate pule los dientes brillantemente... mediante el polvillo tenue que todos los dentistas usan a tal fin; pero cualquier buen dentífrico pule los dientes. Colgate, además de pulirlos, brinda la protección *extraordinaria* de una acción limpiadora que completa la operación.

Su superioridad en limpieza y economía han hecho de Colgate el dentífrico más popular de la tierra... usado por más personas y recomendado por más dentistas que cualquier otro dentífrico.

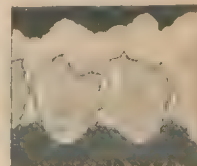


Si lo prefiere en polvo, pida el Polvo Dentífrico Colgate. Tiene igual poder de superior limpieza que la crema dentífrica.

Cómo limpia Colgate las hendiduras donde comienza la Caries



Diagrama ampliado de los intersticios de los [illegible] Los dentífricos [illegible] con "tensión [illegible] dejan [illegible]



Este diagrama demuestra como la espuma eficaz de la Crema Dentífrica Colgate con "tensión superficial" baja penetra en los más pequeños intersticios, donde el cepillo no alcanza a limpiar.



Colgate-Palmolive-Peet Ltda. — Santiago del Estero 1997. — Bs. Aires.
Sírvanse enviarme muestra gratis de dentífrico Colgate.
Acompaño 5 centavos para franqueo.
Nombre ....
Dirección ....

H.

CREMA DENTIFRICA COLGATE

Un viaje a Ongamira

(Continuación de la pág. 64)

de veinte metros; del otro, quinientos metros de profundidad barrancosa, rocosa, profundidad fea como una boca de lobo, que va a dar allá en medio de un valle risueño y verde que parece una alfombra tirada al pie de aquella soledad, como una nota templada en medio de aquellos cerros ásperos.

—¡Caramba! ¡Qué lejos!... —Y es verdad; parece que aquel camino se termina en el infinito. A veces creo que ya llegamos, y al descender una loma, la cinta de plata se extiende como una burla delante de nosotros, que ya llevamos tres horas de andarla sin detenernos un instante. Pero es lindo el viaje y la curiosidad es muy grande, y anhelando conocer la gruta de Ongamira, sentimos una fuerza interna insistente que nos induce adelante con una fe ciega en nosotros mismos, y por la sencilla razón, por el dulce corolario de que otros llegaron y nosotros llegaremos.

—El bajo de Ongamira. Allá está la estancia. Ahí detrás es —dice el nieto de Cueva, que pilotea el Ford.

Bajamos al valle por un camino de caracol, que desciende vertiginosamente en forma de serpentina, y al entrar en la estancia, nido de rosas en medio de la agreste naturaleza de los cerros, nota armoniosa en un desconcierto de colores acres y fríos, esmeralda tirada en un amontonamiento de riscos, sentimos como un consuelo y ampliamos nuestros pechos con sendos suspiros que renovaban nuestros pulmones y satisfacían nuestras almas y entibiaban nuestros nervios.

Allí abajo, a la sombra de corpulentos árboles, aguaribays, acacias, tilos, pinos y sauces inmensos, donde la sabia madre Natura sacia sus infinitas ansias de expansión, merendamos nuestra humilde comida con la locura de un apetito que no era apetito, sino hambre, en el verdadero sentido de la palabra, hambre, esa feroz hambre que nos abre a los del llano la fuerza incontrarrestable de los aires de las sierras, de esos fuertes aires que llenan los pulmones desperfectos y malsanos de los tísicos y de los anémicos, y que les prolonga la vida. ¡Ah! ¿Sabéis vosotros lo que es una merienda en los cerros, en medio de esas moles inmensas que se yerguen soberbias a vuestro alrededor como monstruos imponentes y silenciosos, con un fogoncito hecho de palos secos, un mate amargo y un pavo, un pedazo de pan y unos ojos absortos en las bellezas más grandes de nuestro mundo terráqueo?... Si lo sabéis, gozaréis conmigo a la luz pálida de estos renglones defectuosos, y hasta sentiréis en vuestro paladar el agradable gusto de las comidas criollas; si no, si no lo sabéis, no comprenderéis jamás el placer con que se sienten esos bellos festines semisalvajes, y sanos y francos como los impulsos del corazón.

Después de la merienda, otra vez en el Ford hasta la gruta. Ahí está. ¡Qué soberbio cuadro ante nosotros! Dos inmensas masas de piedra y tierra colorada, duras como granito y altas como montañas, se dan un abrazo estrecho, como si la una se apoyara en la otra, como si ambas se reconocieran después de una larga ausencia y apretaran sus cuerpos mitológicos y fantásticos en un abrazo milenario, capaz de hacer temblar el globo, y entre ellas, como una leyenda antigua, como un bostezo del infierno o del misterio, se abre una boca enorme que da miedo, asombro, pavor, y encanta y maravilla: la gruta de Ongamira.

Una cueva de dimensiones colosales, donde cabría, fácil, cuarta cuadra de las edificadas en Buenos Aires, con imponente aspecto, con sombras obscuras, pálidas o resplandecientes, según hasta donde llegan los rayos de luz. De las paredes laterales corren hilos de aguas claras y frescas, y del techo gotea el sudor de las moles madres, que se recuestan cansadas la una en la otra. Estalactitas bien definidas caen como tejidos raros desde lo alto de la gruta, y por ellas corren una tras otra las filtradas gotas de la montaña inmensa de arriba y van a dar en las estalagmitas que se cubren de un musgo verdoso al resbalar de la humedad.

Entré corriendo hasta la mitad de aquella cueva tétrica y me paré de golpe. Sentí miedo, respeto...; el corazón me latía con fuerza y las piernas me flaquearon un poco. Me volví despacio hacia afuera con vergüenza de mi timidez, y desde la parte externa contemplé aquella grandeza de nuestra patria, de la Córdoba argentina, de la Suiza americana, y me llené de orgullo.

Los cóndores revoloteaban encima de las dos moles que forman la gruta, y sus vuelos, serenos y majestuosos indican al soberano de los aires en la plenitud de su poder y en medio de sus cerros y montes vasallos, como un emperador en mitad de su imperio. Los cuellos blancos parecen el resplandor del sol, un pedazo de nube puesto a manera de estola mientras que con las alas bendice el valle.

¡Patria hermosa! ¡Tierra encantadora por la que hallo ahora plenamente bello el sacrificio de San Martín y Rivadavia, de Moreno y de Belgrano, y por la que tuvo razón para vibrar la pluma de Andrade y Mármol, de Sarmiento y Mitre, y por la que se batieron tantos pechos nobles, regando con su sangre a lo que tanto vale!

Después, el regreso con el mismo panorama con diversos tintes y diversas notas, por la caída de la tarde y el canto de las aves...

Motivos de Córdoba

(Continuación de la pág. 29)

La choza, el monte, la alquería, el río,
dannos la dulce sensación extraña
de sentir en el alma todo el frío
que oculta la aridez de la montaña.

Confieso que esta vez los versos de mi buen compañero de viaje me han parecido una profanación. Que las sierras perdonen la ofensa inferida. Yo no. He guardado tres minutos de religioso silencio, como un desagravio. Con esto creo hacer el verdadero homenaje que merece la grandiosidad del paisaje que se extiende ante nuestra vista.

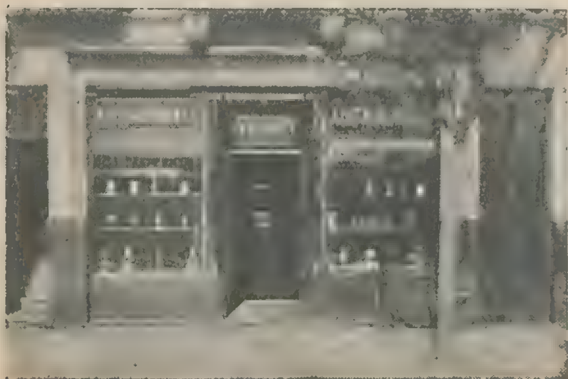
De regreso de nuestra excursión he querido tener un pequeño recuerdo para la simpática villa de Cosquín. Colocadas en los dos márgenes del río que lleva su nombre, se ven diseminadas en el valle casitas blancas, azules y rojas, cuya simetría dan la sensación de un damero de ajedrez. Alcance, también, mi recuerdo cariñoso para "Santa María". El sanatorio que lleva su nombre, colocado al pie de la montaña, parece, desde el camino, el palacio de un rey medioeval que hubiese tenido el capricho de colocar su castillo en la parte más estratégica del paisaje.

La imaginación, que siempre juega un papel importante en toda elaboración del pensamiento, nos mete por todos los pabellones, dependencias y jardines de aquel sanatorio. Todo es allí orden, escrupulosidad, pureza. Los enfermos del "mal de los males" viven allí, como se sabe, al amparo de la caridad oficial, y si la caridad debe justificarse, nunca se pudo invocar mejor su nombre que al asociarlo al del sanatorio de "Santa María". Al recuerdo de esos enfermos escapan de mis ojos dos gruesas lágrimas, dos lágrimas de fuego; lágrimas que han tenido la virtud de descargar todo el peso que oprime mi corazón. Fueron válvulas de escape que se abrieron para dar paso a una parte del dolor que va por todos los caminos... Acaso por instinto, acaso por rebeldía innata de mi temperamento, esas dos lágrimas se me antojan dos puños levantados hacia lo alto como en son de protesta por la injusticia del destino...

FAMILIAS QUE VERANEAN Y TIENEN SU CASA QUINTA EN CAPILLA DEL MONTE.

Odilio Estévez y familia, Rosa T. de Castagnino y familia, Catalina de Castagnino y familia, Julián Goitía y familia, Pedro Virasoro y familia, Luis Chiodi y familia, Graciela de Gómez Zorrilla y familia, César Avalos y familia, Juan Testera y familia, Enrique Muiño, Luis Saccone y familia, Emilio B. Traverso y familia, Luis Pagliano y familia, Francisco Secco y familia, Víctor Recagno y familia, Héctor Lambruschini y familia, Alberto Paganini y familia, doctor Lisandro de la Torre, Fernando Chiessa y familia, Luis Balbiani y familia, J. C. Pérez Schudt y familia, J. Enrique Varaona y familia, Nicolás Pérez y familia, Aurora Sarggiotto y familia, Domingo Abásolo y familia, Luis Pagano y familia, doctor Luis E. Rodríguez y familia, Juan Dompé y familia, Emilio Rey y familia, doctor Enrique Candiotti y familia, Domingo Sarggiotto y familia, Juan Canale y familia, Juan Mena y familia, Francisco Borgonovo y familia, Pablo Recagno y familia, Pola Larrea de Madariaga y familia, Rodolfo Ledesma, Bernardo Duggan, L. Rodríguez Arias y familia, Lía Marcó de González Calderón y familia, Enrique Lawson y familia, doctor Miguel Méndez y familia, familia Lazcano González Iramain, Marcelo Padoani y familia, Angelina Pagano de Ducasse, José León Pagano, Arturo de Bassi y otras que lamentamos no recordar

Vistas de los establecimientos de la casa cuyos productos siguen logrando, por


RIVADAVIA 11506


RIVADAVIA 8763


RIVADAVIA 5360


CABILDO 3072


CABILDO 2076


MONROE 5131


GIRIBONE 290


ENTRE RIOS 732



CASA MATRIZ — SAN JUAN 2164.


CANGALLO 963



BERNARDO DE IRIGOYEN 1117


DEFENSA 1047


Av. SAN MARTIN 1475


CARLOS CALVO 4067


JOSÉ C. PAZ 185, LANÚS

de cafés y tes "A LOS MANDARINES"
su excelente calidad, un creciente éxito


RIVADAVIA 1456


RIVADAVIA 1992


RIVADAVIA 7101


SANTA FE 2685

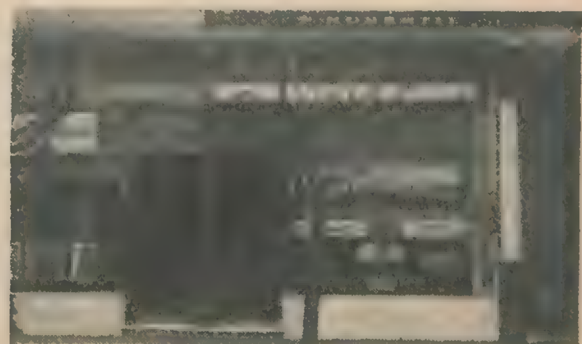

SANTA FE 1886


SANTA FE 4521



PASCO 1264


VIAMONTE 1666


CORRIENTES 4216


BRASIL 1160


CARLOS PELLEGRINI 1163


JUAN BAUTISTA ALBERDI 6042


DIAGONAL 80, Nº 925, LA PLATA



SAN MARTIN, 2528, MAR DEL PLATA


LAPRIDA 219, LOMAS

Apólogos guaraníes

Por

VICTOR MORINIGO

Ilustraciones de Oscar Soldati

DE LA JUSTICIA

DESPUÉS del rito del fuego, danzando en torno de la hoguera cuya lumbre no penetraba la profunda obscuridad del bosque, los indios arrojaron al enemigo sumergiéndolo de cabeza en las aguas de un torrente.

Desde lo alto de los árboles, los monos habían asistido esa noche a la ejecución de la justicia terrible de los guayaquíes.

Y a la mañana siguiente, por esas cercanías, Yu-í (1) abandonó su vieja lagunilla en busca de otra donde a la caída de la tarde entonase su canción al arco luminoso de la luna nueva, escondido en la silenciosa penumbra de los helechos y llantenes, posado sobre la hoja brillante del aguapé. En el compás de tiempo que mediaba entre dos saltos, cuando iba a disparar el resorte que une a las piernas finas con los muslos dibujados, vióse aprisionado de improviso por un mono, a cuyo estridente reclamo respondieron otros, descendiendo con las colas arboladas desde las altas ramas.

Rodeado de todos, quedó allí amilanado. Y uno de ellos — tal vez el patriarca de la tribu que rumorea en las frondosidades eminentes — perguntóle cejijunto:

— ¿Cómo te has atrevido a penetrar en nuestros dominios?

— Señor — respondió Yu-í — soy un forastero.

— ¡Mientes! Has venido a espiarnos. ¿Pretende, acaso, tu miserable tribu declararnos guerra?

— ¡Dios mío! ¡No comprendo lo que decís! — profirió el cuitado.

— Encended la hoguera y lo arrojaremos a ella — sentenció el jefe.

Al oír la sentencia, Yu-í se incorporó verticalmente sobre las patas, y desde la mandolina de su vientre una risa sarcástica agitó su plana garganta.

— ¿Por qué te ríes? — preguntó un mono amenazante.

— ¡De nada..., pues que pensáis arrojarme a mi casa!

Los monos chillaron todos juntos; agitáronse nerviosos como los hombres exasperados en las asambleas, y uniendo la acción a la palabra, uno de ellos exclamó:

— Pues..., ¡te arrojaremos al agua!

Y en el espejo del estanque se dibujaron círculos concéntricos en torno del ajusticiado.



"LOS MONOS CHILLARON TODOS JUNTOS...

DE LA EQUIDAD

AL apuntar el día salió de caza el novicio cazador. Aunque no llevaba el propósito de cazar tigres, a falta de otro le acompañaba un perro tigrero, excelente ayuda para acorralar al felino.

Se internaron en los bosques, por los cerros, y a mediodía, cuando el sol dardeaba desde el cenit las móviles cimas de la selva, se detuvieron en la ladera al pie de un naranjo silvestre que tenía cuatro frutas.

Consciente del humano concepto de la jerarquía, el hombre comió tres y la cuarta dió al perro. Y luego prosiguieron la búsqueda de alimañas por malezas y zarzales. El perro por delante husmeaba las huellas agitando la cola como un puntero tembloroso.

Ya el sol derivaba en el ocaso, cuando el cazador se apercibió, vigilante, al oír los ladridos victoriosos del can retumbando en la selva; las sombras confusas se alargaban penetrando la luz en la maraña en oblicuos bastones; los ladridos rotundos agitaban el profundo silencio. En la idea de que el perro tigrero sólo ladrara ante la presencia del carnicero, el cazador marchó con sigilo apartando a su paso, en la maleza, las ramas secas. A ratos le asaltaba un imperioso temor y pugnaba por rehacer su desmedrado coraje, al rememorar inopinadamente trágicos episodios desarrollados en las cacerías del más feroz de los felinos; pero sobreponiéndose a su temor acudía al reclamo del noble compañero.

A medida que se acercaba su corazón latía con violencia, y cuando vió al perro que ladraba con incesante furor asomando la lengua colgante entre los agudos colmillos, preparó su arma deslizándose hasta él. Tembloroso de emoción extendió la mirada temerosa, y en ninguna de las ramas de los árboles circundantes vió al temido felino. El perro sólo ladraba bajo un naranjo silvestre, cuyas ramas se doblegaban bajo el peso de sus abundantes frutos...

DE LA DUDA EN EL AMOR

HASTA la llegada de las primeras sombras de la noche, en todo lo largo de los días, se sentían en el bosque los golpes de hacha del leñador.

Sólo mediado el día interrumpía la continuidad agobiante de su trabajo. En esa hora en que el sol se incita en las alturas y lanza sobre las selvas y los valles sus rayos vibrantes de calor; en esos momentos en que Yacy-Yateré (2) ejerce sus inocentes travesuras agitando misteriosamente las flexibles ramas, las hojas historiadas del helecho, las pantallas enormes del mbegüetayá, y se columpia en los tentáculos colgantes del ysypó (3) en la fresca penumbra del boscaje, llamando al silencio para presidir el reposo de los seres del bosque.

En esa hora el leñador se entretenía grabando en la corteza blanda del trébol aromático, o en la del corpulento cedro, corazones entrelazados; o bien, echado sobre el mullido suelo, proyectaba sus pensamientos en ensueños lejanos. Y es que su corazón abrigaba una pasión ardiente y silenciosa.

Un día, entre aquellos que vivía, Py-Cuí-Pé (4) le anunció la noticia sin par. Posada en una rama seca, donde la aureolaba la luminosidad de un rayo rectilíneo que penetraba en la fronda, esponjó las suaves plumas de su cuello, y con la inflexión profundamente dulce de su lenguaje amable, díjole que la amada lejana que ocupaba todos su pensamientos correspondía con las mismas ansias a sus cálidos anhelos.

Y al acariciar risueñas esperanzas, la alegría de vivir floreció en el corazón del tosco leñador; y el bosque talado con energía constante para apurar la labor, proclamaban las ansias que tuvieron principio aquel celeste día.

Y fué en la mitad del transcurso de un día, en la calma calurosa y sombría de una siesta plomiza. El enamorado leñador trataba de grabar en la costra metálica del tronco de un guayacán las cifras entrelazadas del símbolo total de sus amores. Acâ-ê (5) la contemplaba socarronamente mudándose de rama en rama, y al ver sus inútiles esfuerzos, erizando su copete, díjole:

— Inútil trabajo, compadre: el objeto de tus rosados deseos ya te ha olvidado en el goce que le brindan nuevos amores.

Y desde aquel sombrío día, sin escuchar más a Py-Cuí-Pé, el cuitado leñador quedó a solas con su negra desesperación...

(1) Rana.
(2) Alegre genio de las selvas guaraníticas.
(3) Liana.
(4) Tórtola.
(5) Urraca.



...Y CUANDO VIÓ AL PERRO QUE LADRABA CON INCESANTE FUROR...



...EL ENAMORADO LEÑADOR TRATABA DE GRABAR EN LA COSTRA METÁLICA DEL TRONCO ..."



INCONFUNDIBLES MODELOS de 1930

Vestidos para el sport activo... para la espectadora... para el club... para la ciudad... y para el campo. Docenas de Creaciones exclusivas y modelos únicos en sedas lisas, pointillé, imprimé y un amplio surtido de preciosos tonos primaverales.

Vestido de mongol blanco con adornos de tablas encontradas..... $ 65.-

Saco Azul en charmelaine o crepela de lana.................. $ 45.-

Traje en charmelaine o crepela de lana, blusa y forro del saco en fina seda fantasía.. $ 135.-

Vestido de Shantung fantasía con capita entera de quitapón.... $ 55.-

Brochero, apóstol del Oeste de Córdoba

Por el Pbro. GREGORIO J. RODRIGUEZ

POCO tiempo después que saliera el país del caos político en que lo sumiera la tiranía de Rozas, cuando sonaba la hora de la civilización y del progreso, se destacaban en el Seminario de Loreto, entre tantos otros de figuración más tarde en los destinos públicos: Juan M. Yañiz, actual Obispo de Santiano, y José Gabriel Brochero, dos caracteres al parecer antagónicos; el uno la intrepidez, la energía viril, llevado al grado sumo; el otro, la tolerancia, que busca siempre los procedimientos acomodaticios; y no obstante, uno y otro coincidían en el mismo espíritu que les devora de la gloria de Dios, la salvación de las almas y el bien moral y material de sus semejantes.

Harto necesitaba entonces la provincia de Córdoba de obreros evangélicos; nunca aquí ha podido aplicarse mejor el texto bíblico: "La mies es mucha y pocos los operarios". Fué entonces que recién iniciado en el sacerdocio, Brochero, su superior jerárquico, más bien la Providencia, le destina a estas regiones de San Alberto y San Javier que formaban una sola parroquia, siendo en la actualidad cuatro.

Solamente el recorrido por abruptas serranías para tomar posesión de su cargo y la contemplación del teatro en que debiera ejercitar su acción eran para amedrentar a cualquiera. Es necesario, para darse cuenta de la situación, una mirada retrospectiva a ese pasado embrionario: en el orden social, recién iba desapareciendo el pánico que habían causado las frecuentes irrupciones de llanistas y gauchos fieros como Camargo, Montivero, Potrillo, etc., pero quedaban las raíces y una tendencia al pillaje que se había hecho carne, y para amparar tan tamañas anormalidades favorecían admirablemente las incomunicaciones y las escabrosidades topográficas de ese entonces, el lomo de mula por caminos de hormigas era todo, no sólo el principal, sino el único recurso como medio de locomoción y transporte.

Brochero no se desanima ante una empresa que le exige esfuerzos titánicos para su actuación: como Hernan Cortés, que quemó sus naves para apartar hasta de la imaginación la esperanza de surcar los mares, él, que fuera de talento, estudiante aventajado, que pudo lucir su elocuencia sagrada, se despojó de todo lenguaje clásico, regalando los libros de literatura que poseía, y usó de la [illegible] vulgar acomodada a las intel[illegible] agrestes, pero realzada por ciert[illegible] do espiritual, salpicada de chistes, anécdotas, moralejas, que resultó una fraseología completamente original pedestre y al mismo tiempo elevada y todas las veces eficaz, porque toc[illegible] ba el fondo de los pecadores más [illegible] pedernidos a semejanza de penet[illegible] te estocada.

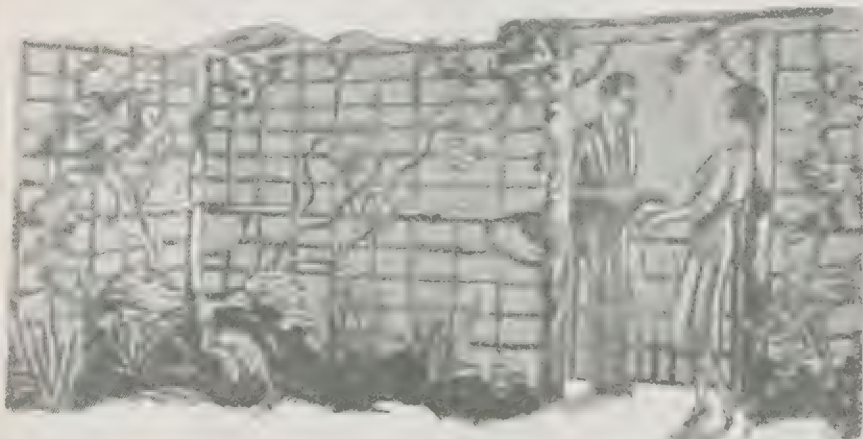
Nadie sino él usó con éxito ese lenguaje, aunque tuvo imitadores viendo el mucho fruto que obraba en las almas, por eso en las tandas de [illegible] cios espirituales, cuando por en[illegible] dad u otro inconveniente faltaban los misioneros, él solo llenaba el progra ma; más de una vez oímos a los ejercitantes expresiones como éstas: "El señor Brochero es capaz de tirar solo la carreta aunque esté empantanada hasta el eje y cargada hasta el tope".

A la eficacia de su palabra unía la de su acción; a menudo recuerdan las personas de esa época pretérita los momentos agradables en que veían cruzar en diferentes direcciones una silueta excepcional, sacerdote emponchado y con espuelas, montado en su nunca bien ponderado "Macho malacara", que con su buen andar lo indemnizaba de sus traiciones y coceaduras al estribo y vueltas a la querencia, siempre jovial, lleno de ocurrencias felices, a pesar de marchar aterido por el frío o asolado por calores, tras de una misión muchas veces peligrosa, arriesgada, ya sea para atender enfermos, ya para convertir gauchos, ojalá fuera el mismísimo Guayama, célebre caudillo selvático con más de cien gauchos bajo su mando, a quien hizo amigo y le arrancó una solemne promesa de entrar a ejercicios y vivir la vida de la civilización, mediante una amnistía obtenida de las autoridades, amnistía que se obtuvo sin que Guayama pudiera cumplir la promesa, porque, sorprendido en una emboscada, fué llevado preso a San Juan: allí, en la cárcel, fué muerto alevosamente por los guardias pretextando una sublevación.

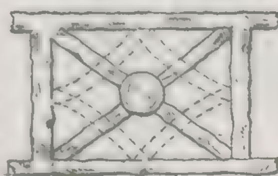
Bajo la iniciativa de Brochero puede decirse que han empezado a quebrantar su asilamiento estas numerosas poblaciones, porque, desde entonces, surgio un esfuerzo constante para arreglar caminos para rodados; él mismo hacía el trazado, mandaba las cuadrillas con piquetas y toda clase de herramientas, llegando a dominar cuestas asperísimas, como la de Altautina; así se fundó ese espíritu de progreso, latente aun hoy, para hacer prácticas las vías de comunicación y ofrecer al industrial y al capitalista la explotación de tantas fuentes de riquezas; creía que las grandes empresas se abrían paso contra viento y

(*Continúa en la pág. 146*)

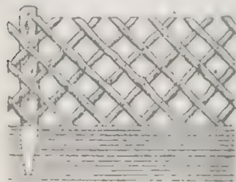
Una empalizada rústica para las sierras



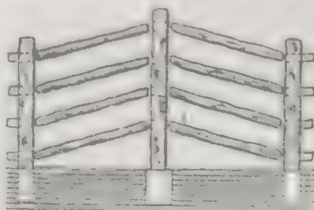
UNA empalizada cubierta de flores o de enredaderas pone en todo jardín una nota de indiscutible buen gusto. Con ello no sólo se logra un adorno, sino que también se independiza al jardín de todo aquello que se encuentra a su alrededor y que no forma parte integrante de él. En lo referente a esta clase de trabajos en madera existe una enorme variedad de estilos, todos ellos bonitos y perfectamente adaptables. Dos son, sin embargo, los mejores, y entre ellos media un marcado contraste: el exótico y el rústico. Este último es el mejor por su mayor facilidad de construcción, por su escaso costo y por el ingenio que su constructor puede desplegar mientras lo hace. Para aquellos que gusten este tipo de empalizadas damos a continuación varias explicaciones, que no ha de faltar quien desconozca. En caso de ser el roble la madera usada, debe prescindirse de utilizar clavos, pues el ácido corroe el hierro rápidamente. En su lugar, lo más práctico es el uso de muescas, así llamados ciertos huecos que se hacen en la madera para introducir en ellos otro objeto. Si se quiere dar a la empalizada un aspecto grotesco, las ramas más pequeñas del roble se prestan muy bien para ello, debido a que son torcidas, toscas y nudosas, lo que facilita la acción de las enredaderas o rosales allí adheridos. Además del roble son también necesarios trozos de madera cortados en forma cilíndrica, de un diámetro de cinco o seis pulgadas, los cuales, una vez clavados, se unen, formando la cadena que puede verse en el grabado núm. 5. Recomendamos el roble por ser ésta, a pesar del inconveniente citado, la madera más adaptable por su durabilidad. Los postes que deban ser enterrados pueden poseer un diámetro de tres pulgadas. Uno de los mayores inconvenientes que se presentan en esta clase de trabajos es la podredumbre que se apodera de la parte del poste enterrado. En terrenos arenosos y alternativamente húmedos o secos es donde la madera se estropea con mayor facilidad, cosa que no ocurre en terrenos arcillosos, donde la resistencia opuesta a la lógica acción de la tierra es mayor. Rodeando el poste enterrado con una cantidad determinada de arcilla se logrará salvar una gran parte de este inconveniente. Las barandillas horizontales pueden ser conectadas a las verticales por medio de muescas, pues en esta forma su consistencia será más grande. Si se quiere desenterrar un poste, lo más práctico es hacer un agujero lo suficiente profundo como para dejar visible por completo su parte inferior. Se introduce un objeto cualquiera y se empuja, hasta lograr arrancarlo. En esta forma no se atenta contra la estabilidad de las barandillas horizontales, y el lugar queda prontamente lleno con otro poste, cuyas medidas y disposiciones son idénticas a las del anterior. En los diversos grabados reproducidos puede obtener el lector la clara información gráfica muy necesaria para la mejor y más rápida construcción de una empalizada de este tipo. En el grabado de arriba se ve un magnífico modelo rústico con su enredadera y sus flores, que ponen una nota de buen gusto en el conjunto; y en los demás interesantes pormenores que contribuyen a sacar de la empalizada mayor utilidad.



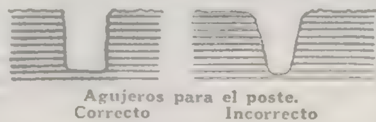
Magnífica empalizada rústica.



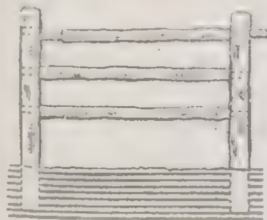
Empalizada rústica baja.



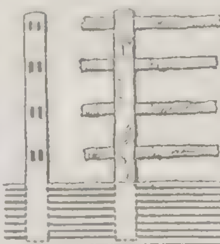
Método para la renovación de un poste.



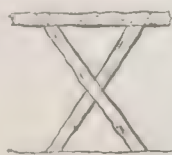
Agujeros para el poste. Correcto Incorrecto



Renovación de una barandilla.



Empalizada rústica fuerte.



Corte para jardín.



Cadena rústica.



La mansión de don Casimiro A. Gómez, en La Cumbre

La región serrana de la provincia de Córdoba presenta un conjunto en verdad extraordinario de residencias que nada tienen que envidiar a las que se levantan en Mar del Plata. En los últimos años, quienes se convencieron de las bondades, del clima y de la hermosura del paisaje, construyeron en Córdoba verdaderos palacios, que contribuyeron no sólo a la belleza del lugar, sino que también acrecentaron la importancia de las villas formadas en los pintorescos valles de la montaña cordobesa. Entre estas residencias, la del señor Casimiro A. Gómez es, sin duda, una de las más suntuosas.



Vista general de la residencia del señor Casimiro A. Gómez, en La Cumbre. Como puede apreciarse, se trata de un verdadero palacio, que haría honor a cualquier lugar.



Un detalle del "living-room", en el que se ha logrado armonizar una extraordinaria sencillez y buen gusto.



La escalinata central de la residencia del señor Casimiro A. Gómez, en La Cumbre, en la que se marcan interesantes detalles arquitectónicos.



Desde la galería de acceso, la vista resulta maravillosa; la casa ha sido construída en la altura, y desde ella se domina fácilmente el hermoso valle.



FOTOGRAFÍAS DE LUIS S. CABADA

El comedor integra el conjunto de los magníficos interiores de esta residencia, que se destaca entre las más confortables de la región serrana de la provincia de Córdoba.

La Asociación Fomento Serrano



Don Juan Buelink
Presidente



Doctor Julio Gómez Palmés
Vicepresidente



Don Luis Gasparini
Tesorero

EN La Cumbre, uno de los lugares más justamente hermosos de las sierras de Córdoba, se ha constituído hace algunos meses la "Sociedad Fomento Serrano", integrada por un núcleo de vecinos de significación y arraigo en la villa. Esta comisión se propone desarrollar un vasto plan de labor — que ya ha comenzado a poner en práctica— en favor del desarrollo de toda la región. De esta suerte, cuanto se refiera al progreso y bienestar de La Cumbre, será motivo de preferente dedicación de parte de esta junta de vecinos, que se han unido con tan patriótico propósito.

Pero no se detiene ahí el plan de trabajo que se ha impuesto esta sociedad; entre las ideas aprobadas en diversas reuniones, se ha decidido ampliar su radio de acción a toda la provincia, llegando a formar una confederación de sociedades de fomento, a fin de que se pueda cumplir un propósito de labor armónico y eficaz.

Considera la sociedad de "Fomento Serrano de La Cumbre", que toda la región montañosa de la provincia merece ser conocida; a tal efecto se hallan dispuestos sus dirigentes a colaborar en toda iniciativa que tienda a difundir las bellezas y ventajas de los demás lugares de la sierra. Tal cosa podrá lograrse cuando se hayan reunido en una misma asamblea los representantes de las distintas comisiones vecinales que ya están en funciones.

Córdoba necesita, en verdad, de estas entidades progresistas, a la manera de las que funcionan en todos los grandes puntos de excursión y veraneo en Europa y Estados Unidos. Se llaman allí "Comité de Iniciativa", y a su cargo está, no sólo lo que se refiere al progreso material de las poblaciones, sino también en lo que atañe al bienestar y a la alegría de los forasteros. La or-



Ingeniero Enrique Gómez Molina
Vocal



Doctor Tomás S. Varela
Vocal



Don Gustavo H. Andersen
Secretario general



Don Antonio Rusca
Vocal



Don Pilade Carignani
Revisor de cuentas



Don Antonio Nayle
Vocal suplente

ganización de grandes fiestas mundanas, de concursos deportivos de excursiones, paseos, funciones teatrales, etc., todo ello está a cargo de estos núcleos animadores que son, en definitiva, los que crean el ambiente y prestigian el lugar.

La "Comisión de Fomento Serrano de La Cumbre", fundada con amplitud de miras y nobles propósitos, habrá de producir grandes beneficios a la provincia de Córdoba. Por fortuna está integrada por un núcleo de hombres progresistas y laboriosos, de los cuales justo es esperar una acción inteligente.

Entidades vecinales como esta merecen el apoyo de las autoridades, porque a su acción tesonera y bien inspirada se deberá en gran parte el progreso de las villas serranas de la provincia de Córdoba.

Nadie como estos vecinos, constituídos en comisión, están habilitados para preocuparse de cuanto se refiera a las necesidades de cada región. Conocedores de la misma, propietarios de arraigo y con intereses por los cuales velar, su labor ha de orientarse necesariamente en favor del progreso y del bienestar de las poblaciones.

Cuando se haya llegado a armonizar en el futuro un plan de labor armónico, estas comisiones de fomento serán un colaborador irreemplazable del gobierno. Sin ambiciones políticas sus integrantes aspiran únicamente a acrecentar el prestigio de la zona serrana. Así inspirados fácil es predecir que la "Comisión de Fomento Serrano de La Cumbre" está llamada a constituir una federación de vecinos, la más importante y útil de la provincia.



Doctor Carlos Bustos Morón
Vocal



Don Ernesto F. Valeri
Revisor de cuentas



Don F. S. Baxter
Vocal



Don Juan Saftich
Protesorero



Don Alfredo González Germade
Vocal



Don Simeón Ochonga
Vocal suplente



Don Benjamín Bárcena
Vocal suplente



Arquitecto Raúl J. Alvarez
Vocal

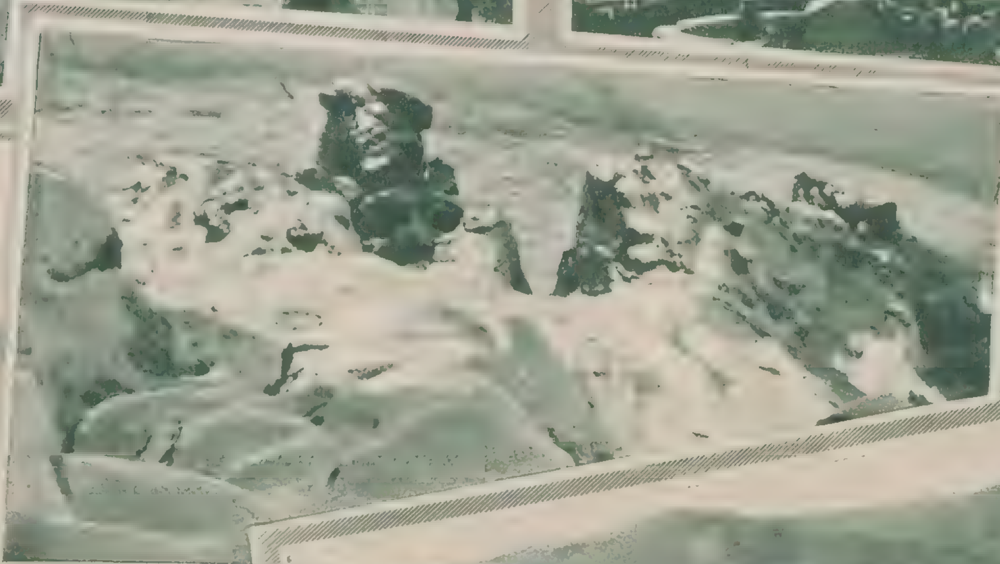
Las bellezas panorámicas de las sierras



"Piedras Grandes", en el paraje denominado Huerta Grande, constituyen la curiosidad geológica más interesante. Puede compararse la extraordinaria dimensión de tales piedras, observando las figuras humanas que aparecen junto a ellas.



El club "Pan de Azúcar" es en Cosquín uno de los centros mundanos y deportivos de mayor prestigio. Está dotado de todas las comodidades que exige un establecimiento de esta índole. Durante los meses de verano, sus salones adquieren una gran animación y en ellos se organizan animadas fiestas sociales.



La nieve es otro de los encantos de la región serrana durante los meses del invierno. He aquí el aspecto que presenta la montaña "Los Gigantes" después de una gran nevada. En el fondo, el valle aparece totalmente cubierto por la nieve.

FOTO DE LEÓN MALOMUD

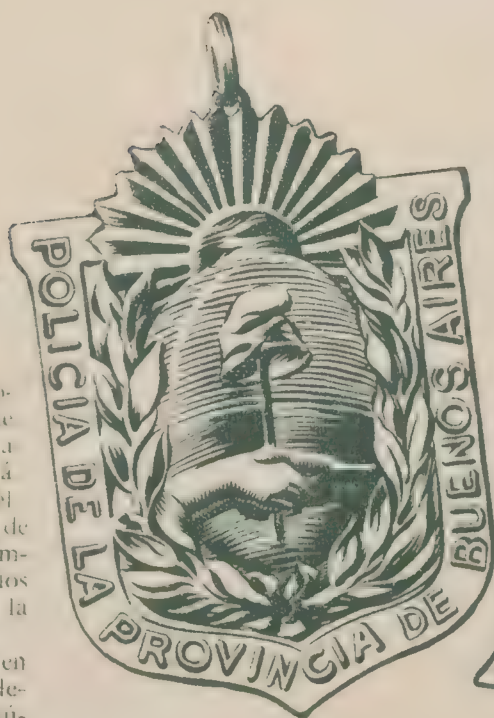


"La Cascada" en Tanti es uno de los rincones predilectos por los turistas. En toda la región serrana de la provincia existen muchos parajes como éste, en que el río que cae de la altura presenta cuadros de singular encanto.



Paraje denominado "El Alto" en Valle Hermoso, que es todo un cuadro por su serenidad y belleza. La provincia ofrece así, en su región serrana, rincones que son para los ojos del viajero un magnífico regalo.

Vista aerea del lago de San Roque, en cuya parte central emerge un pequeño islote. Sobre el costado izquierdo serpentea, según puede verse, un camino que se pierde en la profundidad del valle.



Diseño del distintivo, en forma de escudo, que usó la policía en los tiempos de Ugarte.



Diseño de la medalla, con la característica de la letra H, que se acuñó durante el primer gobierno de Yrigoyen.

Del tiempo viejo

Anécdotas

Por VIATOR

HACE pocos días un periódico dió la noticia de que en breve la intervención a Buenos Aires "adoptará medidas para modificar el uniforme de la policía de la provincia, como así también el tipo de medalla que usan los comisarios y demás empleados de la repartición.

"El dibujo de la medalla usada en la actualidad lleva dentro de una letra *H* el escudo provincial y un número. Fué hecha, según se nos informa, en 1917, es decir, poco después de asumir la presidencia de la república don Hipólito Yrigoyen.

"Como se recordará, cuando se acuñó esa medalla, con el propósito de estampar en ella la inicial del nombre del ex presidente, el hecho fué objeto de comentarios, porque se interpretaba como un homenaje excesivo y fuera de lugar."

Sobre este minúsculo asunto recuerdo algunos antecedentes, que tal vez tengan cierto interés para mis lectores.

En el primer gobierno de Ugarte, el jefe de policía de la provincia de Buenos Aires, Luis M. Doyhenard, queriendo adoptar un distintivo para los empleados y agentes de la repartición, me encargó un proyecto de medalla sencilla e inconfundible y que llevase en una de sus caras el escudo de la provincia y la leyenda: "Policía de la provincia de Buenos Aires", en la otra un espacio para el nombre y el número correspondiente, con una decoración sobria.

Días después, ciñéndome a las indicaciones recibidas, presenté el dibujito que reproduzco en esta página. La forma adoptada era la corriente en los escudos ingleses y franceses, como puede comprobarse en cualquier diccionario ilustrado, palabra "blasón". Quería, por una parte, evitar las manifestaciones de *art-nouveau*, que entonces estaba en boga, y diferenciar la medalla de la feísima usada desde tiempos antiguos por la policía de esta ciudad. No pensé un momento que aquel dibujo, casi banal, ocultara una especie de clave.

Los dibujos fueron aprobados sin modificación alguna, y se acuñaron las medallas necesarias, no muchas por cierto.

No volví a saber nada más sobre esta minucia, hasta que, depuesto Ugarte por la intervención radical, se les ocurrió a las nuevas autoridades que aquel inocente distintivo policial significaba un acto de adulonería hacia Ugarte, porque la forma exterior del mismo era la de una *U*, inicial del apellido del "petizo orejudo", como lo llamaban al gobernador, tan injustamente depuesto; algo así como el color rojo para los federales, o la barba en forma de *U* que dieron en llevar los unitarios como símbolo partidista.

Cuando me contaron esto, no quise creerlo. Sabía que los que intervinieron entonces no pensaron en ningún momento aprovechar la ocasión para hacer semejante homenaje ridículo.

Pero la nueva policía era suspicaz, y lo primero que hizo fué cambiar ese distintivo *ignominioso* por otro que, si bien se alejaba de las líneas heráldicas, sintetizaba la obsecuencia partidista, substituyendo la *U* imaginaria por una *H* (Hipólito), clara y definida, que demostraba al mismo tiempo el mal gusto dominante en la causa.

CUANDO Artigas partió voluntariamente al destierro, para no volver nunca a su país, se dirigió al Paraguay con un pequeño número de soldados, que lo seguían después de haber sido derrotado por el gobernador Ramírez, de Entre Ríos, en la batalla de Bajada.

Apenas llegado a la Asunción, el dictador Francia le fijó como residencia el convento de la Merced, al cual enviaba diariamente a uno de sus ayudantes para que saludara en su nombre al "caudillo de los orientales".

Acostumbrado a la vida de los campamentos, el proscripto se sentía como oprimido y asfixiado entre las altas paredes de aquel viejo edificio, y deseaba, como un cóndor enjaulado, más aire y más espacio.

Así es que un día, tres meses después de encontrarse allí, que fueron para Artigas tres años de sufrimientos físicos y morales, soportados con su entereza característica, cuando el ayudante le preguntó:

—Y ¿qué tal, señor; cómo le va?...

Artigas respondió sonriendo tristemente y señalando los muros del convento:

—¿Cómo quiere usted que me vaya?... ¡Como a soldado entre frailes!

Transmitida esta respuesta al Dictador, éste lo hizo trasladar a Curuguatí, pueblito situado a ochenta y cinco leguas de la capital, donde vivió treinta años cultivando mandioca con sus propias manos, lejos de todo contacto civilizado y añorando aquel tiempo en que quería *limpiar la silla dictatorial, colocando en ella a un charrúa.*



Monumento a Artigas, en la plaza Independencia, en Montevideo.

Poco tiempo antes de morir recibió la visita de Amadeo Bompland, que le habló largamente de la patria, nunca olvidada por el jefe orgulloso y levantisco, enemigo de Buenos Aires, pero patriota y desinteresado.

En el curso de la conversación, el naturalista francés entregó al desterrado un ejemplar de la *Constitución de la República Oriental*, diciéndole aquellas palabras del primer capítulo:

"El Estado Oriental del Uruguay es y será siempre libre e independiente de todo poder extranjero."

Artigas tomó con mano trémula y corazón palpitante ese ejemplar del código político, besólo como puede besar un padre a su hijo y, después de leer algunos capítulos, exclamó:

—¡Gracias, Dios mío, por haberme conservado la vida hasta saber que mi patria es dueña y señora de sus destinos! ¡Ahora puedo morir tranquilo!

Bompland hizo entonces un apunte a lápiz de Artigas, ya viejo, calvo, desgreñado, que ha servido para modelar su hermosa estatua a falta de mejores documentos históricos.

Se dice que lo encontró arando al rayo del sol un pedazo de terreno que él mismo cultivaba como único medio de vida.

No llevaba camisa, y cubría su frente calva con un sombrero de paja ordinaria. Sobre su espalda caían sus cabellos que de joven fueron rubios, ya muy encanecidos y sucios.

Su orgullo no le permitía aceptar socorro alguno de los amigos que se internaban en el Paraguay para devolverlo a su patria.

Un día llegó a su rancho en busca suya una partida de soldados enviada por el gobierno, con orden de llevarlo a la Asunción con una barra de grillos.

Artigas no opuso resistencias inútiles, limitándose a decir:

—Estoy seguro que Francia ha muerto.

Su intuición le hacía adivinar la verdad. Y, en efecto, Solano López lo había sucedido a Francia en la dictadura.

José Gervasio Artigas nació en Montevideo en el año 1764 y murió a los noventa y dos años, en su ranchito del Paraguay, después de haber consagrado los mejores años a su patria en formación, que hoy hace justicia a su memoria.

No se conserva más retrato auténtico del uruguayo que el apunte tomado por Bompland.

DE LA SOCIEDAD CORDOBESA



DOLLY YAÑIZ



BETTY YAÑIZ

Una sociedad que finca su prestigio en auténticos pergaminos, constituye el núcleo destacado de las familias de Córdoba. Ese espíritu de aristocracia y de distinción se ha perpetuado a través de los tiempos, y en Córdoba la docta perduran aún aquellos hogares venerables que constituyeron el orgullo de los abuelos argentinos. Sociedad eminentemente católica, educada en sentimientos de tradición y de cultura, merece señalarse como una de las más puras en sus normas y propósitos. Córdoba no ha recibido aún el aluvión de otras ciudades argentinas, y es por eso mismo la que con mayor donosura conserva el espíritu gallardo de la raza originaria.



NILDA CORNU OLMOS



ENRIQUETA ASTRADA DE MANFREDI

CARMEN OLMOS DE ESTANGUET

ELISA MARTINEZ DEHEZA

FOTOGRAFÍAS DE FRANS VAN RIEL

Los baños en las Sierras



FOTO DE ARTURO FRANCISCO

Lo mismo que en Mar del Plata, por no decir mejor, las bañistas de la sierra tienen oportunidad de demostrar que la natación es un deporte agradable. He aquí una comprobación bien elocuente en esta bañista de río Grande, en La Falda, dispuesta a ejecutar un salto ornamental desde lo alto de una roca.



FOTO DE ARTURO FRANCISCO

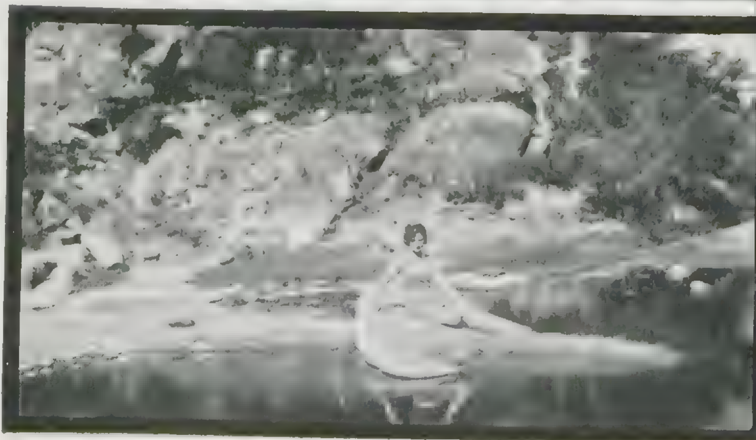
Para los que practican el baño de sol, las sierras cordobesas tienen también sus rincones agradables. En los grandes parques de las residencias más suntuosas, los bañistas alternan las alegres zambullidas en las piletas con los baños solares. He aquí tres bañistas en "Los Cocos".



Interesante grupo de bañistas en el río de Cosquín, que tiene a lo largo de su curso sitios sombreados y amplios remansos donde se puede practicar con cierta holgura la natación. Este grupo de caras bonitas nada tienen que envidiar, por cierto, a las que suelen ofrecer las fotografías de Mar del Plata.



Esta es, vista desde el exterior, la gran pileta de natación en el establecimiento Sociedad Anónima "Estancia-Hotel Alto de San Pedro Lda.", en Huerta Grande. En ella se realizan interesantes torneos, en los cuales intervienen los principales aficionados que veranean en aquella pintoresca localidad.



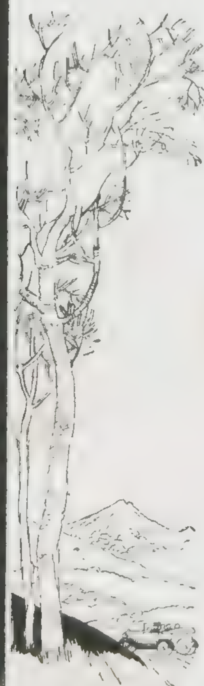
En Los Mogotes, situado en Capilla del Monte, esta bañista es un cuadro digno de un gran pintor. El río de aguas tranquilas y transparentes atrae durante los meses del verano a una considerable cantidad de bañistas, que dan al paraje singular animación.

FOTOGRAFÍA DE NUESTRO REPÓRTER GRÁFICO LUIS S. CABADA

La fotografía artística

CAMINO AL "CHORRITO"

En La Cumbre existe un paraje denominado "El Chorrito"; de entre las piedras de la montaña, surge constantemente un pequeño hilo de agua que provee al vecindario de la zona. Es un agua purísima, a la cual con justicia se le atribuyen no pocas virtudes salutíferas. La fuente —porque la comuna local la ha convertido en tal— está situada en un lugar maravilloso, a la sombra de añejos árboles, cuyas raíces se nutren en la frescura del río que salta entre las piedras. Una serena paz, una quietud de siesta envuelve siempre el paisaje; en las tardes de verano únicamente, cuando llegan hasta él las caravanas de turistas, todo el conjunto adquiere entonces el insólito aspecto de una colmena bulliciosa. "El Chorrito" es, de esta suerte, un rincón propicio a la diversión y a la sana alegría.



COSQUIN

Hermosa perspectiva del río Cosquín, tomada desde la Boca del Túnel, que permite apreciar el encajonamiento en que está obligado a correr el caudaloso curso. Como puede verse, el río corre entre grandes moles de piedra, que dan un aspecto imponente al paisaje.





FOTO MODDY

El puente carretero sobre el río Cosquín es una de las obras de arte más importantes de la región. Con obras así, la hermosa provincia ha vinculado unas poblaciones con otras, permitiendo el tránsito fácil de vehículos por lugares antes inaccesibles.



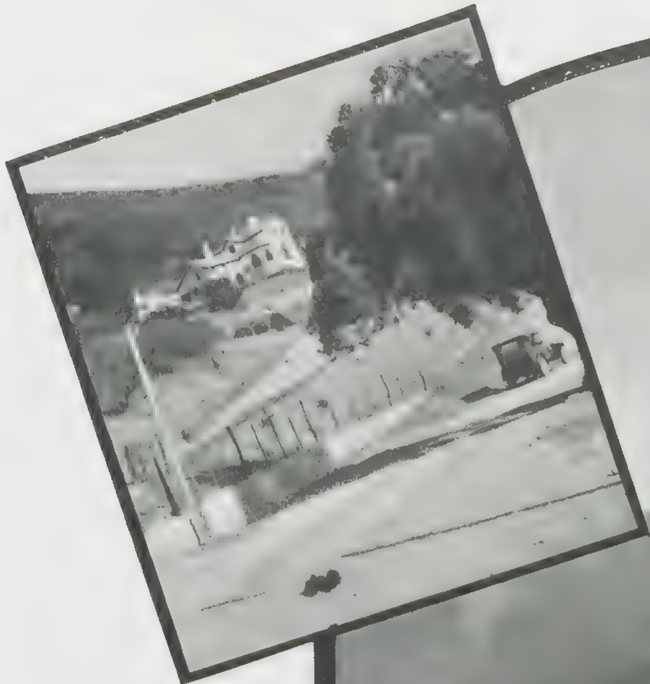
FOTO HOWELL

Un camino serrano en los alrededores de Cosquín; entre espesas alamedas, la ruta bien cuidada constituye uno de los motivos de orgullo de los cordobeses, que pueden darse el placer de largas excursiones automovilísticas. Todo ello dentro de un marco de hermosos paisajes.



Otra vista de Cosquín, tomada desde una de las márgenes del río que lleva su nombre. Es, como todo el resto de la región, un paraje que ha reunido panoramas serranos muy interesantes y pintorescos.



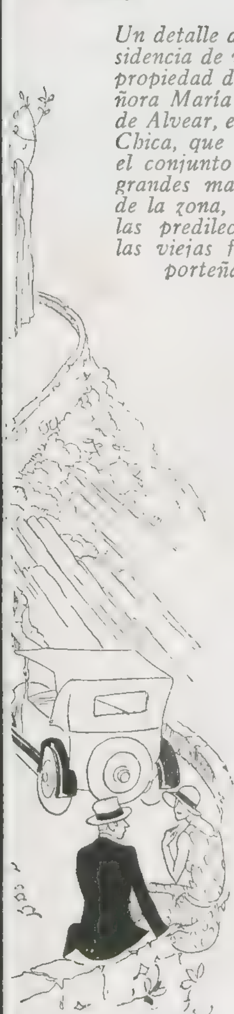


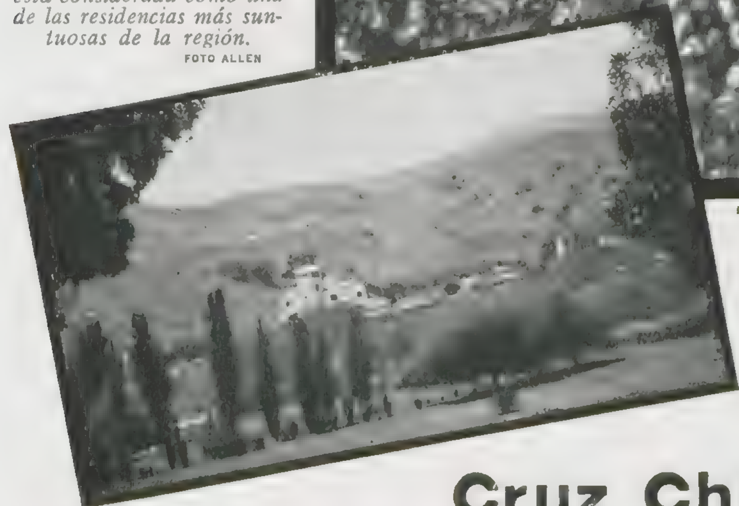
A la orilla del camino que conduce a Capilla del Monte y sobre una altura que destaca las grandes líneas de su edificación, se levanta el chalet "Sevilla", en Cruz Chica, propiedad de la señora de Masle.



Un detalle de la residencia de verano, propiedad de la señora María Unzué de Alvear, en Cruz Chica, que integra el conjunto de las grandes mansiones de la zona, una de las predilectas de las viejas familias porteñas.





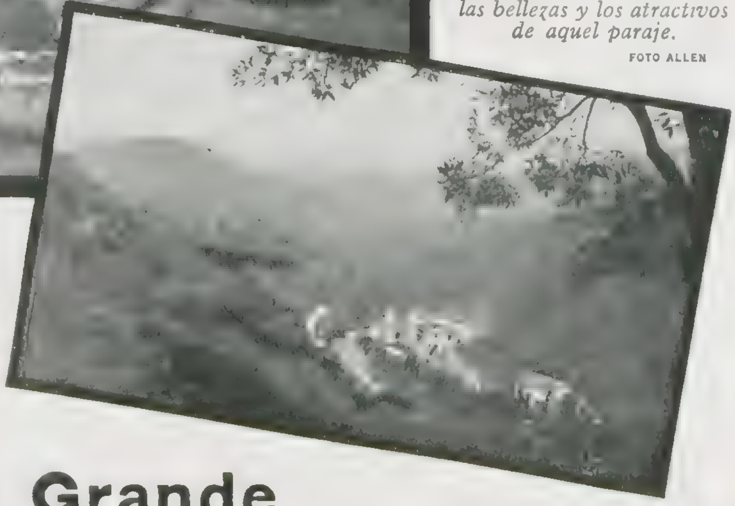


En medio de un valle fértil, entre la frondosidad de una arboleda, emerge la silueta de "El Cortijo", en Cruz Chica, propiedad del señor Juan Buelink, y que está considerada como una de las residencias más suntuosas de la región.

FOTO ALLEN

FOTO DE JORGE LL. HOWELL

Uno de los parajes que con justicia puede considerarse como uno de los más bellos de la provincia, es Cruz Grande, en la Sierra Chica, cerca de La Cumbre, y que nada tiene que envidiar a los que presenta Suiza. En el centro de la fotografía se ve el magnífico camino que conduce a Capilla del Monte.



"Toledo", en Cruz Grande, es otra de las grandes residencias que acrecientan las bellezas y los atractivos de aquel paraje.

FOTO ALLEN

Cruz Chica y Cruz Grande

Los más hermosos lugares de las sierras



La capilla de Candonga constituye en verdad una reliquia por su antigüedad. Sus líneas primitivas emergen en medio de la sierra, en un paraje solitario, propicio a la oración. A pesar de su existencia tres veces secular, resiste heroicamente la acción del tiempo.

FOTO CABADA

Los alrededores de Yacanto presentan panoramas hermosos, donde se confunde una exuberante vegetación y el encanto de pequeños riachos que serpentean en los valles florecidos. Con el fondo de la montaña estéril, contrasta el bajo fecundo y perfumado como un vasto jardín.

El río Primero, que puede admirarse en sus distintos aspectos desde la ventanilla del tren, ofrece a los ojos del viajero panoramas de extraordinaria belleza. El río corre entre las grandes piedras en medio de una hermosa quebrada.

FOTO HOWELL



La perspectiva que ofrece esta vista de La Falda, tomada desde el impresionante paseo de "El Cuadrado", refleja las bellezas de aquel lugar privilegiado de la provincia, con sus caminos sinuosos que descienden al valle en apretadas curvas. Es, sin duda, éste, uno de los rincones más hermosos.

FOTO CABADA



FOTO ARTURO FRANCISCO

La iglesia de Santa Catalina fué construída hace unos doscientos cincuenta años; es la más importante que construyeron los jesuítas en el interior de la república. Junto a ella se ha construído también un convento, el más vasto de cuantos existen en el país. Tiene, además, una quinta de frutales de siete beeháreas, rodeada por una muralla.



En Los Mogotes, situados en Capilla del Monte, la naturaleza es hostil y huraña; grandes piedras como precipitadas en aluvión y lava petrificada constituyen la característica principal de esta zona de la provincia de Córdoba, no exenta de belleza.

Un paisaje que tiene toda la sugestión de una pastoral es el que reproduce la presente fotografía; ella ha sido obtenida en Valle Hermoso, uno de los lugares más apacibles de la montaña cordobesa, y que lo prefieren las familias que en verdad buscan un lugar de reposo.

FOTO HOWELL



FOTO CABADA

En Ongamira la naturaleza muestra un aspecto que difiere en absoluto de todo el resto de la zona serrana; las grandes piedras que aparecen en el fondo, son moles de un color rojizo, que presentan fuerte contraste con el verde violento de las praderas. El viento de los siglos ha afinado las piedras señalando sus vetas.

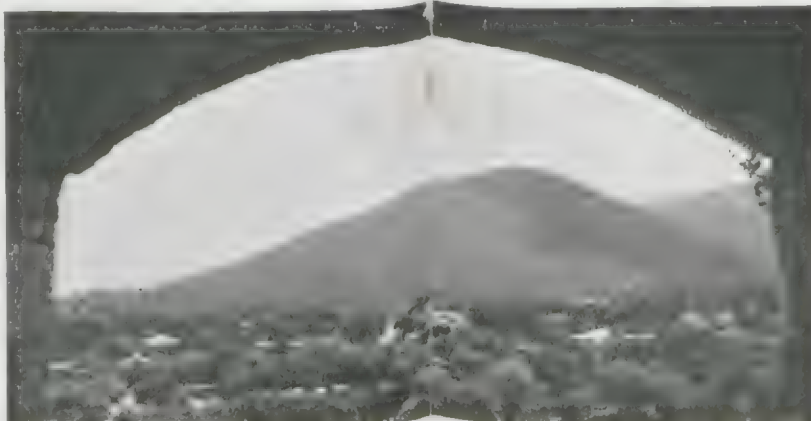


FOTO ALLEN

Este paisaje de Los Cocos es, como los demás, de una belleza sugestiva y atrayente. El cerro que se advierte en el fondo, totalmente revestido de vegetación, se llama "Cabeza de Soldado". Al pie se pueden ver, entre la frondosidad de la arboleda, los contornos de suntuosas residencias.

En Unquillo no son menos hermosos los parajes que envuelven la pequeña población: son lugares llenos de encanto, de frescura y de bullicio, especialmente durante los meses del verano, cuando los invaden las alegres caravanas de turistas.



FOTO HOWELL



FOTO HOWELL

El Uritorco es en Capilla del Monte como un centinela. Es el más alto cerro de la comarca, y es áspero y adusto. A sus pies, la apacible villa ha diseminado como pequeñas manchas el caserío, alegre y nutrido.

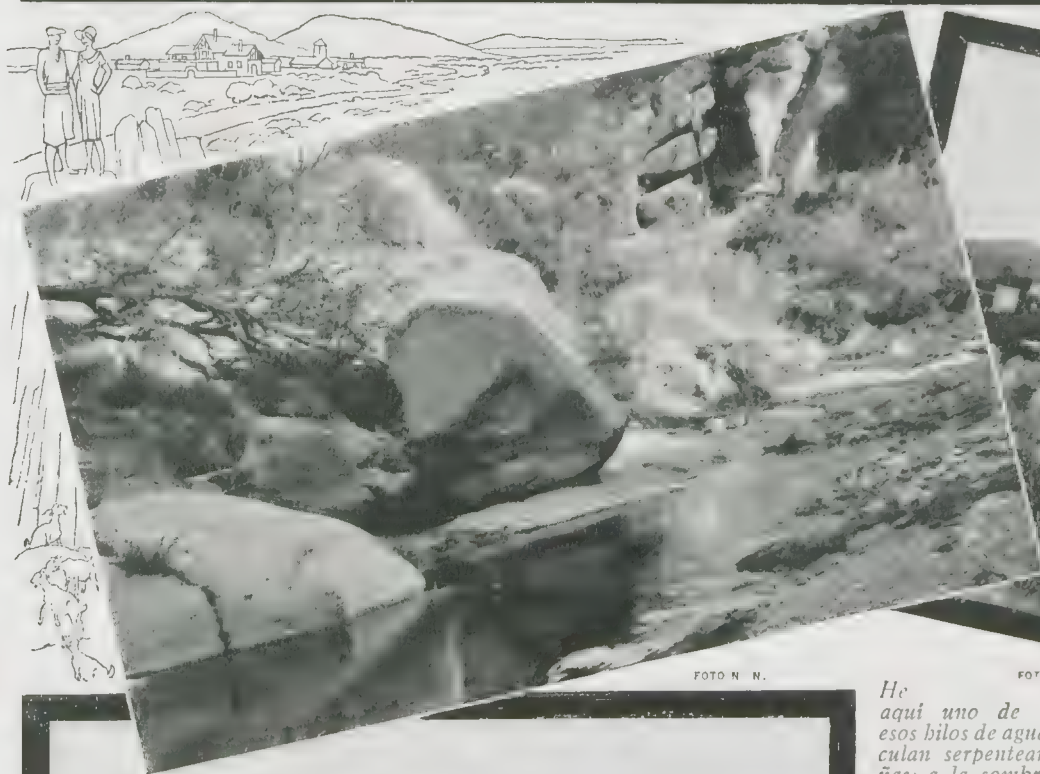


FOTO N. N.

He aquí uno de esos hilos de agua que circulan serpenteando entre las breñas; a la sombra de los árboles. Son frescos refugios que durante los meses del verano congregan a núcleos de familias que van hasta ellos en procura de un lugar agradable y tranquilo.

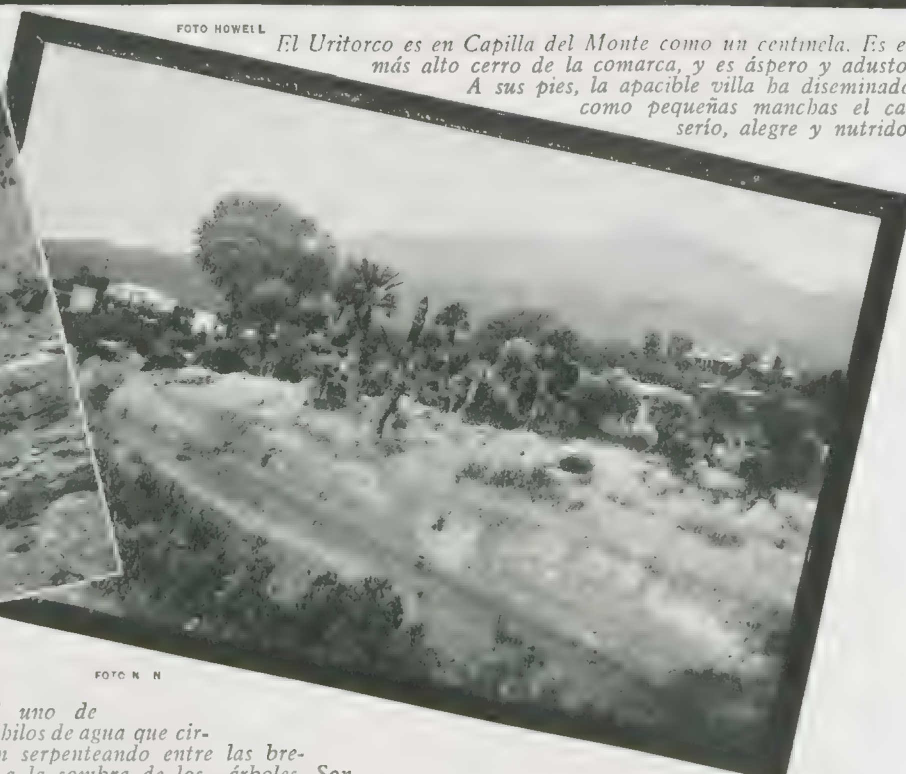
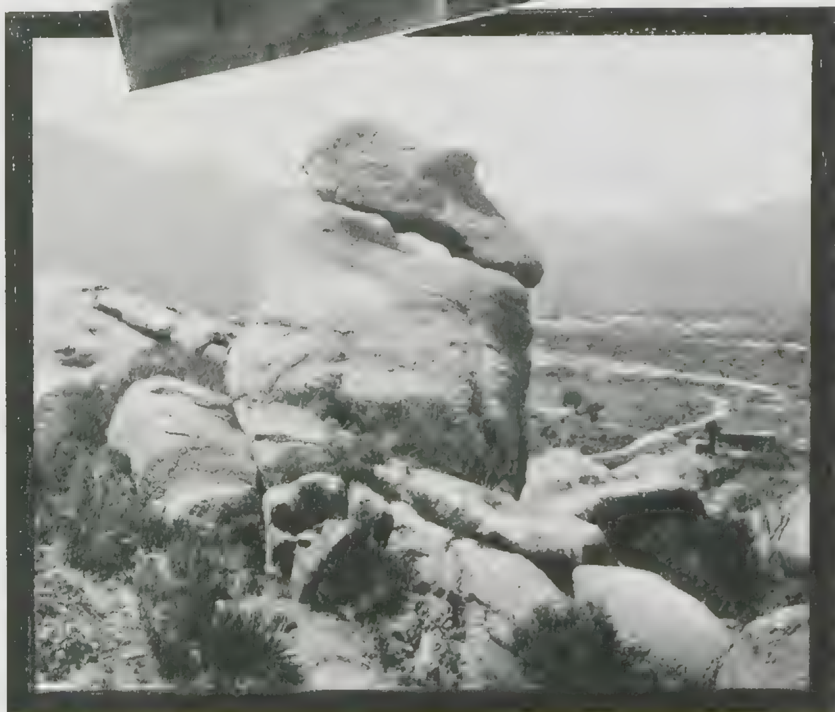


FOTO N. N.

He aquí un curioso paisaje tropical en Capilla del Monte; las palmeras emergen de un solar arenoso, como si se tratara de un pequeño rincón africano; más allá, apenas a la distancia de un centenar de metros, la tierra es distinta y otra la vegetación que produce. Córdoba ofrece así, a los ojos del viajero, estos contrastes realmente extraordinarios.



"El Zapato" es uno de los monumentos naturales más conocidos, no sólo dentro de la república, sino también en el mundo. En Capilla del Monte constituye uno de los puntos que más visitan los excursionistas, que acuden a admirar este curioso capricho de la naturaleza.

Capilla del Monte

FOTOGRAFÍAS DE ARTURO FRANCISCO

La Cumbre

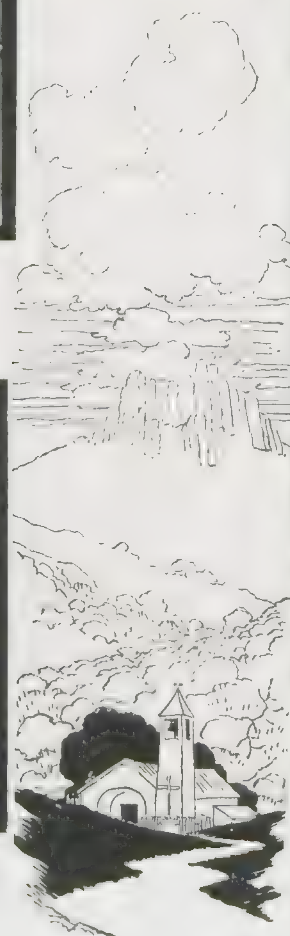


La Cumbre presenta paisajes de una extraordinaria belleza; entre ellos, merece destacarse el lugar denominado "El Pungo", pintoresca quebrada en cuyo fondo surge una espesa arboleda que da sombra a las pequeñas residencias que allí existen y al arroyo que corre entre las piedras. La riqueza de tonos en los verdes, los contrastes que ofrecen las grandes piedras de la montaña, destacan los valores de la hermosa perspectiva. Un camino maravilloso serpentea la ladera de la sierra.



La estancia "El Rosario" es una de las residencias más antiguas de la región. En primer término, aparece la casa habitación de los propietarios y luego las que ocupan los encargados y peones del establecimiento, cuya principal fuente de producción es la ganadería. Puede advertirse también en esta fotografía el trozo de un camino macadamizado.

Tiene la provincia de Córdoba el encanto de sus capillitas serranas, construídas en los tiempos de la colonia y que constituyen un verdadero poema dentro de aquel ambiente; entre esas capillas, la de La Cumbre, más conocida por "la capillita de los Nogales", es, sin duda, la más característica. Debe su nombre popular a los nogales, tres veces seculares, que le dan sombra.







El "Golf Club" de La Cumbre es, sin duda alguna, la entidad deportiva y social más importante de aquella parte de la provincia de Córdoba y que nada tiene que envidiar en lujo y confort a los que puedan presentarse en Europa y Estados Unidos. Sus canchas de juego, en mérito a las naturales derivaciones del terreno, están consideradas, asimismo, como las mejores.

FOTOGRAFÍAS DE NUESTRO REPÓRTER GRÁFICO LUIS S. CABADA

La ciudad de Córdoba vista desde las nubes



E, Plaza Vélez Sársfield; F, Teatro Rivera Indarte; G, Escuela Olmos; H, La Cañada, con el murallón de defensa; I, el Seminario, J, Avenida Argentina, que conduce al parque Sarmiento; K, Parque Sarmiento. Como puede apreciarse por esta magnífica fotografía, Córdoba tiene grandes avenidas y hermosos edificios que le otorgan el aspecto de gran ciudad En los últimos años, la evolución ha sido casi fundamental, y de su carácter colonial va quedando ya muy poco.

FOTOGRAFÍAS AÉREAS DE ARNOLD SYDDALL



L, Plaza San Martín; M, la Catedral; N, Banco de la Nación Argentina; O, Plaza Hotel; P, Cabildo Antiguo, actual jefatura de policía; Q, Calle San Martín; R, Convento San Francisco. En el centro de la plaza se levanta la estatua ecuestre del general San Martín, copia de la que existe en esta capital.



S, Convento y capilla de las adoratrices; T, Estación del Ferrocarril Central Argentino; V, Calle Rosario de Santa Fe. Como puede verse, el mencionado convento ocupa media manzana de terreno y dispone sobre el lado de la estación de un vasto jardín.



A, Paseo Sobremonte, trazado en los tiempos del virrey; B, La Cañada, acueducto que cruza la ciudad; C, Demolición, donde se levantará el Palacio de los Tribunales; D, Calle Bolívar. Cuando se haya construído la Casa de la Justicia, el barrio actual adquirirá extraordinaria importancia.

ALTA GRACIA



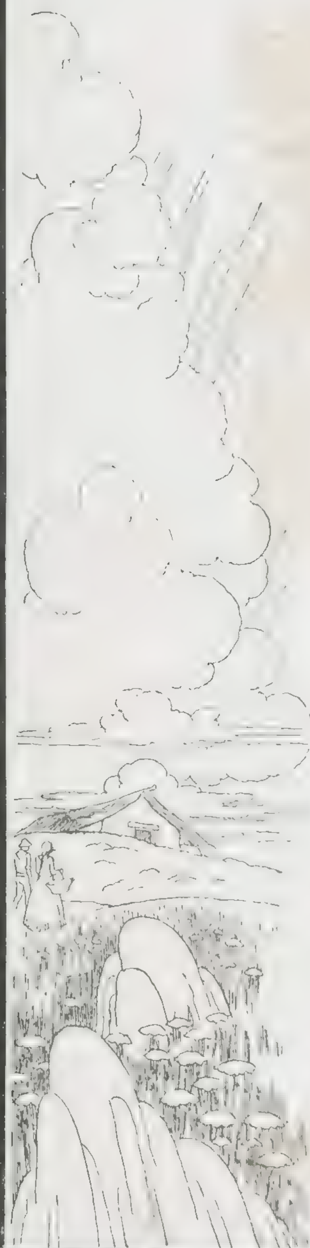


FOTO HOWELL

En los hermosos alrededores de Alta Gracia, los ranchos blancos y limpios constituyen una de las características de la región. Están habitados por gente buena y humilde, que se dedica a cultivar hortalizas y a explotar en pequeña escala los productos de la granja, destinados, como es natural, a los forasteros.



FOTOS DE ARTURO FRANCISCO

La iglesia de Alta Gracia es una de las más antiguas de la provincia de Córdoba; fué levantada allí por las misiones jesuíticas.



En Alta Gracia se ha levantado una reproducción de la gruta de Lourdes, que constituye uno de los lugares predilectos para las peregrinaciones piadosas.

Las notas típicas



El rancho de la región serrana no admite parangón con los de otras regiones del país. Está hecho en piedra y barro, y aun cuando su aspecto exterior es miserable, llama la atención por su extraordinaria limpieza. En las habitaciones, el moblaje está asimismo en desacuerdo con la índole de la vivienda; no es extraño hallar en ellas camas de bronce y armarios de un valor superior a todo el conjunto que los cubre.



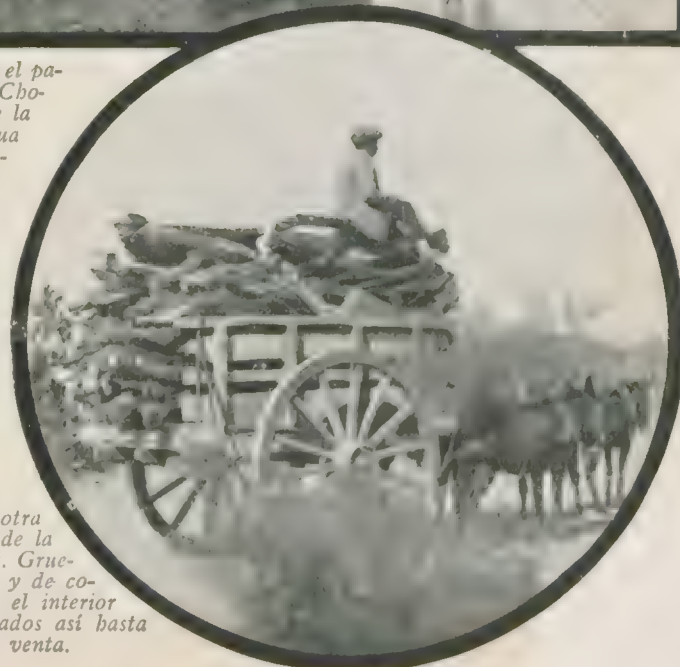
Un rancho cordobés sin el clásico horno de las empanadas no se concibe. El horno criollo es el complemento indispensable de toda residencia campera. También como los propios ranchos, su exterior está en desacuerdo con las cosas que se preparan en el interior; en efecto, nadie diría que de un horno tan poco artístico pudieran salir empanadas tan delicadas.



Los "calcheros" son otra de las notas más originales de las sierras cordobesas; se trata de vendedores de ponchos, alfombras y mantas tejidas por ellos mismos, que venden luego en los puntos de veraneo. Se sitúan en los lugares estratégicos y colocan su multicolor mercadería en los hilos del alambrado. Allí mismo queda improvisada una feria muy original.



En La Cumbre existe el paraje denominado "El Chorrito", donde surge de la piedra un hilo de agua que surte a la población. El municipio la ha convertido en fuente, y hasta allí acuden los vecinos del lugar en procura de agua. Ésta presenta, entre otras virtudes, la de ser muy buena para las enfermedades del estómago.



El carrito leñero es otra de las notas curiosas de la provincia de Córdoba. Gruesos troncos de molles y de cocos son colocados en el interior del carro y transportados así hasta los lugares de venta.

FOTOGRAFIAS DE CABADA

Son encantadores los detalles que figuran en las nuevas colecciones primaverales

Por BIJOU

LA mujer elegante ha de serlo siempre. En cada momento, en cada hora; en todo sitio, sea en la playa o en la sierra, ha de poner de manifiesto el encanto, la gracia y la exquisitez del espíritu femenino. Esta sentencia, ley imperiosa de la moda, ha rodeado a las toilettes primaverales de una variedad de detalles armonio-



Monísimo modelo confeccionado en lanita de fantasía, y cuya blusa luce un bonito cuello de linón blanco y unos botones de fantasía.

De una graciosa originalidad es este delicado trajecito, interpretado en crêpe satín negro, y que ostenta originales cortes y un cuellito de la misma tela.

samente bellos y de una profusión de fantasías divinamente originales que multiplican las delicias de las tendencias modernas. Ello se comprueba, sin que subsista el menor átomo de duda, a poco que se examinen las ricas colecciones que nos trae la temporada; desde el sombrero al calzado, pasando por el traje y sus infinitos accesorios, todo es bello en las toilettes primaverales. Se dirían un reflejo de la naturaleza. La fantasía de los artistas que cultivan el figurín se ha desbordado en su afán de crear modelos capaces de dar la más amplia satisfacción a los encantadores caprichos de nuestras elegantes, que se muestran ávidas de esas exquisitas originalidades y audaces innovaciones que constantemente tienden a un mismo fin: huir de lo que sea vulgar, realzando y embelleciendo cada vez más la esbelta silueta de la mujer actual.

Sin embargo, la moda, veleidosa e inconstante, hace, de vez en cuando, una excepción de homenaje a algunos de sus más intensamente preferidos. Nombrar a las telas estampadas y al crêpe georgette con el agregado de que su éxito no está amenazado todavía por el cuarto menguante, significa referirse a una de esas excepciones. En realidad, merecen tal homenaje: su impreso discreto, su suplicidad, su suavidad y su prestancia para las "toilettes" primaverales, son méritos más que suficientes para justificar su triunfo inalterable y para desear que su boga, lejos de decrecer, se haga cada vez más general. Así se proporcionará a las elegantes una satisfacción más, pues las telas estampadas, aparte de la belleza que les es propia, brindan admirables oportunidades para poner de manifiesto la idiosincrasia personal y el gusto exquisito de cada mujer.

Otra de las virtudes de dichas telas — y no la menos significativa — es, sin duda, la facilidad con que se puede combinarlas con otras telas, implicando así un admirable recurso para la realización de elegancias económicas, si se tiene en el guardarropa algunos vestidos fuera de moda. Respeto al crêpe georgette, diremos que esa tela, por su "souplesse" se presta para ser ampliamente trabajada en recortes con el fin de conservar su forma. En realidad, pocos son los adornos que armonizan con el georgette, salvo el trabajo realizado con la misma tela. Como detalles de elegancia, podemos nombrar a las vainillas bordadas o las franjas plegadas muy ceñidas, que son un complemento de chic en los vestidos realizados con este género, teniendo además la ventaja de ser más nuevos que las "nervures", de las que ya se ha abusado algo.

La boga del tul se acentúa en esta temporada, tanto de seda como de algodón o lana, siendo preferido por muchas elegantes para la confección de sus vestidos de día, yendo colocado sobre un viso de georgette o romain y de hechura sencilla, con godets incrustados y destacando un ablusamiento. También es de efectos elegantísimos incrustar sobre un fondo de muselina blanca motivos de encaje o de tul.



Este lindísimo ... lo representa el último capricho de la moda. Es de crêpe mongol a lunares blancos y marrones. Luce unas incrustaciones novedosas y un cuellito de crêpe georgette blanco.

Los cuellos y corbatas en su infinita variedad no renuncian al favor de las elegantes, y, al contrario, han afianzado posesiones.

Las echarpes, las capitas, los boleros, las pelerinas, las "berthas" y los fichús triunfan en las colecciones por su gracia. Persiste, por otra parte, el éxito de los chales, los que se colocan lisos en la parte delantera, y prendiéndolos con un prendedor hecho en "strass" o bagué, constituyen en realidad aliados preciosos sobre los hombros de una mujer coqueta.

Algunos modistos presentan trajes de muselina, los que lucen pequeñas capas alargadas por detrás; otros las idean en satín blanco o muselina de seda en un color que haga un delicado contraste.

La distinción que otorga el negro, a quien lo luce, hace que éste continúe siendo gran favorito entre las elegantes que le dispensan una calurosa acogida. En ese sentido los vestidos de crêpe georgette en este tono son irreemplazables, pues unen a su practicidad y chic el de servir en variadas circunstancias, el que lo hace necesariamente uno de los preferidos, como el de contribuir a dar una impresión adelgazante a la silueta, especialmente aquellos que van alargados por detrás y adelante por medio de pliegues "panneaux". El cuerpo de estos vestidos es ajustado en la cintura con cierta tendencia a suprimir el cinturón. Casi todas las colecciones nos afirman el triunfo de los modelos de forma "princesa".

En los trajes realizados en marocain o lanitas, un cuello de piqué blanco les da una nota destacadísima.

Las líneas del cuello son muy variadas en las nuevas colecciones. Se conservan bajas y flexibles, anudadas al costado, adelante. Sobre los trajes de lana se ve una pequeña franja derecha en dos colores anudada por delante formando corbata. Líneas de cuellos sumamente originales nos obsequian las colecciones primaverales. Algunas modistas son partidarias de la asimetría, y es así cómo veremos cuellos más cortos de un costado y más largos del otro.



Interpretado en marocain azul, este modelo destaca la elegancia de sus cortes, y de una pechera realizada en linón blanco y adornada con ...

Las ideas nuevas que la moda primaveral nos trae son infinitas e imposible de observarlas todas de una vez. Es necesario, sin embargo, no finalizar esta crónica sin notar todavía una de ellas que se destaca por su originalidad. Nos referimos a algunos tapados cortos, hasta las caderas, que se presentan íntegramente ribeteados con armiño.

Ya se ve. Sin cambiar fundamentalmente, nuevas y caprichosas variantes, ligeras si se quiere, pero lo suficientemente destacadas para imprimir una nueva modalidad al vestido femenino. La moda es así: mutación, inquietud, novedad. La mujer está siempre reñida con la monotonía, y los modistos lo sabe, lo saben bien, y obran en consecuencia. Mas no ignoran que la mujer moderna tiene a la par del refinamiento del gusto un mayor sentido practico de las cosas. De ahí que la moda primaveral haya alterado poco la sencillez y la armonía que domina en los estilos.

La casa de don Julio Gómez Palmés, en La Cumbre





La residencia del señor Gómez Palmés, denominada "El Rincón", levanta sus líneas sobre la falda de la sierra. Es una de las más bellas y suntuosas del paraje.



Un ángulo de la terraza de la residencia del señor Julio Gómez Palmés, en La Cumbre, desde la cual se admira el hermoso panorama del valle.



El comedor es, asimismo, una muestra de sencillez y elegancia, dentro del estilo que domina en toda la casa.



Cada detalle de su interior revela el gusto y el confort con que ha sido alhajada. He aquí el escritorio, que se destaca por su elegante sobriedad.

El "living-room" es, como todo el resto de la hermosa mansión, sencillo y suntuoso. Una gran chimenea, en el centro, complementa el armonioso conjunto.

FOTOGRAFIAS DE LUIS S. CABADA


ANTOINE de París — Mme. DAHLSTRAND de Estocolmo — CARSTEN de Berlín


Mme. HOARE de Londres — PESSL Viena — Mme. JACOBSON de Londres


He aquí un tratamiento de belleza en los elegantes salones de Moussion, de Buenos Aires. Además de sus productos de belleza, Moussion aconseja el Palmolive.


Mme. SHAANING de Copenhague — TEJERO de Barcelona — G. GAY de París


Mme. de NEUVILLE de Zurich — PIERRE de N. York — MASSE de París

Ahora!

23.720 Especialistas de Belleza

... de todo el mundo

recomiendan el Palmolive

— jamás se ha dado aprobación profesional semejante en los anales de la cultura de la belleza.


PEZZA de Nápoles — Mme. CAVALIERI de París


ECHTEN de Budapest — EUGENIO de Milán


Mme. JOSEPH de Monte Carlo — MIRAUS de Madrid

Jamás, en los anales de la cultura de la belleza, se ha dado una aprobación universal a ningún producto como el que goza hoy el Jabón Palmolive. Cuando profesionales experimentados y hábiles concuerdan en recomendar un jabón determinado, esa recomendación es significativa. Y son 23.720 especialistas semejantes en 16 diferentes países que consideran el jabón Palmolive como el medio ideal para conservar el cutis lozano, encantador, sano!

Necesidad de agua y jabón

Los especialistas, al estudiar el cutis, hallan que los poros segregan aceite, polvos y suciedades. Estas acumulaciones, al mezclarse, forman pequeñas masas endurecidas, y a menos que se eliminen por completo con regularidad, los poros se obstruyen, aparecen "barritos"... que tanto afean y tanto se desean evitar.

Ahora bien; la mejor manera de eliminar impurezas de los poros es mediante la espuma suave e inofensiva del jabón Palmolive. Se introduce bajo la superficie; desarraiga la tierra y suciedades sin irritación, dejando el cutis fresco y radiante de color natural.

He aquí el tratamiento de dos minutos

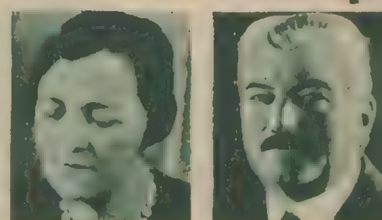
Para obtener los mejores resultados use el jabón Palmolive de esta manera: hágase una rica espuma, con ambas manos; luego dése un masaje con ella suavemente en la cara y el cuello. Deje que penetre en los poros. Enjuáguese después: primero con agua tibia, y gradualmente más y más fría. ¡Eso es todo! Use hielo como astringente, si es que tiene un cutis grasoso. Le encantará cuán fresco, suave y vivificado deja el jabón Palmolive.

Y por supuesto que lo usará para el baño también. Cuesta tan poco, que los jabones comunes, en comparación, son un dispendio. Millones de personas dejan que actúe en el cuerpo tan benéficamente como en la cara. ¿Por qué no comenzar a usarlo hoy mismo? Colgate Palmolive Peet Ltda. S. A. Ind., Bs. Aires.



35 cts. la pastilla 3 por $ 1.-

Insista en la marca Palmolive. Exija la envoltura verde con la faja negra.


Mme. PAYOT de París — LEBLANC de Niza


DESFOSSE de París — Mme. ZOLLARS de Hollywood


VINCENT de París — KLEIMANS de Cannes

JABON PALMOLIVE

ARBOLES DE LA SIERRA

Por FERMIN ESTRELLA GUTIERREZ

ARBOLES de la sierra, frondosos y tupidos,
con ramas que se tuercen al peso de los nidos,
y a cuya sombra crecen, en profusión, las setas,
ocultas entre el verde vivaz de las violetas.

Árboles que en las piedras lustrosas del arroyo
con raíces febriles procuráis fuerte apoyo,
y que de las entrañas mismas de los pedriscos
os alzáis hacia el cielo, ingenuamente ariscos.

Ahora estoy observando vuestra traza distinta,
desde el camino que ata, como una larga cinta,
el arroyo a la sierra y al saucedal cercano.
Veo al molle fornido y al piquillín enano,
y junto a la culebra de la pirca de piedra,
al coco que al amparo de su granito medra.
Los talas por doquiera se yerguen recelosos
retorciendo sus brazos obscuros y pinchosos.

Aquí, frente a mis ojos, un algarrobo enarca
sus sarmentosas ramas, y con su sombra abarca
un dilatado círculo lleno de peperina,
y allá, en lo más alto de la comba colina,
levemente inclinada su bella copa verde,
un espinillo joven en el azul se pierde.

Arboles de la sierra, quietos y pensativos,
solos en la hermandad de pájaros y chivos...
Cuando el viento estremece vuestras ramas tendidas,
hay un clamor humano, voces desconocidas
que penetran el aire y llegan hasta el pecho.
Yo os escucho a veces desde el riscoso lecho;
mi corazón quisiera unirse a vuestro canto,
y con vosotros dar su grito y su quebranto.

Árboles de la sierra, de troncos retorcidos,
dejad que a vuestra sombra vayan mis pies rendidos
a buscar el consuelo de un descanso profundo...
...Y cerraré mis ojos a las luces del mundo,
y aspirando el dolor de la tierra y la brisa,
me quedaré dormido sobre la piedra lisa...

Las Sierras

—(Continuación de la pág. 3)—

perfuman los espinillos, sahuman las violetas silvestres y embalsaman verbenas y margaritas. Por el otro lado, más allá de La Falda, Huerta Grande, con su magnífica y suntuosa edificación; La Cumbre, al pie de la mayor altura y con un caserío que parece copiado de los más bellos que nos muestra el cinematógrafo; Cruz Chica, casi tocando el cielo de un azul de cobalto; Los Cocos, y, más allá, a lo largo de un camino que es una inmensa culebra, Capilla del Monte, con sus enormes picos abruptos, como tallados por la mano de los terremotos. Mucho más lejos: Ongamira: piedras rojas y gigantescas, vegetación salvaje, praderas áridas y una brisa perennemente fresca.

Todo ello sin contar el viaje, más largo, hacia las zonas del oeste, que nos conducirán hasta Yacanto y Villa Dolores, después de habernos hecho ascender a más de dos mil metros de altura, en la Pampa de Achala.

Difícil sería dar una idea aproximada del encanto pictórico y salvaje de aquellas serranías. Desde fines de septiembre y a veces un poco antes, florecen las varas amarillas de los espinillos y ponen su nota de fuego y su perfume de exquisita voluptuosidad en cientos de kilómetros. Molles, cocos, sauces, talas, paloborrachos, se asientan como pueden en aquellos derrumbaderos trazados por un artífice atrevido. Piedras de todos tamaños y colores bordean barrancos y precipicios; y regatos, arroyos, surtidores, vertientes, cascadas y pequeñas cataratas cruzan, en todas direcciones, aquellas tierras de promisión.

Sobre las lomas de los pueblos citados o en la falda de cada cerro, o en la línea oblicua de cada morro, levántanse docenas de chalets de los más variados y pintorescos estilos: desde el vasco, pesado y cómodo, en la macicez de sus construcciones, hasta el colonial, tímidamente llevado y con algún esfuerzo, hasta la cresta de los mamelones.

Cientos de automóviles recorren las magníficas carreteras durante los meses de verano. Las canchas de golf y de tennis llevan gente elegante, culta y no atareada; y por las noches, a largas distancias, óyense desde cualquier sitio las orquestas que alegran las reuniones cotidianas de los hoteles...

Una impresión de Suiza viene al recuerdo espontáneamente; pero es una Suiza más vasta y más extensa que la otra: una Suiza nuestra, en la que se habla español y en la que no se sienten nostalgias de la tierra.

Y se piensa en el verdadero descanso, en la adquisición de la salud quebrantada, en el apaciguamiento de los nervios excitados por todo un año de labor..., y se piensa, asimismo, que estas sierras tan cercanas de nosotros y tan hermosas, deberán llevar mañana a millares de turistas que desconocen aún las bellezas argentinas, aunque se saben de memoria los sitios hermosos de todos los países del planeta...

CACTUS

Por Aurora Suárez

Sois un blando corazón,
¡Sonrío a vuestra aspereza!
Tenéis el alma dulce y buena
de la sierra.
La sierra oculta entre guijarros
el tibio seno maternal;
mas entre piedras y espinillos
iba sedienta ¡y bebí paz!
Cactus, ¿qué importa vuestra aspereza?
¡Bendito sea el corazón
que a la fiereza de la espina,
une la seda de la flor!

Un arquitecto de las sierras: Olaf Larsen

Publicamos en la presente página algunas de las hermosas residencias construídas en la región serrana de la provincia de Córdoba, de acuerdo a los planos y lineamientos del arquitecto señor Olaf Larsen, radicado en La Cumbre, y que ha contribuído de una manera notable al progreso y embellecimiento de la región. En efecto, sus obras — cualquiera sea el estilo elegido, — tienen el sello praticular del autor, que ha logrado armonizar el buen gusto y el confort.



Residencia del señor Esteban Lambert, en Cruz Chica, en estilo colonial.

Chalet del señor Odilo Estévez, en Capilla del Monte, considerado como uno de los más bellos de la región.





Residencia del doctor Navarro Ocampo, en Cruz Chica.





Casa de campo del señor J. Walton, en Los Cocos.

Chalet del señor Miguel Mazzarello, en Los Cocos.



Casa rústica, de la señora de Roberts, en Los Cocos.



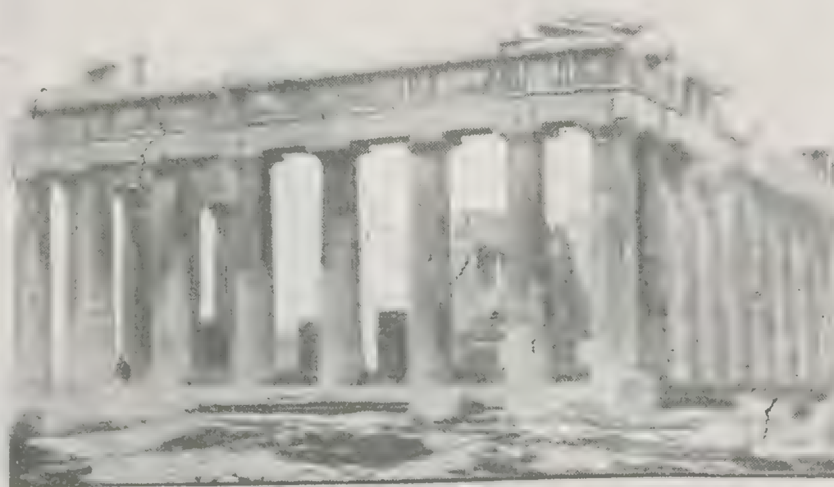
Residencia del coronel Juan Beverina, en Cruz Chica

FOTOS DE ARTURO FRANCISCO

Del Partenón a las Sierras de Córdoba

Por

DIONYSOS NASO-PRADO



Las ruinas del Partenón, recientemente restauradas

ANTE el templo heleno. Caía la tarde lentamente. Los suaves arreboles esfumábanse en lontananza sobre la cumbre del Helicón, evocando en sus mágicos tonos el lejano horizonte de la Grecia en el apogeo de su renombre y en la plenitud de su armonía. El sol había brillado aquel día en la plenitud de su gloria sobre el límpido paisaje, inundando de alegría el cielo transparente y puro de una primavera triunfante.

Las ruinas de los viejos mármoles esparcidos por doquier, proclamaban su abolengo histórico en la desconsoladora hecatombe de sus días fatales, reviviendo todavía en ellos, como un misterio sagrado, resabios de esplendor y gloria y el sello inmortal de sus geniales creadores.

Apoyado en un trozo de pedestal corintio había pasado allí varias horas en contemplación y éxtasis, embargado de emoción estética, recordando hechos cien veces maravillosos, en virtud de ser aquel lugar histórico intensamente evocador para mi ánimo contemplativo.

Abstraída mi mente, viví allí días inolvidables de reconstrucción arqueológica e histórica y de ensueño, al punto de llegar a tener la visión artística de la Acrópolis en el soberbio esplendor de su augusta grandeza.

Hube en ciertos momentos de evocar la genial figura de Fidias, cuando en el fervor de su inspiración, al cruzar la explanada famosa en pos de algún divino modelo o tras la visión subyugante de un ensueño, se alejaba exclamando: "¡Mágica fuerza, inspiración sublime, belleza enorme, quémame en tu fuego!"

También parecíame oír en claro vibrar voces de guerreros, liras de poetas que, coronados de mirto, ascendían en actitudes invocadoras; y asimismo, como rumor de mar, el murmullo de clamorosas multitudes:

—¡Atenea!... ¡Atenea!...—clamaban las voces que estremecían el espacio y conmovían el alma.

—¡Atenea!... ¡Atenea!...—hacía resonar en mi espíritu el estudio y la lectura de tanto libro evocador de aquellos fastuosos días que iluminaron al mundo con las luces de la filosofía, del arte y las sugestiones de la suprema belleza y de la vida.

—¡Atenea!... ¡Atenea!... —repetía el eco, sugiriendo el clamor de ejércitos victoriosos en inmortales combates.

—¡Atenea!... ¡Atenea!... —expresaban las voces cristalinas de esbeltas doncellas que desfilaban en religiosas actitudes de plástica serenidad, o bien esparciendo rosas y nardos de Corinto, en homenaje a las grandes Panateneas, las fiestas solemnes que congregaban allí mismo, al pie del Partenón, lo más representativo de toda Grecia.

Y así, embelesada y conmovida el alma mía por aquellos clamores y evocaciones que inundaban mi mente con el fuego de las fantasías que me iniciaran en las visiones del arte y en la fiebre de mis acendradas ideologías, recordé instintivamente mis juveniles aspiraciones y ensueños, y aquella mi lejana patria también, completamente materializada y extraña al ambiente sensitivo que necesitaba vivir mi espíritu. Y al recordarla evoqué sacrificios, añoranzas, desengaños, incomprensiones y dolores. Y en esa dolorosa evocación llegó la noche con sus sombras misteriosas que parecían ser las mismas sombras de la grandeza pasada; y cuando el velo negro de la obscuridad habíase ya extendido por todo el lugar, salió a mi paso una sombra que murmuró a mi oído como un ensueño: "Soy Esquilo el vencido en plena gloria por Sófocles y vengo a decirte: sé valeroso, fuerte; sé dueño de tu suerte, pues los poetas vencedores deben ser siempre soberanos magníficos y absolutos; y aunque la noche se vuelva obscura para no extraviarte, fija tu orientación y tu mirada en la estrella más brillante que te alumbre."



Descendí pensativo, pleno de ansiedad, de aquella Acrópolis sagrada, ignominiosa-



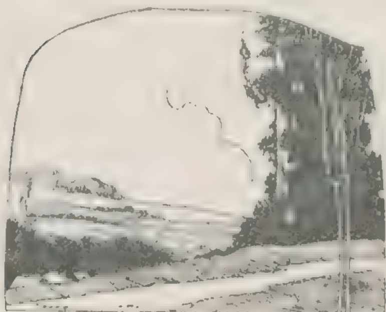
H. B.

Reproducción de un altar griego, con fuego permanente, en la residencia "El Olimpo", de La Cumbre.

mente destruída por criminales devastaciones, y murmurando como una íntima oración, exclamé: "—Venerables ruinas de los tiempos gloriosos de la sabiduría, el arte y la belleza, recibid el homenaje de mi ardorosa admiración, que es el homenaje al genio creador que os dió vida. Por contemplaros he surcado distintos mares, he dejado la choza de mis pensamientos, el nido de mis amores; por vosotras he llegado hasta aquí hollando estas piedras con el religioso afán de mis fervores, para poder empaparme de vuestra historia y de vuestra majestad, aun cuando sólo sea impresionándome en el silencio sepulcral de vuestras soledades, que son augustas, magníficas e imponentes!"

. . . .

Y regresé a mi patria. Y por la soberana voluntad del destino, aún sigo buscando la estrella de brillante luz que alumbre el resto de mi camino. Y aún continúo meditando hondamente en la oración divina de mis versos, al ritmo de una lira que canta el himno de amor de mis aspiraciones artísticas, que son de excelsas y des-



lumbrantes fulguraciones helénicas, de una magnificencia que nadie ve ni estimula entre nosotros, a pesar de estar inspirada en el culto entusiasta y fervoroso que llena mis pensamientos, inmensamente patrióticos por corresponder al ideal de una educación artística con la que se honraría nuestro país como nación que marcha o pretende marchar a la vanguardia de la cultura sudamericana. Idealidad que no ha sido comprendida en ningún momento y por cuya razón me he visto obligado a alejarme de la vorágine de las ciudades para no sufrir indiferencias ni resistencias envidiosas, y recluirme aislado en estas deliciosas montañas, la espléndida pradera de Cruz Chica, maravilloso paraje que es para mi ánimo idealista como una bendición de los dioses.

En la calma de esta nueva Arcadia, en el silencio y recogimiento de estas montañas que son como un paraíso terrenal, sigo obstinadamente viviendo mis hermosos sueños de arte, báculos en mi senda, en la evocación solitaria y suprema de todas mis mejores ilusiones, mientras cincelo como orfebre la rima de mis versos que brotan de mi alma como una luz de íntima felicidad que desvanece mis amarguras y mitiga dulcemente mis penas. Y sugestionado por la belleza maravillosa de estas montañas, lo hago con una serenidad y una emoción tan honda, como si estuviera viviendo en una región divina, en la dichosa compañía de Apolo o ante la majestad soberana del Partenón, que es el templo de arte más grande que han tenido los tiempos, y cuyas ruinas se lloran aún todos los días allá en el paraje más evocador del globo, en el paraje de tradición más sugerente y más propicio al éxtasis que en el mundo se conoce, y donde como en ninguna otra parte pueden los que hacen culto del ideal vivir días divinos que jamás se olvidarán.

Tarde en la sierra

Por María Alicia Domínguez

(Del libro "Las Alas de Metal")

Oro ardiente. Arrebol.
En el cielo de raso,
¡Oh, tarde, ebria de sol!,
Se desangra el ocaso.

Tras los álamos finos
Se viste de morado
El monte que domina los caminos
Y hay un perfume a pasto requemado.

Yo voy sola siguiendo paso a paso
El curso desigual del claro río...

La nube que incendió en oro el ocaso,
Es el [illegible] que ofrendé al ocaso
Para el culto del sol que hoy es el mío!



En la confluencia de los ríos Cosquín y San Roque, que bajan de la sierra, reflejando las cumbres y flanqueados de belleza salvaje, se forma el maravilloso lago cuyos hechizos inspiraron al autor de "Mis Montañas" esta magnífica página. Las fotografías que la ilustran permiten admirar los encantos del lago bajo distintas perspectivas, en que se advierte la obra del hombre y del progreso enriqueciendo los tesoros de la naturaleza allí acumulados. En una y otra fotografía se ven las pintorescas residencias levantadas en sus márgenes; la magnífica obra del dique que cuida el caudal de sus aguas, y los caminos y la vía férrea que, circundando el mágico e imponente remanso, conquistaron aquella región de paz para el trabajo y la actividad productora.



FOTOS DE JORGE D. HOWELL Y C. ARENA

La visión del lago

Por

JOAQUIN V. GONZALEZ

HE recorrido en mi adolescencia el abrupto camino por donde hoy asciende en fatigosa marcha la locomotora, hasta el punto en que dos ríos caudalosos, el de Cosquín y San Rouqe, se confunden para dar forma al lago artificial, como una enorme Y, cuyos brazos abiertos llaman a una comunión sagrada a todos los que aman la naturaleza y el arte. Pude contemplar así, en su esplendidez primitiva, a la hermosura salvaje, embriagarme en sus virginales perfumes y caricias, cuyos lazos ataron para siempre al hijo de la montaña, de la montaña inmensa y adusta, llena de majestad y de misteriosas e inaccesibles cumbres, tan altas, tan distantes, que el alma se entristece con la idea de no alcanzarlas jamás, como un ensueño delicioso que no ha de realizarse nunca.

Por eso, cuando en la edad de las fantasías y los romances fuí conducido a la intimidad de esta región de los torrentes y las selvas encantadas, quedé para siempre cautivo de sus hechizos; y la impresión mística, grabada en mi alma por la vaguedad de sus aromas silvestres, y la difusa resonancia de sus sonatas nocturnas, modeló mi propia vida e imprimió para siempre el timbre nativo a las armonías de mi prosa.

Ausente después por muchos años, el amante rústico, al volver no halló en la misma soberbia agreste a la belleza del primer idilio: la flauta de los faunos no resuena ya con ecos de risa entre las quebradas, ni se rompe entre las rajaduras de los peñascos: la canción del pastor vagabundo, ungida de leyenda antigua y de pasión vibrante, no repercute entre las laderas combrías, donde las enredaderas y las parásitas tejen techumbre impenetrable para el reposo y los misterios de la siesta.

La naturaleza en su infinita conjunción de fuerzas invisibles tiene un espíritu conductor, y éste la renueva y disciplina sin cesar, la realza y ennoblece con una hermosura más alta, sujeta al dominio del arte y de la ciencia. La brutal opulencia de sus formas originarias desaparece, y los ásperos contornos y las ofensivas aristas de sus rocas, en su incesante movimiento, se sujetan al blando y dulce dominio de la línea curva, y los bloques de granito y de mármol, animados por la misma sangre motriz, como en génesis espontánea, asumen las graves rectitudes de la escuadra, y por fin los resplandores relumbrantes del cincel. El mismo gigantesco acorde de la música increada, traducido ahora por un arte superior, se transforma en himno de victoria, y las sonrisas de los dioses, como el poema homérico, se difunden por el espacio en armonías infinitas.

¡Qué grandiosa fué la batalla reñida por la ciencia para rendir la dureza de la montaña y el ímpetu de los ríos, despeñados de cima en cima, cuando la tempestad los hincha como a las avenidas del diluvio, y los lanza con fragor y estrépito de cataclismo hacia los valles, para sembrar el exterminio en la superficie y la fecundidad en el seno de las futuras germinaciones! Contenidos ahora en muros ciclópeos, y como resignados a una fraternal quietud después de seculares correrías, sus aguas reunidas, como reinas prisioneras, decoran las montañas con verdura y floración antes desconocidas, pintan en sus inmóviles lienzos los paisajes más caprichosos del cielo y de las cumbres, de las auroras; los crepúsculos y las noches estrelladas; y en las horas del recuerdo y de la imaginación, por inmensa variedad de instrumento y de tonos, cuyos sonidos surgen como del aire y del agua, del seno de la piedra o del fondo del espacio, cantar el poema arrobador y melancólico del pasado, en el cual deslízanse los cuadros, imágenes y escenas de la vida primitiva como en vasta tela transparente, renovados en toda su animación y su verdad, e iluminados por la serena diafanidad del astro para quien "ríen las ondas del mar, y el cielo adormecido se difunde en torrentes de luz".

Ha vencido el espíritu a la piedra, la razón ha sujetado al torrente, la ciencia ha regulado los movimientos y las invasiones de la tempestad; y la lucha, la lucha encarnizada y sangrienta de la maraña y el despeñadero contra las fundaciones del hombres, ha cedido, por fin, a la labor del hacha y del barreno, que han encendido luz en el soto obscuro, y han abierto paso a los vehículos de la magna conquista. Una forma nueva de belleza ha surgido sobre el molde de la tierra dominada, como en transmutación maravillosa; tiene de su origen genésico la fuerza inmortal, indestructible y siempre renaciente, y de su himeneo con el arte, la morbidez, la serenidad y la dulzura, con las cuales hará igualmente eterno su imperio sobre el mundo.

CADA una de las creaciones, por las cuales la ciencia ha sometido a la civilización las grandes energías de la naturaleza, contiene un poema de extraordinaria intensidad, hermosura y simbolismo: en el principio el caos, la agresión, el dominio irrestringido de los elementos; después el equilibrio, la ordenación y la medida impuestos por su propia ley generatriz; y por último la idea de las cosas, encarnada en el hombre como en el cerebro mismo de la tierra, acude a moderar los impulsos, a utilizar los movimientos y a embellecer las formas. La piedra, el árbol, el agua, el aire, el fuego, el sentimiento, la razón, realizan en su continua convivencia el infinito drama de la vida, con sus espectáculos y sus batallas, en los cuales siempre surgirá la canción de triunfo de la inteligencia de las cosas, inmanente, difusa y activa en el alma de todo átomo. La contemplación de este mar cautivo entre sus propias murallas tiene la magia evocadora de las clásicas construcciones del arte antiguo, en cuyos fragmentos sobrevivientes la savia detenida hace siglos parece emprender de nuevo su agitada circulación. Así el espí-

(Continúa en la pág. 147)

La cultura criolla en Buenos Aires

Ignorancia sobre la condición del hombre de tierra adentro

Por ABELARDO PIEDRABUENA

Es digno de hacerse notar el afán de nuestras gentes por parecer cultas. Y sin embargo de esto, aun tratándose de cosas nuestras, es corriente el desconocimiento, la ignorancia sobre la verdadera condición de los criollos de la sierra, de la pampa y de los habitantes en general de tierra adentro.

CUALQUIER persona egresada que ha asimilado conocimientos en un programa de clase por bolillas, se cree con la autoridad suficiente para proponer y discutir cuestiones.

Si le planteamos el asunto del kilometraje que la Argentina tiene en ferrocarriles, por ejemplo, abre tamaños ojos de asombro y se queda muda. En un gesto de literata en formación, desprecia los números por inútiles y prosaicos, y vive en su país al margen de las informaciones de boletines oficiales, que si bien no llenan un cometido espiritual agradable, la ponen en condiciones de imaginar el progreso de la tierra donde nació.

Ese desplante de pedantería llega a su grado máximo, sin duda alguna, en las cosas camperas.

Todo el mundo conoce nuestros "gauchos", nuestras "costumbres de tierra adentro"... ¡Es tan simple la psicología de un hombre ignorante, sin más aspiraciones que un mate amargo!...

En el afán de poner al descubierto estos cultos de las cosas campesinas, inicio un recorrido por librerías, radios, teatros y cinematógrafos, y llegó a la desastrosa conclusión de que el público porteño desconoce la verdera fisonomía del gaucho.



FOTO CHANDLER HARRODS
Ricardo Güiraldes, el escritor argentino que en su obra "Don Segundo Sombra" hizo una de las estilizaciones más perfectas del gaucho argentino.

Abarco en el decir, al hombre que usa alpargatas y luce pañuelo al cuello, al que cantó Hernández y dignificó la pluma de Leguizamón. De la pampa o del litoral, unidos en la literatura nuestra, son una sola estampa brava, en una sola alma sencilla y buena.

El gaucho que se jugó el pellejo por una clavada y que hizo brillar el acero sacándole ventaja a la cresta de un gallo, existe todavía, pese al vergonzoso ruido de las espuelas carnavalescas, que rayan el pavimento de Buenos Aires, como un insulto a la tradición.

Existe, en el silencio de nuestros campos y en la paz de los fogones de las estancias argentinas. Corrido por el progreso buscó refugio en la tierra sin límites. Pero no es el hombre charlatán de las novelas cortas que nos ofrecen las revistas, ni el compadrito de jopo que nos dan los cómicos de la legua. El gaucho argentino llena sus horas de silencio y tiene lengua haragana. Cuando la suelta, enrieda en su decir un refrán comparativo. Instrucción que le nace de la naturaleza y que él asimila con ingenuidad. Es pícaro, con picardía infantil que mamó en la propia tierra, cavilando en las noches estrelladas. Es un hombre corajudo, valiente, pero no es el matón que nos dan las malas piezas teatrales. Conocí un viejo que solía decirnos: "Soy malo cuando me buscan y me "faltan". Hermoso párrafo que define una psicología.

Por datos ciertos, acudo a la señora viuda de Güiraldes, el más reciente de nuestros cultores de prosa campesina. Una sonrisa triste acoge mi indiscreción y, como detalle que no puede fallar, me muestra un libro de lomo manchado. Es uno de los primeros tomos de Güiraldes, que fué a dormir su indignación en uno de los pozos de la estancia. La crítica de la prensa le asestó un zarpazo y el público le dejó su indiferencia. "Seguramente Güiraldes no sabía hablar fielmente por boca de sus gauchos". El éxito de "Don Segundo Sombra" corrigió la injusticia y recién ahora se han descubierto sus virtudes. Ha sido "Don Sedo", en este último tiempo, el que ha tenido más abierta acogida. Sin embargo, no faltó otra vez quien tildara su lenguaje de estilizado, de infiel. Los dichos puestos en boca de los sureros de Güiraldes, tienen sabor de pampa argentina, y no son más que diálogos verídicos que su autor recogió, haciéndolos argumentados y pulidos al pasar por el tamiz de su cultura.



Un gaucho teatral, salido de la peluquería y colocado entre yuyos para interpretar una escena cinematográfica.

Si se tiene en cuenta la compra de libros de otro cariz: prosa corta, novela, etc., los de Leguizamón, Javier de Viana, Yamandú Rodríguez, se venden en la proporción del cinco por ciento. Y es decir galano, impregnado de sabor campero, y hasta con concesiones para el público algo inclinado al vuelo lírico.

El desastre más acabado de esta cultura, en nuestros días, está, seguramente, en las pésimas transmisiones radiotelefónicas. "La hora de la pampa o de la selva, o de cualquier cosa", subraya títulos insubstanciales y tontos, que se dan al público radioescucha en forma de milongas disimuladas. Los tangos, cuanto más lentos, más criollos, y el público no protesta. El verdadero gaucho argentino, que hizo de la guitarra una bandera, encerró en su caja la música simple de un cielito, una chacarera, una vidala, pero desconoció el arte de Filiberto.

En los acompañamientos de la guitarra tuvo muchas veces por compañera una flauta de diez centavos, y el infaltable acordeón repitió los compases una y veinte veces dejando en el aire los valsecitos monótonos y "pegajosos". Así es la música campesina, así es la música que se nos filtra en la carne en las noches de verano, cuando el campo resplandece de bichitos de luz y llora un perro en la distancia obscura: esa es la orquesta gaucha de los campos abiertos.

En este sentido vale destacar la única nota fiel de las broadcasting: el viejo "Montiel" y sus huestes fogoneras. A menudo el público porteño se pone en contacto con el criollo de palagras alargadas y perezosas. No miente la entonación de los gauchos de carnaval, no regala tangos a los oídos incultos. Prepara escenas de verdadero sabor. Desentraña en diálogos la zarandeada psicología de estos hombres y pone, a manera de oportuna distracción, cantos y guitarra interpretada por artistas capaces. Es que el "predicador" no se ha improvisado, no se ha educado en la escuela del fraude, para sorprender incultos; el gaucho "Montiel" vino de Entre Ríos, trayendo en su seudónimo un pedazo de selva y en los labios rezongos de acordeón.



El inveterado cuadrito y el gesto facineroso que suelen emplear nuestros actores nacionales para caracterizar a los gauchos "románticos" de la pampa.

En los escenarios porteños brindaron la primicia los hermanos Podestá, pero los autores no siempre fueron comprendidos, y, más de una vez, en la pista del circo (teatro en formación) se desfiguró el decir y se estilizó el lenguaje en honor al público tirano.

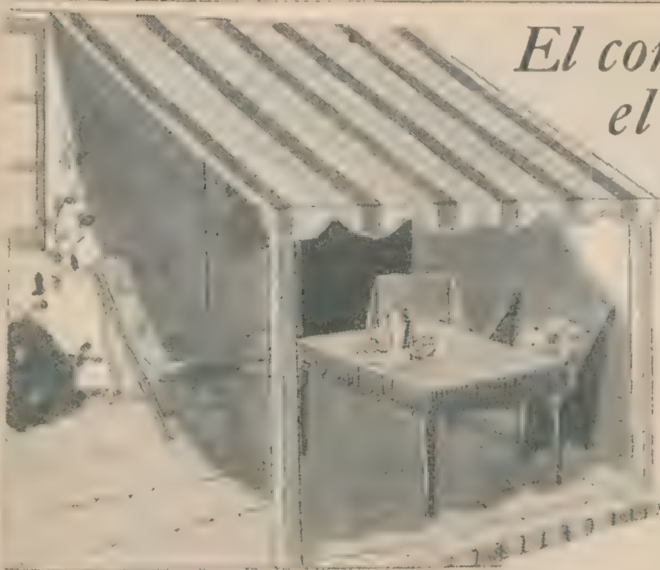
Posteriormente, Martínez Paiva rindió culto al criollismo con piezas del valor de "La isla de Don Quijote", "El rancho del hermano", "La cruz de palo", "El gaucho Casco", "Gaucho", "Cuentos de pulpería",

(*Continúa en la pág. 113*)



FOTOS M. GONZÁLEZ ARRILI
Conjunto de aficionados al arte nativo disponiéndose a transmitir por radio el convencionalismo porteño de una vida campera de guardarropía.

El confort en el jardín serrano



Un estore a bandas rojas o anaranjadas, una mesa y dos o tres sillas: he ahí todo lo necesario para que este delicioso rincón luzca en nuestro jardín.

DURANTE los días soleados del verano, en que sólo se desea la calma y el reposo, el jardín serrano se presta a las mil maravillas para instalar algunos rincones tan agradables como propicios al sosiego.

Uno de esos rincones estará formado por un quiosquito rústico con techo de paja; habrá en él unas cuantas sillas de tijera y de ruedas con mullidos almohadones y una mesa. El quiosco deberá estar apoyado en uno de los muros del jardín, y tendrá a derecha e izquierda cortinas de tela rústica, para preservar, según las necesidades, los rayos del sol. En el muro, una repisa con bibelots y libros, pondrá su nota de buen gusto. En la entrada, dos macetones de barro con alguna enredadera completarán el rincón encantador. Y todo esto, frente al admirable panorama de la serranía, producirá en quien lo aproveche, la más sedante de las impresiones.



Quiosco de techo de paja y cortinas laterales, que pondría una nota de buen gusto en el jardín serrano.

En un ángulo del jardín se adosa a un enrejado cuyos montantes están en ángulo recto, dos bancos de madera pintados de verde vivo, lo mismo que la armazón a la cual se enredarán distintas plantas. Cojines de igual tamaño que el asiento de los bancos, transformarán a éstos en confortables divanes. Una mesa, pintada también de verde vivo, servirá para la bandeja de las limonadas y los refrescos a la hora en que el calor se vuelve más insoportable.

Y por último, vaya una idea más para adornar el jardincillo serrano con un nuevo rincón acogedor en los días de alta temperatura. Este rincón estará delante mismo de la casa y hasta de la puerta de entrada. Un gran estore de bandas rojas o anaranjadas, sostenido por dos montantes de madera, bastará para proporcionarlo. Bajo el estore, una mesa y algunas sillas a su rededor serán el moblaje suficiente. El estore puede ser substituído por una techumbre vegetal, especie de pérgola florida.

En fin, que los grabados que ilustran estas líneas serán más elocuentes que cuanto nosotros podamos decir, y que a ellos nos remitimos deseosos de que les sean de utilidad a nuestros lectores, no sin antes advertir a quienes no conozcan las sierras de Córdoba, que allí el verano, con ser riguroso, no alcanza las proporciones que son corrientes en la capital. Debido a la saludable sequedad del clima de la altura, en Córdoba cuando el termómetro marca 40° a la sombra, no se siente el calor que sentimos por acá con 32 o 33°.



Enrejado florido adosado a dos bancos de madera, que mediante algunos almohadones quedan convertidos en cómodos divanes. Todo está aquí pintado de verde vivo, y es en el jardín una nota más de color y de frescura.



A la luz de la luna

(Continuación de la pág. 14)

ELENA. — ¿Y si no es uno sólo el que te doy, sino que tras el primero vienen tres o cuatro, o cinco..., o seis..., o siete?

CARLOS. — ¿Llorones todos?

ELENA. — Todos. Cuál más, cuál menos. Es ley de la infancia. Llora porque nace. Los niños son la poesía que cantaba en nuestros corazones, que protesta de verse convertida en realidad..., y llora por eso.

CARLOS. — Acaso digas una triste verdad..., pero recargas los colores del cuadro... Eres cruel, Elena. ¡Mira que siete niños, llorones todos!

ELENA. — ¡Y con siete amas!

CARLOS. — ¡Amas, no! ¡Prefiere siete cabras o siete biberones!

ELENA. — Pues anda..., idealiza el biberón, Carlos mío... Te veo metido en la cocina cociendo la leche...

CARLOS. — Pero ¿es que yo lo voy a hacer todo en mi casa?

ELENA. — Lo harías por tu propia voluntad, infeliz; desconfiarías de toda la servidumbre. Y esto se sabría en el Casino...

CARLOS. — ¡Horror!

ELENA. — Y haciendo traición a tus mejores sentimientos, el recuerdo de tus amigas..., de tus amigas..., ¿sabes?..., empezaría a halagarte como una brisa perfumada...

CARLOS. — ¡Ay!

ELENA. — Además, yo soy muy celosa.

CARLOS. — ¿Sí?

ELENA. — Mucho. Sentiría esa brisa de que te hablo y no te dejaría vivir. Te registraría los bolsillos...

CARLOS. — ¡Eso no!

ELENA. — ¡Eso sí! Te registraría también los papeles de tu despacho, la cartera; te seguiría a todos lados sin que tú me vieses; te daría escándalos; te pondría en ridículo; te lloraría en la alcoba por las noches...

CARLOS. — ¿Tú también? ¿No basta con los niños?

ELENA. — No basta.

CARLOS. — Pero ¿por qué ha de ser así todo eso?

ELENA. — Porque así es. Porque la vida está llena de momentos prosaicos, de dolores pequeños, de amarguras ridículas, capaces de acabar con toda la poesía del amor más grande y más puro.

CARLOS. — ¡Oh!

ELENA. — En cambio, Carlos, si tenemos el valor de separarnos esta noche para no vernos más, eternamente vivirá en tu alma, como aroma ideal, el recuerdo de aquella viajera soñadora, que sorprendió tu sueño una noche para despertarte al amor, y en mí el recuerdo placentero, más placentero por ser triste, de aquel caballero enamorado que soñaba con raptos de monjas, en un bosque poético, a la luz de la luna, arrullado por las ondas de un río... Separémonos, Carlos. Es mucho mejor; separémonos. *(Se levanta.)*

(Silencio. Carlos medita; luego se levanta también.)

CARLOS. — Separémonos, sí. Pero has de jurarme no olvidar jamás esta noche.

ELENA. — Si te lo jurara, puede que la olvidase. Pero no te lo juro, y no la olvido. ¿Y tú, la olvidarás?

CARLOS. — Nunca. Y siempre que la luna brille en mi cielo tan clara como esta noche brilla, yo la miraré con este amor que tú me has inspirado.

ELENA. — Pues en su luz encontrarás mis ojos. Adiós, Carlos.

CARLOS. — Adiós, Elena. ¿Y ahora, me consientes que te bese en la mano?

ELENA. — Ahora, ¿para qué? Los besos de este amor que nos separa, no suenan. Adiós..., caballero del bosque.

CARLOS. — Adiós..., rayo de luna.

(Se estrechan las manos y se apartan uno del otro emocionadísimos.)

(Sale don Facundo precipitadamente por donde se fué.)

DON FACUNDO. — Niña, niña.

ELENA. — ¡Ay, tío, que me ha asustado usted!

DON FACUNDO. — El tren de auxilio está al llegar, ¿sabes? *(Reparando en Carlos.)* ¿Eh? *(Aparte con ella.)* ¿Quién es este viajero?

ELENA. — No lo sé: no lo he visto en mi vida hasta esta noche, y ¡ojalá no vuelva a encontrarlo en mi camino! ¡Lo adoro! *(Se va por la derecha, dejando estupefacto a su tío.)*

DON FACUNDO. — ¡Cáspita! Mi sobrina se ha vuelto loca. *(A Carlos.)* Caballero, usted me dispense. ¿Conocía usted a mi sobrina?

CARLOS. — No, señor. Esta noche ideal la he visto por primera vez en mi vida. ¡Haga el cielo que sea la última que la vea! ¡La idolatro! *(Se va por la izquierda.)*

(Don Facundo, mirando alternativamente a uno y otro lado, se santigua sin palabras.)

ELENA. — *(Dentro.)*

¿Quieres que conservemos una dulce memoria de este amor?

CARLOS. — *(Dentro también.)*

Pues amémonos hoy mucho, y mañana digámonos "¡adiós!"

ELENA. — ¡Adiós!

CARLOS. — ¡Adiós!

DON FACUNDO. — ¡Adiós, adiós! ¿Pasará por algún manicomio el tren de auxilio?

(Sigue mirando a uno y otro lado, con un palmo de boca abierta, mientras cae rápidamente el telón.)

La catedral de Córdoba

(Continuación de la pág. 10)

exterior de caracteres barrocos es majestuosa y llamativa; mientras que la cúpula, elegante y fuerte, tiene algo de guerrero y medioeval, y su silueta armoniosa se destaca airosamente sobre el azul intenso del cielo serrano.

Interiormente presenta un crucero muy elegante, sobre el que se eleva la cúpula de media naranja; y el presbiterio es amplio y proporcionado.

En los motivos ornamentales exteriores se advierten reminiscencias incaicas, y en su recinto fué acumulando la fe y el celo de la devoción secular, reliquias y tesoros artísticos que resaltan en sus ventanales, en su magnífico púlpito, en sus alegorías y en sus pinturas pródigas y sugestivas.

"El templo conserva interiormente —dice un inspirado cronista de esta joya colonial— algo del aparatoso y suntuoso espíritu de la colonia. Evangelizadores ilustres pregonarían en la sagrada cátedra las verdades teológicas. El hidalgo de empolvada peluca, la dama de alcurnia, el militar heroico y fanfarrón, el clérigo y el estudiante, el esclavo y el menestral, la moza de amplias y planchadas polleras, escucharían atónitos el estruendo de las ceremonias..."

EN resumen, la catedral de Córdoba representa en la Argentina el más importante monumento de la arquitectura colonial. Pero si bella es su estructura arquitectónica, e interesante por el valor de sus riquezas artísticas, no lo es menos por la historia de su fundación y las peripecias de su construcción a través de mil vicisitudes que recuerdan el espíritu de aquellos cordobeses de la colonia, hidalgos pobres, pero llenos de fe y de tan tesonero celo, que consiguieron levantar un magnífico templo perdurable muy superior a sus recursos y a los medios del ambiente y de la época.

Un lance de honor en la Córdoba de antaño

Por JEAN BINM

BERNARDO del Carril era un apreciado joven entrerriano que seguía sus estudios de derecho en la universidad de la famosa ciudad doctoral.

Él y su hermano Vicente Rafael gozaban de un bien ganado prestigio entre sus condiscípulos, y de un alto concepto caballeresco entre lo más granado del alto abolengo de la exigente sociedad cordobesa en aquel entonces.

El episodio a que he de referirme en estas sencillas y breves líneas, aconteció en Córdoba, allá por mediados del año de 1891.

Se trata de un lance de honor provocado por del Carril, con motivo de un incidente habido, la noche antes, entre el señor Mariano Luis Mansilla y don Nereo Portillo.

En efecto, aconteció algo sumamente grave. Don Mariano Mansilla, que poseía un espíritu travieso, había abandonado, con disimulo, bajo un sofá de la casa de la familia Portillo (que ofrecía una tertulia a sus relaciones), un chanchito, que, por su tamaño, no debía tener más de dos semanas de nacido. La broma habría pasado, sin mayores consecuencias, a no mediar la intervención de un cuzco, que se había introducido clandestinamente al salón de baile y que ladraba desaforadamente, al punto de llamar la atención de los dueños de casa.



Los familiares supusieron que la causa de las arremetidas del pequeño faldero, fuera un gato negro, mimado de la señorita Hortensia, la menor de las Portillo. Interpelada ésta, afirmó rotundamente que no podía ser su gato negro, por cuanto lo había encerrado en su habitación.

—Será otro gato — se dijeron, y al retirar el sofá, vieron, con sorpresa, que salía disparando a todo correr un chanchito, color rosa, que era toda una maravilla. Las dueñas de casa palidecieron. La broma era hiriente y ofensiva por demás. A la familia Portillo se le distinguía en todo Córdoba con un apodo similar al nombre del animalito que acababa de huir de su inesperado refugio.

Los asistentes a la tertulia no pudieron reprimir una estruendosa carcajada. Pero, repuestos de la reciente sorpresa, condenaron unánimemente el hecho, por cierto indigno y repudiable.

Don Nereo Portillo, sobrino de la dueña de casa, era el más indignado de todos los concurrentes; puesto que, festejante de una rica heredera, que le hacía en esos momentos compañía, juró dar de inmediato con el autor de semejante infamia y reparar la ofensa.

Se sospechaba de varios jóvenes bromistas y, como la averiguación daba lugar a escenas archijocosas, Nereo Portillo suspendió la investigación iniciada en la animada tertulia y salió precipitadamente a la calle.

Próximo a la casa de la familia Portillo había, en aquel entonces, un mercado. De allí debía proceder el pequeño intruso a la fiesta. Algo debió averiguar Nereo Portillo, pues, a su regreso al salón del baile, se dirigió directamente a Mariano Luis Mansilla, quien baillaba, en esos momentos, con la simpatía del interpelante.

—Se equivoca usted — se limitó a contestar Mansilla.

—El comprador del chanchito llevaba un sobretodo gris en el brazo, donde probablemente escondió el animalito. Y usted usa un sobretodo gris...

A todo esto la escena adquiría contornos de reyerta, y Mansilla, culpable o no, resolvió retirarse en compañía de varios amigos, lo que motivó que lo hicieran también varias familias. Al fin y al cabo las fiestas caseras duraban en aquella época, a no celebrarse en día sábado, hasta un poco más de la medianoche.

Al día siguiente los amigos de Mansilla, por intermedio de Bernardo del Carril, fueron notificados de que aquél regresaba esa tarde a Buenos Aires, y se reunieron en la estación para despedirlo.

Retornados al centro se detuvieron en la confitería del Plata, inclusο el mismo del Carril. A poco de ocupar una mesa se aproximó Portillo y manifestó que le constaba era Mansilla el autor de la repugnante broma y que, de cobarde, había resuelto volverse a Buenos Aires; y se desató en improperios e insultos contra el ausente.

Bernardo del Carril, que era el más íntimo amigo de Mansilla, replicó: que conceptuaba un mal caballero al que procedía en tal forma, insultando a un hombre que no podía, en tales circunstancias, defenderse.

—Lo insultaré entonces a usted que es su defensor y encubridor a la vez.

Y pronunció frases insultantes contra del Carril, quien se lanzó resuelto a repeler la insólita agresión; pero fué contenido por sus acompañantes.

Está de más agregar que del Carril no tardó dos horas en enviar sus padrinos a Portillo. La noticia cundió por todo Córdoba como un reguero de pólvora. Hacía muchos años que no se efectuaba un lance de honor en la ciudad doctoral. Los sacerdotes predicaban siempre contra el duelo y amenazaban con la excomunión, "latæ sententiæ", a los duelistas, médicos y padrinos.

Los diarios de la mañana decían que "confiaban que las autoridades de un gobierno esencialmente católico apostólico romano, como el de don Manuel Dídimo Pizarro, no permitirían semejante ofensa a las ideas religiosas de la sociedad cordobesa".



Con todo, el lance se realizó, a sable de combate, a quedar imposibilitado o en diferencia de condiciones uno de los contendientes. Se efectuaron más de quince asaltos. Portillo tenía cortada en diversas partes su camisa de seda y en el rostro un gran tajo que lo marcó desde un costado de la nariz al labio superior. Pero una guardia baja de del Carril, en el momento de parar un certero golpe a la cabeza, favoreció a Portillo, dándose por terminado el lance, desde que su arrojado rival quedaba en desigualdad de condiciones.

Como se temía, retornados a sus casas, duelistas, padrinos y médicos fueron notificados de presentarse a la Jefatura de Policía. Se alegó la importancia de la herida de del Carril, pero el empleado manifestó "que la orden emanaba directamente del gobernador Pizarro".

Menos mal que la detención duró apenas un par de horas, pues, entre los padrinos figuraban un ex ministro y un ex diputado nacional. Los duelistas, reintegrados a sus casas respectivas, pero a merced de una sociedad fanática, estaban condenados a soportar una serie de vejaciones morales.

Un importante diario local se expresaba con respecto al duelo realizado, en la siguiente forma: "Habéis quedado sujetos a la excomunión "latæ sententiæ" reservada al romano pontífice. La policía os debe prender y entregaros como a unos criminales a la justicia de instrucción."

Está de más agregar que tratándose del principal diario católico, de aquel entonces, la clerecía tomó en serio tales apóstrofes y, desde el púlpito, se explicó el alcance de la frase romana "latæ sententiæ" y se manifestó en forma terminante: "que mientras pesare la excomunión, ningún católico, fuera varón o mujer, podía tener tratos con el excomulgado".

Ante estas amenazas de exilio social, del Carril resolvió irse a Buenos Aires. Allí, por lo menos, no sería víctima de ningún desaire, pues se había manifestado desde el confesionario y el púlpito, que los duelistas, médicos y padrinos, no podían ni ser saludados en la calle, mucho menos en privado, ¡y cuidado con darles la mano! ¡Por ese simple acto de cortesía quedaban los autores, a su vez, excomulgados!

Bernardo del Carril, después de permanecer un par de meses en Buenos Aires, regresó a Córdoba. Querido por sus amigos de la universidad fué elegido presidente de un centro de alumnos llamado "Unión Universitaria". Hizo política y se vinculó en la ciudad doctoral, hasta ocupar altas posiciones, pero su vida social fué, para él, todo un desastre...

Poseedor de una regular fortuna, ofrecíase las más refinadas comodidades. Tenía su carruaje y era de ver cuando lo ocupaba cómo se cerraban las ventanas en Córdoba a su paso, no obstante tratarse de familias que él había atendido y obsequiado en su hermosa casa de campo de Cosquín. Este martirio no podía durar cien años. Córdoba se había engalanado para coronar a la "Virgen del Milagro" en una suntuosa fiesta al aire libre, dentro de un templo especial levantado al efecto, como reza la invitación que tenemos a la vista, indicando un asiento especial para el número 294 de la serie A, con el agregado de las palabras: "Traje de etiqueta".

Esta invitación imprevista había sido solicitada por una niña a quien distinguía el joven ex duelista. No había transcurrido una semana, cuando el diario clerical del apóstrofe "latæ sententiæ" anunciaba, con letras grandes: "urbi et orbe": "que todos los que concurrieran a la ceremonia de la coronación quedaban exentos, libres, en una palabra, de toda excomunión".

Y así, en esta forma, el 1º de octubre del año 1892, Bernardo del Carril se reincorporaba al mundo católico, y se reintegraba a la exigente e inexorable sociedad cordobesa, y en el gran baile oficial, celebrado en esa misma noche de la coronación, descubría a la autora piadosa de aquella buena y oportuna invitación.

Rasgos orográficos de la sierra de Córdoba

Por el DR. GUILLERMO BODENBENDER

LA Sierra de Córdoba se extiende entre 21° y 33°40 de latitud Sud y entre 63°30 y 65°10 de longitud Oeste de Greenwich. Su dirección general — que coincide con la línea divisoria de aguas — es de S S O a N N E, sólo el eje de la parte situada al Sud del Champaquí inclínase hacia el Sud. Abarca próximamente 510 kms. de de Norte a Sud y 133 de Este a Oeste en su mayor anchura, ocupando cerca de 35.000 kms.² El perfil transversal es igual al de la mayor parte de los sistemas orográficos de Sud América: falda oriental suave y ondulada, falda occidental rápida, casi vertical, perfil que se repite en cada una de las secciones o cadenas que las constituyen.

Se distinguen cuatro secciones, paralelas entre sí, tendidas de Norte a Sud y separadas por depresiones o valles: *la Sierra del Norte* — una altiplanicie — la *Sierra Chica*, la *Sierra Grande o Central*, estas dos con el carácter de verdaderas sierras, y la *altiplanicie de San Carlos y de Pocho* con las Sierras de Serrezuela, Guasapampa y de Pocho.

La Sierra del Norte, o de San Pedro del Norte, es una altiplanicie con elevación media de 700 a 900 ms., limitada hacia ambos lados por cordones.

En la parte occidental se elevan el Tortorilla (1.150 ms.), el Orcosuni, etc. Una depresión dirigida de S S E a N N O (punto más alto 800 ms. en su parte central) separa esta sierra de la:

Sierra Chica. — Las ramificaciones más septentrionales llegan hasta Ischilín (950 ms.) y San Pedro (800 ms.) pasando por aquella depresión. El cordón principal comienza con la Sierra de Maza, de Capacabana y El Pajarillo, siguiendo casi continuo — interrumpido solamente por los pasos de los ríos Primero, Segundo y Tercero — hasta las Sierras de los Cóndores y de Las Peñas, donde se pierde paulatinamente en la llanura. Sus elevaciones principales están situadas en su parte septentrional: El Pajarillo, 1.650 ms.; Uritorco, 1949 ms.; Cerro de Minas, 1700; Pan de Azúcar, 1257 ms.; Las mesillas de los Cóndores se elevan hasta 700 ms.

La Sierra Grande o Central. — Abarca una extensión de 327 kms. de Norte a Sud y un ancho máximo de cerca de 60 kms.

El punto más alto es el Champaquí: 2.800 ms. Al Sud de él se levanta la Sierra de los Comechingones, cuyo extremo Sud está señalado por cerros aislados cerca de Chaján y de Sampacho; su pendiente occidental es casi a pique, sus faldas orientales descienden paulatinamente hacia el valle de San Ignacio y de la Cruz.

Al Norte del Champaquí se extienden altiplanicies en terreno granítico (Pampas de San Miguel, de Achala, de San Luis), limitadas al poniente por una serie de crestones y cerros aislados que más al Norte se estrechan, formando el Cerro de los Gigantes, 2.350 ms., el más elevado después del Champaquí. Es en esta parte central de la sierra que nacen numerosos arroyos, determinando la formación de los más importantes sistemas hidrográficos: los ríos Primero, Segundo y Tercero, que atraviesan las faldas orientales en cauces encajonados y en rápidas caídas, hasta las quebradas donde salen a los valles principales o a la llanura.

Desde los Gigantes, la sierra se divide en ramificaciones orientadas y separadas por valles, en que corren, con dirección Norte a Sud, los ríos Pintos, Avalos, Candelaria y Soto.

La altiplanicie de San Carlos y de Pocho, cuyos bordes elevados forman las sierras de Serrezuela, de Guasapampa y de Altantina. Sus pendientes al Oeste y Sud, se precipitan con rapidez hacia la llanura, deprimiéndose paulatinamente hacia el Norte, con lo que se forma un tránsito en la parte septentrional de la Sierra Alta. El cerro más culminante de estos cordones es el Yerba Buena, 1.650 ms. Desde él corre al Naciente un cordón de cerros bien destacados (volcánicos), los de Poca, Boroa, Velis y de la Ciénaga, que limitan al Norte la Pampa de Pocho y terminan cerca de Salsacate.

De las grandes depresiones que ocupan el espacio entre las cadenas de la sierra, ya hemos mencionado la que separa la Sierra del Norte de la Sierra Chica. La segunda, la más caracterizada, corre de Norte a Sud entre la Sierra Chica y la Sierra Alta, abarcando diversos valles: el de San Marcos, que se confunde con la llanura; el de la Punilla desde San Jerónimo, 1.150 ms., hasta Santiago, con los ríos Cosquín y de San Roque (punto más bajo, San Roque, 550 ms.); el valle de Santa Ana o de Santiago, entre Santiago y San Pedro (punto más bajo en Santa Ana, 851 ms.), con los afluentes de río Anisacate; el de los Reartes, desde San Pedro hasta el borde de la Pampa de Reartes, con los ríos de San Pedro, Espinillos, del Medio y de los Reartes (punto más bajo, 728 ms., frente a la Estancia Potrero de Garay, donde concurren estos ríos); el valle de Calamuchita (valles de San Ignacio y de la Cruz) con el punto más bajo en río Grande, 502 ms., donde se juntan los ríos de la Cruz, Quillinzo, río Grande y de San Ignacio.

La cultura criolla en Buenos Aires

— (Continuación de la pág. 108) —

"El lazo" y otras en colaboración. Yamandú Rodríguez, desde el escenario del teatro Nacional, brindó joyas como "El matrero", "La lanza rota" y "La estancia nueva" en colaboración con Paiva, "Los cachorros" en colaboración con Vázquez. Hizo lo mismo Pico con "La Juana Figueroa" y otras; Vacarezza con "Los cardales", "El último gaucho" y "Camino a la tablada". En verdadero tren de información exacta, recurro a los bordereaux de cada una de esas piezas y al archivo de la crítica de los periódicos. Refiriéndose al primer concurso de piezas de esta índole, que quería interpretar la compañía Perdiguero, decía un diario de nuestra capital, en el año 1910: "Para obritas genuinamente criollas, como serán aquellas que podrían escribir Javier de Viana, Tejo, González Castillo, ¿con qué mujeres se cuenta? Ya no hay características de la talla de Orfilia Rico o Blanca Podestá." Más abajo recalca que la primera pieza aceptada duró en cartel cinco noches, porque el público no la "tomó". Ahora, en honor a la vergüenza que produce constatarlo, el término exacto: el público no la "entendió".

Algo parecido sucede en nuestros días. Como digo, los bordereaux acusan una baja considerable en las entradas, cuando las carteleras sostienen una pieza criolla. En este sentido los diarios han modificado su ignorancia al juzgarlas; por lo general les conceden el valor merecido. El público sigue casi indiferente, pregonando a los cuatro vientos su "comprensión" y su "amor" acendrado a las cosas nuestras.

Las empresas cinematográficas, con sus argumentos de folletín hilvanados para espíritus "conformistas", han batido el "record" en el sentido de infidelidad de las costumbres. No es difícil encontrarse con un viejo criollo, atisbando detrás de un "sauce llorón", para hacerlo más efectista, el salón donde una niña de la sociedad hace despliegues de coquetería con el galán engominado. El criollo es, en este caso, el "asaltante" que se enamora de la hija del patrón y espera el momento de robarla a la grupa de su "alazán". Claro que, al final, el argumento pone el beso definitivo. El gaucho es respetuoso, tímido, mira a la hija del patrón con humildad y sorpresa. Es la estrella inalcanzable con la cual no se atreve a soñar. Hablo de las hijas de patrones, incapaces de sacar partido de esta situación desventajosa del peón de sus estancias; y por fortuna lo son todas. Agreguemos a esto que la película sea sonora, como la última filmada y callemos, por inútiles, los comentarios.

Hasta los pericones que en días de fiestas patrias o benéficas sacan a relucir las niñas, tienen la mentira de una indumentaria siglo XX. Hace poco tiempo, en un club social, un grupo de chicas se vistieron de paisanas con géneros inadecuados, brillantes, arrasados; polleras largas de damas antiguas y cuerpos de María Antonieta. Únicamente la vincha, los moños o las trenzas, nos hicieron adivinar el pericón en vez del minué. ¿Y el público aplaude el baile nacional? No, la cara de tal o cual rubia, la riqueza de tal o cual género, los ojos encendidos de tal o cual bailarina. Y somos un pueblo que rinde culto a las costumbres de "antes".

En Buenos Aires, apena el comprobarlo, no tenemos tiempo de instruírnos en cosas que pasaron. Corremos a la par de todo lo nuevo, pese a nuestra tan comentada "alma de poetas y de sentimentales profundos", guardadores celosos de la tradición.

Córdoba tradicional

La Colación de Grados

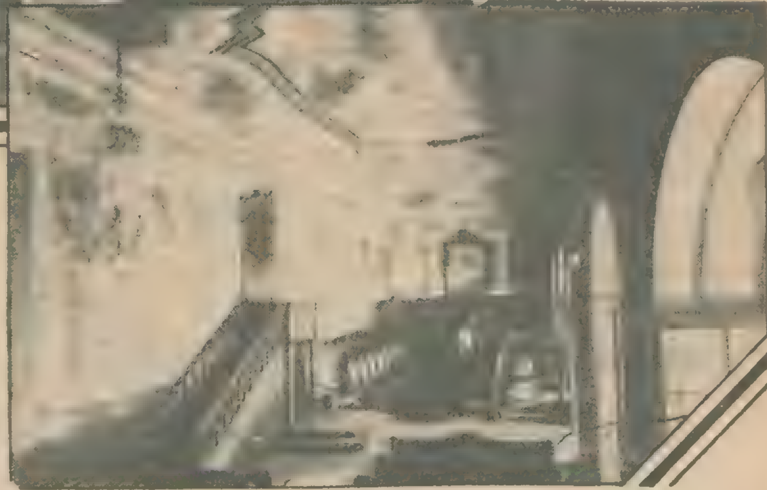
Por

MARIO E. BIALET LAPRIDA



Es, sin duda, *la fiesta* por antonomasia de la ciudad que ostenta con orgullo, como el más antiguo y legítimo cuartel de su blasón, la Universidad famosa, que es al mismo tiempo el corazón donde palpita todo su ser espiritual. Entristécese aquélla cuando el claustro está de duelo, y rompe en canto de alegría cuando tiene fiesta. Y esto es lógico: la Universidad es de la juventud, y ésta, como el alma misma de la ciudad.





Patio de la Universidad, en cuyo centro se encuentra la estatua de su fundador, fray Fernando Trejo y Sanabria.

Frente del edificio que ocupa la Universidad

Sala de actos públicos, donde se realiza la ceremonia de la colación de grados.

FOTOS DE ARTURO FRANCISCO

La ceremonia se ha encarnado hondamente en el espíritu público a través de doscientos años de celebración.

Antiguamente tenía modalidades curiosas: el *colado*, después de recibir su diploma, salía a la calle precedido del estandarte con el escudo universitario y del bullicioso cortejo de sus amigos, estudiantes y parientes, con chirimías, zampoñas y otras músicas, produciendo grande algazara y contentamiento en las gentes, que se asomaban a las ventanas y concluían por plegarse al cortejo.

Al pasar por la Compañía de Jesús, los frailes de la casa salían para demostrar que se asociaban al regocijo público.

Soltábanse a vuelo las campanas, y así se llegaba a la casa del estudiante; sentábase éste bajo un dosel, entre el escudo universitario y las armas de su casa, se pronunciaban discursos, leíanse versos y tornaba la alegre caravana a la Universidad, donde se disolvía.

Hoy han variado sus características; pero siempre es única en el país. En su día, el viejo caserón glorioso alberga a toda la sociedad, que se congrega a participar del triunfo de la juventud, que ha hecho de ella una fiesta de amor.

Cada estudiante, por lo común, ha vivido paralelamente la carrera universitaria y un romance sentimental. Dos motivos que han subsistido a pesar de hallarse en contradicción: el libro y la novia. Por obra y gracia de la novia, aquél permanece olvidado muchos meses acumulando polvo; pero se venga a su turno, que siempre llega en días de primavera, monopolizando la atención, en dos meses vividos ansiosamente a la expectativa de los exámenes, en tanto que algún abanico pierde sus varillas, rotas en el ansia de la espera.

El 8 de diciembre, día consagrado por la costumbre, ha pasado ya el trance de los exámenes y se lo dedica por entero al regocijo del éxito. Por la mañana, en la vieja iglesia de la Compañía, se celebra la fiesta religiosa de la Santa Patrona del Instituto; el rectorado, los académicos en pleno y los *colados* penetran a la iglesia por un pasillo misterioso, que sólo se utiliza en aquella ocasión, abierto en el grueso muro de piedra, que comunica el claustro universitario con el presbiterio. A la noche, los claustros pierden su silencio, rompen la línea de su gravedad y se rejuvenecen con el júbilo de la fiesta; las aulas en donde ha resonado la palabra grave y austera del *magister* oyen, bajo sus bóvedas centenarias, rumorear palabras de amor, millares de luces eléctricas llevan a todas partes la alegría de su claridad; la estatua de bronce del fraile fundador, el muy ilustre obispo del Paraguay señor don Fernando de Trejo y Sanabria, preside la fiesta.

El salón de grados resplandece en la plenitud de sus galas: en el testero de honor, un cuadro con la figura ascética de fray Fernando; sobre elevada tarima de felpa roja, en sillones de alto respaldo de madera obscura, el rector y los académicos; más acá, una mesa donde luce el tintero de plata repujada a martillo que usara Dalmacio Vélez Sársfield, el hijo predilecto de la casa; los Santos Evangelios y bordado en oro, el escudo universitario.

Un estudiante, desde alto púlpito, dice su despedida a la casa; siempre idéntico el motivo: sentimentalismo que se deshoja, visiones de porvenir, juventud que se va; desde su sitial habla el rector, recordando a los jóvenes que el águila real del blasón de la casa lleva en su pico, en una cinta de pergamino, el lema impositivo: "Ut portet nomen meum coram gentibus", que marca derroteros de lucha y de prédica que es necesario cumplir, como lo han hecho siempre sus hijos, que fueron el índice que marcó la cultura del país y que sirvieron a la república, como presidentes, codificadores, ministros, parlamentarios y profesores.

Préstase después el juramento colectivo, todos de pie y haciendo la señal de la cruz.

Se entregan los diplomas, y cada estudiante sale del claustro con aquel pergamino, que antójasele el porvenir mismo, a entregarlo a la madre o a la novia que lo espera. Esa noche se ve la vida resuelta, todos desean el dulce apoyo de un amor de mujer, se afronta el trance pasional y lo común es que, junto con el diploma, se entregue el corazón. He aquí, pues, por qué es una fiesta de amor.

Suele serlo a veces de alta intelectualidad y de singulares relieves oficiales.

Juárez Celman, Roca, Sáenz Peña y Figueroa Alcorta han ido expresamente a presidirla; allí se ha levantado una vez la voz de Magnasco con una elocuencia tal, con un clasicismo de estilo, con una profundidad de concepto que pareció que la sala se arquitecturaba en el mismo Foro romano al conjuro de aquella oración magnífica; allí Joaquín V. González dijo también su discurso, con su serena sabiduría de pensador y de romántico, hablando tres horas seguidas, al cabo de las cuales se le tributó una de las más grandes ovaciones de que haya memoria en la casa; y así Rómulo S. Naón, Juan R. Fernández, Daniel Muñoz, Ciro de Azevedo, Juan M. Garro y muchos otros.

Algunos años el rectorado universitario limitó la ceremonia a la simple entrega de diplomas, lo que quiere decir que no hubo fiesta.

La juventud de Córdoba estuvo de duelo en esas ocasiones, lo que vale tanto como afirmar que el alma misma de la ciudad estuvo triste.



En las tardes primaverales contemplando el paisaje de las sierras, regálese con una copita del mejor vino generoso "EL ABUELO".

Guarde las cápsulas de las botellas para el concurso que próximamente se anunciará.

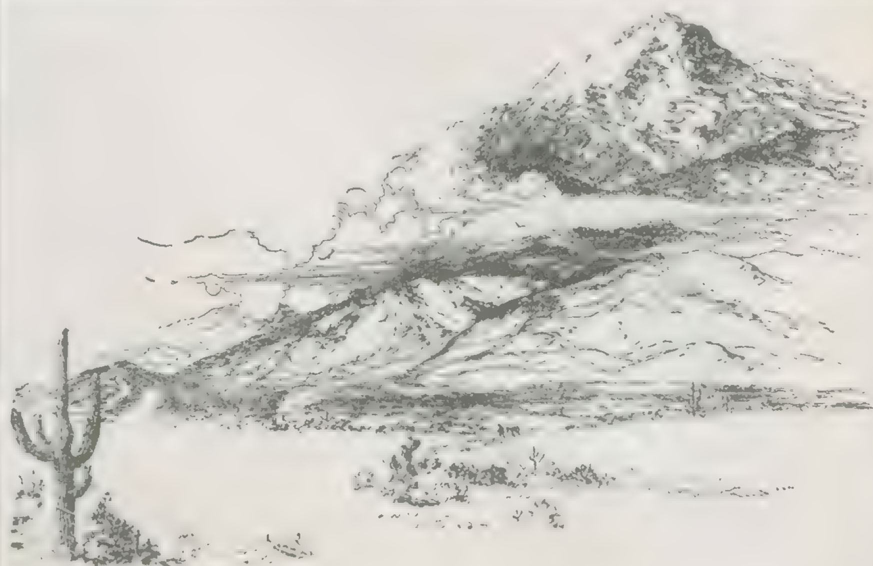


Como reconstituyente por ser el único elaborado a base de vides escogidas y envejecido en soleras antiquísimas, es insubstituíble por la sabia combinación de sus vitaminas y glucosas y la ausencia de tintes o alcoholes extraños. Fortalece sin engrosar.

Vino Generoso *Mejor que un oporto y más barato*

EL ABUELO

EN VENTA EN TODOS LOS ALMACENES — Propietarios: GONZALO SAENZ y Cía. - Buenos Aires



Lo que se veía en un viaje a Córdoba el año 1784

El primer itinerario caminero realizado por el astrónomo Sourryere de Souillac

CUANDO el viajero se ha instalado confortablemente en un "pullman" del ferrocarril, o, si es amigo de la mayor celeridad, en la amplia cabina de un aeroplano, no se detiene a suponer en lo que pudo significar un viaje por nuestra pampa dilatada en los tiempos de la colonia.

Poca documentación existe al respecto, y sólo la casualidad ha permitido reunir algunas referencias vinculadas con un viaje a Córdoba realizado en el año 1784 por el astrónomo francés J. Sourryere de Souillac, que integraba la comisión demarcadora de límites en Santa Cruz de la Sierra.

Este funcionario tuvo que trasladarse a Córdoba para ocupar allí su cargo; como es natural, realizó el viaje a caballo, marchando al rumbo, de acuerdo con la brújula, tal como si se hallara en alta mar. Las informaciones reunidas en el cuaderno de ruta, así lo dejan entrever. Este cuaderno, que permaneció ignorado durante mucho tiempo, fué dado a conocer el año 1838 por el periodista Pedro de Angelis, uno de los hombres de pluma que estaban al servicio de Rosas. El escritor de Angelis publicó en tal ocasión un libro en el que incluyó el itinerario del viajero francés. Las anotaciones del astrónomo estaban sin finalizar, y sólo hacían referencia hasta la propia ciudad de Córdoba.

He aquí las anotaciones del viajero, hechas en su cuaderno de ruta:

"El origen del río de las Conchas dista de la puente (que llaman de *Márquez*) 12 leguas. Se forma este río de varios arroyos y entra en el de la Plata, a cuatro y media leguas: corre como NNE SSO.

"La puente está construída sin arte y con troncos de árboles: tiene de largo 23 pies, y de ancho 10, y pueden pasar en ella carros, carretas, etc.

"De esta puente caminé para la Villa de Luján, la cual demora al O 3° SO. a la distancia de 8 leguas cortas.

"De Luján a la estancia de D. Pedro José Piñeiro hay 15 leguas: esta estancia queda al O 27° NO.

"Al salir de la Villa de Luján se encuentra un río que lleva su nombre, con una puente de madera, que tiene 31 pasos de largo y 10 de ancho.

"De la estancia de D. Pedro José Piñeiro al paso del río de Arrecifes hay 5 leguas, que corre al O 6° NO.

"El origen de este río está a 9 leguas del paso ya citado, en un paraje que llaman *las Salinas;* y su desagüe, en el Paraná, distante del mismo paso como 11 leguas, entre el convento de recoletos, que llaman San Pedro, y el pueblo de indios que nombran el Baradero. Este río corre N S, según el rumbo que lleva.

"Del paso del río de Arrecifes a las Chacras hay 5 leguas, las cuales me demoraban al O 46° N. El paso de este río es algo dificultoso, porque la bajada es muy pendiente y expuesta; su anchura entre las orillas, como de 60 varas, su fondo firme.

"De las Chacras a los Manantiales de Morales hay 8 leguas, las cuales demoraban al O 30° NO; en este paraje hay varios ranchos y postas.

"De los Manantiales de Morales al pago del Arroyo Pavón hay 11 y cuarta leguas, al rumbo O 22° NO; a las 6 y media leguas se encuentra un arroyo que llaman *del Medio*, el cual corre NNE SSO; es angosto, bajas sus riberas, su agua dulce y limpia, su caudal de dos pies, su fondo de arena firme. La jurisdicción de Buenos Aires se extiende hasta este arroyo, desde donde empieza la de Santa Fe. A las 10 y media leguas se encuentra un arroyo, que llaman *el Salado*, cuya agua está empantanada: corre NNE SSO.

"El arroyo de Pavón es más ancho que el antecedente, que más abajo entra en éste; su agua no es de mal gusto; su origen está inmediato, se forma en una cañada y entra en el Paraná. Desde este paso se rectificó la demarcación de los Manantiales, y se demarcó la posta o estancia de Francisco Antonio, cuyo camino habíamos de seguir al O 16° NO.

"Del Arroyo de Pavón nos dirigimos a la posta ya expresada, y anduvimos 7 leguas de buen camino, al rumbo ya citado. En este paraje hay pocos ganados y ranchos; pero hay bastante que comer en el campo por lo que se halla en él: como son, mulitas, quirquinchos o peludos.

"De este paraje marchamos para la posta de los Desmochados, que dista 8 leguas. Desde este punto se demarcó el paso del Arroyo Pavón, al E 12° NE, distante 15 leguas; cuya demarcación es la que vale, por no haberse verificado el rumbo de la estancia de Francisco Antonio; y así des-

de Pavón deshice el rumbo corregido de O 12° SO, distancia 15 leguas.

"De los Desmochados a la Guardia de la Esquina hay 10 leguas cortas, y demora al O 10° 30' SO. Desde que se sale de dicha posta, se empieza a costear por su parte meridional el río, que aquí denominan el *Desmochado*, que se sigue hasta pasarlo donde se dirá. El terreno de todo este lugar está muy poblado de ranchos y ganados. A las 7 leguas llegamos a su orilla, que nos pareció tener de ancho 60 varas, y ser de bastante profundidad; su corriente es suave y su agua limpia, aunque un poco salada. Este río entra en el Paraná por el Rincón de Savato, a distancia de 18 leguas.

"Este paraje está en la jurisdicción de la ciudad de Santa Fe, que dista 40 leguas. Esta guardia divide las jurisdicciones de Santa Fe de la Vera Cruz, y de Córdoba del Tucumán.

"De la Guardia de la Esquina a la posta del difunto Gutiérrez hay 10 leguas; a las 3 leguas se llega a un pantano, hoy transitable (que llaman el *Saladillo*) e inmediatamente a un lugar que llaman la *Cruz Alta*; a las 7 leguas se hallan varios ranchos de estancias y chacras, que denominan la *Cabeza del Tigre*. Desde este paraje el terreno es arenisco (pero no llega a guadales) y poblado de bosques y árboles de todos tamaños; cuando desde Buenos Aires apenas se ven algunos duraznos en las inmediaciones de los ranchos; siendo hasta aquí todo el terreno gredoso, y la capa de la tierra negra, cosa de uno a dos pies; más adelante la superficie es de arena, y lo interior, tierra negra. A las 4 leguas di con un grande arroyo, llamado el *Saladillo* (bien que algunos me persuadieron de que era el río Cuarto, que entra en el Tercero), y como manifestaba traer mucha agua, me paré por ser tarde; la noche muy obscura y dicho río pantanoso.

"Al amanecer pasé el Saladillo, cuyo fondo alcanzaba la cincha del caballo, y su anchura era de 48 pasos del caballo, su agua muy salada por causarlo la sierra de donde nace. A la media legua encontré el Fuerte del Saladillo, el cual es un cuadrado de estacas con sus cuatro baluartes terraplenados, sobre esto un tragante, y en él un cañón; tiene su foso con otras cortaduras que han formado de pequeño calibre; están con alguna seguridad 15 o 16 familias, que se hallan establecidas en su proximidad. Lo guarnece un soldado o cabo, con nombre de comandante, y dos hombres, pagados, de los que viven en los ranchos.

"Salí del expresado fuerte en demanda de la posta del Zanjón, siguiendo hasta aquí desde la Guardia de la Esquina en dirección de la posta de Gutiérrez, O 6° NO; distancia computada, 21 y media leguas. Fuí costeando el río por la banda mencionada, con buen camino, campo de pasto, poco ganado de hacienda, y abundancia de algarrobas en las cercanías del río.

"El río está a una cuadra de la casa de postas, su caudal mediano, su fondo firme, sus márgenes casi a pique, de terreno muy seguro y sólido por ser gredoso; todo el camino es bueno y llano como el terreno, el pasto no sirve para los caballos; muchos árboles, chañares y sauces; los primeros sirven, por su tamaño y calidad, para fuego, estacadas y otros usos inferiores; los segundos, para carretas, y los terceros para tirantes. A las 6 leguas llegué a la posta llamada *la Esquina de Medrano*.

"Toda la orilla del río está poblada de ranchos, en donde siempre crían sus ganados y labran la tierra. No hay dificultad en pasar el río, porque su fondo es firme y de arena, y su agua no excede de dos pies, su ancho 115 pasos de caballo, pero en las orillas llegará a 160; el agua es buena, tiene abundancia de pescado, como son: surubís, magurutices, sábalos, tarariras, bagres de tres clases, muchas bogas (no son como las de Europa), infinitos dorados, anguilas muy grandes, camarones, unos parecidos a sardinas, pero endentados.

"El origen de este río me dijeron que estaba en las sierras más inmediatas de Córdoba, distante 40 leguas del Saladillo. A 22 leguas de aquí toma el nombre de *Tercero*, en donde tiene un salto, cuyas márgenes se estrechan tanto que se puede pasar, siempre que se quiera, de N a S, y no al contrario, por estar esta orilla más baja que la primera.

"En estas inmediaciones se encuentra mucha caza, toda clase de patos, palomas, perdices, chorlitos, becacinas, loros, cotorras, periquitos, avestruces, chajás y otros; liebres en abundancia, venados, guanacos (de esta banda del N en adelante), vizcachas, quirquinchos, de los que hay varias especies, como peludos, piches, matacos, mulitas, rubios, todos muy semejantes y de una misma especie, sólo el último tiene la concha muy blanda. Hay también víboras, culebras y otros reptiles.

"Distante una legua del paso, y a una cuadra y media del río, hacia el NE. se halla una laguna de nueve varas de profundidad, y 50 o 60 de ancho, casi circular, con infinito pescado.

"Igualmente se hallan, entre muchas, las yerbas medicinales siguientes: oruzú, zuma (raíces), canchalagua, jalapa o lechetrema, ruibarbo, mostaza, perlilla, duraznillo, llantén, achicorias, malvavisco, hinojo y contrayerba.

"Salí por la mañana de la expresada posta del Río Tercero, en demanda del Paso del Río Segundo, cuyo paso está en dirección de la posta de Impira; lo demarque al N 35° O, distancia de aquél 20 leguas. A las 10 leguas se halla la posta nombrada *de Tío Pugio*, y de ésta a la de Impira hay 5, la que, pasada, fué necesario hacer alto. Todo el camino ha sido bueno, excepto más allá de Impira, donde hay un mal paso, muy pendiente y desigual. Los campos son de malos pastos, mucho bosque y árboles, algunos ranchos y demás como lo anterior.

"Luego que amaneció continué mi camino por el Río Segundo, que sólo distaba 5 leguas; este día fué cruel de viento, frío y nieve, por cuyo motivo no pude llegar a él hasta las once y media; el camino y demás es como el día antecedente.

"A la una de la tarde pasé el río, y seguí para la ciudad de Córdoba, que dista 10 leguas, al rumbo del NO 3° O. Dicho río corre en su paso N 30° NE, S 30° SO; su caudal es menor que el del Tercero; como pie y medio de agua en su cauce, sus márgenes pobladas de los mismos árboles que el campo; tiene algunas especies de pescados; su nacimiento es en las sierras de Córdoba, que se descubren desde las inmediaciones del río, cuya parte septentrional demora al rumbo anotado. A las 5 leguas está una posta, y hasta las 7 y media leguas es buen camino, un poco pendiente, con bosque en el campo. A las 7 y media leguas empieza a bajar el terreno y camino, pero suavemente, hasta las 9 y media leguas de distancia, en donde hay que bajar una cuesta bastante pendiente y de camino desigual. A las inmediaciones de todo el camino, hay espeso bosque que rodea la ciudad por todas partes, la cual se halla en una profundidad. Llegué a ella a las diez."



Capilla del Monte

Por M. T.

LOS sondajes de orden cronológico nos presentan algunos vacíos en la cadena instrumental, pero queda definitivamente probado que esa región fué parte integrante de la merced territorial del conquistador Bartolomé Jaimes, vendida el 2 de agosto de 1618 a don Cristóbal de Funes por doña Lucía González Jaimes y su esposo don Juan Maldonado. El comprador, por documento del 7 del mismo mes, enajenó la mitad norte, o sea desde el *río Gualunga*, dice el títu lo, hasta dar con tierras de Escoba, y desde ese río al sud, hasta San Miguel (hoy Dolores), tierras que a la sazón pertenecían a don Miguel González Jaimes, hijo y heredero del citado conquistador. Nótese que era costumbre en aquellos tiempos aplicar el nombre propio del dueño a una estancia, y así vemos cómo titúlase San Ignacio el San Roque de Cabanillas, cuando perteneció a don Ignacio Cabanillas; San Jerónimo, por don Gerónimo de Quevedo; San Esteban, por don Esteban Cabanillas; San Francisco, por don Francisco Pérez de Aragón; San Antonio, hoy Valle Hermoso, por Antonio F. de Ceballos, fundador de la capilla que lleva su nombre, registrándose así una infinidad de casos semejantes.


FOTO HOWELL
Interesante fotografía obtenida en momentos en que el ferrocarril cruza sobre el puente en Capilla del Monte.

En la insistente cuanto ardua búsqueda de títulos traslativos del dominio, sorprendimos un buen lote con anotaciones del Departamento Topográfico de la Provincia, bajo los números 7892, 7439, 7894, 7960, 7893, 7891 y otros de carácter privado.

En efecto, en el año 1785 aparece don Antonio Bustos comprando al R. P. Pedro Pascual Quevedo, fray del convento de La Merced, un suerte de tierras situadas al norte de la Capilla de la Loma. (Esta capilla era la primitiva, que ocupaba el centro del hoy templo exagonal, único en su estilo existente en todo el departamento Punilla.) Fray Pedro José aparece venderle también la "Quebrada de Luna", en 1775. Juan Antonio Gómez, año 1792, adquiere en remate público las tierras de San Nicolás, de Osés D. Bartonne, y tierras confinantes con el río Calabalumba. En el año 1824 don José Felipe Marín vende a don Pastor Montoya su estancia de Capilla del Monte hasta dar con la Capilla de la Loma, Julio de 1875, doña Susana Montoya vende a don Baudilio Reinoso lo heredado de su padre, Juan Silvestre Montoya, reservándose lo trabajado. El 20 de septiembre de 1868 don Francisco Moyano vende a Benito Olmos los derechos que de parte de los Montoya posee en Capilla del Monte. El 23 de junio de 1862 doña María Antonia Montoya vende lo propio a Juan José Olmos, a quien también le venden en el mismo año doña Andrea Montoya y, en 1860, doña Manuela Montoya. En 1872 Crescencio Montoya enajena a favor de José Manuel Olmos, y así una serie de transferencias numerosas que por ahora omitimos.

Desde 1870 Capilla del Monte quedó separada en dos grandes fracciones, en las cuales en el transcurso de sesenta años se operó una infinidad de subdivisiones. La gran fracción septentrional, conocida por "Comunidad de Ochoa", confinante ésta con la "Comunidad de la quebrada de Luna", linda al sud con el río Calabalumba, Adolfo Doering y sucesores de Sandalio Pavón; al este con tierras de Pío Cruz Olmos y herederos de Donato Cáceres, y al oeste con los ríos de Dolores y de Capilla del Monte. La porción sud comprende la gran villa Capilla del Monte y tierras adyacentes, formando un

área de 3.290 hectáreas, lindando al norte con el ya citado río de Calabalumba, al sud con tierras de los Olmos (Dolores) y Justo P. Balmaceda, al este con las cumbres de la Sierra Chica, y al oeste con tierras del Toralejo y Cunoputo de Gómez y compartes.

Capilla del Monte representa el esfuerzo muy digno que le confiere una elevada credencial de progreso, por cuanto ella fué la primera que encauzara la corriente turista hacia el norte punillano, con sus primeros hoteles y pensiones, aguas corrientes e instalación de un brillante cuerpo de galenos, cuyas clínicas reflejan las más modernas conquistas de la ciencia. El aspecto de la villa perfila inconfundiblemente la ciudad del mañana; sus calles amplias y regulares, plazas desahogadas, edificación simétrica y casi compacta en la que destácanse infinidad de mástiles como bosquejando la aglomeración de navíos en un puerto. Es esta una sugestión que se apodera al contemplar los grandes y suntuosos chalets que coronan todas las eminencias circundantes, y en cuyo alrededor surgen los más artísticos exponentes de la botánica.

Las apariencias de sus contornos, con especialidad la parte septentrional, revelan un tinte bíblico; por doquiera surge espontánea la histórica palma, tan venerable por sus múltiples simbolismos; el erguido "quebracho", que, divisado a distancia, nos recuerda el célebre cedro del Líbano. Allí hay un nutrido conjunto que *máter natura* ha querido arrancar a la mística y legendaria Palestina para engalanar este privilegiado pedazo de sierra cordobesa, que, a fin de completar el interesante paisaje, fundó "El Uritorco", que en el idioma aborigen significa "Cerro de los Loros", el que a semejanza del Sabino oriental parece ocultar su rugosa cresta en el azul tranquilo del firmamento como intentando alcanzar de los manes invisibles los grandes destinos del laborioso pueblo que se extiende a sus plantas.

Si el turista remonta el río, que, transparente, se precipita por su rústico lecho de piedras, y se interna en la silenciosa quebrada de La Toma, escuchará el murmullo del agua que fecundiza la tierra vecina; el canto tierno y cadencioso de los pajarillos, el doliente arrullo de la tórtola silvestre y el estro divino que siempre flota en alas de las frescas y confortantes brisas. Allí todo es continua poesía y es allí adonde la conciencia humana puja inquieta para elevar una alabanza al Hacedor Supremo.

No podemos poner término a esta pequeña crónica amasada con partículas de un libro netamente serrano, que pronto verá la luz pública, sin dirigir un pensamiento al extinto doctor Oscar Doering, indiscutible propulsor de Capilla del Monte.

Cuando los vecinos, con abstracción de todo prejuicio, resuelvan honrar la memoria de quien echara los cimientos de esa perla del norte serrano, nos permitiremos indicarles lo hagan con el granito de las canteras que fueran de su propiedad, y ese verdicto público deberá extenderse también hasta la austera figura del coronel Rodolfo Domínguez, que, como aquél, es acreedor a la gratitud del pueblo capillense.

Los caminos para el turista

En este croquis de los caminos de turismo de las Sierras de Córdoba están todas las variantes introducidas



recientemente en esos caminos, pues acaba de ser levantado y es, en consecuencia, el documento más perfecto de que puede valerse el turista que no conozca aquellas regiones.

Buenos Aires hace 60 años

(Continuación de la pág. 34)

pre alguna resistencia a las prácticas religiosas, y ya en trance de muerte sus allegados no sabían cómo hacer para pedirle que se confesara. Recurrieron para el caso a don Mariano Fragueiro, amigo íntimo de Bedoya, su compañero en los buenos y en los malos momentos de la vida.

Fragueiro era un hombre prudente, discreto y calmoso. Exploró el ánimo de su amigo con largos circunloquios, sin arriesgar palabras que pudieran descubrir su noble intención y dar lugar a la repulsa del moribundo. Se prolongaba la conversación, cuando penetró en el aposento don Carlos Roca, pariente de Bedoya, y éste, dirigiéndose al recién llegado, le dijo, con la poca voz que le quedaba:

—Carlos, ayúdalo a Mariano, que se ha enredado en las cuartas, y que venga el confesor...

DON Juan Manuel Jordán, caballero de clásico abolengo porteño, como que provenía de una de las más antiguas familias de esta ciudad, recibía, hace sesenta años, su título de escribano público, después de un brillante examen que, según la crónica de entonces, "dejó plenamente satisfecho al tribunal, por los conocimientos que reveló el ocurrente".

Dentro del régimen habitual de estas ceremonias, el caso del señor Jordán era excepcional, pues iba a iniciarse en esa honorable profesión a la edad de cincuenta años, cuando otros consideran cerrado el ciclo de sus actividades.

El nuevo escribano era un hombre de gran temple, un temperamento de luchador al cual no habían logrado abatir los sinsabores de una vida consagrada por entero al bien público, en lucha constante con la adversidad.

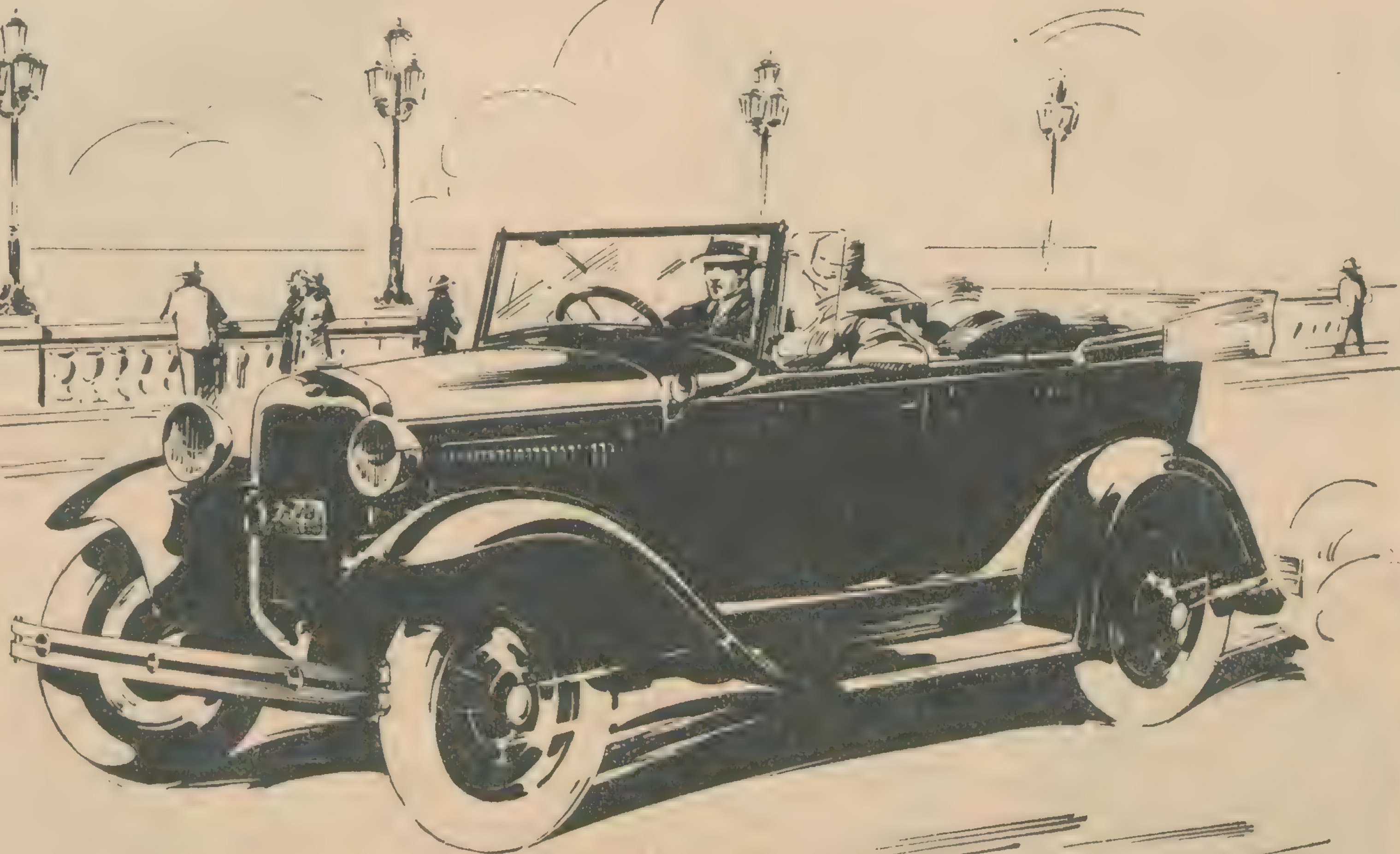
De los días de su florida juventud sólo quería acordarse para hallar nuevas fuerzas en la lucha por el presente. Nacido en un hogar patricio, vivió acariciado por la fortuna hasta que la mano férrea del Dictador lo arrancó de la universidad, lanzándolo a los campos ardientes de la lucha civil. De una cárcel a un campo de batalla, de un escondite al destierro, así transcurrieron los años de su fuerte mocedad, hasta que las dianas de Caseros lo restituyeron a la patria. Pero, aun así, don Juan Manuel Jordán tuvo que empezar una nueva vía crucis: la de rehacer su patrimonio arrasado por el vendaval de la contienda. Se instaló en Luján, ejerció el magisterio, atendió una notaría, y cuando se aproximaba al medio siglo de vida pensó en ser escribano.

Colmó, pues, sus aspiraciones en estos días de octubre de 1870, hallando al fin un remanso tranquilo para su existencia batalladora que habría de prolongarse aún por muchos años, para bien de su dilatada descendencia.

FORD MOTOR COMPANY



DOBLE FAETON
$ 1975.— S. W. Bs. Aires
Paragolpes $ 55.— extra



Belleza de Línea y Excelencia Mecánica

Al adquirir un Nuevo Ford Vd. está comprando un coche de performance comprobada. Vd. sabe que ha sido construído para rendir miles de millas de servicio satisfactorio y económico, y que encierra todas las características que se requieren en un automóvil, pero a un precio excepcionalmente bajo. A medida que pasan los días Vd. apreciará más y más que es su coche favorito para manejar — porque responde con tanta facilidad al guiarlo, por su incomparable seguridad y por su confort extraordinario — todo lo cual brinda una confianza que imparte nuevas emociones al automovilismo. A los que viven en la ciudad — a los agricultores — a los industriales — a todos ellos les brinda igualmente nuevas medidas de servicio económico y de confianza.

Los Cocos

Por **M. T.**



ESTA hermosa villa veraniega que se oculta en el seno de una extensa floresta de cocos y molles, erigió su sitial sobre las pendientes occidentales de la Sierra Chica, cuyos bordones totalmente cubiertos de frondas, señalan una altura aproximada a 1200 metros sobre el nivel del mar. Fué heredad de doña Antonia de Quevedo, que al unir sus destinos con el capitán Luciano de Ceballos el 8 de mayo de 1642, le trajo en dote la mitad occidental de la entonces estancia de San Gerónimo. Una hija de este matrimonio, María de Ceballos y Quevedo, contrae nupcias con el capitán español don Antonio de Cabanillas, de cuyo matrimonio surge el gran terrateniente don Esteban Cabanillas, casado en primeras nupcias con doña Lucía Loza, y al enviudar, unióse nuevamente en matrimonio con doña Paula Amuchástegui. De esa cepa brotaron dos vástagos ilustres, el obispo José V. Ramírez de Arellanos y otro mitrado más, monseñor doctor Filemón Cabanillas, igualmente obispo de la diócesis de Córdoba.

Descienden también de la misma cepa los antecesores de los doctores Manuel y Néstor Escalante, distinguidas familias de la ciudad de Córdoba, así como la estirpe de Ceballos, de la misma ciudad.

Empero, la dote de María de Ceballos y Quevedo debió enajenarse pasando a otras manos, por cuanto un instrumento público del 19 de diciembre de 1752 reza que su propietario José Luján, da en hipoteca a favor de don José de Olmos y Guevara toda la fracción que comprenden Los Cocos y Cruz Grande, y no habiéndose redimido el gravamen, por otro instrumento público del 15 de noviembre de 1757, don José de Olmos y Guevara transfiere a favor de don Esteban Cabanillas la precitada suerte de tierra, por cuyo hecho vuelve a recaer en la misma familia de Cabanillas.



Una de las hijas de don Esteban Cabanillas, Benedicta Justa, contrae nupcias con don Gregorio Gutiérrez (mayo 10 de 1763), aportando aquélla al matrimonio toda la fracción de campo denominada Los Cocos. Nótese que el hermano de Gregorio Gutiérrez fué el padre del deán Pedro José Gutiérrez, ilustre figura que se destacó ventajosamente en los anales de la Iglesia cordobesa. Ahora bien: hija de Benedicta Justa y Gregorio Gutiérrez fué doña Petrona Regalada Gutiérrez, esposa de Manuel Bustos, a quien le sobrevive otorgando su testamento el 5 de febrero de 1827, en el que declara heredera universal de todos sus bienes, inclusive Los Cocos, a su única hija Felipa María del Rosario Bustos, que a la muerte de su madre une sus destinos con don Matildo Ceballos, siendo descendientes inmediatos de este matrimonio doña Urbana Ceballos de Cabanillas, ya fallecida, y don Demesio Ceballos, sobreviviente y vigoroso, no obstante sus 86 años de edad, el cual propicia actualmente la erección de un templo en terreno de su propiedad para el que ha donado al obispado de Córdoba el área suficiente a tal finalidad.

Los Cocos, a igual de los centros vecinos, ha registrado grandes progresos, pues que los propietarios desde las primeras intentonas del turismo, vendieron infinidad de pequeños y grandes lotes de tierras en los que surgieron preciosos y artísticos



Un maravilloso rincón agreste en Los Cocos, denominado "Cabeza de Soldado".

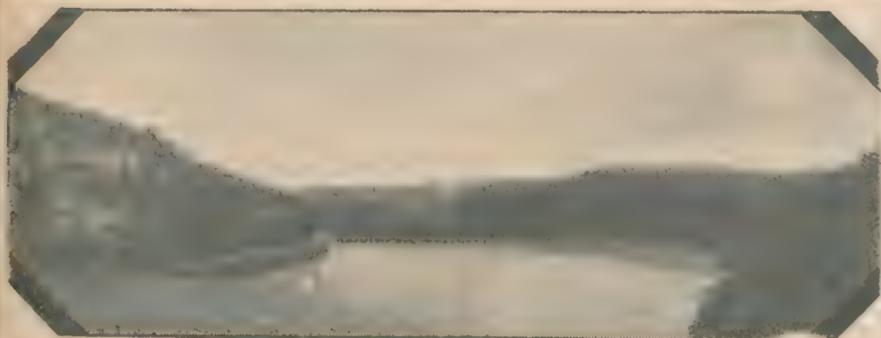
edificios, instalándose hoteles de primer orden como ser el de "Los Molles" y "Las Quebradas", y numerosas pensiones que también concurren a facilitar una estada agradable a la colonia veraniega que allí se dirige.

Hace más de quince años instalóse en Los Cocos, y continúa funcionando regularmente, una especie de destacamento de la ideología espiritual, encargado de la difusión del culto Evangelista, y una escuela anexa de enseñanza primaria acoge buen número de niños huérfanos de ambos sexos que reciben educación bajo los principios que profesa la secta. El fundador de esta institución lo fué el señor Williams Blair, que actualmente reside en Inglaterra.

La distinguida doctora señora Cecilia Grierson es, indudablemente, acreedora a una bellísima página de oro en la historia de Los Cocos. Adquirió terreno, edificó un hermoso colegio de amplias aulas y donólo al S. Gobierno de la Nación con destino a la enseñanza elemental y graduada. Esta obra de cultura social ha proporcionado a la generosa donante generales simpatías. No menos acreedor a figurar entre los esforzados paladines del progreso de esa amena y pintoresca región, es el señor Federico Baxter, quien, entre las agrestes soledades, impulsado por una clara visión del porvenir de Los Cocos, fundó el primer hotel que, como aliciente positivo, encauzó la fuerte corriente turista que diera luego tanto impulso al progreso edilicio. Brindó igualmente su fecunda cooperación la distinguida señorita Isabel Dey, con "Las Quebradas", de donde irradiaban todas sus obras del altruísmo.

ALGUNOS DE LOS PRINCIPALES VERANEANTES QUE POSEEN PROPIEDADES EN LOS COCOS:

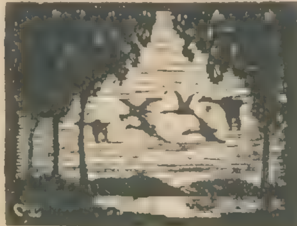
Doctora Cecilia Grierson, señor Lino Landajo, señora Clara Benitz, señor Enrique Villavicencio, ingeniero Añón Suárez, señorita Isabel Dey, señor Guillermo E. Dunn, señora H. C. Ehlert, señor Armando J. Flores, señor E. J. Walton, señor Jorge Bohmig, familia de Amelong, doctor L. Frend, familia de Ruiz del Pino, doctor Juan Sarghel, señor Diedrich, señor H. J. J. Bury, familia de Mayorel, señor Guillermo Tewss, señor Roberto Budge, señor G. A. Middleton, señor H. García, señor F. Baldassarre, señor Roberts, señor Altghelt.


FOTO N. N.
Uno de los tantos bellos paisajes que el turista contempla en el bien llamado Valle Hermoso.

Valle Hermoso

VALLE Hermoso es riquísimo en paisajes. Nuestros pintores hallarían en él numerosos motivos para llevarlos al lienzo. En el lugar existe una capilla denominada San Antonio, que es una verdadera reliquia, pues se cree que fué construída hace tres siglos.

Cuenta con innumerables sitios de excursiones, entre los cuales citaremos algunos: el dique de "Las Vaquerías" es de lo más concurrido por los turistas, por hallarse en una quebrada cubierta de frondosa vegetación, en cuyo fondo se ve un arroyo que en su sinuoso curso produce pequeñas cascadas que llaman la atención de los visitantes.



Otro lugar no menos sugestivo es el paraje donde se encuentran las canteras. En este importante obraje de cal, está la grandiosa cascada de "La Usina", y también la llamada "Gruta de San Antonio", alrededor de la cual se han tejido numerosas leyendas, a cual más fantástica. Su interior no ha sido del todo explorado, y de ahí las cosas que se cuentan de ella, siendo por esto mismo un punto de fuerte atracción para los intrépidos turistas.

Hay algunos hoteles envidiablemente ubicados, uno de ellos en medio de un anfiteatro de sierras boscosas, a novecientos cincuenta metros sobre el nivel del mar. Otro se encuentra a doscientos metros de la estación del ferrocarril.

En los alrededores se pueden visitar los lugares siguientes: "Cerro de la Amistad", "Quebrada del Infiernillo", "Las Higueras" y "Las Glorietas". También cuenta con una buena pileta de natación, donde todos los días se efectúan reuniones sociales muy animadas.

Su altura permite a esta localidad disfrutar de un aire puro muy saludable y de una temperatura media normal apropiada para tonificar el sistema nervioso. Si a esto se añade que se halla aislado de toda población donde pudiera haber contagios peligrosos, se explicará que Valle Hermoso sea uno de los lugares preferidos por los veraneantes.


Alrededores de la Hostería de San Antonio en Valle Hermoso.

Córdoba, la provincia del turismo

(Continuación de la pág. 49)

Charbonier está situado sobre el camino nacional Córdoba-Cruz del Eje, por donde circulan autos (colectivos) desde Villa de Soto-Cruz del Eje a Córdoba y viceversa. Cuenta además con hermosos paseos circundados por las sierras, denominados "Valle de Ongamira" y "Quebrada de Luna", donde concurren numerosos autos de visitantes, que llegan de las poblaciones: La Cumbre, Los Cocos, San Esteban, Capilla del Monte.

Cruz del Eje.—Importante ciudad, con catorce mil habitantes, capital del departamento del mismo nombre. Está situada sobre la margen derecha del río Cruz del Eje. Tiene un buen clima, aunque en verano suele ser un poco cálido. Cuenta con todos los elementos de una ciudad organizada como para recibir al turista.

Entre los paseos merecen destacarse: "Las Bateas" y "Paso del Gato", por donde corre el río Cruz del Eje; en este último lugar hay canteras de granito. También son muy concurridas durante el verano las inmediaciones del puente que sobre el citado río tiene el ferrocarril, en el que se ha establecido un pasaje con barandas, para que por él pasen las personas y puedan contemplar la ciudad y sus aledaños, que forman un hermoso panorama. A cuatro leguas de esta ciudad se encuentran los encantadores parajes de San Marcos Sierras, denominados "El Molino" y "La Virgencita". A catorce leguas de esta ciudad se encuentran los famosos baños de aguas saladas, eficaces para curar las enfermedades reumáticas.

Yacanto. — Este paraje está situado al sud de la provincia de Córdoba, a veintidós horas de la capital federal por la línea del Pacífico, que deposita al viajero en Villa Dolores, desde cuyo punto se realiza el viaje en automóvil. El cerro "Chanpaqui", situado en las proximidades de Yacanto, tiene nueve mil pies de altura. Es un pueblo de relativa importancia, que cuenta con un buen hotel y algunas pensiones. Está a ochocientos noventa metros de altura sobre el nivel del mar. Los lugares más dignos de visitarse son: "El baño del Obispo", "Quebrada del Lomo del Chancho", "Las Tapias", "San Javier", "Piedra Pintada", "Mina Clavero", "Pozos", etcétera.

Alta Gracia. — Es la población serrana más antigua de la provincia. Fué fundada en 1588, en el lugar que los aborígenes denominaban Paravachasca, propiedad entonces de don Juan Nieto. Su único heredero hizo en 1643 cesión absoluta de sus bienes a la Compañía de Jesús, en la que ingresaba. Los jesuítas mejoraron su nueva propiedad, en la que construyeron muchas obras que aún están en pie: la iglesia, el colegio, el granero, el tajamar. Existen aún las ruinas de un dique, al que abandonaron a medio hacer: el Primer Paredón.

Cuando en 1767 fué decretada la expulsión de los jesuítas por el rey de España, el fundo de Nuestra Señora de Alta Gracia pasó de mano en mano hasta llegar a ser propiedad del virrey don Santiago de Liniers, cuyos herederos lo vendieron en 1820 a don José Manuel Solares, que fué el que hizo de la antigua villa el pueblo progresista que es hoy.

Por su admirable posición geográfica, sus incomparables condiciones climatéricas y su temperatura agradable, Alta Gracia ha adquirido una reputación difícil de igualar en toda la república, lo que explica su enorme cantidad de residencias particulares y la presencia del Sierras Hotel, el mejor y más distinguido de toda la región.

Es lugar predilecto de los turistas por su fácil acceso por vía férrea y sus espléndidos caminos a la ciudad de Córdoba y poblaciones serranas.

Los puntos dignos de visitarse son más numerosos en Alta Gracia que en cualquier otra parte de las sierras. El curso enorme del río Anisacate proporciona al visitante una inagotable fuente de distracción sana y robustecedora. Sus márgenes encierran paisajes de imponente majestad, que proporcionan una amplia cosecha a los aficionados a la pintura o la fotografía. En sus aguas pululan los peces de las especies más diversas y los cazadores hallan un campo rico en los bosques de los alrededores.

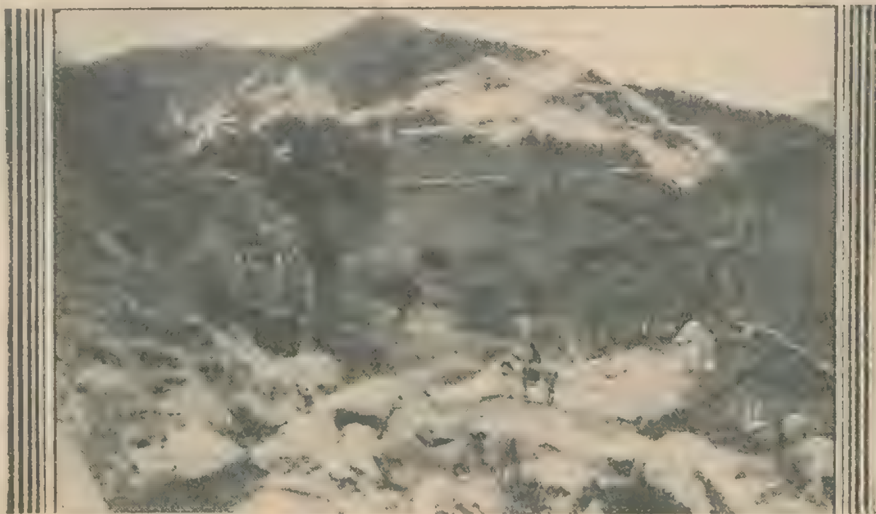
Los arroyos son numerosos. El Santa Cruz, el Alta Gracia, el Guzmán, el Santa Esperanza son los más conocidos y están llenos de bosques a cuyas sombras los paseantes pueden tender la mesa de su pícnic. Los lugares de interés abundan sobre ellos; la quebrada del Granado, la chacra de Díaz, Santa Cruz, el Chorro, Gómez, Allende, la quebrada de Guzmán, la de Los Cocos, por un lado. Por otro, el primero, segundo y tercer Paredón, la Granja: Valle Esperanza, Bosque Alegre, etc.

Los grandes caminos de comunicación de Alta Gracia la colocan en situación envidiable para los raids automovilísticos: Córdoba, el Dique San Roque, las sierras del Noroeste hasta Capilla del Monte, Tanti, el camino a Mina Clavero por la Pampa de Achala sobre la Sierra Grande y los caminos de las sierras del Sur se centralizan en Alta Gracia.

Los automóviles son de fácil alquiler en Alta Gracia, lo mismo que coches, sulkys y caballos.

Ascochinga. — Situada esta localidad sobre la línea del Ferrocarril Central Córdoba, cuenta desde hace muchos años con las preferencias de muchas familias de la capital. Tiene, como es natural, buenos hoteles y numerosas pensiones. Por sus panoramas, es uno de los parajes más prestigiosos de la provincia y que a justo título ha conquistado merecido prestigio. Para llegar a Ascochinga es necesario descender en la estancia Jesús María y viajar en auto.

La Calera



Un paisaje en La Calera, sobre cuyo fondo se ve el cerro del cual se extrae la cal.

PERTENECE esta villa al departamento Santa María y está situada sobre la margen izquierda del río Primero, a cerca de quinientos metros sobre el nivel del mar. Dos magníficos caminos de macadam ponen en comunicación a la ciudad de Córdoba con La Calera. Uno de ellos nace del extremo de la calle Colón y sigue hacia el oeste, y el otro desde la extremidad norte de la calle Avellaneda, que va a Argüello y pasa por Kilómetro 14 y Mal Paso.

Hay lugares en ella que se prestan para las excursiones de los turistas, como ser "La Vertiente", que está a tres cuadras de la villa; "La Cascada", a diez cuadras; "El Diquesito", a cinco kilómetros hacia Casa Bamba, donde hay un camino de herradura. También en este último sitio existe un apeadero del F. C. C. N. A. Otro de los puntos pintorescos es "La Angostura", a once kilómetros hacia el interior de las sierras para el lado de Cosquín.

Nada más que a cuatro cuadras de La Calera se encuentra el río Primero, que ofrece en todo su trayecto hermosos parajes, pues corre entre las sierras y sus márgenes están pobladas por frondosos árboles que contribuyen a dar al paisaje un atractivo singular.

La Calera cuenta con autoridades municipales, comisaría, correos, registro civil, escuela fiscal, etcétera. Posee varios hoteles con todas las comodidades modernas, como asimismo confiterías, tiendas y almacenes. Tiene un buen servicio de trenes diarios desde Córdoba (C. A.) y Alta Córdoba (C. N. A.).

La Calera tiene en "La Hilacha" uno de sus barrios más pintorescos, tanto es así, que algunos de nuestros más conocidos artistas del pincel y escritores han vivido y viven en él. Las puestas de sol, sobre todo, son hermosas, pues como "La Hilacha" está en un valle, rodeada de cerros, el efecto que produce a la hora del crepúsculo es inolvidable, aun para aquellas personas de no muy afinada sensibilidad. Las pequeñas casas que se agrupan formando este barrio, dan la impresión, vistas a la distancia, de uno de esos pueblecitos de juguete con que se divierten los niños.



Una vista del río Primero, en La Calera.

El trencito que hay en "La Angostura" también se presta para las excursiones por las sierras, pues la pequeña vía férrea va haciendo zigzags, siguiendo el curso del arroyo que asimismo da a este paraje un atractivo más. El trencito, que fué construído para el transporte de la piedra desde las canteras, es utilizado por los excursionistas con excelente resultado, pues desde él se contemplan muchos bonitos aspectos internándonos por medio de este ferrocarril en el corazón de las sierras.







Un bello paisaje en Huerta Grande.

Huerta Grande

EN uno de los lugares más privilegiados de Córdoba se encuentra situada esta villa, que tiene excelentes aguas y goza de un clima sumamente benigno. Se halla a trescientos setenta metros sobre el nivel del mar. En Huerta Grande empalma el camino que va de la Cañada al Pungo, faldeando la montaña, y se enlaza con el que cruza la sierra al Manzano y Ascochinga.

Los paseos más importantes son "Piedras Grandes", a seis kilómetros; "La Cañada", que está a la misma distancia; "M. O. Campos", igual; "El Cuadrado", a diez kilómetros. Además, a cinco kilómetros del establecimiento de Altos de San Pedro, se halla una hermosa pileta de natación, en la que se realizan interesantes reuniones deportivas, con torneos para personas de ambos sexos, lo cual da motivo a que se efectúen reuniones sociales.

También posee Huerta Grande hermosos jardines y viveros de árboles frutales y ornamentales.

El comercio, en general, está representado por firmas de prestigio, que comercian con todas las poblaciones de los valles y sierras.

En esta localidad existen cómodos chalets que se alquilan a los veraneantes.

ALGUNOS DE LOS PRINCIPALES VERANEANTES QUE POSEEN PROPIEDADES EN HUERTA GRANDE

Doctor Llanos, señor Eduardo Clausz, señora Ana G. de Fluck, doctor Tomás Varela, señor José H. López, doctor Alfredo de Olmos, señor Carlos Oliva, doctor Nazario Sánchez, señor Ignacio Terré, doctor Enrique Astengo; familias de Zavalía, Parera, Alvarado, Landó, Barros, Santa María, Brian, Vivanco, Conort, Lejarza, Cominges, Madrid Páez, Del Sel, Ergües, Marull, Freno, Beaupuy, Peuser, etc., etc.

Bialet Massé



Una hermosa vista de Bialet Massé, no lejos del dique San Roque.

A seiscientos cincuenta y tantos metros sobre el nivel del mar se encuentra Bialet Massé, localidad que tiene dos mil habitantes y se halla sobre una de las márgenes del río Primero, lo cual le da un aspecto muy atrayente e impresiona favorablemente al viajero al avistar la villa a la distancia.

La circunstancia de hallarse situada esta localidad sobre una pintoresca curva del mencionado río, le proporciona una de sus más interesantes características.

Otra particularidad original es de notar al respecto de esta pequeña localidad serrana. Su calle principal corre al margen del río, que forma en aquel paraje como un remanso arenoso y de agua cristalina, y toda la edificación de un lado de la calle tiene su fondo y salida sobre la orilla del río Primero, de modo que, por tan favorable circunstancia, todas aquellas casas y sus habitantes cuentan con un baño natural de aguas purísimas en la linfa del pintoresco río, lo que hace doblemente seductora la residencia en pueblo que posee tal regalo de la naturaleza.

La llegada a Bialet Massé por el camino de Cosquín monta sobre un empinado cerro, desde donde el panorama del pueblo que se adurme en el llano reflejándose tranquilamente en el río, ofrece proyecciones encantadoras. Esto ha contribuído, sin duda, a que esta localidad sea de las residencias predilectas y habituales de pintores y artistas en general.

A quince kilómetros dista Villa García, hacia la cual acostumbran ir en caravanas los turistas en automóviles, pues hay un camino que se presta para las excursiones en esta clase de vehículos. A veinte kilómetros está el pintoresco pueblo de Tanti, uno de los mejores puntos veraniegos de las sierras cordobesas. Tanto en uno como en otro de los lugares mencionados, hay establecimientos de hospedaje que cuentan con autos propios para el servicio de los pasajeros.

Bialet Massé tiene asimismo varios hoteles y un sanatorio en el que se pone en práctica el tratamiento en clima de montaña. En suma, es una localidad ideal, no tan sólo para reparar las energías gastadas en la lucha diaria, sino también para dar reposo al espíritu y deleitarlo en la contemplación de las bellezas naturales.

Entre otras personas, veranean o residen permanentemente aquí, las siguientes:

Doctor Manuel E. Paz, señor Fco. Espinosa Amespil, doctor Fco. Espinosa Paz, doctor Santiago Díaz, doctor Luis J. Posse, señor Félix Ferreyra Videla, señor Juan Ferrari, señora Teresa R. viuda de Lombardi, señora Elena viuda de Navarro, familia Pardal y señor Herman Parini.

Tipos populares de la sierra

El negro Salvador

Por **A. F. M.**

EL negro Salvador es, sin duda alguna, el tipo más popular de Cosquín. Su aspecto impresiona vivamente a simple vista. Gravita sobre su cuerpo y quizá también sobre su alma todo el peso de una herencia morbosa que lo dobla como el tronco de un árbol expuesto a todas las tormentas. Es alto y delgado y al andar se balancea como si perdiera el equilibrio. Habla en lenguaje infantil y frases truncas, y sólo es elocuente para decir malas palabras que es lo más que le han enseñado en su vida sin luz. En medio de lo repulsivo de todo su ser, tiene unos ojos grandes de perro fiel y bueno que con facilidad se humedecen a la menor prueba de bondad que le demuestren.

Todo el día pasea Salvador su figura desgarbada por Cosquín, a veces a pie y otras a caballo; porque es dueño de una yegua flaca que al trotar con su dueño montado parece que le crujieran todos los huesos del esqueleto.

Una tarde aparece Salvador a caballo con su humanidad exterior cambiada y limpia. Viste un traje casi nuevo y en su cabeza ostenta un sombrero fino que tiene por único defecto el serle un poco grande. Al llegar a una esquina un grupo de desocupados (que lo son casi todos en Cosquín) les dirigen la palabra. Salvador se baja de su cabalgadura y con vanidad infantil muestra sus ropas nuevas. Alguien le pregunta:

—¿Quién te dió esa ropa?

—Un muerto — responde Salvador.

Se oyó una carcajada en el corrillo. Sin embargo, Salvador tenía razón. Los muertos le daban más que los vivos. En Cosquín era el heredero obligado de casi todos los que se iban al otro barrio y muchas veces lo que le dejaban los muertos se lo quitaban los vivos.

—¿Ahora tenés novia? — le interroga otro.

—Sí, tengo — responde con orgullo.

—Son mentiras. ¡Quién va a quererte a vos, negro trompeta!

—Sí, me quiere, me quiere — dice el negro con firmeza.

—¡Que te van a querer si sos un espantapájaros!

—Tengo novia y es mía — replica algo amoscado ya.

—Quiero que me la presentes.

—Bueno... Vamos — dice el negro, y monta su yegua mirando hacia la cola para maniobrar luego lentamente sobre su lomo hasta tomar la debida posición.

Salvador echa a andar, orgulloso de poder mostrar el objeto de sus amores. Le siguen varios curiosos dispuestos a pasar un buen rato a costa del buen negro, que ingenuamente creía en el amor pleno de una mujer.

Al llegar frente a la entrada principal de un hotel se detiene y desmonta, disponiéndose a golpear la ventana de la primera habitación. En ese momento aparece un mozo que, al mismo tiempo que le aplica un puntapié en las asentaderas, le grita:

—¡Negro trompeta, salí de aquí!

Salvador corre unos pasos mascullando malas palabras tan a prisa y tartamudeando que no se le entiende. Está furioso el pobre por el recibimiento que le han dado en el momento que pensaba dejar chiquitos de envidia a sus burladores. Estos, en vez de apiadarse de la situación del negro, comienzan a darle bromas pesadas. Uno le saca el sombrero y se lo tira en alto, gritando:

—¡Al finado le quedaba mejor!

Otro le tironea el saco hasta desgarrárselo. Salvador trata de defenderse, pero es débil contra la grosería y maldad humanas. Sólo acierta a arrojar palabrotas que salen de su boca como de una ametralladora. Ya estaba jadeante y rendido, cuando se abre la ventana que hace un instante quisiera golpear y aparece una hermosa cabecita de mujer de cabello ligeramente ondulado y color castaño y rostro bello y simpático, que, al darse cuenta de lo que ocurre, increpa valientemente a los autores de la hazaña:

—¿No tienen vergüenza de aprovecharse de un pobre hombre de esa manera?... ¡Dejelón, pobre negro!

Cesó la jarana inmediatamente. Uno por uno de los interpelados se fueron alejando del lugar, cohibidos en verdad por aquella muchacha de ojos grandes y verdes, que sabía retar tan fiero. Cuando quedó solo el negro, le dice ella con una voz tan dulce que no parecía salir de la misma garganta:

—Vení, negrito. ¿Qué te hacía esa mala gente?

Salvador se sienta al pie de la ventana completamente transformado. Su odio justificado hace un momento se esfumó completamente de su corazón bajo el influjo de aquella voz y la caricia de las blancas manos de mujer que generosamente le daba una limosna de piedad y amor.



Otra simpática figura de mujer se hace presente en la ventana. Es morena y tiene unos ojos negros que al mirar parecen reír y cantar. Ambas muchachas son hermanas y más hermanas de espíritu que de sangre. Sus almas delicadas e inmensamente buenas sintieron piedad por el negro Salvador y lo amaron con ese amor maternal que late en el corazón de toda mujer normal. Lo amaban porque era desgraciado y despreciado por casi todos como un perro sarnoso. Salvador, que tan poco acostumbrado estaba a las manifestaciones de afecto que le demostraban las dos muchachas, se agarraba a ese cariño con desesperación y pasaba casi todo el día al pie de aquella ventana desde donde le daban de comer a su estómago, cosa que agradecía bastante, y más que nada porque le daban a su alma, hambrienta de ternura y simpatía humana, un poco de bondad y cariño.

Algunos días las muchachas tenían de invitados a la hora del té a dos amigos, con los que pasaban horas de charla espiritual. Estos momentos eran para Salvador de verdadero martirio. Estaba profundamente celoso del bien que le enviaba el cielo y no podía permitir que otros hombres se acercaran a sus ídolos. Cuando los que él creía sus rivales estaban de visita en la pieza, exigía que se abrieran puertas y ventanas para ver los menores gestos y oír todo lo que se hablaba.

En una ocasión los amigos de las muchachas, para hacer desesperar a Salvador, se fingieron enamorados y las tomaron de las manos, acariciándoselas. Salvador entonces llegó al paroxismo del dolor y golpeándose la cabeza contra la pared, se quejaba amargamente de la inconstancia del amor. Sólo los mimos de ambas niñas pudieron calmarlo un poco. En ese momento su alma se parecía a la de todos los

(Continúa en la pág. 168)

Temas escolares

Por la SRTA. PALOTES

GRADOS INFANTILES

GEOGRAFÍA. — SIERRAS Y RÍOS DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA

ILUSTRACIONES: *Mapa de la República Argentina. Croquis de la provincia de Córdoba, en tiza de colores y tamaño grande, hecho en el pizarrón. Fotografías de la región serrana. Grabados representando el dique de San Roque.*

Señalar en el mapa de la provincia de Córdoba, determinando las provincias limítrofes.

Llamar la atención sobre la parte sombreada que localiza las sierras.

— ¿Cuántos cordones o cadenas se observan?

— Tres.

— El sistema de las sierras de Córdoba consta de tres pintorescas cadenas, que corren de Norte a Sud, en medio de las inmensas llanuras que caracterizan a esa región. Están, pues, situadas paralelamente a los Andes y en la parte occidental de la provincia. Ocupan alrededor de 30.000 kilómetros cuadrados, o sea una sexta parte de su superficie.

Un carácter común a todas ellas hace que las faldas orientales de las sierras cordobesas terminen suavemente por gradaciones apenas perceptibles hasta juntarse con la llanura, mientras su lado occidental es abrupto. Las faldas caen rápidamente por erguidos contrafuertes, separados entre sí por altas y profundas quebradas.

Elévanse las cumbres hasta una altura próxima a 3.000 metros sobre el nivel del mar, ofreciendo variado aspecto: unas veces, aparecen escarpadas, erizadas de peñascos, desnudas de toda vegetación, y otras, muestran superficies redondeadas y airosos conos de suaves contornos. Finalmente, como en la cadena Central, semejan altiplanicies accidentadas por colinas y montículos de roca.

La vegetación gramínea de las cumbres domina en las laderas hasta 800 metros de altura, en cuya zona recién empieza a manifestarse la arbórea, que se ostenta luego más abajo, lujuriosamente en las deliciosas quebradas que constituyen el encanto de las sierras.

En ellas, los árboles se aprietan en un solo macizo de verdura, formando bosques.

Su clima es tan favorable, que permite la vida y los trabajos pastoriles a las mayores alturas, y en las medias e inferiores proporcionan bellezas para el turista y ventajas curativas a los enfermos.



Vista panorámica de Valle Hermoso (Córdoba).

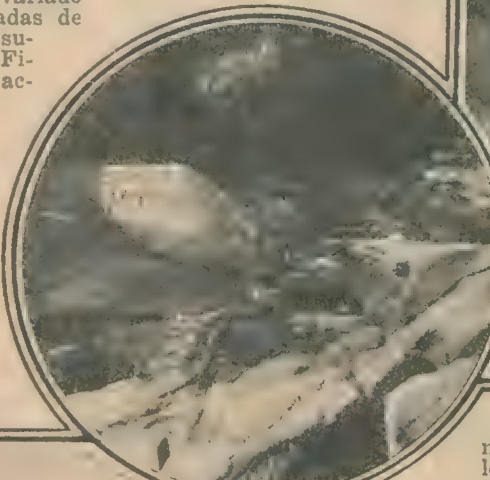
El río Primero, en la provincia de Córdoba.

Vista del dique San Roque.

Arboles de la región serrana.

El cerro Uritorco, en Capilla del Monte.





Paraje denominado La Toma, en Capilla del Monte.

El Chorrito, en La Cumbre.

FOTOS CASASA

Panorama de La Falda, tomado desde el Cuadrado.



Abundan en las sierras que estudiamos, aguas puras que brotan de manantiales y muchas de ellas poseen propiedades medicinales.

Fácilmente accesibles, hospitalarias y siempre novedosas, estas sierras constituyen una de las maravillas naturales que posee nuestro país. Por otra parte, la industria tiene en ellas inagotable fuente de riqueza. La extracción de minerales, apenas conocida hoy, será en el futuro de inmensas proyecciones. La agricultura encuentra terrenos fértiles, propios para los más variados cultivos, y la ganadería puede desarrollarse con provecho en los valles y altiplanicies, abundantes de agua y de buenos pastos.

(Enseñar fotografías de las sierras: el Pan de Azúcar, el Cerro Uritorco, Valle de la Punilla, Ongamira, vistas de Alta Gracia, Cosquín, Valle Hermoso, Huerta Grande, La Cumbre y Capilla del Monte.)

Las sierras estudiadas así, en general, se dividen de esta manera:

1ª *Cadena Oriental o Sierra Chica*, cuyas ramificaciones alcanzan al Norte hasta Ambavasta y Sumampa, y se pierden al Sud, en el departamento de Río Cuarto, después de recorrer 400 kilómetros.

(En el croquis del pizarrón, la maestra dibuja con tiza marrón, esta cadena.)

2ª *Cadena Central o Sierra Grande*. La línea principal de sus cumbres alcanza, por el Norte, hasta la ciudad de Cruz del Eje, y por el Sud, hasta las inmediaciones de Chajan, donde desaparece debajo del suelo de la Pampa. (Dibujarla en el croquis.)

3ª *Cadena Occidental o Sierras de Guasapampa y de Pocho*. Llegan, por el Norte, hasta el lugar llamado "Punta de la Sierra", donde termina el pequeño cordón denominado "Serrezuela", y por el Sud, se pierde cerda del río de los Sauces. (Dibujarla en el croquis.)

El punto más alto corresponde a la Cadena Central. Es el cerro Champaquí (2.880 metros de altura). Síguele en importancia la cadena oriental, con el cerro Uritorco, punto culminante de Sierra Chica (1949 metros de altura).

De todas las sierras de Córdoba, la cadena oriental ha sido hasta ahora la más atrayente, por su aspecto variado y pintoresco.

Sus faldas están revestidas de hermosa vegetación, donde alternan las flores y hierbas olorosas, mientras las cumbres, tapizadas de gramíneas que ocultan las rocas, apenas aparecen desnudas en los despeñaderos.

Suelen estas cumbres cubrirse de nieve, en invierno, sin que la temperatura baje demasiado, y entonces el espectáculo que ofrecen es soberbio.

— ¿Qué ocurrirá con esa nieve cuando recibe los rayos del sol?

— Se derrite, cae por las laderas y forma los ríos de esa provincia.

— Observemos el mapa: las corrientes de agua nacen al oeste (región montañosa) y van a perderse al este, en la región llana.

(Señalar en el mapa los ríos Primero, Segundo, Tercero, Cuarto y Quinto.)

Dibujar en el croquis, con tiza azul, el río Primero, haciendo observar que desemboca en la laguna de Marchiquita.

Háblese del dique de San Roque, obra hidráulica que constituye un orgullo para Córdoba, siendo uno de los mayores del mundo.

El río Primero no es, ni ha sido, navegable, pero sus aguas prestan inmenso servicio a las poblaciones que atraviesa. Abastecen a la capital de la provincia y sirven para la irrigación de extensas zonas en los alrededores de Córdoba. Por la rapidez de su pendiente, sobre todo dentro de la sierra, donde abundan las caídas de agua, se presta para servir de fuerza motriz. Importantes establecimientos industriales lo aprovechan así.

(Dibujar a continuación el río Segundo y

nombrar sus principales tributarios.)

— Tampoco es navegable este río, pero sus aguas se aprovechan para regar una extensa zona.

(Dibujar el río Tercero, haciendo notar que es el único de los ríos de Córdoba que llega al Paraná, con el nombre de Carcarañá.)

Muchas tentativas se han hecho para navegar en este río. Dificultada la navegación por la gran cantidad de rápidos que contiene, se abandonó esta idea para prestar atención a la construcción de un canal navegable desde la ciudad de Córdoba hasta el río Paraná, el cual sería alimentado con las aguas de los ríos Primero, Segundo y Tercero.

(Dibujar en el croquis los ríos Cuarto y Quinto.)

Los nacimientos del río Cuarto están situados en la sierra de Comechingones (límite con San Luis) y después de recibir varios afluentes, toma el nombre de Saladillo, que conserva hasta desembocar en el río Tercero.

Entre los ríos Tercero y Cuarto se encuentran varias corrientes de agua que recorren las vastas llanuras, aparentemente sin dirección fija y se esparcen en cañadas o bañados.

El río Quinto nace en las sierras de San Luis. Es el más pobre en cuanto a caudal de corriente, pues los arroyos que vienen de la sierra, al bajar a la llanura, son absorbidos por la excesiva porosidad del subsuelo, o se esparcen formando anchas y pastosas cañadas, que concluyen por desaparecer en las suaves ondulaciones de la Pampa.

Resumen. — Como revisión de esta clase, repártase a los alumnos una hoja cuadrilátera, en la cual se hallará trazado de antemano, el croquis de la provincia de Córdoba, para que vayan situando, con lápices de color, las sierras y ríos estudiados, con sus nombres correspondientes.

GRADOS SUPERIORES

Geografía

Impresiones de un viaje a las sierras de Córdoba. — Aprovechando las vacaciones de invierno, varios alumnos se trasladaron a Capilla del Monte, acompañados por su maestro, y anotaron las impresiones de su viaje. He aquí lo que uno de ellos leyó a sus compañeros de clase, cuando terminaron sus vacaciones:

"Salimos de Retiro a las 7.45 del día 11 de julio, tomando el ferrocarril Central Argentino, que nos dejó en la ciudad de Córdoba a las 8.45 de la mañana siguiente.

Poco puedo decir de ese trayecto, pues, ni bien embarcados, pasamos al coche comedor para cenar, e inmediatamente nos acostamos, despertando poco antes de llegar a la ciudad de Córdoba.

Al bajar en la gran estación de esa ciudad, ya se encontraba en el andén el tren que debía conducirnos a las sierras. Es el ferrocarril del Estado, y se caracteriza por ser de trocha angosta, lo cual significa que la distancia entre los rieles es de un metro.

Instalados en el vagón correspondiente, nos pusimos en marcha a las 9 menos cuarto.

Un sol radiante entraba por las ventanillas dondes nos asomamos dispuestos a no perder detalle del camino.

A poco de andar se detuvo el tren en La Calera, población donde existen grandes hornos de cal para extraer ese producto de la *piedra caliza,* muy abundante en la región.

El maestro nos advirtió que las canteras más importantes y famosas son las de Malagueño, situadas a 20 kilómetros al oeste de la ciudad de Córdoba y unidas a ésta por una línea férrea, cuyo objeto exclusivo lo constituye el transporte del mineral, que, generalmente, se llama "piedra de cal".

Vimos a lo lejos muchos trabajadores arrancando piedra con picos y oímos detonaciones, precedidas de unas columnitas de humo. Se nos explicó que eran producidas por la dinamita empleada para hacer saltar la piedra, pues el trabajo de pico es lento y penoso.

A los lados de la vía se alineaban muchos vagones y zorras cargados de caliza, esperando transporte.

Más adelante nos sorprendió un hecho. Encendieron las luces en todos los coches, a pesar del sol magnífico de esa mañana. El maestro sonreía ante nuestro asombro, pero nada nos dijo. Creímos que algún desperfecto en la electricidad ocasionaba esa circunstancia, cuando, de pronto, penetramos en la obscuridad. Pasábamos por un túnel abierto en las rocas, y, como era el primero que yo había visto, me impresionó bastante. Salimos de nuevo a la luz, se apagó la electricidad y quedamos comentando el suceso. Anoté el lugar exacto de ese túnel. Está situado entre las estaciones Cassafousth y Enrique S. Zárate.

Pronto nos distrajo de estas observaciones el maravilloso espectáculo del río Primero. Desde La Calera hasta el lago de San Roque, el tren marcha bordeando la orilla de este hermosísimo río, cuyas aguas, de sin igual transparencia, reflejan toda la profusa cantidad de árboles y plantas que crecen junto a su cauce.

Piedras de formas caprichosas parecen puestas para detener la límpida corriente que pasa por ellas cubriéndolas de espuma.

Cada paso que avanzamos es un nuevo cuadro ofrecido por los árboles, de tronco aprisionado por enredaderas, y de cuyas ramas penden plantas parásitas caprichosas de forma y de matiz, como si fueran racimos floridos.

Numerosas islitas dan asilo a variedad de patos y aves acuáticas, que anidan en los matorrales de la orilla.

Y siempre las sierras como fondo de este panorama que no puede ser descripto ni pintado.

Si por un momento apartamos los ojos del río para mirar por la ventanilla del lado opuesto, nos sobrecoge el espanto. La sierra se corta a pico sobre la vía y las rocas enormes parecen amenazarnos con su caída. ¡Tan inclinadas se hallan, que la catástrofe debe ser inminente! La congoja me hace cerrar los ojos.

Sin duda, el maestro advierte mi angustia, pues siento su mano en el hombro y oigo su voz tranquila, asegurarnos que, esas piedras, pueden estar durante siglos en idéntica posición. Respiro.

El espectáculo del río serpenteando entre piedras y árboles se prolonga hasta llegar al Lago. Es ésta una gran extensión de agua, artificialmente detenida allí para surtir de agua a la ciudad de Córdoba y que puede compararse en belleza a los lagos más pintorescos. Está formado por los ríos Cosquín y San Roque, circundado por sierras, sus aguas límpidas retratan el azul del cielo y la multicolor diversidad de plantas y de piedras agrupadas en sus inmediaciones. A su orilla, y junto a la vía, se ha formado una playita de arena, que aviva en nosotros el impulso de bajarnos hasta ella. Pero el tren sigue su marcha penosa y lenta de ascensión, subiendo en pronunciadas curvas que nos entretenemos en seguir, mirando la locomotora.

Momentos antes, hemos pasado por el dique de San Roque, monumental obra hidráulica, que sirve para embalsar las aguas del río Primero. El volumen de agua embalsado por el dique es de doscientos sesenta millones de metros cúbicos. El maestro asegura que no hay en el mundo dique que represe tan enorme cantidad de agua. Surte agua a la ciudad de Córdoba y asegura el riego de una vasta región. Un tubo central de descarga y dos compuertas laterales, dan paso, a través del muro, a las aguas almacenadas en el lago de San Roque. La plataforma del dique se encuentra exactamente a la altura del nivel a que deben llegar las aguas detrás de aquél, disposición adoptada con el objeto de asegurar el libre paso del agua por

(Continúa en la pág. 164)

Mina Clavero

Por M. GOMEZ CORTES

ENTRE las sierras de Achala y de Pocho, encajonada en un hermosísimo valle, se encuentra Mina Clavero, pequeña y apacible población cercana a Brochero. Por su clima ideal en toda época del año; por sus salutíferas aguas y por su espléndida ubicación, tiene bien ganada su difundida fama. Casi totalmente rodeada por las estribaciones de las sierras de Achala y de Pocho, fácil le es al excursionista gozar desde cualquier sitio del valle la visión de un soberbio panorama, que aún se engrandece más al trepar por las circundantes laderas pobladas de seculares algarrobos, talas, espinillos, cocos y otros representantes de la flora serrana. Desde lo alto de las sierras se precipitan zigzagueando infinidad de pequeños torrentes que decoran con su animada y rutilante franja la obscura mole serrana.





Un paisaje pintoresco en Mina Clavero.



Baño del Fénix Hotel, en el río Mina Clavero.

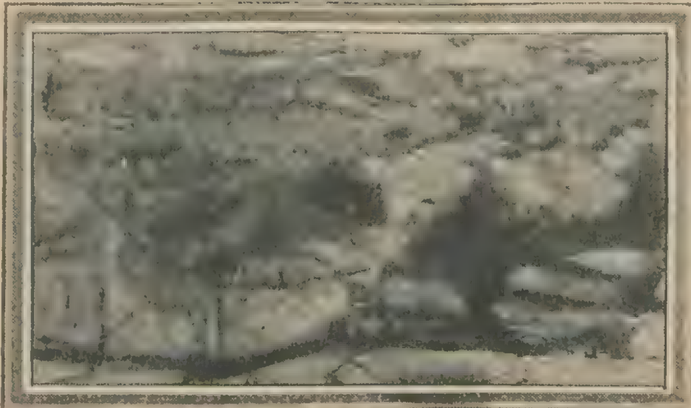


Mina Clavero se halla a novecientos metros sobre el nivel del mar, y las sierras de Achala y de Pocho a dos mil doscientos y mil trescientos respectivamente. Para ir en auto de Córdoba a Mina Clavero es menester cruzar la llamada Pampa de Achala, cuya serena amplitud ofrece un descanso al espíritu conmovido aún por la espectacular ascensión que se inicia en Carlos Paz.

Ya en la Pampa de Achala, y a dos mil metros de altura, un airecillo fresco se nos mete en los pulmones mientras nuestros ojos contemplan en el altiplano las majadas de ovejas cuya albura nimba la húmeda y verdosa alfombra. El descenso hasta llegar casi a Mina Clavero se realiza por un camino fragoso, no desprovisto de particular belleza, que se torna más risueño al aproximarse a la población.

Decir que en Mina Clavero son varios los buenos hoteles que existen, dar cuenta de que allí hay varias casas de comercio bien surtidas, y que el correo distribuye la correspondencia dos veces al día, es repetir lo que ya muchos saben y la mayoría presuponen.

Corresponde, en cambio, informar, porque no otra cosa se pretende con este apunte, que entre las sierras vecinas a Mina Clavero abundan los lugares agrestes en los cuales la naturaleza ha prodigado sus dones a manos llenas. Por su belleza pueden ci-



FOTOS DE COSTI

Uno de los impresionantes panoramas serranos de Mina Clavero.

tarse como sitios dignos de ser visitados, "El Bosque Alegre", "La Primavera", "El Encanto", "La Gloria", "La Aguada de Clavero" y el apartado rincón de "La Niña Paula", donde la tal niña, añosa criolla de pura cepa, prepara a sus visitantes sabrosos dulces y jaleas serranas. Por otro lado, en cualquiera de los sitios indicados, no faltan los lugareños, hombres y mujeres de un mirar plácido y de pocas palabras, que ofrecen, si la hora es oportuna y hay quien lo desee, la magnífica ocasión de saborear un cabrito al asador.

Pero nada es comparable al camino que conduce de Mina Clavero a Yacanto y Villa Dolores. De la primera población se va a estas dos últimas por un sendero maravilloso a cuyos lados se extienden grandes viñedos y plantaciones de árboles frutales. Los cincuenta kilómetros que aproximadamente tiene el camino, se recorren bajo la celosa guardia del Champaquí, impresionante sierra de tres mil metros de altura, que, al atardecer, ofrece al sol majestuoso escenario para ensayar la más fantástica e indescriptible decoración. Las verdes praderas y los tupidos bosques llegan ondulantes hasta los pies del gigante, que, enternecido, deja caer por entre sus pétreas arrugas el fecundizante riego. Por entre el follaje se asoman también al camino, alegres pueblecillos serranos, brindando la eglógica gracia de sus blancos y limpios ranchitos. Estos caseríos se mantienen libres de todo afán modernizante, y hay purísimo goce en contemplarlos sumidos en poética y campesina modorra. Tienen, además, nombres sencillos y apropiados, que no recuerdan feroces batallas, ni hablan de próceres, ni rememoran el impronunciable apellido de algún ingeniero yugoeslavo. Pequeñuelos y humildes, cuadra muy bien que tengan estos bonitos nombres: "Nono", "Las Rabonas", "Hornillos", "Los Pozos", "Las Rosas", y "Las Tapias". Por fugaz que haya sido nuestra visita, al alejarnos, pronto nos percatamos que algo de su rústica simplicidad se nos ha quedado adentro, purificando el alma.

A doce kilómetros de Mina Clavero se halla la inmensa altiplanicie llamada la Pampa de Pocho, que tiene una extensión aproximada a dosciental mil hectáreas. En sus ubérrimas tierras grupos de palmeras ponen la nota exótica, y sólo falta la presencia de algunos veloces antílopes para que uno crea, sin mayor esfuerzo, hallarse en plena región africana. Y para el que guste contemplar el legado místico de otras épocas y sorprender lo que aún queda por aquellos lares de una histórica arquitectura, hay varias capillas centenarias como la de Pocho, Palma, Ambul y Panaholma. Todo ello sin olvidar que antes de llegar a la pampa, se ha debido pasar por Villa de Tránsito, que hoy se llama Brochero, recordando al cura campechano que, hace más de medio siglo, emponchado y con espuelas, trepaba sierras cabalgando en su "macho malacara", para enderezar vidas y conquistar almas para el Señor. En Brochero abundan las pruebas de su fervor religioso.

Volviendo a Mina Clavero, diremos que el río que da nombre al pueblecillo veraniego nace en la pintoresca ladera oeste de las sierras de Achala. "Los Chorros" se llaman las vertientes que dejan caer sus cristalinas aguas entre peñascos y helechos, desde una altura de ochenta metros. Presuroso y alegre se desliza luego entre macizos de piedra, recibiendo a su paso el caudal de varios afluentes, para llegar engrandecido a la localidad que lleva su nombre y hermanarse allí con el río Panaholma, dando nacimiento al riacho de Los Sauces. En un trayecto no menor a veinte kilómetros muchos y variados son los encantos que ofrece el río Mina Clavero con sus grutas, con sus pedregosas sinuosidades y con su accidentado cauce, sin olvidar las plantaciones que lo escoltan.

Pero no sólo a sus bellezas naturales debe su merecida fama el río Mina Clavero. La tiene, también, bien ganada, por sus virtudes medicinales. Gracias a su gran desnivel, las aguas se precipitan chocando en su camino continuamente con las rocas, lo que, unido a la influencia que ejercen los potentes rayos ultravioleta del sol serrano, hace que se tornen muy ricas en ozono. Se da por averiguado, además, que estas aguas son hipominerales y semejantes a las de Evian (Francia.)

Finalmente, recordemos que Mina Clavero es una zona propicia para los reumáticos y para los asmáticos, no conviniendo, en cambio, para los que sufren de los pulmones o del corazón. Así lo dicen, por lo menos, los que saben de estas cosas.

Tradiciones cordobesas: "Ché Rey, a vos te toca..."

(Continuación de la pág. 53)

denó detener el convoy, cambiar a los caballos de la dirección de naciente a poniente y reemprender la marcha hacia el centro, en medio de la protesta muda e irónica de guardas y conductores, que, al regreso, se llevaron por delante tres o cuatro tranvías llenos de gente, empleados, posiblemente, muchos de ellos, que iban a almorzar a sus casas... obligándolos a desandar lo andado.

Don Carlos rió a mandíbula batiente de la ocurrencia, y la comentó sabrosamente en su estada en Córdoba y fuera de ella.

Pero, a todo esto, por la prolongada permanencia en la ciudad y por las repetidas excursiones a "Las Rosas", donde el chalet de don Marcos ofrecía mayores atractivos a don Carlos, la confianza entre ambos, Rey y su amable anfitrión, se hacía, por instantes, más íntima y campechana. Resultó entonces algo insólito e imprevisto para el trato diplomático de la alta realeza hispánica. Después de un suculento almuerzo efectuado en el pintoresco chalet de "Las Rosas", don Carlos fué invitado a jugar a la taba. El monarca se excusó, manifestando no disponer en esos momentos de dinero suficiente, atento a la forma en que él había presenciado días antes cómo se dilapidaban los billetes a manos llenas. La excusa fué gentilmente satisfecha y con la buena voluntad de varios de los concurrentes, don Carlos se vió pronto feliz poseedor de una suma no menor de veinte mil pesos, en billetes verdes provinciales de aquella época, la que entregó a su joven secretario, don Ernesto Fernández; reservándose para jugar un exiguo cambio no mayor de seiscientos a setecientos pesos; que él comprometía meticulosamente en apuestas de treinta a cuarenta pesos como máximo, en cada tiro.

Esto parece que le desagradó al anfitrión, quien juzgó aquella actitud muy en desacuerdo con las finezas y atenciones usadas hasta ese momento con el huésped. Entonces don Marcos, no olvidando la magna alcurnia del personaje, y en circunstancias que éste atendía gentilmente a una dama, se le aproximó risueño y decidor como siempre y, golpeándolo francotamente en la espalda, le dijo:

— *Ché Rey, a vos te toca...*

El pretendiente a la corona de España arrojó su hueso enchapado en parte de oro y decorado de finísimos adornos rococó, marcando por una casualidad la oportuna suerte de la tarde, que le importó varios miles de pesos más, que fueron cuidadosamente guardados por su secretario Fernández, retirándose a poco, ambos, de la animada reunión.

Para el Rey, altivo y heráldico, resultó esta vez a fuer de risueña, pródiga y gentilísima en extremo, la sencilla y cariñosa democracia de la América española.

Al día siguiente don Carlos regresaba a Buenos Aires, para continuar poco después su peregrinación por el mundo.

Octubre de 1930.

La ciudad de piedra y sus leyendas

MEDIO escondida en las pintorescas montañas de Edom, al sur del famoso mar Muerto, yace convertida en ruinas la ciudad de Petra, conjunto imponente de edificios suntuosos tallados en la roca viva, artística serie de templos y palacios junto a la de Roma, la Acrópolis de Atenas, las Pirámides y los admirables templos que, como postrer recuerdo cual se empequeñecen y pierden interés el Coliseo del Egipto faraónico, se extienden a lo largo de las márgenes del histórico y misterioso Nilo.

Guadi Musa, el Valle de Moisés llaman hoy los árabes al sitio donde se encuentran estas ruinas, y el nombre trae a la memoria el interés bíblico de aquel lugar.

Petra, en efecto, como tantas otras ciudades del Asia Menor, desempeña su papel en las Sagradas Escrituras. Unas veces bajo el nombre de Sela, y otras con el de Jokteel, menciónasela diferentes veces, la primera en el libro de los Jueces y la última en profecías que datan por lo menos de siete centurias antes de nuestra Era. Capital entonces de la Ydumea, trescientos años después pasó a poder de los nebateos, para quienes Petra fué lo que Roma para el pueblo romano y Jerusalén para los judíos.



El Palacio del tesoro de Faraón.

Del poder y grandeza de Petra en aquellos tiempos puede dar idea el hecho de que, en los últimos días de la independencia judaica, su rey salió al frente de cincuenta mil hombres, entre infantes y jinetes, entró en Jerusalén, puso sitio al templo y no se retiró hasta que le obligó a hacerlo el avance del ejército romano. Durante el reinado de Trajano, el año 106 de la Era Cristiana, pasó Petra a poder del imperio romano, y a la decadencia de ésta fué abandonada, no sólo por sus poseedores, sino por todo el mundo, quedando relegada al más completo olvido.

Más de mil años transcurrieron sin que el orbe civilizado tuviera la menor noticia de la existencia de sus ruinas.

Sin género alguno de duda, de todas las ciudades antiguas cuyas ruinas han llegado hasta nosotros, es Petra la más extraordinaria. Sus templos, sus palacios, no están edificados de ladrillo ni de piedra; en sus muros y en sus columnas no han entrado las maderas preciosas ni los ricos metales.



La urna gigantesca.

Todo ello, por el contrario, está tallado en la roca, en los flancos de las montañas. Los interiores, detrás de las fachadas artísticamente esculpidas, no son realmente sino cuevas cuadradas, que no reciben otra luz que la que penetra por las puertas. Lo extraño de estos edificios, abiertos en la peña a golpe de cincel, lo aumentan los singulares y variados matices de las rocas en que se ha tallado la ciudad entera.

Es realmente imposible describir la profusión y brillantez de los colores que en Petra ofrece la arenisca. El rojo, el morado, el azul celeste, el negro y el blanco aparecen alternando en gruesos estratos, o mezclados entre sí formando extrañas combinaciones que, fuera de allí, sólo podrían encontrarse en el plumaje de algunas aves, o en el firmamento iluminado por los policromos resplandores del sol poniente. El morado, variando desde el cárdeno al lila; el blanco, frecuentemente veteado de rojo o de azul, y el color de rosa fuerte, son los tonos más frecuentes después del amarillo propio de la arenisca.

Pero el amarillo de Petra no es el que esta piedra ofrece en otras partes, sino un amarillo tan vivo como el del azafrán. Es difícil imaginar, pero todavía más difícil describir, el efecto de las columnas graciosamente esculpidas y de los frontispicios cubiertos de relieves, en este material tan caprichosamente coloreado.

Una de las cosas más notables de Petra es la entrada de la ciudad. Esta entrada no ha sido hecha por mano de hombres, sino que es obra de la naturaleza.

Es un desfiladero profundo y angosto, una verdadera grieta entre las rocas, lo bastante estrecha en algunos puntos para que por ella quepan apenas dos jinetes de frente. Más de tres kilómetros de largo tiene este pasadizo natural, cuyas paredes de peña se elevan hasta ciento ochenta metros de altura. Sik Guadi Musa le llaman los árabes, para los cuales es un hecho indiscutible que esta grieta fué la que Moisés abrió con su prodigiosa vara cuando apagó en medio del desierto la sed del pueblo hebreo.

Todavía se ven en ella fragmentos de grandes losas, restos del pavimento que debió tener cuando reyes poderosos desfilaban por aquella estrecha fisura al frente de sus ejércitos, y caravanas llegadas de la costa traían a la ciudad las ricas telas de Tiro, las especias y maderas de la que hoy es la Arabia Feliz, los productos todos, en fin, de aquellas ciudades del Oriente que conocían el poderío y la riqueza de Petra y tenían interés en sostener con ella un activo comercio.

(Continúa en la pág. 164)

Una visita al dique de San Roque

Por

ANIBAL ALBO

ESTAMOS en la ciudad de Córdoba, la Córdoba de los conventos y las iglesias, ciudad de grandes llanuras y de elevadas sierras, de hermosísimos paisajes, de múltiples arroyos y ríos, de pintorescos contornos, la ciudad docta, de alma profunda, colonial y moderna, que se transforma y embellece a grandes pasos.

Abandonamos el hotel muy temprano y nos dirigimos a la estación del ferrocarril. Ni una chispa diamantina desprendida de las últimas estrellas titila galana en lo alto. La claridad matinal con sus billones de hilos de cristal, tamizados por la infinidad del espacio, ha echado todo, allá lejos, atrás de su potente luminosidad.



FOTOGRAFÍA DE CESAR NICONI

Vista panorámica del lago dique San Roque. En primer término, el dique. A la derecha se percibe el pequeño ferrocarril del Estado, de trocha angosta, que de Cruz del Eje se dirige a Córdoba, bordeando hasta La Calera la pintoresca orilla del río Primero.



Fotografía del muro de contención y compuertas del dique San Roque.

FOTO DE ARTURO FRANCISCO

La brisa mañanera nos acaricia, y su tenue frescura, vitalizada con el dorado polvillo del sol que asciende lentamente en el horizonte, nos reconforta. El tañido onduloso de las campanas, como túnica sutil, invisible, llega a nosotros, nos envuelve y penetra nuestras almas. Algo misterioso nos ha invadido y presentimos un más allá de lo humano. ¡Qué poder tienen estos bronces para sobrecogernos y hacernos meditar!

Pero es temprano todavía, hay que esperar más de tres horas la salida del tren. Nos alejamos de la estación y tomamos un tranvía, otro... Recorremos San Vicente, San Martín, General Paz.. Decididamente, Córdoba se agranda, se extiende...

La locomotora da un silbato y se pone en marcha arrastrando más de media cuadra de vagones. Es un silbato de anchas résonancias, casi sentimental, que difiere del de otras locomotoras, y el tren con su monótono ruido metálico se desliza en sus angostos hilos de hierro.

La mañana es clara y agradable. El sol pica y nos obliga a buscar el lado de las sombras.

A corto trecho de la estación, una nota pintoresca nos llena de satisfacción y de evocaciones pretéritas. De unas lomitas arbustadas, un chiquitín montado en un borrico, en cuyos lados cuelgan dos grandes tarros de lata, abriendo y cerrando las piernas para apurar al animal, baja a gran galope para surtirse de agua de una canilla que sirve de fuente al lado mismo de la calle.



FOTO TERNENGO

Obras de defensa que se ejecutaron en el dique San Roque para impedir que el muro de contención cediera a la presión de las aguas.

EN PLENA SIERRA

EL tren, resoplando, sigue su marcha, y van pasando extensiones de maizales verdegueantes, quintas de árboles frutales, largas hileras de álamos, tupidos sauces barriendo el suelo con sus ramas hojosas agitadas por el viento, estaciones en cuyas proximidades muestran grandes hornos de cal, de aspectos fatigados por la conversión de tantas moles de piedras de las sierras en el blanco producto de los muros.

Nos asomamos por la ventanilla del coche y vemos erguirse, poniendo grandes manchas en el horizonte, colinas y cerros superpuestos, escalonados que parecen levantar sus ásperos lomos en ímpetus retantes y bajarlos como colosos sumisos.

La perspectiva nos parece lejana, sin embargo, nos equivocamos. No hemos andado mucho, las ruedas de los vagones rechinan, los frenos pretenden detenerlas; es que se ha precipitado por una pendiente, ha entrado en el laberinto de gibas, alfombradas de verde, ufanas de sus elevaciones y de sus bellezas admirables, edificadas allí por la eternidad del tiempo para zócalo de la bóveda del cielo.

Ahora, estos monstruos milenarios los tenemos a los lados, adelante, en todas partes... Pero, el tren siempre avanza. Cambiamos de rumbo y enfilamos hacia el dique de San Roque: el paisaje se renueva de continuo y el peligro parece acecharnos. El camino es angosto y sinuoso, construído al pie de los cerros y en el borde de precipicios, en cuyos fondos corre el agua del río, ruidosa y saltarina, embistiendo grandes piedras, en espumosas cascadas, en pequeños remolinos, y, a veces, serena y tranquila como extenuada de tantos embates.

La locomotora jadea más que nunca y, en un esfuerzo, digno de su nombre, sigue arrastrando el encadenamiento de vagones, serpenteando por los flancos de los cerros como una gran boa, y por momento, como sintiéndose herida en medio del cuerpo, se curva con intenciones de llevar la cabeza a la parte dolorida y observar su mal.

Asomados a la ventanilla, tenemos que esforzarnos para que nuestra vista alcance a abarcar los picos de las sierras y los fondos de las quebradas. Es una algarabía de crestas, una rebelión enfurecida de cíclopes despedazados a grandes hachazos en la lucha continuada con el tiempo y el espacio.

En uno de sus serpeos, el monstruo disparador, echando cendales de humo que se despedazan y ensucian la claridad diáfana del cielo y silbando, cuyos ecos ruedan por las montañas, se retuerce a la izquierda para doblar a la derecha, inquieto, vertiginoso, palpitante, como ansioso de haber llegado y penetra en la boca de una gran cueva. Tenemos una sensación extraña, todo se ha obscurecido; de pronto, una luz artificial nos hace distinguir a los unos de los otros; el hermosísimo espectáculo de la serranía ha desapare- (Continúa en la pág. 168)

"NUEVA CORDOBA"



El juego de té

Cuento serrano

Por JAIME CRUZ

HACIENDO un gran esfuerzo, debido a la distancia que había del estribo al andén, el caballero británico descendió en la estación del pueblito serrano. Zumbábale aún en el cerebro el ruido de las ruedas en la unión de los rieles, y todavía se le antojaba que el paisaje, huidizo y para él borroso, desfilaba del otro lado de la ventanilla. Tosió un poco mareado, se apoyó en su bastón de guindo y lanzó una mirada circular. En el fondo de sus ojos, ojos como de bruma, puramente sajones, el espectáculo de la sierra se perfiló luminoso y preciso y provocó una fina explosión de puntitos dorados. Pero no fué sino un instante. La interior niebla nórdica esfumó con sus lápices grises el vital júbilo del panorama, y en las pupilas resignadas se opacó de nuevo la idea fija de la enfermedad.

No obstante, sintió unos deseos furiosos de encender su pipa y de sumar al azul infinito que lo rodeaba por todas partes el humo de su tabaco. Su mano angulosa palpó con fruición la tabaquera de cuero. Quería fumar y quería vivir. Sintió que el aire libre le ensanchaba los pulmones y que una agradable laxitud se adueñaba de él. Quería vivir y quería fumar.

La voz del changador que tenía sus valijas lo distrajo de tales reflexiones:

—¿El señor va a la pensión? —preguntaba.

—No sé. ¿No hay hotel aquí?...

—No. Hay una pensión, pero creo que está llena de gente... Quizá no tengan cama para el señor.

—Vamos.

Echaron a andar. El sol de la tarde recortaba sus sombras en las pizarras del suelo, prolongándolas desmesuradamente. El señor empezó a fatigarse y poco a poco se apagó la chispa de optimismo que intentaba iluminar su pesadumbre. Volvió a sentirse el condenado a muerte que había salido de Buenos Aires dos días antes.

Comprendió que su llegada a aquellos parajes sólo serviría para prolongar por un tiempo sus horas y experimentó unos agudos, unos feroces deseos de vivir.

Encendió al fin su pipa. El médico no le había prohibido totalmente el tabaco y era un consuelo, en medio de todo, el poder coronarse, de cuando en cuando, con el humo perfumado. Repasó su vida. Londres, la lejana, con su pálido sol y su río ilustre y terroso. El mar inmenso, luego. Y, por último, Buenos Aires, la ciudad nueva. Había vivido siempre solo, hurañamente. Perdió a sus padres cuando aún era muy joven y emigró hacia otras tierras... Trabajó. Trabajó hasta que un día se sintió herido del mal terrible que lo aquejaba. Sólo entonces se le ocurrió pensar que no había amado nunca a ninguna mujer y a este pensamiento algo se estremeció en el fondo de su frialdad nativa. Pero reaccionó, quiso aturdirse y se entregó a una vida desordenada, ansioso de vivir.

Vencido al fin acudió a la ciencia. Y la ciencia fué inexorable.

—Tiene usted que irse a las sierras de Córdoba —le dijo el médico que lo auscultó. —Y cuanto antes. Haga una vida sana. Aliméntese bien, fume y beba poco...

Y allí estaba él ahora, mirando cómo su sombra danzaba en el piso de pizarra y cómo el humo de su pipa se desvanecía a impulsos del aire tónico de la serranía.

—Es aquí —dijo el changador, llamando a una puerta.

Abrió una mujer de mejillas rojas y brazos desnudos.

—¿Habitación?... No tengo... —exclamó.

—Pero...

—Sólo tengo una en que hay una enferma gravísima. Es una habitación grande y aircada, con dos camas... Si usted quiere...

La flema británica no le impidió al hombre sorprenderse. ¿Cómo era posible que se le propusiera semejante cosa?...

—Señora —balbuceó. —Yo pagare lo que me pidan, pero deseo una habitación para mí solo...

—Pues lo lamento, pero no puedo servirlo.

—¿Y no hay aquí otra casa donde poder tomar hospedaje?...

—No. Esta es la única pensión del lugar.

El recién llegado pensó en la enferma gravísima de la habitación con dos camas y una suave piedad se apoderó de él.

—Estará agonizando —pensó.

Y la suave piedad se convirtió repentinamente en un enorme cansancio. La fatiga, la fatiga que venía persiguiéndole hacía tantos días, se le presentó entonces más brutal que nunca, como celosa del aire puro con que quería vencérsele. Se enjugó el hombre la frente en que el sudor trazaba helados caminillos y preguntó con un soplo de voz:

—¿Es muy anciana la señora enferma?...

—Es señorita y joven. Llegó muy mal hace ya tiempo y no ha mejorado

nada la pobre. Sus padres murieron del mismo mal que ella padece. Lo heredó, ¿sabe?... Yo creo que podía usted ocupar la otra cama de su habitación sin escrúpulos de ninguna clase. Casi puedo asegurarle que la enferma se alegrará de tener un compañero con quien conversar en sus últimos días...

—¿Y no podría verla, primero? —inquirió él.

La dama de las mejillas rojas y los brazos desnudos guió al caballero británico a través de un corredor y empujó una puerta:

—Pase —dijo.

Entraron a una habitación amplia, clara y limpia, que olía a remedios. Había allí dos camas, efectivamente, y una de ellas estaba ocupada por una mujer que parecía dormir y cuyas facciones se perfilaban vivamente bajo la explosión de sol que entraba por dos grandes ventanas. No era fea, a pesar de su extraordinaria flacura y de su absoluta palidez. Sus largas pestañas se combaban sedosas, sobre las hondas ojeras, y ceníale la boca un rictus en que la amargura no podía vencer del todo a la juventud. El caballero británico la contempló unos segundos y luego, tan fatigado como resuelto, dijo:

—No puede ser.

La enferma abrió los ojos —ojos negrísimos y enormes —y los fijó en los circunstantes...

—¿Otro doctor?... —preguntó.

—Este... no, querida —repuso la dueña de casa. —Es que el señor quería una habitación y como no tenía nada que ofrecerle a no ser la cama que hay aquí desocupada, se la estaba haciendo ver...

La enferma miró al señor con ojos profundos de dulzura. No parecía sorprendida por la proposición que acabada de oír. Se concretó a preguntar:

—¿El señor también está enfermo?...

—Muy enfermo —contestó él. —Pero no aceptaré el quedarme aquí. No puedo aceptarlo decorosamente.

—¿Y adónde irá usted?...

La pregunta fué hecha sin intención por la señora de las mejillas rojas y los brazos desnudos. Era cierto. ¿Adónde iría él?...

—Siéntese por lo menos y reflexione. Aun es temprano y tiene usted tiempo para resolver algo...

Se dejó caer en un sillón. Estaba agobiado y no sabía qué pensar. Cambió entonces una mirada con la enferma. Fué una larga mirada, llena de recíproca piedad y que, sin embargo, quería aparecer inexpresiva. La mujer se arregló los cabellos en las sienes. Él jugó con su bastón de guindo.

—Por mí no vacile usted, señor —murmuró al fin la joven. —Esta es una buena casa en que a uno le tratan excelentemente... Quédese... —y en voz más clara, como comprendiendo la situación embarazosa de su interlocutor, agregó: —Total...

Total... El hombre entendió perfectamente todo lo que quería significar esa vaga palabra. Nada de particular tenía, en verdad, que dos moribundos, hombre y mujer, durmieran en la misma habitación... Total...

Se irguió lentamente. Le echó un rápido vistazo a la cama vacía, cuyas limpias sábanas parecían invitar al descanso, y vaciló un instante. Por último vencieron sus escrúpulos:

—Es inútil, no puedo —dijo desesperadamente. —Muchas gracias de todas maneras...

Y, paso a paso, con pies que parecían de plomo, abandonó la habitación.

En brevísimos segundos volvió a repasar toda su vida. Nunca se había perfilado la mujer en su camino, nunca había él querido a ninguna mujer. Pensando esto llegó a la puerta. Su fatiga recibió allí la poderosa ofensa del sol y se detuvo, irresoluto... después la idea salvadora germinó y giró vertiginosamente en sus pensamientos. Sí. Era la solución. La solución decorosa y lógica. Porque total...

—Señora —dijo volviéndose hacia la dueña de casa: —aceptaré gustoso el hospedaje que se me ofrece siempre que quiera hacerme usted un favor. Desearía que le preguntara usted a la señorita enferma si tiene algún inconveniente en ser la esposa de un súbdito británico, en muy mal estado de salud y con precarios medios de fortuna. Sólo en caso afirmativo aceptaré compartir una habitación con ella...

La dama de las mejillas rojas y los brazos desnudos estuvo a punto de largar una sonora carcajada cuando él dejó de hablar y se quedó jadeante, esperando una respuesta. Pero no lo hizo, porque era tal la expresión de energía y de tristeza que reflejaban las facciones del forastero, que ella, mujer al fin, se sintió conmovida. Comprendió la tragedia de aquel hombre y, sin decir palabra, desapareció por el corredor.

Minutos más tarde regresó; traía los ojos chispeantes y sonreía:

—La señorita —dijo —se siente muy honrada por su proposición y desde luego la acepta, rogándole que pase a su habitación a conversar con ella.

Un hondo suspiro brotó del pecho del hombre. El caballero británico estaba satisfecho del paso que acababa de dar. Y el sol de afuera iluminó por un momento su compacta bruma interior...

La ceremonia matrimonial se celebró esa misma tarde. El cura fué llamado urgentemente y antes del té, la señorita enferma era la señora del forastero que acababa de llegar en busca de salud.

Cuando quedaron solos, empezaba a cerrar la noche. La ceniza de la tarde serrana dorábase a lo lejos en la última luz que parecía surgir del perfil mismo de la montaña. Una calma beatífica lo envolvía todo. Y fué entonces, después de casado, cuando en la penumbra de la habitación, casi se declaró a la que ya era su esposa. Voló la confidencia de corazón a corazón. La seguridad de que el mal que los aquejaba era incurable oprimió firmemente el nudo que acabada de unirlos y esa noche, cada uno en su lecho, sintió el dulce ahogo del noviazgo y suspendió la trama del sueño de un hilo de luna que se colaba por la ventana.

Lo primero que hace un caballero cuando se casa es participar la noticia a sus relaciones. Nuestro personaje no escapó a la regla y al día siguiente de su matrimonio escribió a algunos parientes que tenía en Inglaterra y a su único amigo íntimo, míster XXX, comerciante, radicado para aquel entonces en Pekín. Cumplida esta formalidad se concretó a gozar de la mejor manera posible los últimos meses que le quedaban de vida.

Pero he aquí que el matrimonio obró un efecto saludable tanto en él como en su esposa. Esta, sobre todo, mejoró en tal forma que quince días después abandonó el lecho. Pudieron así, dar largos paseos por los parajes vecinos. Gozaron de los admirables panoramas de la serranía y se emborracharon con el aire generoso de oxígeno en que la peperina y el tomillo volcaban su aroma dulce. Hiciéronse amigos de los algarrobos y los helechos. Reposaron bajo la sombra de los cocos. Y a veces,

(Continúa en la pág. 146)

Los últimos modelos



Vestido toile de soie rayado, cinturón cuero blanco.

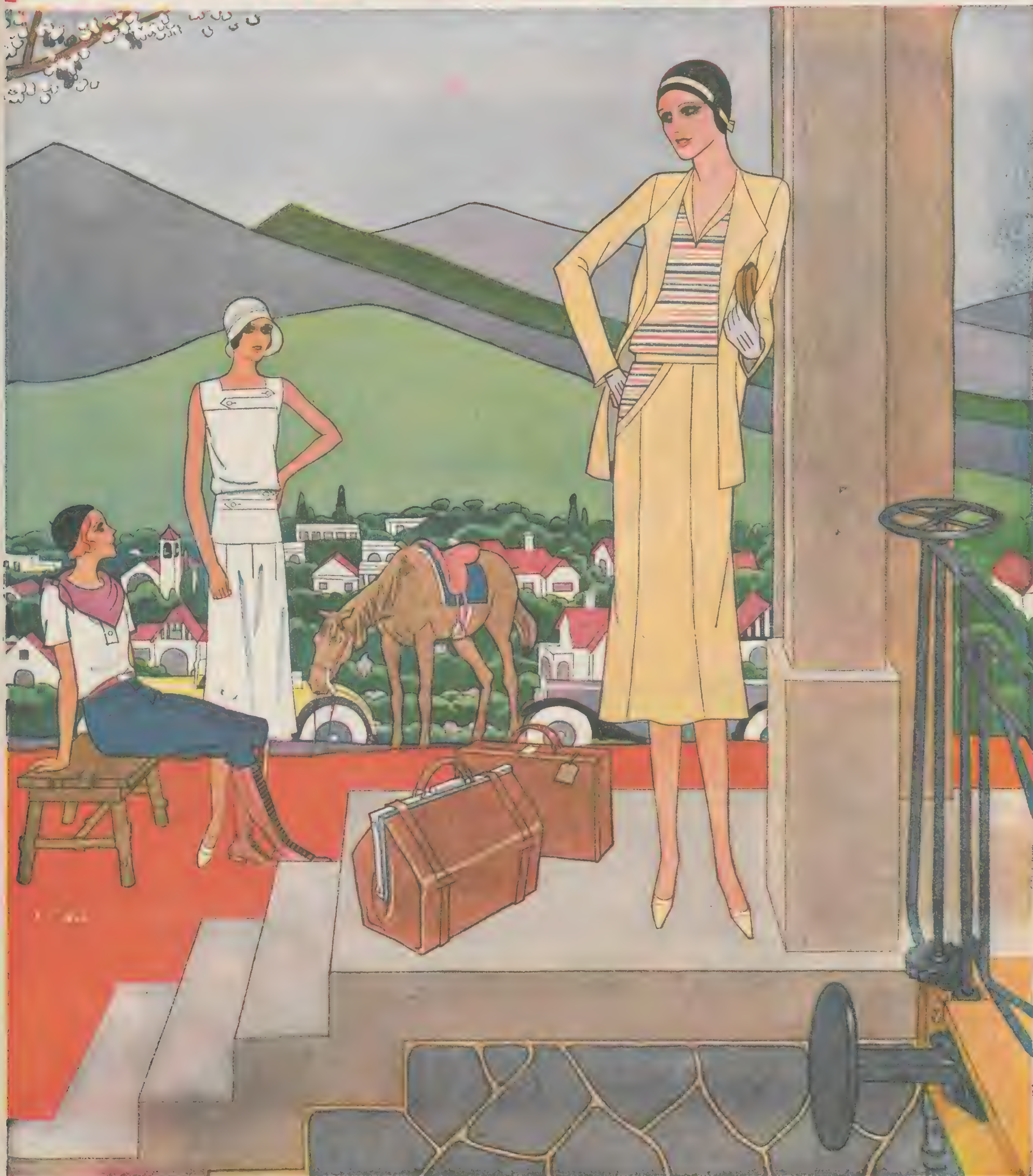
Elegante vestido jersey, saco de tweed en el tono.

Ensemble jersey mauve, blusa del mismo, en amarillo.

Pollera y echarpe de tweed, saco de gamuza, cinturón cuero colorado.

para las Sierras

Dibujo de Manuel Fintos Rosas



Breech de gabardina azul, blusa de crêpe de Chine blanco, pañuelo del mismo.

Original modelo de dos piezas, en crêpe mongol blanco.

Tailleur de toussor amarillo, blusa seda bayadère.

Para la gente menuda

Por LA ABUELITA

UNA BUENA ACCIÓN

Aprovechando la hermosa mañana, Julio pidió permiso para dar un paseo por el campo.

El sol brillaba en el cielo y las últimas gotas del rocío desaparecían entre las hojas y las hierbas.

Julio caminaba con paso apresurado, para combatir el fresco de la mañana y sentía bajo sus pies la suave alfombra de la pradera.

Repentinamente se detuvo. Acababa de oír un débil quejido. Escuchó un instante, buscando con los ojos a su alrededor y no tardó en descubrir a un pichoncito de pájaro que yacía temblando de frío sobre la húmeda hierba.

El pobre animalito se había caído del nido, y como aún no tenía plumas, se moría de frío.

Julio sintió gran compasión por el pichoncito, lo tomó con cuidado y trató de calantarlo entre sus manos.

Entretanto buscaba en los árboles inmediatos el nido de donde cayera el infortunado, no tardando en descubrirle en una rama baja. Cuando el pichón revivió completamente, gracias al calor, subió al árbol y lo puso con cuidado junto a sus hermanitos.

—No grites más, pobre pajarito; estás de nuevo en tu casa y con tu familia—díjole el niño.—Tu mamá, seguramente, te creyó perdido, y grande será su alegría cuando te encuentre sano y salvo.

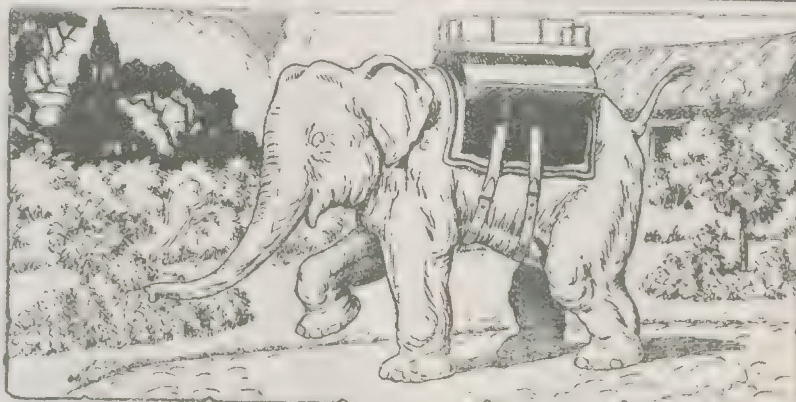
Y Julio siguió luego su camino alegre y contento, pues nada hace tan feliz como el ser bueno, aun cuando sea con un humilde pajarito.

TRES TOROS



Proponer a los amiguitos el siguiente problema de dibujo: representar tres cabezas completas de toros, en forma tal que sólo se necesiten tres cuernos. Cuando se den por vencidos, se les enseñará el grabado.

ESTABA EQUIVOCADO

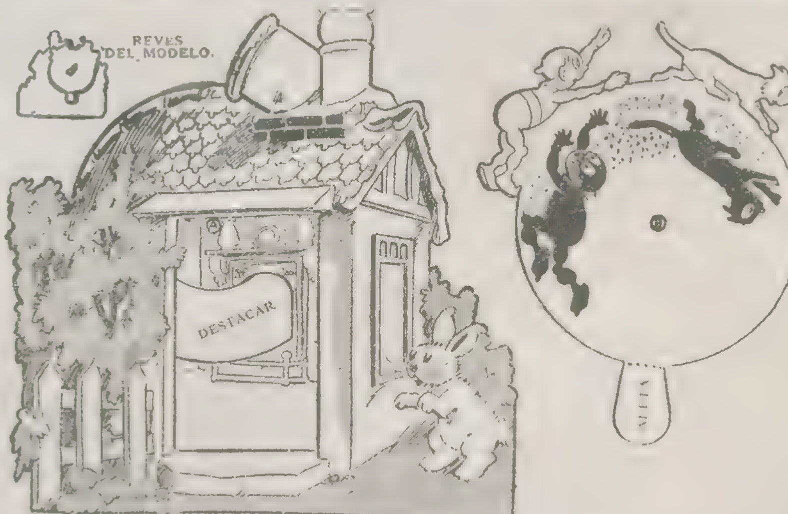


Muy contento estaba esa tarde el elefante adiestrado de cierto zoológico, que lo empleaba para pasear a los niños.

—Ni chicos para llevar ni guardián para vigilarme—se decía el animal.—¡Descansaré en libertad!

Pero se hallaba muy equivocado. Ocho niños esperan su turno de paseo y el guardián no está lejos. ¿Los han descubierto mis nietecitos?

BLANCO Y NEGRO



Recorten mis lectorcitos las dos piezas del modelo y péguenlas sobre cartón. Con la punta del cortaplumas destaquen el espacio marcado en la casa y luego coloquen el disco tras de la misma, haciendo coincidir los puntos *A* y *B*, fijando un broche.

Al mover lateralmente la aleta del disco, verán que las figuras entran blancas en la chimenea y salen negras de hollín.

PARA LA COLECCIÓN



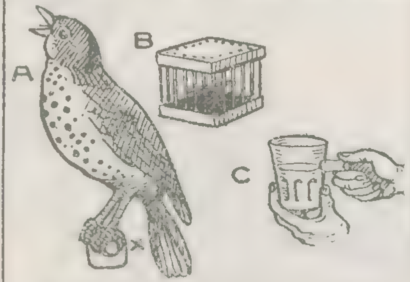
Hipopótamo. — Uno de los cuadrúpedos de mayor tamaño. Vive en los grandes ríos de Asia y de Africa. Los hipopótamos son animales pesados, enormes, que alcanzan hasta cuatro metros de longitud. Su piel es desnuda y muy gruesa. Casi siempre están dentro del agua. El marfil de sus colmillos es más fino que el de los elefantes.

ROMPECABEZAS

Los diez fragmentos en que se divide este rectángulo, deben disponerse convenientemente y pegarse sobre un papel. Se obtiene con ellos la graciosa escena de una carrera original realizada por cerdos.

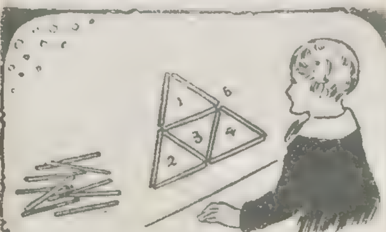


PÁJARO CANTOR



Recorten mis nietecitos el dibujo *A*, después de pegarlo en cartulina, cuidando de abrir el agujerito marcado en la pata. Con una cajita de cartón, doble tamaño del pájaro, se fabrica una jaulita (B), sacando los lados y agujereando el fondo y la tapa para pasar palitos, que forman el enrejado. En el centro se pone un palito transversal donde se inserta el pájaro. Puesto sobre la mesa el juguete, se sienta un niño a su frente y manteniendo oculto un vaso de agua, frota un corcho mojado sobre el vidrio (C) lo cual imita el canto del pajarillo.

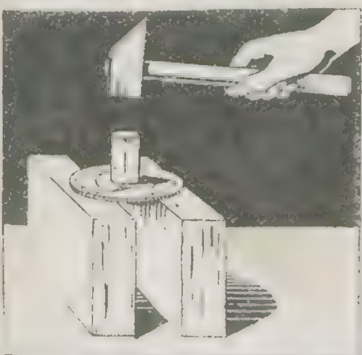
PRUEBA FACIL



Separar nueve fósforos y pedir a los amiguitos que formen con ellos cinco triángulos.

Cuando resulten inútiles sus tentativas, se forman con los fósforos los cuatro triángulos que enseña el grabado. El quinto es el triángulo grande que los encierrra.

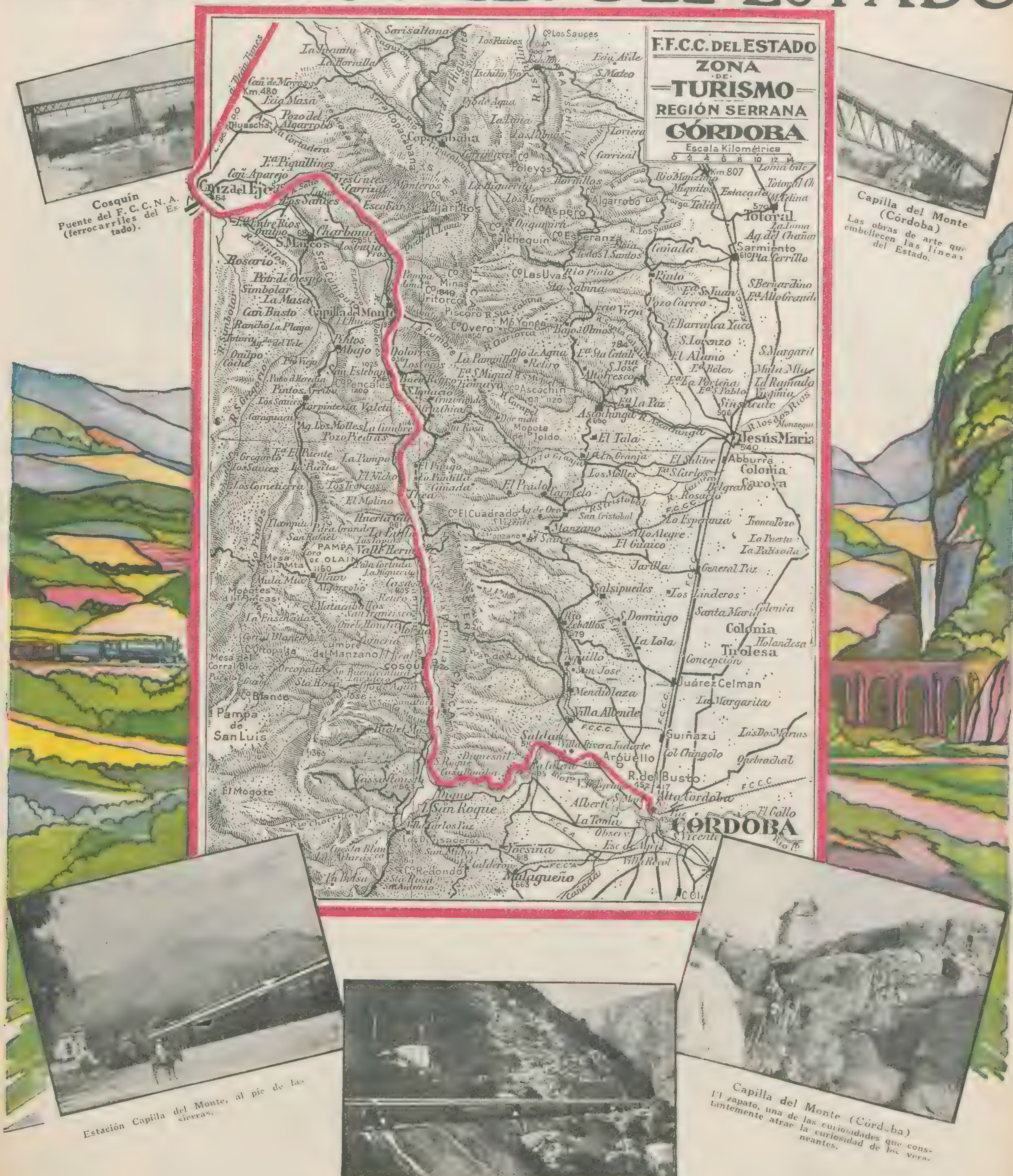
EL COBRE Y LA AGUJA



Pídase a los amiguitos que taladren un cobre de dos centavos con una aguja de coser. Se reirán de la ocurrencia, declarando imposible esa prueba.

Un sencillo artificio la hace factible. Se clava primero la aguja en un corcho que tenga la misma longitud, y así protegida, guiada enteramente por el corcho, resiste sin romperse fuertes martillazos, y se hunde en el metal de la moneda hasta dejarla atravesada.

FERROCARRILES DEL ESTADO



Cosquín
Puente del F.C.C.N.A. (ferrocarriles del Estado).

Capilla del Monte (Córdoba)
Las obras de arte que embellecen las líneas del Estado.

Estación Capilla del Monte, al pie de las sierras.

Los FF. CC. del E. en el dique San Roque
El convoy del Estado faldeando las abruptas serranías en las proximidades del Dique San Roque.

Capilla del Monte (Córdoba)
El zapato, una de las curiosidades que constantemente atrae la curiosidad de los veraneantes.



La tradición del mestizo Bamba, que en el pasado de Córdoba raptó una niña, intimando su idilio en la gruta serrana, que aún lleva su nombre, ha encontrado el poeta que la cante. Ataliva Herrera, que obtuvo el premio nacional por su poema incaico "Las Vírgenes del Sol", ha dado cima a su obra máxima, el poema "Bamba". Labor de vasto aliento, que debe aparecer en breve, de ella han dicho algunos críticos que la conocen que puede ser la "Mireya" argentina. Herrera, tomando el hilo de aquella fábula, ha reconstruído todo Córdoba colonial, exaltando con un colorido extraordinario los usos, costumbres, creencias, tradiciones y leyendas de la vieja ciudad y de la sierra primitiva. Historiadores autorizados, tal monseñor Pablo Cabrera, estiman que esta obra racial es una maravillosa reconstrucción histórica. Anticipamos a nuestros lectores la hermosa primicia, en el fragmento que refiere la muerte del protagonista, estilizada en una conocida leyenda.

La barranca del lorero

Por ATALIVA HERRERA

Arbustos de la cumbre, desolados
En la gruta están Bamba, Magdalena
Y el niño de los ojos apagados.
A los largos pesares resignados,
Rumian en el silencio su honda pena.

Ha llegado otra vez la primavera
Tendiendo por la sierra sus encantos.
Pican los *carpinteros* la madera;
Y se ha llenado la extensión campera
De bramidos, de flores y de cantos.

Hay piar en los nidos, al renuevo
Del árbol, que los cubre de follaje.
El loro, que ha salido de su huevo,
Se va cubriendo con el verde nuevo
De la seda lustrosa del plumaje.

La bandada de loros barranqueros
Chacharean sus nuevos esponsales;
Y roban en la chacra los rateros
El choclo, que da gusto a los pucheros,
Y ya empieza a granar en los maizales.

Los loros criban con su caserío
El alto paredón de la barranca,
Cuyo pie lame sin cesar el río;
Y ven pasar desde el balcón sombrío
Las barcas de papel de espuma blanca.

Es el pichón de loro, buen bocado,
Digno plato de mesa regalada.
Por eso sale Bamba acompañado
De Magdalena, en busca del preciado
Manjar, que ofrece implume la nidada.

Consigo llevan al cegado infante,
Que infelizmente frisa por el año
Y *gatea* con paso vacilante:
—¿Cómo dejarlo solo en la distante
Gruta? ¡Quién sabe no le ocurra un daño!—

Desde la arista del talud, atada
Una punta del lazo a la cintura
De Bamba, la otra punta está embramada
A un tronco, sujetándola arrollada
Magdalena; y aquél pende en la altura.

A medida que Bamba más desciende,
Ella le va soltando más la cuerda.
Las gárrulas nidadas él sorprende
Y los pichones con un gancho aprehende,
En la sacada peligrosa y lerda.

El perro, el fiel *Jazmín*, que los seguía,
Se echa ahí cerca, junto del apero,
Donde el niño al azar se entretenía
En tirarle la cola, que movía,
Haciéndole caricias el cabrero.

Bamba con los pichones ha llenado
La alforja, que en los hombros se ha colgado.
Observa Magdalena de repente
Al niño, que jugaba en el recado,
Y lo ve deslizarse a la pendiente.

El niño, *gateando*, se aproxima
A la orilla fatal del precipicio;
Un paso más, y rodará a la sima:
¡El gran amor de madre se sublima,
Pronto su corazón al sacrificio!

Da un grito Magdalena, enloquecida;
Corre presa de ciego paroxismo,
Sin pensar que del lazo está la vida
De Bamba entre sus manos suspendida,
Y salva al hijo al borde del abismo.

El lazo que sostiene en el vacío
A Bamba, de un tirón se desenrosca;
Resuena un choque seco en el bajío
Y el cuerpo destrozado cae al río
Empurpurando la amarilla tosca.

Córdoba, 1930.

LA LEYENDA NEGRA

Por

HILARIO AGÜERO

Es frecuente, entre las personas no del todo cultas, la idea fantástica y macabra de que, a lo largo de las sierras de Córdoba, galopan sueltas caravanas de bacilos de Koch, que andan a la espera de seres descuidados o débiles para instalárseles en los pulmones y luego devorarlos, con espantosa violencia, en un fúnebre cortejo de neumonías, cavernas, pleuresías y la mar de infecciones secundarias, casi todas mortales.

En otros términos, el vulgo ha creído, hasta hace muy poco tiempo, que ir a las sierras cordobesas era como ir a entregarse espontáneamente en los brazos de la muerte... Ha sido necesario que, anualmente, más de veinte mil veraneantes salieran hacia aquellas bellas regiones, para que la muchedumbre comenzara a convencerse de lo contrario. Ya una vez ocurrió algo análogo con Mar del Plata: los bacilos de allí eran los tiburones que se comían a los nenes en un santiamén, ante la estupefacción y el dolor de las madres, cuando no optaban por tragarse también a éstas... Bastaron un poco de ironía y otro poco de buen sentido para que la gente dejara de creer en tales boberías.

La leyenda de Córdoba tiene raíces semejantes. En una provincia más grande que la de Buenos Aires, con alturas que oscilan entre los ciento cincuenta y los dos mil y tantos metros, con varias cadenas de sierras a largas dintancias unas de otras, con vientos templados del norte y secos del sud y del poniente, con un régimen de lluvias admirable y con una luminosidad solar sólo comparable con la de las regiones más sanas del planeta, Córdoba posee todos los elementos para destruir, por sí misma, los gérmenes perjudiciales a la salud.

A pesar de eso hemos conversado con algunos de los más distinguidos médicos de la comarca, quienes han sonreído al conocer el objeto de nuestras dudas.

Hallamos al doctor Elías S. Halac, uno de los facultativos más prestigiosos de la ciudad de Córdoba, dedicado de lleno a sus tareas profesionales.

—¿Qué opina usted, doctor —le preguntamos,— de la posibilidad del contagio en la zona serrana?

El joven médico sonríe con su sonrisa ligeramente burlona, y nos responde:

—Buenos Aires nos manda anualmente un número apreciable de enfermos graves y, naturalmente, aquí no pueden resucitar. A falta de inicitivas oficiales, los mismos enfermos van formando zonas climatéricas que convendría oficializar mañana. Así, por ejemplo, en Alta Gracia, Cosquín, Bialet Massé, Santa María, etc., se han formado núcleos que constituyen verdaderas estaciones sanitarias. El público elige el lugar que más le conviene y ahí se queda. Naturalmente, consulta, casi siempre, el factor económico y busca una existencia confortable y barata.

—¿Cree usted que se podría propiciar el turismo hacia estas regiones sin peligro para los sanos?

—¡Absolutamente!; sin ningún riesgo. El peligro es más grave en Buenos Aires o en Rosario que en cualquier sitio de las sierras. Fuera de ello, el turista goza de un panorama que no es inferior al de muchos lugares de Suiza y de caminos carreteros que son el orgullo de nuestro país.

El doctor José F. Mieres, radicado en Cosquín, desde hace muchos años, no es menos explícito.

—Puede usted asegurar —nos dice— que no hay microbio que resita a la acción purificadora de este sol. La altura, la luz, la alimentación sana y barata son elementos importantísimos para hacer de estos sitios puntos privilegiados de veraneo.

—¿Y el contagio?

El doctor Mieres también sonríe:

—En los muchos años que llevo de médico en las sierras no he atendido un solo caso de persona que se enfermara aquí. El enfermo viene siempre de afuera. En la generalidad de los casos readquiere o asegura su salud y hasta puede volver, después de una estada más o menos larga, al centro de sus actividades anteriores.

—¿Aconsejaría usted una temporada de sierras a las personas absolutamente sanas?

—¡Sí! En ninguna parte como aquí el descanso veraniego o invernal puede ser más saludable. El aire, de una pureza sin igual en nuestro país, basta, por sí solo, para regenerar a los organismos fatigados con el trajín de la vida de las grandes ciudades. En los niños y en las mujeres, principalmente, nótase el efecto inmediato. No olvide usted que el aire seco y puro, la altura, la carne sabrosa, el agua de las vertientes y el paisaje estupendo, bastan para realizar prodigios.





Doctor Elías S. Halac



Doctor José F. Mieres

El doctor Benito Soria, médico también y senador nacional por su provincia, nos manifiesta:

—El peligro del contagio en las sierras se ha exagerado, en mi concepto, y, como consecuencia, se ha retardado el progreso de ellas. En mi carácter de senador de la nación he de presentar un proyecto de ley con un plan de profilaxis de la tuberculosis, donde he de comprender ampliamente lo relativo a la vida de la montaña; y espero que llegaremos a dar garantías al turista que desee recorrer nuestras sierras.

—¿Se podrá eliminar todo peligro?

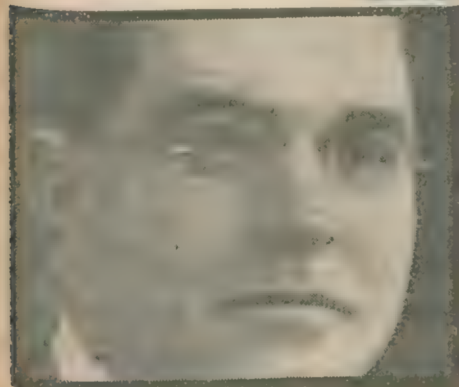
—Como se ha hecho en Suiza: hoteles para sanos y hoteles para enfermos. Así habremos aislado los focos principales y todo peligro habrá desaparecido.

—¡Y mientras tanto!...

—Mientras tanto, sin otros riesgos que los comunes, en cualquier lugar y mucho más atenuados, se pueden visitar nuestras sierras para fortalecer la salud debilitada en los grandes centros urbanos.

El doctor José Hurtado, otro de los especialistas a quien nos hemos dirigido, nos manifiesta lo siguiente:

—Es frecuente oír decir a los profanos y aun a los médicos poco versados en la especialidad, que el contagio en las sierras ha tomado caracteres alarmantes. Esto no tiene base científica alguna. No conozco un solo veraneante o turista que se haya enfermado en aquellas alturas y, en cambio, se cuentan por millares los enfermos que se han curado después de pasar en ellas una temporada. Afirmo, pues, que ese temor no tiene razón de ser y sólo puede creer tal cosa la ignorancia de quienes piensan que el mal se origina, precisamente, donde vienen para curarse. El vicio, la mala vida, la escasez de alimentos, el exceso de trabajo y el desequilibrio económico, son los causantes de estados que sólo pueden encontrar alivio o cura definitiva en el aire de las sierras...



Doctor Benito Soria

Doctor José Hurtado

Y nosotros, que ni somos médicos ni especialistas, ya habíamos adivinado la opinión terminante de los galenos. No hay más que ver a estas criollitas, madres y amas, a los catorce años, a estos "changos" que andan el día entero al paso lento de sus borricos color ceniza, a estos criollcs de tez curtida como la de los marinos, para estar seguro y bien seguro de que nadie puede experimentar quebrantos de la salud en estas latitudes. El aire de las mañanitas es una caricia que alienta y fortalece; el sol del mediodía sería capaz de calcinar las piedras, si la naturaleza, que siempre es sabia, no hubiera echado entre los peñascos millares de arroyos y ojos de agua, que van atemperando la canícula; y la brisa de la sobretarde, cargada de tomillo, poleo, mentas silvestres, hierbabuenos, aromos y espinillos, está diciendo a gritos que la verdadera salud no se acorrala en las altas paredes de las ciudades, sino que anda suelta, para darse al primer venido en todos y cada uno de los vericuetos de estas tierras extraordinarias, en donde el hombre se siente agigantado y transfigurado en contacto con las bellezas de la serranía.



Capilla

(Desde la sierra)

Por PEDRO JUAN VIGNALE

Capilla tiene unas palomas blancas
y unos rojos bonetes y un ligero
arroyo, entre los chopos verdes.

Más allá una colina, otra colina,
como sólidas masas de silencio.

La gris espira del dormido humo
de los pardos hogares lugareños.
Los caminos que van a todas partes,
doblados y maltrechos.

¡Y el infinito, como
un milenario desperezamiento!

Brochero, apóstol del Oeste de Córdoba

(Continuación de la pág. 72)

marca, y él mismo es una prueba de que la fe transporta las montañas; pues no otra cosa significa el hecho de que las vigas para el Colegio de niñas y Casa de Ejercicios fueron llevadas por comedidos y devotos a cincha de mula, desde San Vicente hasta el Tránsito, pasando por la sierra de Altautina; si se tiene en cuenta la distancia, falta de sendas suaves, se verá que esto no es soplar y hacer botellas.

No es extraño, entonces, que su nombre, tan apreciado por los lugareños, salvara los límites de estas comarcas y fuera conocido en todas partes: todos querían conocer a Brochero; pero, ¡qué decepción al primer golpe de vista y a la primera impresión de su trato social! Pues Brochero era áspero como la corteza de un quebracho, se necesitaba la paciencia y voluntad del que mira de buen grado la dureza granítica de la montaña, en atención a los tesoros que encierra, para aguantarle sus conversaciones y reconocer en el fondo un espíritu verdaderamente apostólico. Un caso típico demostrará este aserto: estaba en el segundo período de su curato, y traía dos misioneros pasionistas, uno norteamericano y el otro italiano, desde Buenos Aires; al llegar a Dolores, el yanqui venía bastante chocado por los dichos y bromas de Brochero, y decía a su compañero que "con ese hombre" no iban a andar bien durante las cuatro misiones que debían dar en su Parroquia; aquél contestábale que no tuviera cuidado, que habiéndoles Brochero prometido facultades amplias para arreglar el programa, ellos podrían prevenir los estorbos que aquél pudiera causarles. Después, al regresar, eran los más entusiastas panegiristas de Brochero; decían que era un sacerdote celosísimo y muy trabajador y que no habían siquiera sospechado al tratarlo primeramente, que hablaban con un apóstol, en la verdadera acepción de la palabra; en seguida dieron misión en el departamento de San Javier y en los breves ratos de descanso que imponían a sus tareas, se complacían en recordar los hechos de Brochero, especialmente el de un matrimonio desavenido de Nono que llevó su litis ante él: escuchó a las partes, atendió bien a sus alegatos y, hallando culpable al marido, lo condenó a componer veinte cuadras de camino, lo cual cumplió religiosamente el pobre hombre.

En el ocaso de su vida, después de contar en su haber con ciento catorce rodadas, cuando el rudo batallar y los continuos vaivenes por espacio de casi medio siglo habían minado su organismo de hierro con visible desgaste, todavía exteriorizaba su espíritu público en varias obras, especialmente en el ferrocarril transerrano, que debiera correr por la falda paralelamente al macizo central de la Sierra Grande hasta empalmar en Soto; logró que se hiciera el estudio, bajo la dirección del ingeniero Jacobasi, y aun la sanción del proyecto por el Congreso; sin embargo, no tuvo el consuelo de ver siquiera iniciados los trabajos; tratábase de una obra de romanos, pues solamente el viaducto sobre la ancha y profundísima senda del río, para unir dos elevadas crestas aparecía el más elevado de Sud América y sólo comparable a uno del Misisipí, en Estados Unidos.

Felizmente, no han tardado en exhibirse los homenajes póstumos: a Villa del Tránsito, por un decreto del gobierno del doctor Cárcano, se le denominó "Villa Cura Brochero", en obsequio a su memoria; y el 26 de enero de 1922, aniversario de su fallecimiento, inauguróse la estatua en el pueblo de su nombre con un nutrido programa, que ha constituído una bien merecida apoteosis en memoria de este insigne benefactor.

El juego de té

(Continuación de la pág. 137)

cuando valientemente ascendían a algún promontorio, quedábanse en lo alto, como embobados en la contemplación de los lejanos valles en que los caseríos como de juguete ponían la nota relumbrante de sus techos rojos.

Pasó un mes. Pasaron dos meses...

Un día, el correo les trajo una sorpresa: el amigo XXX, de Pekín, les escribía felicitándolos por su reciente enlace y les anunciaba el envío de un regalo. La encomienda llegó, en efecto. Tratábase de un precioso juego de té, de un juego de legítima porcelana de la China. El obsequiado recordó con cariño a su amigo XXX. Habían estado juntos en el colegio...

Y seis meses después el caballero británico, que se sentía muy mejorado, comprobó con bastante disgusto que sus recursos se agotaban. Él había emprendido aquel viaje en la seguridad de que no viviría sino muy poco tiempo. Se había casado en esa misma seguridad. Y he aquí que la miseria amenazaba sorprenderlo en lo más interesante de su vida, o sea en plena luna de miel.

Ocultó cuanto pudo el estado de sus finanzas a su esposa. Vendió su espléndido reloj de oro y algunas alhajas más. Por último le llegó el turno al juego de té del amigo XXX y entonces no tuvo más remedio que hablar con franqueza. No se sorprendió la excelente compañera. Antes bien lo animó, lo consoló. Luego, salió a vender el juego de té.

Le dieron por él sesenta pesos. Y esa noche, a la luz de la lámpara — los hombres deben siempre proceder honradamente — escribió nuevamente a su excelente amigo XXX para darle la nueva del triste fin que había tenido su regalo:

"No he tenido más remedio que venderlo — decíale. — Mi situación es verdaderamente apremiante y he tenido que deshacerme de ese recuerdo tuyo que yo tanto estimaba. Confío en que me perdonarás y sobre todo en que no te indignarás cuando sepas que lo vendí por sesenta pesos. Sólo esa miseria quisieron darme por una obra de arte de tan exquisito gusto..."

La respuesta a esta carta llegó a vuelta de correo. XXX felicitaba a su amigo por el excelente negocio que había hecho.

"El juego de té — comunicábale — no me costó aquí sino siete pesos. Lo vendiste, pues, inmejorablemente. Lamento mucho tu situación y dime en qué puedo ayudarte. Por lo pronto, te remito un juego de té igual al anterior. Si lo vendes harás otro brillante negocio."

El caballero británico comprendió que su amigo tenía razón. Y como efectivamente el juego de té tuvo comprador al día siguiente, se propuso iniciar el comercio de los juegos de té y otros artículos chinos en las sierras cordobesas. Su esposa apoyó jubilosamente el plan. Le escribieron a XXX. E iniciaron así sus actividades de comerciantes.

La enfermedad les daba largas treguas. Caían a veces en cama, pero sobreponíanse al mal y seguían viviendo. Uno era el médico del otro. Se cuidaban y se querían entrañablemente.

Y resulta que hoy, veinte años más tarde, hay en el pueblito serrano que motiva esta historia una gran casa de comercio que se dedica a la venta de artículos chinos. Un matrimonio simpático atiende el negocio. Es la razón social fundada por nuestros protagonistas. Han vivido y han prosperado. El aire allí es un remedio que no falla. Y, para suerte de ciertos matrimonios, los juegos de té de porcelana china, además de no pasar nunca de moda, tienen una ventaja todavía superior: se rompen a cada rato...

ritu renueva el proceso de la vida, del combate y de la muerte que lo precedieron, y ahora, identificado con las propias obras de la naturaleza, sus aguas parecen no haber gozado jamás de la libertad: el muro que lo aherroja surge como brotado de la misma gestación plutónica que engendrara la montaña y las faldas, abismos y selvas circunvecinas se difunden cual los compañeros seculares de su regia soledad y de su imperial dominio; la música accidentada, intermitente y bárbara de las corrientes primitivas se ha cambiado en colosal acorde de cascadas; como de órganos gigantes oídos a distancia; y el grandioso rumor, al sumergir entre sus hondas toda el alma y los sentidos del espectador, le habla, le pinta, le despliega y le precipita en sucesión vertiginosa la historia viviente de la tierra, del hombre, de la razón y de la poesía.

De pie sobre una roca, enfrente del muro gigantesco, por cuyo dorso desbordan las aguas en alegre y blanca difusión de espumas al caer en el lecho pedregoso del antiguo cauce; absorbido y como devorado por una nirvana invencible, que venía de la escena, del cielo y del inmenso fragor del agua despeñada, mi pensamiento se lanzó sin guía en rumbo caprichoso; y después de reconstruir el pasado — la juventud con sus agitaciones, la lucha, la lucha intensa y sin historia, el dolor, la esperanza, los sueños y sus desvanecimientos, y luego la absorción de la persona íntima en ese mar ilimitado de las acción pública, — sujeta su vuelo en la tierra común, en el hogar de todos, en la patria carísima.

La misma sucesión de fenómenos asalta el espíritu: la vida indígena del idilio y la epopeya, la guerra de razas, la guerra por la existencia, la guerra por el dominio, la guerra por la libertad, la guerra por la guerra, por la sangre, por la ambición, por la soberbia, la guerra en el ambiente, en los llanos distantes, en las montañas enclaustradas, en los bosques sombríos, ya ese tumultuoso pasaje de la historia hacía coro grandioso y soberbio la catarata, cuyos tumbos repercutían en mi mente con el fragor de las batallas evocadas, y en las nubes de espumas disueltas y pulverizadas por el choque veía la densa humareda de los cañones, el polvo de las caballerías en persecución o derrota y la algazara inmensa reflejada por los ecos y enviada al espacio, de gemidos, imprecaciones, aullidos, gritos de cólera, estallidos de barbarie, aclamaciones, dianas y toques de ataque, relinchos y canciones, se mezclaban un instante en confusión infernal en el hueco donde las aguas se desploman y luego, de súbito, se apagan, como arrojados por puño invisible por encima de las cumbres.

Después de una ráfaga de viento, un sístole repentino del corazón inmenso de la montaña trae la sensación deliciosa de la quietud, de la calma, del ensueño tranquilo, de la más infinita realidad, de un silencio que asalta y sorprende como si tuviese manos de rosa para velar la mirada y despertar la sensación del ambiente... El pensamiento ha variado el rumbo de sus alas, y una ráfaga de polvo de agua, fresca y olorosa, besa la sien, restablece la visión, serena los latidos y despierta una sonrisa, que es un poema de vida.

Hay rumores diferentes en torno, sonoridades metálicas de fragua y de yunque, carreras isocrónicas de motores y volantes, nieblas de humo negro que se condensan y se disipan al punto, lanzadas por chimeneas en movimiento; y allá abajo, entre la sucesión interminable de cumbres descendentes, como halcón fugitivo, la locomotora aparece de súbito, se esconde, asoma de nuevo, gira, se sumerge, da un grito de alarma, arroja humo

La visión del lago

(Continuación de la pág. 107)

a la boca de la gruta o entre el ramaje espeso de los nidos, para decir a las unas que conoce sus leyendas y a los otros que no ignora sus secretos; se queja, de pronto, de fatiga, ruge de coraje, canta, amenaza, silba y va prodigando la alegría y el ánimo, el contento, la energía en todas las cosas y en todos los corazones, cual si anunciase al mundo nuevo el advenimiento de una nueva alma, el alma de la máquina, el alma de la ciencia, el alma perfecta del hombre, resurgida, purificada, libertada del dragón mitológico para venir a cantar la última victoria, la de la paz de los corazones, la paz de los hogares, la paz de los pueblos, la paz de la humanidad en el consorcio definitivo de la ciencia y del ideal, del amor y del interés, y en la caridad suprema que resplandece en el seno de la estrella mística.

De súbito sorprendió mis ojos y los atrajo con fascinación magnética hacia el seno de las aguas, entre la polvareda de la espuma, entre los suaves reflejos de la orilla, cual si surgiese de un oculto palacio subterráneo, como la mirada difusa de una deidad escondida y jamás revelada, incorpórea, intangible, transparente, como rayos combinados de astros ignotos, congregados en fiestas de colores, tendido entre dos precipicios como puente sutil para cruzar hacia mundos ideales donde el cuerpo es una leve sombra y el espíritu, una luz: el Iris resplandeciente, el arco celestial de la paz tendido sobre el mundo después de sus grandes convulsiones, de sus catástrofes y combates, de fuego, de agua, de sangre.

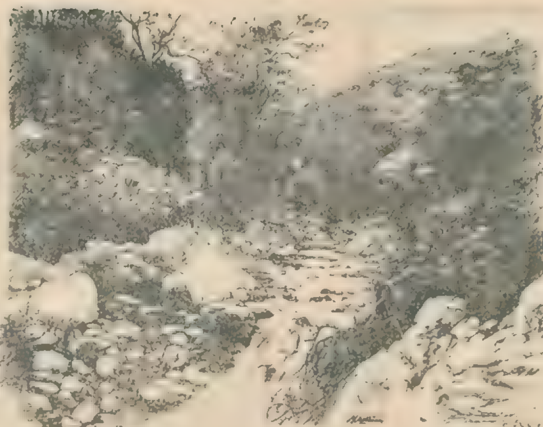
Esa luz multicolor e intangible que anunció al hombre su alianza con los dioses, y lo puso en comunicación visible con lo desconocido, que vertía en su corazón el primer perfume de amor y la primera palabra de consuelo, nacida entre los despojos de una inmensa catástrofe para renovar las fuentes de la vida, oculta y reaparecida sin cesar en la infinita serie de los siglos, tendida sobre la humanidad como lazo indisoluble de origen y destinos, la luz de las promesas, de las victorias y de las inmensas germinaciones extendió su arco deslumbrante en el fondo del abismo, para proclamar el triunfo definitivo de la ciencia en su unión eterna con el ideal, y para que brille por los siglos la belleza suprema, nacida de la naturaleza, en la ola o en la piedra, para recibir el soplo inmortal del arte con el beso del hombre.

Una profunda conmoción, traducida en impulsos de entonar un canto ignoto estremeció mi ser, agitó mi alma hasta lo infinito, y una última visión se iluminó en ella mientras corrí a tocar con mis manos, besar con mi boca y aspirar con mi aliento la vida misteriosa del Iris, desplegado sobre las cataratas y entre la difusa humareda de las espumas disueltas: el porvenir de mi patria iluminado sin cesar por el sol fecundante de la paz, de la paz que nace del culto sincero de la naturaleza, del arte y de la ciencia, de la admiración por las obras del espíritu, cuyas victorias sean las mejores victorias, el amor de la belleza ideal y fuerte, que estimula a vivir y perpetúa la vida, y del incesante trabajo que renueva la savia del mundo y convierte la tierra en templo inviolado del amor, de libertad y creación inagotables.

Un viaje por las sierras de Córdoba en 1895

Por ASHAVERUS

Los apuntes que acompañan este interesante relato fueron tomados en la misma época, por el fallecido artista argentino Malharro



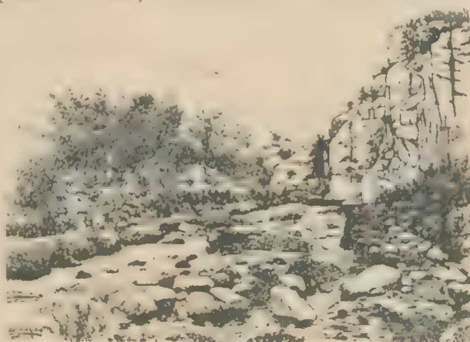
Si los escombros de La Rioja son sugestivos, otros hay en más de un punto de la república que pueden ofrecer material para un libro o para varios.

Pero es preciso, aunque sea por un momento, sacudir el polvo de tantas ruinas y cambiar de ambiente.

Desde la terminación del ferrocarril Córdoba y Noroeste (a Cruz del Eje), uno de los más interesantes de la Argentina, pues atraviesa con sus paralelas en tortuosos giros, cadenas y valles pintorescos de la Sierra Chica de Córdoba, se nota cada año mayor afluencia de pasajeros locales y del litoral, que escapan del verano sofocante de la llanura para buscar el delicioso verano de las alturas de montaña, con sus cerros, quebradas, despeñaderos, grutas, torrentes, arroyos silenciosos, huertas primitivas y tantas cosas más cuya enumeración sería interminable. Sigamos la caravana, que, al fin, poco cuesta y hace mucho bien.

Esta línea fué, como generalmente se sabe, una concesión del gobierno de Córdoba, en favor de Otto Bemberg y Cía., con la garantía de 6 % sobre el capital invertido, habiéndose calculado a razón de 38.900 pesos oro por kilómetro, lo que en una extensión de 143 kilómetros eleva el capital a la bonita suma de 5.562.700 pesos oro, o sea un millón ciendo doce mil y pico (todavía un bonito pico) de libras esterlinas.

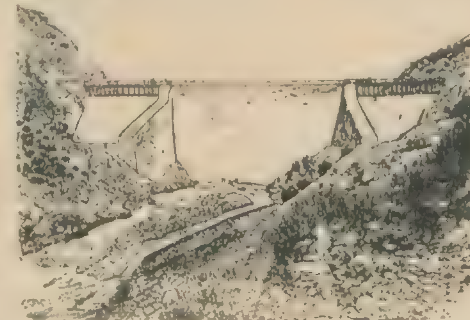
La garantía no se ha hecho efectiva jamás, y los intereses vencidos hasta hoy representan también una buena suma; por lo que la compañía ha tenido que mantenerse con sus propios recursos, acumulando déficit anuales que felizmente van disminuyendo cada año, aunque representaban en 1894 una suma... que parece hay el propósito de mantener en reserva para los que no son accionistas. Y como nosotros, querido lector, no lo somos, a Dios gracias...



A las 10.15 partimos de Alta Córdoba.

La línea en su arranque comienza a atravesar los terrenos regables del norte del río Primero, corriendo por entre extensos cultivos de alfalfa, maíz, árboles frutales y hortalizas, que con las suaves ondulaciones del terreno, los chalets que a trechos se levantan en la alta planicie y en el bajo, en la Tablada, en Las Rosas y en todas direcciones, y los extensos espacios que aún se conservan con la vegetación primitiva del bosque espinoso, aunque ya sin aquella de los grandes algarrobos a cuyas copas hacía apuntar sus cañones el general Paz para aterrar a las caballerías de Quiroga, presentan perspectivas y vistas alegres y cambiantes.

Estos terrenos se hallan bajo el nivel de uno de los dos grandes canales de distribución del dique de San Roque, o más propiamente, de Mal Paso. De una capa vegetal de cincuenta centímetros, poco más o menos, según mi ilustrado compañero de excursión, que es hombre entendido en ciencias y aplicaciones industriales y agrícolas; muy ricos en fosfatos, sales de potasio y otros importantes nutritivos del reino vegetal, esperan aún el brazo del inmigrante europeo que, en vez de ir a perseguir tabacos o azúcares por los despoblados territorios nacionales del Norte, o pepitas de oro por la Tierra del Fuego, con los graves inconvenientes del clima y de las plagas, entre las cuales no suele ser la menos funesta la de los cacicazgos que por allí prosperan más que toda planta, ha de venir a cultivarlos en forma más extensiva o en mayor escala.



Después de un cuarto de hora, desde la partida, llegamos a la estación Argüello, distante diez kilómetros de Alta Córdoba y a una altura de 466 metros sobre el nivel del mar, 28 más que esta población y 73 más que la estación Central. Es, sin duda, la más notable de la línea, por la disposición de sus recientes plantaciones frutales, jardines y hortalizas, cuya variedad y cuyo vigoroso crecimiento manifiestan la riqueza del terreno.

A cinco kilómetros de esta estación la vía se interna a la parte más estrecha del valle, descendiendo del nivel de la llanura a la ribera inmediata del río Primero, hasta unos 500 metros del afluente Saldán. Desde este punto se comienza a subir rápidamente, siguiendo siempre la margen izquierda del río hasta las inmediaciones del dique San Roque.

Cerca de Saldán, en las barrancas, a uno y otro lado del cauce del Primero, las capas rojizas de arenisca de la formación guaranítica, forman una faja de un kilómetro, poco más o menos, de extensión, de este a oeste. Esta formación se encuentra al pie y a lo largo de casi toda la sierra de Córdoba, en su vertiente oriental. A cada momento la atención es fuertemente solicitada por la variedad de formas y perspectivas de la montaña y del cauce, los dos anchos canales paralelos a la proximidad de los despeñaderos, que causan positiva emoción al que por primera vez los orilla, sobre aquella base oscilante, dentro de aquel cajón rumoroso del tren en marcha.

Antes de llegar al dique de Mal Paso la vía atraviesa ancha faja de rocas calcáreas, constituídas por una especie de mármol de color rosado, caliza granulosa, que forma altos cerros inmediatos, dando lugar a una explotación importante de materiales de construcción que se exportan a la provincia de Santa Fe y otros puntos de tránsito del ferrocarril Córdoba y Rosario. No ha mucho, la dirección del ferrocarril hizo construir un cambio o corto ramal para la explotación de estas calizas.

Ya estamos a la vista de un hermoso espectáculo que ha ocasionado extraordinario murmullo en los coches y hecho asomar a las ventanillas de la izquierda todas las cabezas: es el dique de Mal Paso, obra gallarda y vistosa. Las aguas estancadas del caudal que ha echado sobre el viejo cauce el lago artificial de San Roque, han formado allí otro lago, muy pequeño, rodeado de sauces; y cuando el depósito se llena, lo que sucede casi siempre, se desbordan, deslizándose sobre el plano inclinado de la cara oriental del dique. A cada lado se abre una compuerta para dar paso a las aguas que han de correr por los dos canales principales de distribución. Siguen en los primeros kilómetros de su curso a lo largo del río, hasta que entran a la llanura, cerca del arroyo Saldán, donde se desvían hacia el norte y el sur, subdividiéndose en un gran número de canales secundarios.



—¿Qué caudal de agua representan estos canales? — pregunté a mi compañero guía.

— Permitirán el riego de una zona de 40.500 hectáreas.

— Hombre, parecen muchas hectáreas; pero suprimiendo el pico y aun algo más, hay bastante para remolacha y para esa vid que sólo imaginada sobre toda la favorecida comarca, ya me viene mareando con olor a mosto, que deseo llegue a ser "good-tasted", no "fox tasted", "banck-tasted" o "P. A. N.-tasted", como hasta este momento.

— Crea usted que esto matará aquello. De esa superficie corresponden 18.500 hectáreas a los altos del sur y 22.000 a los del norte. El largo total de ambos canales maestros es de 70 kilómetros, y el de los secundarios otros 120.



Cinco minutos después estábamos en la estación de Calera (495 metros sobre el nivel del mar, es decir, algo más de 100 metros sobre la capital cordobesa), pequeña población que ya presenta un buen número de construcciones elegantes, entre las que se destacan los chalets del señor Dermidio Olmos, presidente del Banco Provincial, y de los señores Olcese, Reina, Martínez Caballero, Crespo y Temple. Por su situación pintoresca, su abundancia de agua y de provisiones de toda clase, su temperatura benigna y su vecindad a la capital (40 minutos de tren), será siempre un punto muy favorecido y preferido especialmente por los hombres de negocios y empleados públicos que no pueden disponer de mucho tiempo para permanecer fuera del centro en que están radicados. Partiendo de Calera y siguiendo la estrecha quebrada en su parte más pendiente, a pocos metros del tortuoso cauce que hace alarde de los caprichos más peregrinos, a los que la vía férrea ha sido sometida con refinamiento artístico, aunque sin sacrificar las exigencias de la severa ciencia, y antes satisfaciéndolas ampliamente, porque la roca viva le ofrece garantía de mayor solidez, siempre por el mismo lado norte el movible punto de observación ofrece al viajero una serie de espectáculos alternativamente bellos y grandiosos, a cada momento cambiantes, que mantienen en constante tensión los nervios sensorios de los que no han perdido en la ruda lucha de la vida el gusto por la contemplación afectuosa de los eternos encantos de la naturaleza.

Toda esta parte de la sierra está cubierta de bosques, predominando en las faldas, fuera de los conocidos tala, algarrobo y numerosos matorrales y arbustos, el molle de beber y el coco, característicos del primer término de todas las vertientes serranas; a mayor altura y en los parajes más abrigados de los vientos, el quebracho colorado, el noble quebracho, signo inequívoco de clima benigno en invierno, y que en esta latitud alcanza el límite de su distribución; las orillas del ya torrentoso río que salta a trechos por peñascos enormes completamente pulidos por el cariñoso trabajo de las aguas durante millares de años, están cubiertos en algunas partes por grandes sauces americanos y en otras por una espesa vegetación de monocotiledóneas muy semejantes a la caña de Castilla.

A la mitad de la distancia, entre Calera y San Roque, llegamos a la secundaria estación Casa Bamba, situada en medio de la estrecha quebrada flanqueada de cerros enormes, sobre el borde de un arroyito de agua límpida, de la cual se provee, ¡perdón, Rubén Darío!, la fatigada máquina.

Este paraje lleva el nombre del protagonista de una galante historieta que aseguran real, aunque pudiera haber sido exornada por la leyenda. A principios de este siglo, según reza la historia o conseja, cierto esclavo llamado Bamba, que debía ser un pájaro de cuenta, levantó el vuelo desde la patricia casa, llevando en sus garras una preciosa niña de su amo, que hizo vanos esfuerzos por encontrar a los prófugos, cuya suerte, especialmente la del raptor, en caso de ser alcanzados, no habría sido envidiable. Recién unos veinte años después, por casualidad—ladrar de perros o canto de gallo — se descubrió su paradero en el escabroso nido, cuando ya había pasado todo lo que el lector no tendrá dificultad rara adivinar, comprender y envidiar quizá (¡Dios me perdone el juicio!); era padre de una numerosa descendencia, aunque, seguramente, no tan larga ni tan divinamente favorecida como la de los patriarcas. Su choza, de una simplicidad troglodita, una gruta en la roca primitiva, la originaria casa de Bamba, está a unos trescientos metros de la estación que hoy lleva este nombre, y se encuentra impiamente partida por la mitad por la vía férrea de estos bárbaros ingleses cuyo positivismo insensible no ha sabido respetar esta reliquia de nuestro romanticismo colonial. Algunas corpulentas vides y otras plantas de fruto, en una de las quebradas laterales que llevan sus aluviones a la principal, dan testimonio de que su morador, si bien no ignoraba las máximas de que "no sólo de pan vive el hombre" y "no es bueno que el hombre esté solo" (aunque sea negro), para no hablar del consabido precepto "crescite et multiplicamini", sabía también consagrar sus brazos potentes a las rudas labores que exige la vida prosaica y hacer que su idilio, echando profundas raíces en la tierra por él removida y fecundizada, creciese frondoso en los espacios de su dominio, adquiriendo las perdurables formas duales de la existencia humana.

No le parece con todo, amigo doctor, que este negro Bamba debía ser un buen hombre?

— No veo elementos semejantes para arribar a conclusión semejante, ni tampoco a una diametralmente opuesta. Las vides, las higueras, todos los indicios de su laboriosidad que puedan encontrarse, como la ausencia de tra-

(Continúa en la pág. 157)

Comechingones y Sanavirones

(Continuación de la pág. 7)

conocidos los lugares próximos, Cabrera resolvió fundar la ciudad de Córdoba en el paraje denominado Quisquizacate por los naturales, y al día siguiente, el 6 de julio de 1573, fundó a Córdoba la Llana, tomando posesión del país en nombre de los reyes de España.

Y es sólo ahora que podremos ocuparnos más detenidamente de los comechingones y sanavirones, ya que los datos más fidedignos que a su respecto se tienen, emanan de los jesuítas misioneros que, con la fundación de la ciudad, llegaron a aquellas regiones.

Ante todo, debe señalarse que los comechingones no hablaban todos el mismo lenguaje. Los del norte y del oeste, que habían sido conquistados por los quichuas en tiempos remotos, se expresaban en esa lengua, cosa que aun hoy se puede comprobar debido al nombre de algunos lugares como ser: Cosquín y Salsacate, al oeste, y Ongamira, Orco-Suni, Intiguasi, Tacoyaco y Rumi-Cara, al norte. En cambio en Chaconcharagua, o sea el Río Cuarto y en la Sierra de Charabá (Sierra Grande y Altautina), hablaban la lengua sanavirona, que se supone debía tener origen araucano.

Pero en lo que al comechingón propiamente dicho se refiere, no se sabe absolutamente nada. Era, sí, una lengua independiente de las otras, pero no ha quedado ni siquiera una sola de sus voces, a no ser la que da nombre a los naturales y esta misma es interpretada de tres maneras distintas: para unos quiere decir "comedores de tierra", y obedece a que los comechingones eran geófagos; para otros, entre los cuales se cuenta el P. Guevara, quiere decir "cavernas subterráneas", en lengua sanavirona; y para otros, por último, significa "buena gente", también en esa lengua. Esta última versión es del doctor Pablo Cabrera, uno de los eruditos argentinos que más han ahondado en las cuestiones étnicas de la región andina.

Según parece, los comechingones vestían ropas de lana de llama y usaban ponchos adornados de chaquira. Su vestido característico era una especie de túnica muy larga. Esmerábanse, además, en adornarse la cabeza con plumas, arte en el que eran muy expertos. Sus mujeres se adornaban con brazaletes y otros objetos de cobre.

Estaban divididos en varias tribus que vivían en diferentes regiones y que jamás se agrupaban en mayor número de cuarenta familias. De esas tribus cabe señalar a los "chaconcharaguas", que tenían sus lares en las costas del río Cuarto, los "titines", que habitaban la Sierra Grande, y los "zuletas", cuyos dominios se hallaban en lo que hoy llamamos Sierra de los Cóndores.

Sus poblaciones estaban circundadas de cactos o árboles espinosos, y sus viviendas eran construídas bajo tierra hasta la mitad de su altura. En cada casa vivían cuatro o cinco indios con sus respectivas mujeres e hijos.

No constituían un pueblo activo. Eran, más bien, contemplativos, perezosos. Acostumbrados a la altura y al paisaje espléndido de las sierras, preferían la muda contemplación a las ardorosas empresas. No obstante debieron infundir respeto a sus vecinos más inmediatos, pues sólo así se puede comprender el que mantuvieran su independencia en la única parte de la región montañosa argentina que escapó al dominio de los diaguitas.

En cuanto a su religión y a sus artes es casi nada lo que se sabe. Apenas si en ciertas grutas y cúpulas de Capilla del Monte y de Río Seco se han descubierto algunas pinturas que parecen provenir de ellos. Estas pinturas representan hombres armados de flechas y hachas y tocados de plumas y también uno que otro animal, cuya especie no se puede determinar. Están pintadas en rojo, blanco y negro. Parece que tienen más semejanza con las que se conocen de la región patagónica que con aquellas de los diaguitas. Sin embargo, no se puede afirmar que correspondan a los comechingones, aun cuando estén en la región por ellos habitada. Algo digno de mención es que el artista, para pintar los frescos de Río Seco, debió acostarse, pues las figuras están en el techo de las grutas.

Lo verdaderamente sorprendente para quienes han estudiado la existencia de este pueblo, es su absoluta extinción. Según el jesuíta Del Techo, existían en Córdoba, en 1573, cerca de 40.000 indios guerreros, sin contar los ancianos, los niños y las mujeres; y de esta población aborigen sólo quedaban 8.000 individuos en 1600, debido — habla siempre el misionero de referencia — a la forma espantosa en que habían sido exterminados.

Un erudito argentino, a quien nos dirigimos en procura de datos para hilvanar este artículo, nos dijo al llegar a lo concerniente a la desaparición de los comechingones:

— No hay que aceptar a libro cerrado el que los españoles exterminaran de tal manera a los indígenas. Lo que verdaderamente aconteció es que los conquistadores pertenecían a una raza mucho más fuerte que la aborigen y, además, mucho más llena de enfermedades. La vacuna que esto representó para el indio fué espantosa. Y aquél que no murió por las armas fué diezmado por las enfermedades. Esa y no otra es la verdadera causa de la desaparición total de los comechingones y de muchos otros pueblos de la región montañosa argentina, pueblos que, por lo demás y según mi modesta opinión, formaban una ramificación de los diaguitas y pertenecían, así, a la gran raza que pobló esta parte de América hasta la lejana Venezuela, y que nosotros llamamos calchaquí.

Las fuentes de Achira

(Continuación de la pág. 22)

un impulso espontáneo fueron acercando las cabezas con el ansia de besarse...

Mas no fué sino un impulso, un vértigo que pasó. Empero ella, en un grito ahogado, desasiéndose de sus manos le increpó:

—Jacinto: ¡Usted me ha besado! ¿Se ha atrevido a besarme?

—No, Myrian. No ha ocurrido tal cosa.

—Pero yo juraría que me he sentido besada por usted.

—Una sugestión, Myrian. Su temperamento impresionable...

—No. Bien sé que tengo un temperamento muy normal.

—Sin embargo, lo que más desconocemos es nuestro propio espíritu. Y en el alma ocurren fenómenos raros; y más de una vez, la conciencia ordinaria queda anulada por otra conciencia imprevista.

—Entonces ¿fué una sugestión?

—Se lo aseguro, bajo mi palabra de honor. Quizá el influjo de la noche, el agua, el perfume de las hierbas; en fin, algo que ni usted ni yo sabríamos explicar.

—Y es claro, Jacinto: usted es un gentilhombre, un camarada. ¿Por qué hemos de manchar esta noble amistad con un besó licencioso? ¡Oh, habría sido horrible, y hasta ridículo!

—O bien sublime como todo lo espontáneo, como todo lo que nace del corazón, sin el raciocinio que mide intereses y conveniencias.

—Comprendo; pero en nuestro caso habría sido horrible, porque nosotros somos simples camaradas, y siento por usted un afecto fraternal. Entonces olvidemos la fea sugestión de esta noche.

Venían ya camino de las casas, y los demás compañeros de paseo les dieron alcance.

Al día siguiente Jacinto Robles, con el pretexto de atender personalmente la labor en sus fincas, no fué a visitarla. Mas en la noche ya tenía un recado de Myrian donde lo llamaba para el otro día. Allá fué.

—¿Está usted enojado conmigo?

—No, Myrian. Estuve en las fincas, con mis peones.

—Conque en las fincas..., ¿no? No le creo. En todo caso sería yo la del enojo, porque francamente aún no ha desaparecido de mi espíritu la sensación o sugestión, como usted llama, de haber sido besada. Sin embargo, esto se irá. Y cuando de aquí a una semana esté de nuevo en Capilla del Monte, me habré olvidado.

—Y de mí también, Myrian.

—De usted nunca, Jacinto; ni menos de Achira. Las horas líricas, los días de vida salvaje y primitiva que pasé en este pueblo serán inolvidables. Además usted irá a visitarme allá. Conocerá toda mi familia; mis amigos y amigas, que no hacen sino llamarme en sus cartas. Y quién sabe si una linda chica—¡oh, tengo amigas muy monas!—no me lo conquista... Sería para mí un gran placer.

—No hablemos del mañana, ni menos del amor.

Quedaron en silencio breves minutos. Al fin, Myrian dijo:

—Pero antes de irme quiero conocer "La Piedra del Aguila", ese paraje del cual usted me ha contado tantas cosas.

—Bien, mañana mismo. Iremos a caballo. Es un lugar encantador.

Al otro día, recién había salido el sol, cuando los dos camaradas, con las alforjas provistas de avío para almorzar partieron rumbo a "La Piedra del Aguila".

Myrian Loudet, admirable amazona, dió rienda suelta a su yegua, y Jacinto Robles hizo otro tanto con su caballo moro. Sobre el campo amanecido oloroso a poleo, a tuzca, a retama, y a recinas capitosas, a sol y a relente, galopaban las cabalgaduras. Y relinchaba el potro de Jacinto, y le respondía la yegua de Myrian, en no sé qué invitación al amor.

Al cabo de dos horas de marcha al fin llegaron. Descendieron de las bestias. Las desensillaron. Estaban frente a la mole fabulosa, que asume a la distancia las formas de un águila fantástica, que, al transformarse en roca, hubiera estirado la cabeza y distendido las alas. Profundos socavones y escarpas hurañas la rodeaban como prohibiendo que alguien se atreviera a acercarse.

Mas los dos amigos fueron y volvieron por las breñas. Se adentraron en las grutas y cañadas; y llegaron, por fin, a la meseta del monte, al lomo del águila. Una fuente manaba de la roca viva. Y la fuente, como siempre, rodeada estaba de hierbas fragantes, tomillo, lirios, salvias y margaritas; y su voz resonaba en las quiebras del monte, multiplicada por los ecos, por el alto silencio y la soledad.

—¡Qué hermosura!—exclamó Myrian.—Otra vez el agua, la voz del agua. Me dan ganas de transformarme en piedra o en árbol para estar escuchando siempre la canción del agua... Perdóneme que siendo yo tan sensata, tan dueña de mis cinco sentidos le hable como una chica romántica y enfermiza... Ja, ja, ja... ¡Qué dirían mis amigas y amigos si me oyeran? Me llamarían cursi, cursi de remate.

Al oír la carcajada de Myrian, Jacinto Robles sintió calofríos. Había tanta hiel y desprecio en esa risa... En verdad, a cada momento su amiga le parecía más enigmática, más inaprensible. Al cabo de un breve silencio Jacinto acertó a decir:

—¿Y si todo eso de lo "cursi", de lo "romántico", de lo "enfermizo", no fueran sino palabras, simples palabras con las cuales queremos ocultar los mandatos del corazón?

Myrian Loudet sin saber qué responder quedó pensativa. En eso, a lo lejos, vieron que venía camino de la fuente un hato de cabras y ovejas. El rebaño estaba cerca, y Jacinto Robles por "la señal" que los animales traían en la oreja, se dió cuenta que era una majada que su madre daba a cuidar a unos pastores del cerro.

Sin saber por qué su corazón dió un vuelco. Habían llegado las cabras y ovejas, y abrevaban en el manantial, cuando a cierta distancia vió que se acercaba la pastora que cuidaba del hato. ¿Quién? Jacinto Robles la reconoció al punto: era la Clorinda, a quien dejara, chica de doce años, y hoy la encontraba mujer. Venía calzada de rústicas sandalias, y vestida de rojo percal. Con su cuerpo grácil y felino, con sus pesadas trenzas a la espalda, con sus mórbidas pantorrillas desnudas, con su redonda cara de manzana, con sus grandes ojos de abismo y de fuego, era la misma, su compañera de infancia, su primer balbuceo de amor.

Y cuando Clorinda lo reconoció, sin poder contenerse, saltando por cima de las pencas y de los arbustos como una cabra salvaje, o volando a modo de amorosa paloma, llegó junto a él. Lo enlazó con sus brazos y sus trenzas. Y lo besó con amor de niña y de mujer en la frente, en las manos, en los labios, en la ropa.

—¡Niño querido! ¡Lo creiba muerto!—exclamó sollozando, y riéndose con risa descompuesta, en tanto las lágrimas le corrían por la cara.

Myrian Loudet, al contemplar aquella escena de cariño desbordante, espontáneo, quedó estupefacta, alelada. No podía respirar. Le pasó un calofrío por la espalda. Se le hizo un nudo en la garganta, y temió que estallara su corazón. No era la misma. De pronto, la mujer sensata había dado paso a la hembra primitiva de alma sin refinamientos.

Sintió que una corriente de fuego iba y venía por sus brazos. Se mordió los labios. Cerró los puños. Y en un ímpetu irrefrenable se decidió a la disputa del hombre.

De un salto se interpuso entre am-

bos. Echó a un lado a la Clorinda, y tomó de los hombros a Jacinto Robles, sacudiéndolo con fuerza. No podía hablar. Sollozaba. De sus ojos brotaban lágrimas en fluencia incontenible; y poco a poco fué desvaneciéndose hasta caer en los brazos de su amigo. Ahí se quedó largo rato; inánime, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos.

La Clorinda habló:

— Perdóneme, niño Jacinto. Yo me voy. Sea feliz con ella. Nunca más me verá, niño Jacinto...

Y arreando su hato se alejó por entre las breñas. Minutos después, ya sólo se oía a lo lejos el dolondón de la esquila y los ladridos del perro faldero.

Cuando Myrian despertó de su letargia y se vió junto al amigo, escondió la cabeza entre los brazos del hombre a modo de una paloma perseguida por el buitre.

— Estaba jugando con mi corazón, Jacinto.

— Sí, estábamos jugando, sin comprender que es un juego que da la vida o la muerte.

— ¡La vida! Quiero vivir, quiero vivir... — dijo ella con voz afirmativa. Y unió sus labios a los de Jacinto Robles en un beso que parecía venir desde los hondones de su espíritu, desde el misterio de su feminidad. Se hubiera dicho, el beso de una madre que recobra al hijo robado; o el de una fría estatua de mármol que se transfigura en mujer.

Quedaron en silencio, en tanto la fuente seguía repitiendo su canción cordial y honda, donde ellos — en ese momento de revelación de sus espíritus — creyeron oír la voz del amor, que puede más que las estudiadas palabras porque es la voz de Dios.

El antiguo señor de las sierras

(Continuación de la pág. 26)

fué cumplida en el acto, pero al día siguiente, cuando la curiosidad llevó a unos cuantos soldados a ver lo que había sido de aquella desdichada, encontráronla viva y rodeada de toda una familia de pumas que se habían constituído en sus defensores. Fué perdonada, pues se vió en el suceso la intervención de la Providencia.

El habitante del monte y de la sierra no puede pagar al puma su amistad en la misma moneda, porque esta fiera, además de la gran cantidad de caza que destruye, es muy aficionada a la carne de potrillo, de cabra, de oveja y de cordero.

Si no se le persiguiese como se hace, sería imposible criar ganado de ninguna clase.

Como la mayoría de los felinos, caza principalmente durante la noche.

El puma cazado de joven se domestica como un perro, y puede dejársele correr por la casa con entera libertad. Por desgracia, tiene una mala costumbre. Cuando ve venir a una persona conocida, se esconde en una puerta y le salta encima, jugando, como si fuera un gato. Tratándose de un animalito algo mayor que un perro danés, la broma, por cariñosa que sea, resulta poco divertida.

Diremos, para terminar, que la multitud de casos que muestran inofensivo al puma no deben dar al hombre excesiva confianza en su amistad. En muchas ocasiones el puma atacó decididamente a seres humanos, lo cual debe poner en guardia a los viajeros que se aventuran en los parajes frecuentados por este felino.

Un drama en las sierras

(Continuación de la pág. 31)

los soplos glaciales. El silencio inmenso del campo le permitía percibir el roce de los copos sobre las ramas descarnadas. Al recordar que en este mismo bosque, él había tenido uno de esos minutos de felicidad que nos compensa toda una vida de sufrimientos, sintió que una oleada de angustia lo deprimía de nuevo. Los grandes sentimientos llevan consigo ciertos deberes que no podemos humanamente rehuir. Así, el destino, si el destino existe, lo había unido a Estela mediante la fuerza interior del cariño. Mientras ella pudo hacerlo feliz, él la siguió sin discrepancias. Pero ella enfermaba y él desertaba de este pacto rehuyendo la parte de dolor que le correspondía en el drama común. Una voz profunda, la voz penetrante de la conciencia, lo acusaba. Ya no pudo desde este momento continuar inmóvil, abrazado por una emoción cada vez más fuerte. No era ya quien había escuchado las razones de su padre. El instinto lo movía como los mueve en las horas de crisis, a los grandes pasionales. En estos momentos en que se asiste como al estallido de la pasión, la voluntad y la inteligencia son fuerzas negativas ante el instinto que recobra, en nosotros, su imperioso poder. A doscientos metros de allí, el sanatorio expedía millares y millares de luces. Anochecía. Una claridad muy lívida se apagaba ya en el cielo. Insensible a la noche que lo envolvía de tinieblas, a la nieve que lo penetraba de frío, caminó hacia el sanatorio, alucinado por la presencia de Estela en una de sus salas. Iba a verla. La más elemental cordura cedía ante la dicha milagrosa de verla, de verla después de diez meses, de verla siquiera por última vez. ¿Qué importaba lo demás? Descendiendo las faldas de las montañas, trepando las rocas, las manos ensangrentadas, rozado el rostro por las ramas punzantes, estalló en esa risa nerviosa en que los hombres de moral muy fuerte desahogan sus sollozos. Sí, iba a verla. La vería, y luego que le quitaran la vida.

Se aproximaba ya al sanatorio, subía las primeras gradas, pero se detuvo, suspendido por su propio temor. Una voz irreprimible lo paralizaba al frente del sanatorio, pero la ansiedad de verla, costara lo que costara, pudo más. Avanzó. Entró en la primera sala, silenciosa como una tumba. Vió a su alrededor enfermos, muchos enfermos, el semblante pálido, sin expresión las pupilas. Maquinalmente se dirigió a una enfermera que le indicó el número de una sala, y a quien escuchó como escuchan los sonámbulos. No tenía en estos momentos sino una conciencia obscurecida por la ansiedad frenética de verla. ¿Dónde era? Sí, allá, a la derecha. Se acercó a una alcoba; se detuvo. No sabía por qué tenía miedo. De la alcoba en que debía estar Estela salió una voz, su voz. Sí, era ella. ¿Cómo dudarlo? Mientras la enfermera que acompañaba a Estela salía de la habitación, Manuel se apoyó contra la pared, sin atreverse a entrar. Esta indecisión fué apenas un segundo. El amor, la esperanza y el miedo se disputaban su voluntad. No se había decidido con el pensamiento, cuando su voluntad ejecutó este acto supremo. La vió recostada en una butaca envuelta en abrigos que le eran familiares, la cabeza caída, pensativa la expresión. Se hubiera creído mientras ella lo miraba, que su presencia no la extrañaba. Sus manos blancas y finas estrujaban con ansiedad un pañuelo. Se puso más lívida, su frente se levantó hacia él, mientras le preguntaba con el acento desmayado de todos los moribundos:

— ¿A qué has venido?

Quiso hablar, balbuceó unas palabras, su frente cayó a sus pies. Su mano levantó el extremo de su abrigo, y lo besó. Lloraba. Lloraba ella también con la misma fruición que los labios que desgarran sus besos sobre nuestros labios porque nos quisieran matar.

— ¡Cobarde! ¡Cobarde!...

Consultorio de belleza femenina

Por la Doctora Equis

VIOLETA. — Si las manchas no obedecen a irregularidades estomacales o hepáticas, desaparecen haciendo descamar la región manchada. Esta operación debe ser hecha por un especialista de la piel.

MOROCHA SIMPÁTICA. — Una fórmula sencilla de **PREPARAR BRILLANTINA LÍQUIDA PARA EL CABELLO**, consiste en mezclar 10 gramos de glicerina con 10 de alcohol. Se llena hasta la mitad un frasquito con este líquido y se completa con aceite de almendras dulces. Perfúmase con unas gotas de esencia de rosas de jazmín o de violeta.

ROSARINA AFLIGIDA *(Rosario)*. — Basta media cucharadita de bórax en polvo para una proporción de tres cuartos de litro, como medida general. En el caso de su referencia, sirve para dos frasquitos de crema.

UNA CURIOSA DE BOEDO. — 1º En las prefumerías se vende **UN POLVO ESPECIAL PARA SOMBREAR OJERAS**: hay negro, castaño, azul y verde, según lo requiera el tono de la tez.

2º **CONTRA LAS ARRUGUITAS** da buen resultado esta loción aplicada en pequeñas compresas de algodón hidrófilo:

Agua filtrada......	200 gramos
Leche de almendras.	50 „
Alumbre...........	4 „

3º Entre los avisos de EL HOGAR hallará la referencia que necesita.

LECTORA DE "EL HOGAR" *(Berrotarán)*. — 1º Ensaye para las arrugas la loción que indico a "Una curiosa de Boedo".

2º La piedra de alumbre le resecará mucho el cutis; use mejor una barrita de manteca de cacao.

OLGA A. — Por lo que me dice se trata simplemente de abundante caspa. **A FIN DE COMBATIR LA FORMACIÓN DE CASPA SE ACONSEJA** locionar el cuero cabelludo, día por medio, con esta preparación:

Agua de Colonia..	100 gramos
Jabón de aceite de almendras	10 „
Aceite de ricino....	5 „
Glicerina	5 „
Resorcina	2 ½ „

Semanalmente se lava la cabeza con quillay y jabón de Marsella. Tal procedimiento detiene también la caída.

LEDA ELVA. — 1º La llamada gimnasia sueca es la más indicada **PARA HERMOSEAR EL CUERPO.**

2º El procedimiento casero de negro de humo que usted usa para sombrear los párpados nunca es perjuidicial.

POLA NEGRI *(Avellaneda)*. — **TRATÁNDOSE DE OBSCURECER EL CABELLO**, nada mejor que esta mezcla, aplicada con un cepillo sobre el mismo, una vez lavado y seco:

Jugo de cáscara de nuez verde.......	200 gramos
Alcohol de lavanda..	100 „
Amoníaco líquido...	15 gotas

MATACHA. — 1º **EL CUTIS GRASO DEBE CORREGIRSE** con lavados diarios usando infusión de hojas de durazno a la cual se agrega un pedacito de bórax. Luego se pasa un algodón con alcohol alcanforado para comprimir los poros.

2º Hay un **PROCEDIMIENTO SIMPLE PARA LIMPIAR LA GRASITUD DE CABEZA** sin lavarla.

Consiste en pasarle papel de seda blanco cortado en pedazos del tamaño de un pañuelito. Cuando se retiren completamente limpios, el cabello está desengrasado.

Con ello se disminuyen los lavados de agua que se van espaciando.

3º **SI LAS PESTAÑAS CAEN SIN QUE SE SIENTA ESCOZOR** ni se inflamen los párpados, cesará el desprendimiento usando por la noche esta pomada:

Vaselina	5 gramos
Aceite de ricino....	2 „
Acido gálico........	0.5 „
Esencia de lavanda..	4 gotas

VENUS DE MILO.—1º **ANTES DE DEPILAR LAS CEJAS CONVIENE** pasar un algodón con éter, lo cual evita las huellas de la pinza.

2º Friccione diariamente las cejas con agua boricada, tibia, un cepillito y jabón de alquitrán para combatir la caspa.

3º **SE CONSERVA EL ARCO PERFECTO** humedeciendo las cejas, una vez dibujadas, con una pequeña cantidad de gomina disuelta en agua de rosas.

CAMELIA BLANCA *(Tucumán)*.—**LA LIMPIEZA DE LA BOCA**, sin que "se introduzcan aparatos" como usted dice, se obtiene actualmente por intermedio de los rayos ultravioletas. El grabado le indica el procedimiento, pero no puedo asegurarle que en Buenos Aires se use ya tal sistema.

UNA MAGALLÁNICA *(Magallanes)*. — Si ese aspecto de las uñas no responde a configuración congénita, mejorará notablemente cubriéndolas de noche con cera blanca. De mañana, las sumerge en agua boricada caliente.



Algunos antecedentes históricos de Capilla del Monte y sus bellezas panorámicas

Por ENRIQUE C. MALLET

En el año 1888, los únicos habitantes de Capilla del Monte eran las siguientes personas: Gregorio Moyano, José Montoya, Bautista Jaime, Pedro Farías, Gregorio Ordóñez, Felipe Bustos, Guillermo Olmos, Dolores Vázquez de Ordóñez. En esa misma época, el sabio doctor Adolfo Doernig, ya desaparecido, compró terrenos al señor Gregorio Moyano, que fué en donde hicieron el pueblo.

En el año 1889, habían empezado unos trabajos de construcción de las vías del Ferrocarril Central Norte Argentino, que, partiendo desde Alta Córdoba, pasaría por Capilla del Monte. Durante tres años se mantuvieron esos trabajos, y el año 1892 se inauguró el ferrocarril. En seguida se empezaron a construir las primeras casas, asentadas en cal y arena, siendo ellas las que ocupan las oficinas del ferrocarril y del señor Luis Lamas, que es aún del mismo propietario.



Un aspecto del camino, en los alrededores de Capilla del Monte

"Los Paredones", en Capilla del Monte, constituyen una de las curiosidades naturales más importantes.
FOTO A. FRANCISCO



Una visión apacible del río en la quebrada de Capilla del Monte.

En el año 1893 empezaron a invadir turistas y se alojaron en la casa "Las Rosas", que en ese tiempo le dieron el nombre de "Hotel Primavera". Los primeros turistas que llegaron, fueron casi todos de Rosario, y entre los que figuraban los señores: Juan Barnet, Ernesto Brandt, Basilio Mallet, Santiago Pinasco, Luis Lamas, doctor Manuel Fierro, Cayetano Ripamonti, llegando también en esa época el gran poeta Rubén Darío, quien escribió, en aquel entonces, sendas correspondencias en algunas revistas y diarios, y muchos versos sobre Capilla del Monte. El año 1900, Darío volvió a pasar una temporada en Capilla del Monte, y a los pocos días de su estada, llegó también, atraído por las bellezas del lugar, las que había oído ponderar tanto, Lloyd George, el destacado hombre público inglés, quienes se hicieron íntimos amigos, realizando todas las excursiones siempre juntos, agregándose a las mismas dos diputados ingleses que habían ido acompañándolo a Lloyd George.

No podía faltar la iniciativa de los espíritus empresarios que, aglomerando sus capitales, beneficiaran al núcleo con un cúmulo de comodidades igual al que disfrutan los poderosos del dinero, mediante un equitativo y proporcional concurso que pone al alcance de todos las felicidades, la ventaja, la abundancia, que permite experimentar sin desembolsos preliminares y enormes las satisfacciones de aquella vida de los grandes acaudalados.

Esa misión la desempeñaron los hoteles "Británico" y "Victoria", que hicieron construir por el año 1894 los señores Basilio Mallet y Juan Burgers, levantados en un soberbio esfuerzo y plantados en la preponderancia de las serranías culminantes, sitios escogidos y únicos, desde donde se domina la grandeza de la montaña y la esplendidez incomparable de un paraje que no tiene igual. Por esos hoteles desfilaron las más grandes personalidades de aquella época, entre algunas de ellas el coronel Domínguez, general Ayala, doctor José Figueroa Alcorta, doctor Carlos F. Gómez, M. Quintana, Rubén Darío y el doctor Evaristo Uriburu, que en aquel entonces ocupaba la primera magistratura de la nación, quien había ido a Capilla a pasar unos días de descanso.

Cuando terminó la construcción del ferrocarril, se avecindaron algunos extranjeros que fueron los pioneers del progreso de Capilla y fueron cimentando sus fortunas. Son ellos: José Zanni, Juan Zanni, Luciano Bonora, Iluminato Lorenzi, J. Burguers, B. Mallet y José Lorenzi.

Los adelantos realizados en un tiempo relativamente corto, son, en verdad, sorprendentes. El esfuerzo y laboriosidad de muchos vecinos, es lo que ha llevado a Capilla del Monte, al grado de indiscutible progreso edilicio en que se encuentra.

Y ya que de progresos edilicios hablamos, oportuno es recordar los nombres de los presidentes de comisiones de fomento habidos desde 1897, y que son: Luciano Bonora, doctor Juan L. Tessi, señores Próspero G. Moyano, Juan M. Salaberría, Abraham Olmos, Juan Lunad, José Guanzirolli y Francisco A. Arribálzaga.

El día 19 de junio del año 1915, se reunieron en el salón del "Savoia Hotel", los electores señores Pascual Farías, Carlos Usanza, Abraham Olmos, Eugenio Zanni, Jorge Asís, Iluminato Lorenzi, Juan Pujon, Ignacio Jaime, Justo Luna, Tomás Sosa, José Lorenzi, Ramón Santiago, Juan Gait y Francisco Lunad Rocha, con objeto de proclamar un candidato a intendente electivo, y el resultado de la primera elección comunal fué el siguiente: Para intendente, el señor José Lorenzi, y para concejales, los señores doctor Juan J. Garaventa, Eugenio Zanni, Abraham Olmos, Juan Gait, Ramón Santiago y Nicodemo Giordano.

El año 1909 se libraron al servicio público las obras de provisión de aguas corrientes, y al anotar que existen hoy más de seiscientas cincuenta conexiones, tenemos una nueva demostración de los constantes adelantos de Capilla.

Hablando ahora de las bellezas del paraje de Capilla, podemos decir que parecería que la naturaleza, la aristocracia y el dinero, se han aunado en un concurso común para hacer de Capilla del Monte, una estación de recreo y de verano, que compite con las más famosas de la república.

La naturaleza ha aglomerado todas las bellezas de un panorama sin igual, en medio de las altas serranías, encuadrando entre cumbres que acarician las nubes, valles, bosques y ríos, derramando a manos llenas exuberancias en plétora, que se creyeran vitalidades de una tierra bendecida por todas las abundancias.

La sierra reconcentra en aquel jardín sus detalles más pintorescos, desde la imponencia del precipicio, como heridas de hecatombe, hasta la delicadeza del hilo de agua serpenteando juguetón entre las piedras blancas y rosadas como alegría de niños; desde la cumbre desafiadora del cielo hasta el tímido helecho de la grieta; desde las grandezas que sobrecogen y espantan hasta las cosas pequeñitas que uno siente de herir con el pie.





"La Piedra Movediza" de Capilla del Monte es uno de los caprichos más originales de la naturaleza en dicha región.



Vista general de Capilla del Monte, uno de los puntos veraniegos más importantes de Córdoba.

Y en aquel marco de bellezas incomparables, que debía ser encontrado por la aristocracia para jardín de sus recreos, el dinero ha hecho verdaderos prodigios, levantando sobre las rocas que culminan un ramillete de chalets, que son palacetes de arquitectura deslumbrante, algo así como un atrevido reto del hombre y del oro contra la montaña, para disputarle supremacías de belleza.

Se supone que la fatiga de la lucha activa en los grandes centros de movimiento hubiera inspirado a la riqueza para preparar aquel rincón de descanso, con destino a las horas indispensables de la reparación de las fuerzas desgastadas en la labor y el rudo combate de la vida, rincón lleno de cosas hermosas en que las preocupaciones no tienen cabida, quedándose en las grandes ciudades para aliviar la carga insoportable de la existencia y dejarla reponerse y tomar nuevas energías que han de ser útiles a los esfuerzos futuros y templarán

la vitalidad para iniciar otra vez la batalla con empujes vigorosos.

Capilla del Monte está apreciada como un pedazo de aquella Suiza famosa que asombra el espíritu y contagia el alma de esa nostalgia incurable de grandezas ilimitadas.

Cuanto la riqueza es capaz de crear ha sido llevado a ese rincón predilecto, y cada año, en la temporada estival, la aristocracia porteña, rosarina y cordobesa, se dan cita en aquel vergel para convertirle en un centro de bulliciosa animación en que rivalizan el buen tono y el buen gusto exquisito, desarrollándose a diario fiestas llenas de brillantez, caracterizadas por esa confianza incomparable que imprime el campo a todos los actos sociales.

En esa época, Capilla del Monte vive su mejor temporada, y cada uno de sus parajes pintorescos es centro de reunión.

La fotografía ha divulgado profusamente en lo que ella puede imitar, que está muy lejos de ser la naturaleza misma en sus encantos rebeldes a la copia los famosos paisajes de Capilla que, como "Los Mogotes", "La Toma", "Los Paredones", "El Uritorco", "Los Terrones", "Ongamira", "El Cajón del Río", "El Rodeo", "Aguila Blanca", "Corral de Vaca", "Huertas Malas", "Mina de Mica", "Las Higueritas", "Mina de Cobre", "El Hueco", etcétera, representan explosiones de la belleza serrana, que se fijan en la retina y en el cerebro con el recuerdo indeleble de las cosas majestuosas.

En otros puntos, como en "El Zapato", la naturaleza ofrece la impresión de lo curioso, mostrándonos esos fenómenos extraordinarios que nos obligan a pensar en el poder de las violencias sísmicas que juegan con aquellas moles gigantescas como con míseros y frágiles juguetes.

El ferrocarril llega a aquel bello rincón de las sierras cordobesas, después de serpentear maravillosamente a través de mil obstáculos, al borde de los precipicios, rozando el basamento granítico de las cumbres que se besan con las nubes, crujiendo cien veces frente al peligro en una amenaza de catástrofes para emerger de la noche de las alarmas en una aurora triunfal de éxitos y victorias; sobrecogiendo para admirar, aterrorizando para imponer la grandeza de las cosas hasta lo hondo, donde se burilan las impresiones que no se han de olvidar jamás una vez sentidas.

¿Quién no ha experimentado estas impresiones al sentirse viajero de la serpiente acerada que penetra en los resquicios de la serranía, se desliza por el abismo, se esconde bajo la montaña, trepa la pendiente en busca de la cumbre y semeja despeñarse en el desfiladero como huyendo de la debacle, para emerger de todos los peligros en una satisfacción inmensa de pesos enormes que nos sacaran de la espalda, cuando la línea recta de metal se abre paso en la llanura dilatada, paréntesis de tranquilidad que prepara para otras jornadas violentas?

Así predispuesto el ánimo a sentir cosas bellas e imponentes, Capilla del Monte surge como estación para dominar en sus detalles preciosos la belleza serrana, hermanada con la esplendidez del oro y del arte arquitectónico, salpicando las ondulaciones desafiando las cumbres, fructificando la piedra para convertir el granito en un jirón de tierra fértil que ha de producir la flor y la fruta para solaz del hombre, que transporta la abundancia de los centros urbanos para que nada falte a su complacencia, llevándole el confort de los palacios, la plétora de los mercados, la comodidad de las avenidas, todos y cada uno de los pormenores del progreso que concurren a la existencia de las colectividades.

SABEDOR de que el señor Ramón R. Moyano, viejo y caracterizado vecino de Capilla del Monte, conocía también bastante de algunos antecedentes históricos de ese pueblo, lo entrevisté días pasados, a quien le hice el reportaje que transcribo más abajo.

Le encontré al señor Moyano muy atareado en su escritorio de la Defensa Agrícola, pero, no obstante ello, hizo un paréntesis a sus ocupaciones y me hizo pasar de inmediato.

El señor Moyano me recibió con esa gentileza que le es característica, y una vez enterado del objeto de mi visita, se puso a mi disposición.

— Venía para que, si no le fuera demasiado molesto, me hiciera una ligera reseña o rememoración de lo que usted conoce de histórico de este pueblo y que considere de interés para los lectores de EL HOGAR.

— Con muchísimo gusto — me dice el señor Moyano, — y especialmente tratándose de la revista de mi predilección.

"En Capilla del Monte — empieza diciéndome el señor Moyano, — corría el año 1848, siendo yo muy joven en aquel entonces, oí hablar tanto de las cosas misteriosas de los cerros, que se decía que en "La Quebrada de los Bueyes", lugar boscoso pegado al cerro Uritorco, vivió muchos años misteriosamente una mujer descendiente de los indios antecesores de la región, que alguien la veía pasar como una gacela y nadie sabía dónde dormía ni de qué vivía, hasta que un día desapareció, por el año 1884, más o menos.

"Se hablaba también de un ser masculino, de barba y cabellos blancos, que vivía en otra quebrada adyacente, al que se dió en llamar "el ermitaño", y que también desapareció por esos años.

"Curioso como joven que era, hice una exploración por los cerros y encontré una gruta que hoy se llama "Huertas Malas", y por noticias de los habitantes de aquella época, supe que allí vivió "el ermitaño", quien había formado una huerta de durazneros, que hoy existe aún. Se trata de unos despeñaderos casi verticales, que los carozos de la fruta se encargan de renovarlos desde hace 150 años, según cálculos de los nativos.

"En el despeñadero más alto del cerro encontré otra gruta que estaba llena de huesos de toda clase y, al parecer, de humanos también, y de allí que pienso que esos pertenecieron a los habitantes misteriosos, cuyos huesos fueron llevados por los cóndores que eran sumamente abundantes en la zona.

"Los ruidos que el cerro produce siempre, parecen ser temblores que acá son comunes.

"El origen del nombre de este pueblo fué porque la antigua capillita, que ya no existe, se hallaba ubicada en un lugar lleno de montes y por eso fué que los primitivos propietarios la bautizaron a la villa con el nombre de "Capilla del Monte".

"Al río Calabalumba, que cruza por medio de la población, se le dió ese nombre porque los indios primitivos tenían como jefe a un cacique de nombre Calabalumba, que era el *dueño y señor* de estas comarcas y de allí, que en honor a él, se le bautizó así.

"El Uritorco, que es el cerro más elevado de los alrededores de Capilla, y que quiere decir "Cerro mocho" en guaraní, parece que los indios le pusieron así para diferenciarlo de otros dos cerros más bajos y muy cercanos a aquél, que se llaman "las Gemelas".

"Debo hacerle presente también que el primer comisario que actuó en esta villa fué mi extinto señor padre Gregorio Moyano, que tuvo que luchar tenazmente contra los distintos bandidos que pululaban por la zona, y el primer juez de paz designado por el ejecutivo provincial, fuí yo.

"Yo le oí hablar muchas veces a mi señor padre que, cuando él era joven, se vendían los terrenos de este pueblo por menos que nada, habiendo comprobado y visto vender muchas veces buenas extensiones de terrenos por un par de botas, porrones de ginebra, etc. Por ese motivo, hay algunas personas que hacían las compras y se les extendían unos simples recibos como una constancia de la venta. Por esa causa, se puede comprobar que un diez por ciento de los antiguos dueños carecen de un boleto de venta bien legalizado y conservan únicamente sus derechos de propiedad por la posesión treintenaria que les acuerda la ley."

Los Cocos, octubre de 1930.

Un viaje por las sierras de Córdoba...

(Continuación de la pág. 149)

dición sombría de crímenes en una época en que debían ser frecuentes, pues no ha muchos años todavía lo eran los salteos y asesinatos en la Cuesta de Cosquín, predisponen a su favor; pero la falta de un rancho, en condiciones superiores a la guarida de pumas y jaguares, las necesidades mismas de una existencia aislada, en medio de serranías abruptas, privada del apoyo del poder público y de la ayuda de los semejantes, sin más recursos que los improvisados por el propio esfuerzo, y por otra parte la falta de nociones correctas sobre propiedad y justicia... No es posible, sin más datos, reconstruir aquella existencia escondida entre breñas; aunque la novela puede hacerlo todo, como tantas veces lo ha hecho, llegando hasta adulterar personajes y acontecimientos históricos o prehistóricos perfectamente establecidos por la arqueología, la geología, la lingüística, la escritura jeroglífica, la escritura común y las demás fuentes de información positiva de que hoy puede echar mano la crítica histórica.

— ¡Oh, seguramente no necesitaremos tanto para reconstruir la égloga de Bamba. Creo que vive aún por la provincia de Santa Fe una señora, hija de él, y ella podría dar preciosas noticias que arrojarían luz vivísima sobre las que ya tenemos.

— ¡Pues, ensaye usted!

— Me place; pero a su tiempo. Ahora el tren se pone en marcha y quiero aplicar toda mi atención a otras escenas, en presencia de las cuales el hombre es generalmente poca cosa. Dejemos, pues, a Bamba, y volvamos a la observación concreta y del presente.

Desde la curva del río la línea asciende progresivamente en una de las pendientes más rápidas, preparándose para salvar la altura del dique San Roque, y tres kilómetros antes de llegar a éste atraviesa el único túnel, de 80 a 100 metros de longitud, excavado en roca viva de *gneis abfibólico*. Por algunos segundos desaparecen todas las fisonomías de los compañeros y compañeras de viaje, que se creerían evaporados si no se oyesen sus murmullos, risas o exclamaciones de espanto más o menos real. Después de haber salvado una última rápida curva, se presenta de repente la muralla del imponente dique, semejante al bastión de una gran fortaleza. Cerca de la base, desde la compuerta central, salta bulliciosamente, envuelto en blancas nubes de espuma, un chorro de agua que, después de formar remolinos y corrientes divergentes o encontradas, sigue rápidamente su carrera en el encajonado lecho del río.

El tren se detiene casi siempre (cuando hay pasajeros, según el horario) algunos minutos, lo suficiente para bajar y contemplar la colosal obra y el lago. Estamos próximamente a 648 metros sobre el mar o 255 sobre Córdoba. La escala de señales, marcada en el lado del oeste de la muralla, indica que la altura del agua es de 19.80 metros. (Hoy, después de las repetidas lluvias posteriores, tendrá 25 metros o más.)

Este dique, que es uno de los más grandes de su clase que existen en el mundo, hace desde el primer golpe de vista la impresión de una obra sólida. He aquí algunos datos suministrados por mi prolijo compañero guía, que tiene siempre un buen arsenal de informaciones generalmente almacenadas y clasificadas en cifras.

Sus dimensiones son: largo en la parte superior, 154 metros; cantidad de mampostería empleada en la construcción, 54.000 metros; ancho del muro en la base, 29 ½ metros; ancho en el coronamiento, 5 metros; altura desde el punto más bajo del lecho del río, 37 metros; altura hasta la superficie del agua en el embalse máximo, 35 metros; capacidad en el embalse máximo, 260.000.000 de metros cúbicos.

La cuestión de estabilidad del gran muro ha sido objeto de muchas controversias, que en la mayoría de los casos parecen haber tenido por origen asuntos de índole extraña al interés público, hasta el célebre pleito instaurado por el gobierno del doctor Pizarro contra los constructores, fallado a favor de éstos, después que habían sufrido algunos meses de prisión. Si como todo lo indica, sucede que después de cien años el dique se conserva en perfectas condiciones de estabilidad, los procesados de ayer tal vez tendrán un monumento, cuando nadie hable ya de sus luchas y de sus fortunas perdidas en el trance.

En el primer término, la figura del lago semeja una ensenada angosta que desde la muralla se ensancha gradualmente; las aguas han llenado la antigua quebrada formada por el río al taladrar la Sierra Chica para abrirse paso hacia la llanura del este. Recién a la distancia de unos dos kilómetros al oeste, al entrar al extenso valle de la Punilla, el lago se ensancha hasta cubrir una superficie de tres o cuatro leguas, más allá de cuyos términos, en todas direcciones, limitan el horizonte las montañas y colinas cercanas. Sobre la superficie del agua, en puntos en que el lecho debe ser más elevado, sobresalen aún las marchitas copas de algunos árboles que antes prosperaban en la fértil hondonada, y cerca de un extremo, al noroeste, algunos restos de la antigua capilla de San Roque, deshecha por este diluvio, ocasionado por la acción del hombre. Al sur y al norte se extiende el gran valle.

El ferrocarril, abandonando el rumbo de este a oeste, toma el de sur a norte, y sigue por terreno accidentado. A unos cuatro kilómetros, cerca del extremo norte del lago, llegamos a la estación San Roque, donde fuera de la vista pintoresca de unas cuantas chozas sólo llama la atención un principio de monumento a Colón decretado e inaugurado por el gobierno tribunicio del doctor Pizarro. La piedra empleada en esta construcción es una especie de roca diorítica, de grano fino y color gris, extraída de una de las canteras de las inmediaciones de Cosquín. Parece que es un material muy adecuado para esta clase de construcción; es muy vistoso y los pocos conocedores de rocas pueden confundirlo con el granito. La obra en la actualidad está paralizada.

Poco después de haber dejado la estación San Roque, pasamos a la orilla derecha del río Santa María, uno de los dos afluentes que alimentan el lago artificial. Desde este punto se hacen notables los cultivos, que pueden ser observados a derecha e izquierda de la vía hasta llegar a Cosquín.

Dos kilómetros al norte de Santa María alcanzamos la estación de este nombre, situada a pocos metros de la ribera del río... El doctor Bialet Massé ha construído allí un dique tóma que atraviesa todo el cauce, dando lugar a la formación de un depósito considerable y un salto de dos metros, más o menos. Pocas cuadras más allá, después de atravesar una loma por un corte en roca viva en una de las más violentas curvas del río, se ven los hornos de la bien reputada cal hidráulica de Cosquín que ha suministrado todo el material de liga empleado en el dique San Roque, y en todas las demás obras de irrigación de Córdoba y que hoy mismo es artículo de comercio con las demás provincias. Al otro lado del río, que a esta altura se llama de Cosquín, al pie de la sierra, se ve un dique de considerables dimensiones, construído bajo la dirección y por cuenta del ingeniero Casaffousth, para estancar las aguas de una vertiente que brota en las faldas de la misma sierra y regar con ellas una propiedad que parecía de gran porvenir, pero que desgraciadamente para su activo e inteligente propietario ha tenido que pasar a poder de uno de los bancos, como tantas otras.

Siempre en ascenso gradual, pasa-

mos por un punto cercano de Cosquín, llamado Rosario, dejando siempre a la derecha la parte más baja de la cuenca, donde serpentea el río bajo la perenne vigilancia de una interminable hilera de álamos algo más elevados que seis veces la altura de los famosos guardias de la reina de Inglaterra, no menos gallardos pero por cierto más numerosos.

Llegamos a Cosquín (720 metros sobre el nivel del mar). Para el tren cuarenta minutos, a fin de dar tiempo a los pasajeros para almorzar, en cualquiera de los variados hoteles cercanos a la estación.

Los que han conocido el lugar seis u ocho años antes recuerdan que sólo había allí una media docena de habitaciones primitivas, ranchos casi indígenas. Al silbido estridente de la locomotora, seguramente algo menos intenso y alarmante que el de la trompeta del juicio final, han brotado repentinamente unas cincuenta casas de estilo moderno, con cinco o más buenos hoteles, entre los que merecen ser mencionados en primera línea el "Cosquín Hotel" (el más espacioso) del criollo Silenio Córdoba, que no ha querido ser menos que los porteños en el moderno gusto de las locuciones sajonas para la nomenclatura de hoteles; el de Europa, de Juan Peter, con muy buenas instalaciones, y el Mundial, frente a la estación. Casi todas las casas particulares, regularmente decentes, permanecen durante el verano repletas de huéspedes del litoral.

Cosquín inició su fama como extraordinariamente favorable para residencia de atacados de tuberculosis y otras afecciones pulmonares o bronquiales; sin duda porque era uno de los más conocidos y accesibles de la extensa y hermosa sierra, pues ésta en general es precisamente la que gozó siempre de la fama aludida. Hoy, con las mayores facilidades de viabilidad, los enfermos pueden buscar otros puntos, quizá más adecuados por su altura superior y otras condiciones climatéricas, dejando a Cosquín en la categoría de una pintoresca y cómoda residencia de verano, donde sea posible disfrutar a la vez de las solturas campestres y de los entretenimientos de una elegante y alegre sociedad; cambio de categoría que no ha de desagradar, por cierto, a los moradores permanentes.

Estamos nuevamente en marcha, y a pocos minutos cruzamos la parte del gran valle de la Punilla, que localmente se llama Valle de San Francisco, "lo más bello que ha visto en el mundo" un naturalista viajero. La vista puede extenderse a gran distancia al sur y al norte; al oeste corre paralelo a la vía el cordón casi uniforme de lomas de poca elevación que constituyen el borde oriental de la altiplanicie de Olain; al este, en primer término, la accidentada faja de terreno vegetal que se ensancha más o menos, en plano suficientemente inclinado para mostrarse toda entera, hasta las varias pequeñas quebradas, con su flora primitiva esmaltada de viejos cultivos; más allá las lomas y colinas boscosas de todas formas y tamaños, separadas por las abras que forman la orla oriental del valle; más arriba el macizo imponente de la Sierra Chica, desde cuya cima se levanta, para mirar cerros, altiplanicies, quebradas y valles; al occidente y al oriente, el airoso "Pan de Azúcar", señor de la comarca, gloria de Cosquín.

—Doctor, ¿le parece a usted que tiene forma de alguna especie de pan? Fíjese bien.

Algunas niñas porteñas observaron, se miraron y sonrieron. El doctor contestó:

—Pero el que debiera ser verdadero nombre, el indígena, expresa otra cosa. No estoy seguro; pero creo que es "Zipaj-ñuñu".

—¡Ah, eso sí! Virginis Uber (vertido al latín, que en cuanto a la versión castellana puede hacerla cualquier cura de alma), sólo falta la "zipaj", que si existió alguna vez entera, debió ser colosal... ¡Qué vivo sentimiento de la naturaleza tenían esos bárbaros!

Los subsiguientes lugares son Casa Grande y Huerta Grande, cuya fisonomía es semejante a la de Cosquín, ganando en elementos pintorescos por el contraste de los cultivos con el aspecto desigual y agreste que predomina en proporciones considerables. Se observa de vez en cuando alguna huerta de árboles frutales, como manzanos, perales y guindos.

Recién a unos cinco kilómetros al otro lado de Huerta Grande, la fisonomía de la comarca toma un aspecto notablemente nuevo; llegamos a la meseta que originariamente se llamó Valle de la Punilla y que ha extendido su nombre a todo el departamento. A los que hayan viajado por las cordilleras no será necesario indicar el origen del nombre de Punilla, aplicado a un elevado paraje de sierra abierto a los vientos del sur y del norte, en el punto preciso en que se apartan hacia esos rumbos las corrientes que riegan el gran valle. La vegetación arbórea desaparece casi por completo, siendo reemplazada por una verdadera, aunque accidentada pampa cubierta de gramíneas altas y finas. El tren sube vigorosamente hasta San Jerónimo (1), el punto más elevado de toda la línea: 1.083 metros sobre el nivel del mar.

Favorecido por el declive, el tren baja con rapidez. A dos kilómetros y medio de distancia se toca en un lugar llamado San Ignacio, conocido hoy por un mineral de oro que principió a trabajar una sociedad inglesa. Parecen muy antiguas estas minas, y probablemente pertenecieron a los jesuítas poco antes de la expulsión; pero habían quedado abandonadas desde aquella época hasta que empezó a construirse el ferrocarril. Uno de los ingenieros ocupados en esta línea, habiéndolas descubierto de nuevo, formó, para explotarlas, una pequeña sociedad; pero ésta no disponía de capital suficiente para las instalaciones en la forma necesaria, por lo cual tuvo que abandonarlas. Actualmente han sido denunciadas por el señor Gasman (H.), residente en Cruz del Eje, quien se propone constituir una sociedad minera de mayor importancia. A dos cuadras de la vía férrea al otro lado de un pequeño arroyo, se encuentran las tres o cuatro bocaminas. No se trata de la histórica California ni de otras Californias menores; pero sí de algo que por su situación puede ser muy importante.

Las vetas son de cuarzo ferruginoso aurífero, aunque no muy anchas, y se cruzan en todas direcciones. La ley del mineral es de 25 hasta 120 gramos de oro por tonelada.

La vía sigue al costado derecho del río de Dolores, y en cinco minutos alcanza la estación San Esteban. El lugar se encuentra encerrado en el estrecho valle, teniendo a derecha e izquierda huertas y alfalfares. Diez cuadras adelante se encuentra la pintoresca población de Dolores, capital del departamento de Punilla, y asiento de la jefatura política.

—¡Esto es muy hermoso, doctor!

—Sí; pero no dé tanta importancia a álamos y alfalfares. Observe un poco más científicamente. Desde San Ignacio reaparecen los matorrales que cerca de Dolores se entremezclan con árboles y arbustos espinosos, vegetación que lleva la marca de un clima áspero, insoportable en el invierno, y que está muy lejos de ofrecer el carácter alegre y atrayente de los bosques de Capilla del Monte. Para encontrar la explicación de esta diferencia le bastará fijarse en la diferente orientación de uno y otro valle.

—¿De modo que en este gran pleito del "Sanatorium" usted es decidido partidario de Capilla del Monte?

—¡Oh, no hay comparación ni pleito posible!

Dos kilómetros al norte de Dolores la línea férrea deja a la izquierda la cuenca del río del mismo nombre, desviándose a la derecha y repechando para ganar las alturas que limitan por el sur el valle secundario de Capilla del Monte. Diez minutos después estamos en la estación de este nombre.

(1) Hoy, La Cumbre.



Alta Gracia

CUANDO aparezcan estas líneas, ya la pintoresca y encantadora villa serrana se habrá vestido con los mejores atributos que le brinda, tan pródigamente, la Naturaleza al llegar la primavera.

Ya ostentará la coqueta Alta Gracia toda esa belleza incomparable con que se visten sus sierras, sus valles y sus jardines desde el mes de septiembre, saturando el aire de aromas exquisitas y ofreciendo a los ojos de todo el que llega un espectáculo soberbio, que reconforta el espíritu.

Es aquella una fiesta de colores y perfumes; fiesta sublime del cielo y de la tierra, en que la paleta del Creador parece querer llegar a la quintaesencia de su arte con un azul profundamente sereno y un verde maravilloso que predominan sobre mil tonalidades de un efecto sorprendente.

Pero no es esto sólo — a pesar de ser mucho — lo que hace de Alta Gracia la villa privilegiada del turismo, que, cada vez en mayor número, dirige sus pasos hacia las sierras de Córdoba. Hay algo más todavía, y ese algo más que logra su consagración definitiva es el clima, ese clima famoso por el resultado que obtienen los organismos débiles de su influencia verdaderamente milagrosa.

Alta Gracia tiene también el encanto espiritual de una tradición histórica llena de las más hondas sugestiones. Su nombre primitivo fué el de Paravachasca, y su fundación data de casi trescientos años, conservándose aún edificios levantados en aquella época tan lejana, tales como la iglesia parroquial, construída por los jesuítas y considerada como una reliquia arquitectónica que el correr del tiempo valora cada día más.



Otras de las obras que llaman a la evocación son El Obraje, El Tajamar, convertido hoy en paseo público, y la estancia del virrey don Santiago de Liniers, de la que salió para emprender la campaña que culminó con la tragedia de Cruz Alta.

Ubicada estratégicamente en la falda misma de la serranía, la renombrada villa se encuentra en un punto hacia el cual convergen las vías de comunicación ferroviarias y terrestres que conducen a los centros de población más importantes de la provincia y a los lugares más pintorescos, con un nutrido servicio de trenes y una red de carreteras dignas de la más calurosa ponderación.

Se halla a sólo cuarenta minutos de automóvil de la ciudad de Córdoba, capital de la provincia, con servicio telefónico que la une con Buenos Aires y trenes diarios directos que regresan de la capital federal el mismo día de su arribo. Posee un comercio importantísimo. Hoteles que son los lugares de cita de los miembros más conspicuos de los círculos sociales, científicos, políticos y financieros del país.

Cuenta además con numerosos hoteles y casas de alojamiento cómodas y económicas, que consultan todas las conveniencias del viajero.

Entre los sitios de recreo más hermosos pueden citarse los Paredones, el río Anisacate, bordeado de viejos sauces que peinan sus largas melenas en la mansa corriente de clarísimas aguas, La Bolsa, el valle de Santa Esperanza, Falda del Carmen, la Gruta de la Virgen de Lourdes, y muchos otros, todos muy cercanos a la población y a cual más lleno de pintorescos motivos.

Para visitar esos deliciosos parajes se dispone de bien organizados servicios de automóviles y cómodos medios de transporte.

Como una afirmación del elogio que antecede, merece transcribirse aquella delicada estrofa del exquisito y malogrado poeta Belisario Roldán, escrita en la misma villa inspiradora, en la cual falleciera trágicamente:

"¡Oh, la villa de la lacia
cabellera de sauzal,
que halló en el propio raudal
de su fina y alta gracia
su motivo bautismal!"

EDEN HOTEL

LA FALDA (F. C. C. N. A.)

Avisa a sus favorecedores la inauguración de su hermoso ensanche para la temporada 1930/31, que consiste en una gran Sala de Fiestas, Jardín de Invierno, Escritorio para Pasajeros, espléndido Patio al Aire Libre para Servicio de Té y para Bailar, ampliación del actual Tea-Room y Bar y Departamentos Nuevos con baños privados y servicio con señales de Luz.

LA ADMINISTRACION aprovecha la oportunidad para llamar nuevamente la atención sobre el encanto singular que significa una estada en La Falda, por el hermoso ambiente que brinda la naturaleza con el magnífico clima serrano a 1.000 metros de altura sobre el nivel del mar, y el confort que ofrece el EDEN HOTEL, que dispone de 150 habitaciones con 70 cuartos de baño, instalación de calefacción central para la temporada de invierno, comedor para 300 personas, Sala de Billares y Juegos, amplias terrazas, hermosos parques y paseos y 20 boxes para automóviles particulares, a lo cual hay que agregar las comodidades del nuevo ensanche. Para el deporte ofrece la Cancha de Golf (18 hoyos) más sportiva de la República, dos Canchas de Tennis, una Plaza de Ejercicios Físicos para Niños, una Pileta de Natación y un buen Servicio de Caballos de Equitación.

Todo esto, agregado a la cocina de primer orden que se surte de la Granja Modelo y sus huertas y quintas, propiedad del Establecimiento, está afirmando una vez más una fama bien adquirida en más de 30 años.

POR INFORMES Y PEDIDOS A LA

ADMINISTRACION DEL EDEN HOTEL

La Falda, F. C. C. N. A., o al Escritorio en Buenos Aires, Bmé. Mitre 544

únicamente desde las 14 a las 18 horas. — U. T. 33 Avenida 2159.



Edén Hotel - La Falda. — Vista de la cancha de golf.



Edén Hotel - La Falda. — Vista general del lugar.

Manón Lescaut y su fiel adorador


El caballero des Grieux acompaña a Manón al destierro.

EL abate Prevost, que vivió hace doscientos años, escribió más de ciento cincuenta volúmenes. Al final del séptimo, el abad dedicó unas páginas a lo que él llamó "Historia del Caballero des Grieux y Manón Lescaut". Se disculpaba de ello diciendo que quizá los lectores la encontrasen interesante.

Interesante, interesantísima se hizo la historia, llegando a ser uno de los libros clásicos y el único escrito de Prevost que hoy se recuerda. Todas sus obras menos ésta se han parecido. La historia de Manón y des Grieux vive aún.

Dos grandes compositores: Massenet y Puccini, han utilizado esa novela para hacer sus óperas.

En 1731 la novela de Prevost se publicó separadamente y pronto se leyó en toda Francia.

Guy de Maupassant escribió un precioso prólogo para una de sus ediciones posteriores.

Todos los franceses, hasta Anatole France y los literatos de nuestros días, afirman que Manon Lescaut es una obra clásica, en la que no se puede alterar una sola línea. Escrita en el estilo formal, didáctico y exagerado de principio del siglo XVIII y traducido a todos los idiomas, el libro tiene constantemente nuevos lectores, porque cuenta unos amores como ya no existen en nuestra época.

El caballero des Grieux era un joven de familia aristocrática, que por sus condiciones tenía ante sí un brillante porvenir. Se inclinaba a la carrera sacerdotal, cuando sus ojos se fijaron en la bellísima Manón, y al momento se enamoró de ella. A las veinticuatro horas había engañado a su mejor amigo, cosa de la que poco antes hubiera sido incapaz, y se fugó con la muchacha. Hicieron el viaje a París, en donde doce días después Manón faltó a la fidelidad jurada a des Grieux.

Esta primera lección debiera haber bastado al caballero para conocer el carácter de Manón, pero aquello no fué para él sino el principio de sus desventuras.

De desastre en desastre empezó a comprender a Manon, y ver claramente su carácter, pero su situación no tenía ya remedio. Estaba perdido.

Manón era hermosísima, mas voluble e impresionable quería, al parecer, a des Grieux, pero no podía prescindir de todo lo agradable que cuesta dinero, y el joven caballero comprendió que ser pobre era perder a su amada.

El hermano de Manón, un verdadero granuja desaprensivo, enseñó a des Grieux a hacer trampas en el juego, y se prestaba a ser intermediario entre su hermana y los muchos que admiraban su belleza. Una vez, la familia logró reintegrar a su seno al joven enamorado y éste pensó en dedicarse de nuevo a la Iglesia. Se creyó curado de su pasión y todos los que le rodeaban y conocían creyeron lo mismo. Estaba a punto de ordenarse, cuando Manón le encontró y su vista bastó para que abandonase todo buen propósito y se arrojase rendido de amor en brazos de su antigua amada.

Des Grieux cayó de nuevo en las redes de Manón y la vida de desgracias, vergüenzas, humillaciones, deshonor e infamia le envolvió otra vez; esta vez sin remisión. Probablemente, jamás una pasión tan ardiente y profunda fué puesta en persona más indigna. Des Grieux no podía libertarse de aquella gentileza, de aquella dulzura, de aquellas manifestaciones que le hacían creer que era amado de la linda mujer, y cuando por fin Manón fué desterrada a las desiertas soledades de Luisiana, el caballero des Grieux la siguió en su destierro hasta Nueva Orleans, en aquella época una pobre y miserable aldea de cabañas de madera. Allí, bajo un sol casi tropical, se desarrolló la escena final de aquellos amores trágicos.


El abate Prevost, autor de la "Historia del caballero des Grieux y Manón Lescaut".

El caballero des Grieux ve morir a su amada y herido, desfallecido, el desesperado joven, abre con sus propias manos una fosa en la arena y entierra el cuerpo que tanto había amado, que tan desgraciado le había hecho, y una vez enterrado el fantasma de su amor, cae sobre la tumba e inmóvil llora sobre ella veinticuatro horas.

Todo aquel que lee la obra se pregunta varias veces, en el curso de su lectura ¿qué es el verdadero amor?

Sea la que fuere la contestación que se dé a esta pregunta, Manón es un factor secundario. El personaje verdadero, únicamente interesante, profundo, es el caballero des Grieux.

El enamorado doncel no podía hacer de otro modo sintiendo como sentía; viendo a la mujer adorada como la veía. Su amor ardiente significaba abnegación, sacrificio, que sin pensar en quien recibía sus favores, se engrandecía empequeñeciéndose.

La ópera que en cinco actos y seis cuadros, que sobre este asunto escribió Massenet, con libro de Enrique Meillas y Felipe Gille, fué estrenada en la ópera Cómica de París, el año 1884.

Los autores del libro se han permitido algunas modificaciones a la novela del abate Prevost. La música de Massenet en esta ópera es dulce y viva, tierna y apasionada. En el primer acto son notables el alegre y pintoresco coro de la llegada del coche, la melodía que canta Manón y su dúo con el caballero des Grieux. En el segundo, un preludio, la lectura de la carta, un cuarteto y una romanza. En el tercero, la escena emocionante de Manón, des Grieux y la gran escena de San Sulpicio. En el cuarto, la escena del trinquete. El último acto es relativamente poco importante, pero no exento de interés.

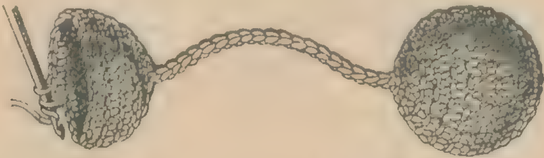
LABORES FEMENINAS

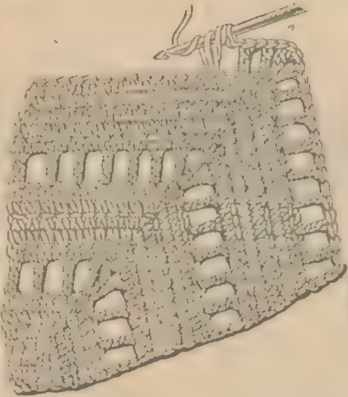
EN LAS SIERRAS

Por DAFNE

El veraneo en las sierras es, sin duda, el más aristocrático, porque es el más tranquilo, el más sencillo y el más modesto. Es también el más grandioso porque es ante la magnífica y reposante naturaleza donde el espíritu descansa. Sobre todos los tonos verdes de las montañas encuentran reposo los nervios, y es allí donde las señoras pueden realizar pacientes labores mientras las charlas se hacen amenas y los niños juegan.

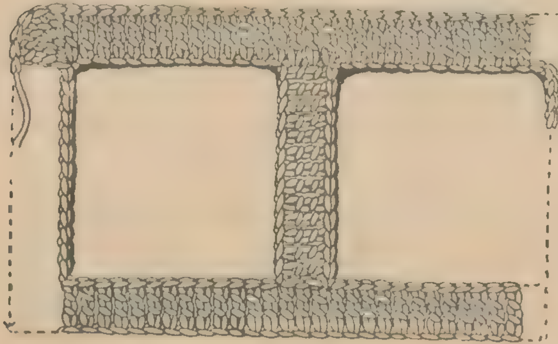
Es más; el ejercicio de las labores femeninas es en las sierras una necesidad espiritual a que invitan la vida tranquila y la apacible serenidad del ambiente.

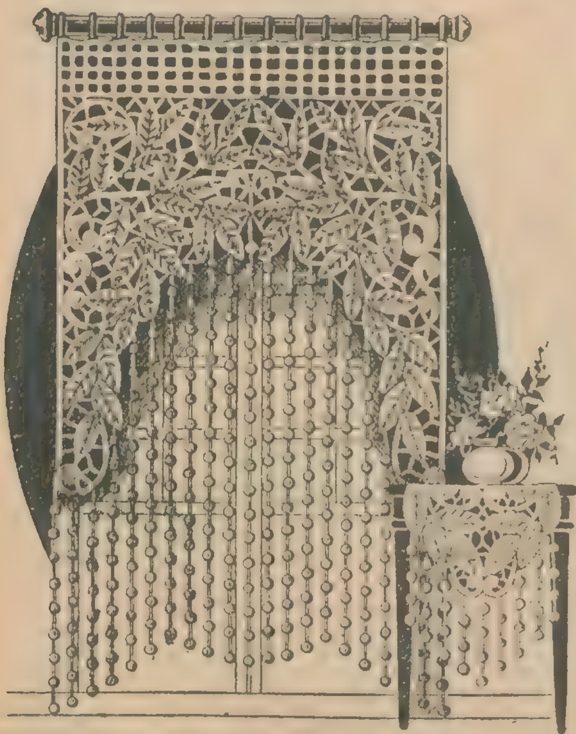




EL CROCHET ARTÍSTICO

De crochet, color crudo, se hace este stor para ventana. Es de muy bonito aspecto y apropiado para comedor. Su confección es muy fácil y susceptible de combinaciones de colores y de puntos.





En los chalets y casas de campo se suelen usar lencerías y cortinados rústicos, de telas sencillas y fuertes, fácilmente lavables, pero también se ven mucho las labores de crochet tan preferidas de antiguo, particularmente en las viviendas antiguas de la sierra donde todo respira un aire tradicional y las costumbres y gustos de antaño se perpetúan. Las mujeres serranas son aficionadas a las labores de aguja pacientes, a las que exigen habilidad y buen gusto; y las familias que se incorporan a la vida serrana se contagian de las aficiones.



PARA EL INTERIOR DE LA CASA

El cortinado, la carpeta y el almohadón llevan el mismo alegre motivo y fácil de ejecutar. Todo va en tela lavable para casa de campo. El bordado es rápido y ligero como realización. Punto de festón y bastilla.



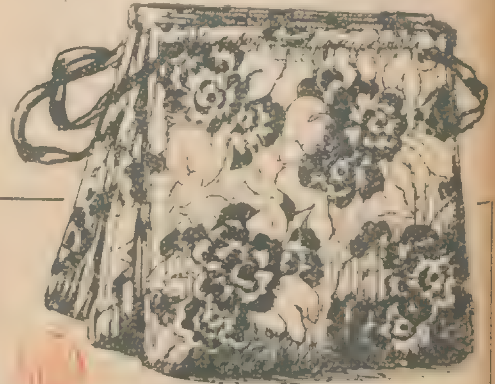
BOINA

De lana tejida, negra, al crochet, pequeños puntos forman el adorno, en grueso cordón blanco, o verde, o rojo. Siendo este original modelo de mucho chic.



SACO MODERNO

Para labores o para llevar la ropa del bebé, biberón, etc., es muy práctico este saco con tres departamentos. Se ejecuta en brin grueso el interior, con ballenas en el cierre. Luego se forra en cretona de color.





Para las prendas de casa de campo decoradas con buen gusto, es natural que se estudien bien los matices, buscando preferentemente aquellos que se adapten mejor al ambiente. Desde luego que los pájaros y las flores son los motivos de más recurso y los que resultan más adecuados. Son también los que se prestan a estudios de colorido.

Córdoba: ruta obligada del automovilista porteño

(Continuación de la pág. 15)

para entrar directamente a la ciudad del Acuerdo. En el trayecto a Rosario, que es sencillísimo, el camino mejora todavía. Y aquí terminan las pocas dificultades que puede haber en lo tocante a orientación.

De Rosario a Córdoba, en efecto, la carretera es una recta de 400 kilómetros que corre invariablemente a la vera de la línea del ferrocarril, sea a la derecha, sea a la izquierda. Sólo habrá que fijarse en las señales de los postes, como dijimos, para no equivocar la ruta. El volante, aficionado a apretar hondo el acelerador, hallará, por cierto, muchas oportunidades de sacarse el gusto. La recta de Fisherton a Roldán, por ejemplo, no tiene nada que envidiarle a la mejor pista. Y lo mismo puede decirse de los kilómetros de macadam de la entrada a Córdoba.

Tampoco pueden constituir una preocupación del automovilista las descomposturas y la preparación del coche. No es necesario acondicionar a éste en forma extraordinaria. Nafta, aceite y gomas de repuesto, como cuando se va hasta La Plata o Quilmes, ni más ni menos. Porque en el camino, a cada trecho, se encontrará de todo. Sobran, de igual modo, las provisiones de boca, sólidas y líquidas, porque está lleno de negocios que pueden proporcionarlas. Diremos más: ni siquiera es menester tomar la precaución de dotarse de dos paquetes de cigarrillos.

Se trata de una ruta mucho más transitada y matizada de poblaciones que la de Mar del Plata, pongamos por caso, no obstante ser más larga. Y de ahí que presente menor número de dificultades. Lo cual no deja de producir explicable asombro al que la recorre por primera vez.

LOS ENCANTOS DEL VIAJE

No son precisamente los encantos del recorrido, como ocurría con respecto a los palacios del rey Arthus, los que tornan interesante la excursión a Córdoba — dice el citado Temperley, — sino la envidiable circunstancia de hallarse en la ciudad con su coche. No pretendemos, ciertamente, descubrir aquí las hermosas sierras cordobesas, pero sí nos atrevemos a afirmar que quien no las haya recorrido en auto — en su propio auto, agregaríamos — no las conoce. La vía férrea del Estado, no va desde Alta Córdoba hasta Capilla del Monte, aunque cruza la más bella región, no es sino un anticipo de los atractivos que deparan los paseos en automóvil por las cumbres."

Estamos de acuerdo en que lo fundamental del viaje es poder encontrarse en Córdoba con su propio automóvil, para poder realizar desde allí excursiones por los atrayentes caminos de las sierras. Pero no creemos, por eso, que el viaje, en sí, carezca en absoluto de atractivos. En primer lugar, ninguna ruta será capaz de proporcionar al turista una visión más cabal de nuestra geografía económica, porque ella, precisamente, constituye algo así como la columna vertebral del organismo agropecuario argentino. Cruza la más feraz y vasta de nuestras regiones agrícolas y ganaderas.

Casi podría decirse que recorrerla es recorrer el laboratorio máximo de nuestra riqueza. Allí están, al borde del camino, como en un muestrario, todos los factores de la civilización nacional: el latifundio ganadero, la chacra, la colonia, el pueblo y la ciudad, expuestos en forma tan amplia que abarca la multiplicidad de sus manifestaciones, hasta las más pequeñas. ¿Y eso, acaso, no constituye también un atractivo? ¿O sólo ha de ser estímulo, para el turista, la mera contemplación de paisajes bonitos?

Lo es, por otra parte, dentro de su categoría de paisaje de llanura, el que depara el viaje en automóvil a Córdoba, formado por las más hermosas planicies de la república. Presenta, por añadidura, una serie de ciudades que tendrán siempre algo que mostrar al excursionista de paso: Luján, Arrecifes, Pergamino, San Nicolás, Rosario, Cañada de Gómez, Bell-Ville, Villa María, Río Segundo...

CÓMO DEBE HACERSE EL VIAJE

El viaje a Córdoba en automóvil puede hacerse en un día, pero no es aconsejable esto. Son, a contar desde Morón, 760 kilómetros, que insumirían una jornada demasiado fatigosa. Veintidós horas en el volante no las resiste cualquiera.

Conviene, pues, recorrer el camino en dos días. Y conviene también ajustarse a cierto orden, a fin de evitar molestias de diversa índole. Tener que pernoctar, por ejemplo, en un pueblucho de pésimas fondas o verse obligado a viajar de noche. Siempre resultará prudente emprender la marcha a horas que permitan que las primeras luces lo tomen al automovilista en pleno camino, con lo cual se ganará tiempo y será posible hasta echarse una siestita después del almuerzo, cuando el sol torna más pesado el viaje.

El plan que transcribimos es el que más aconseja la experiencia. Se puede realizarlo a una velocidad media de 40 kilómetros, que es, por cierto, una velocidad muy prudente. Lo cual no significa que, en la mayoría de sus tramos, el camino no permita desarrollar un promedio superior, también sin riesgos, como dijimos. Veamos el plan:

Primer día, salida a la madrugada: Morón-Luján, 70 kilómetros (desayuno); Luján-Pergamino, 194 kilómetros (almuerzo); Pergamino-San Nicolás, 70 kilómetros (té); San Nicolás-Rosario, 64 kilómetros (comida y reposo).

Segundo día, salida a la misma hora: Rosario-Cañada de Gómez, 66 kilómetros (desayuno); Cañada de Gómez - Bell-Ville, 120 kilómetros (almuerzo); Bell-Ville - Oncativo, 127 kilómetros (té); Oncativo-Córdoba, 75 kilómetros (cena y reposo).

En las ciudades que indicamos para hacer etapas, los restaurantes y hoteles responden a las necesidades del viajero, lo que hace doblemente aconsejable el plan propuesto.

LAS DOS CORRIENTES DE TURISMO

Y una vez en Córdoba viene lo más interesante. Tendrá allí el automovilista un programa de turismo que lo compensará, sin duda, de las molestias que pudo proporcionarle el viaje. Hay excursiones para entretenerse todo el verano. Y paisajes, como el de La Falda, vista desde el Potrero de Loza, que difícilmente podrán ser superados, por lo menos, en el país. Y el que os habla lo conoce desde La Quiaca hasta Ushuaia.

Bástenos decir que la "Guía General de Caminos de la región serrana", editada por la Dirección General de Vialidad de la provincia, cuyo uso aconsejamos a los turistas, señala 23 itinerarios. Y faltan allí algunos, como el de Tanti a Mussi, de construcción reciente. Los hay cortos, cual los que tienen por remate los inefables parajes de Calera, Villa Allende, Mendiolaza, Unquillo, Río Cevallos y Dique San Roque; y largos, como los que terminan en La Cumbre, Capilla del Monte, Mina Clavero, Villa Dolores, etc. Itinerarios que pueden hacerse en pocas horas y que llevan todo el día.

En realidad son dos corrientes de turismo las que se forman en Córdoba. La de la Sierra Chica, al Norte, que comprende las incomparables regiones climatéricas de La Falda, La Cumbre y Capilla del Monte; y la de las Altas Cumbres, al Oeste, cuya abrupta presentación contrasta con la fertilidad de la primera, con sus pampas y valles que rematan en Mina Clavero.

La corriente de la Sierra Chica, que es la más intensa, está principalmente servida por el camino de Córdoba a Cruz del Eje, que constituye, por decirlo así, su vía clásica. Depara encantos como el Lago y Dique San Roque, Villa Carlos Paz, Cosquín, el cerro Zipaj Nuñú, Valle Hermoso, Candelaria, La Falda, Huerta Grande, La Cumbre, Cruz Chica, Cruz Grande, Los Cocos, Los Molles, Capilla del Monte, etc. La carretera atraviesa dos veces la Sierra Chica, ofreciendo paisajes realmente inefables y singulares atractivos para el automovilista.

Las rutas de las Altas Cumbres son igualmente interesantes, aunque registran un tráfico mucho menor. El camino a Mina Clavero y Villa Dolores, por ejemplo, ha sido trazado en condiciones tales que permite la ascensión, con pendiente suave, hasta 2.210 metros sobre el nivel del mar, internándose en la montaña abrupta y coronando los más altos cerros.

Se viaja a veces entre nubes, como en un avión, y otras se cruzan regiones como la fértil Pampa de Achala, donde, en pleno verano, se produce el insólito espectáculo de la nieve. Pero sería imposible siquiera recordar parte de las emociones inefables que deparan las serranías cordobesas.

Limitémonos a citar, para poner fin a esta crónica, la carretera de Córdoba a Villa Allende-Río Ceballos, Ascochinga y Jesús María; y la de Cruz del Eje a Mina Clavero, que atraviesa la inolvidable Pampa de Pocho, donde una decoración exclusiva de palmeras, unida al silencio, la esterilidad y la inercia de la región, obligan a pensar que se está cruzando un desierto africano.

Desde las sierras...

(Continuación de la pág. 17)

está absolutamente serio. Suspiro y, sin saber qué pensar, observo las puntas de mis botines, blancos y amarillos, y pienso que es una zoncera haber traído esos zapatos tan elegantes para aquí, pero en seguida me acuerdo de las boinas de vasco y me alegro de tenerlos puestos.

Don Gregorio me invita a almorzar; almuerzo solo, pues el pastor está intoxicado de paisaje o, quizá quiera hacer penitencia. Me sirve uno de los delantales limpios, y mientras como la humita recalentada por mi tardanza, don Gregorio ha filmado la vida del pueblo.

Ahora son las dos y media, estoy en mi cuarto y te escribo. Cerrando los ojos se adivina, por el modo cómo gritan las gallinas entre los yuyos, que es la hora de la siesta.

Estoy cansado y tengo sueño.

No sé si me quedaré aquí ocho días, un mes o toda la vida; sólo sé que cerraré el sobre y después, retirando ese ponchito de guanaco que don Gregorio ha colocado, con actitudes de mantón de Manila, sobre mi cama, voy a dormir magníficamente mi primera siesta serrana.

Te abraza,

JULIO.

P. D. — Contéstame a Pueblo X. Sierras de Córdoba."

[illegible]

- (Continuación de la pág. 130) -

encima del dique, en caso que la lluvia produjera un exceso de caudal.

El mozo del restaurante nos anuncia que debemos pasar al comedor para almorzar, cosa que habíamos olvidado, tan entretenido nos resultaba el camino.

Sigo anotando las principales poblaciones: entre las de Bialet Massé y Cosquín, hállase el sanatorio para tuberculosos, llamado de Santa María, compuesto por varios pabellones. Alrededor se ha formado una población importante que tiene su vida propia. El sitio elegido no puede ser más ideal para los enfermos pulmonares, y son muchas las curaciones que se realizan en ese clima.

Llama la atención en Cosquín, una sierra original, en forma de Pan de Azúcar y que lleva esa denominación.

Luego, despiertan interés por su belleza natural, Valle Hermoso, La Falda y Huerta Grande. Finalmente llegamos a La Cumbre, punto de nuestro destino. El reloj marca las 14.10 horas. Nuestro viaje a Capilla del Monte se hará en automóvil, por indicación del maestro, que desea que conozcamos el camino entre las sierras.

Después de tantas horas de tren, estamos ansiosos de caminar.

—¿Adónde ir?

Nuestro mentor es hijo de esa provincia y la conoce palmo a palmo. Nos conduce al pie mismo de una sierra, donde corre el río San Gerónimo, y en el punto donde hay un manantial de agua cristalina y fresca que nos apresuramos a beber. Muchos hombres, mujeres y niños, llenaban damajuanas y baldes que llevaban a mano o cargados en burritos.

Se nos dice que El Chorrito — tal es el nombre de ese lugar — está siempre frecuentado por gente que va en busca de agua. Seguimos el cauce poco crecido del río, buscando piedras para nuestra colección. Eran tantas y tan hermosas las que hallamos, que no sabíamos con cuáles quedarnos.

Casi de noche, volvimos al hotel para cenar y acostarnos temprano. Debíamos seguir viaje muy de mañana. Efectivamente, salimos a las ocho, en automóvil, recorriendo un maravilloso camino, entre las sierras, pasando por Cruz Chica, Cruz Grande y Los Cocos, llegamos a Capilla del Monte. El automóvil se detuvo en varios puntos para permitirnos contemplar el llamado "Desierto de piedra", "La Toma" y el manantial de San Salvador, donde surge el agua de mesa que lleva ese nombre.

Domina a Capilla del Monte el hermoso Uritorco, cerro cuyo aspecto se diferencia de todos los demás. Antes de llegar a él, las sinuosidades de la roca dan fisonomía fantástica a las sierras que, por momentos, semejan castillos encantados.

A los lados del camino crecen abundantes árboles: son cocos, espinillos, molles, quebrachos y talas. Abundan las tunas y cactos de caprichosa forma. En cierto trecho aparece una extensión cubierta de palmeras. Vamos de sorpresa en sorpresa. Antes de entrar en la ciudad, el chauffeur nos lleva a ver El Zapato, piedra que tiene, justamente, la forma de un zapato femenino, y que corona una sierra. Nos sentimos mareados por tanto espectáculo diverso, y yo comienzo a confundir las ideas.

El maestro indica un hotel, y todos nos alegramos de su inspiración, pues el aire del camino ha despertado vivamente nuestro apetito.

Mañana y los días siguientes, seguiremos visitando las bellezas de esta región."

[illegible]

—— (Continuación de la pág. 133) ——

De aquella riqueza, de la grandeza aquella, no quedan sino las ruinas de arenisca.

Los vaticinios de los profetas contra Edom y sus moradores, en los que Petra aparece especialmente como objeto de las más terribles venganzas, se han cumplido.

Si el viajero que contempla asombrado el Tesoro de Faraón o el Teatro ha echado siquiera una ojeada a la "Biblia", no puede menos de recordar las palabras de Jeremías: "Por mí he jurado, dice el Señor, que Bosra (otro nombre antiguo de Petra) será asolada, abandonada y maldita... Tu arrogancia y la soberbia de tu corazón te engañaron. Tú, que habitas en cavernas de las rocas, que posees la altura del monte, aunque pongas tu nido tan alto como el águila, de allí te haré descender."

Aún hay, sin embargo, en lo que fué Petra la grande, lo bastante para que el turista se detenga absorto ante sus ruinas; lo bastante para cautivar la atención del arquitecto o del arqueólogo, que no pueden menos de admirarse ante aquel conjunto de edificios hechos todos por un mismo procedimiento y que, sin embargo, revelan influencias de arquitecturas tan distintas como la egipcia, la siriaca y la romana.

En la parte norte de la ciudad rosada, la roca cambia bruscamente de color, y pasando por una gama de matices, se torna blanca, de un blanco puro, como si toda la superficie estuviera cubierta por una capa de nieve recién caída.

En este punto los antiguos excavadores abrieron para sí otras viviendas y otras tumbas más sencillas de traza y más pequeñas de tamaño que probablemente datan de una época mucho más remota.

Una de las excavaciones más interesantes de la roca blanca es una gran cámara llamada "Tumba de las Estatuas", por las tres figuras, ya muy deterioradas que se conservan en unas hornacinas de la entrada. En el interior hay tres grandes aposentos donde probablemente se colocarían los sarcófagos de los muertos, y hay quien supone que fueron enterrados allí tres de los mejores guerreros de Petra. En este lugar se manifiesta ostensiblemente el horror de los musulmanes a las imágenes, pues todas están muy estropeadas. En lo alto de uno de los más abruptos picos hay un templo muy grande, pero sencillo. Desconócese la fecha probable y el objeto de su construcción. Por su estilo arquitectónico no se asemeja a ninguna de las construcciones que se ven en la región, lo cual, unido a su completo aislamiento, acrecienta su misterio.

Una de las cosas más maravillosas de la excavación es la enorme urna, hermosamente esculpida, que corona la cima de una roca. La plataforma circular donde se alza mide más de veinte metros de circunferencia, y su altura pasa de diez.

Todo el que visita Petra se hace mentalmente estas preguntas:

¿Cómo se arreglarían los antiguos para realizar semejante obra en un material tan duro?

¿Usarían andamios y escaleras?

Una pieza de su trabajo que ha quedado sin concluir, parece contestar negativamente a estas preguntas.

Contemplando una tumba a medio acabar que se conserva entre las ruinas, se ve que los mágicos constructores de Petra, empezaban por allanar la superficie de la roca, y sobre el plano obtenido trazaban los detalles de la obra, comenzando luego el trabajo por la parte de arriba, de modo que servía de andamio a los obreros la roca que tenían a sus pies, la cual iban tallando lentamente, de arriba abajo, hasta acabar la construcción.


FOTO TERNENGO

Cosquín

ALGUNAS veces se ha dicho que "en Cosquín se cura la tuberculosis, pero los sanos corren el peligro de adquirirla". Esta frase no tiene ningún fundamento, pues si es cierto que a Cosquín llegan muchas personas que necesitan combatir un mal que ha hecho presa en su organismo, no es menos cierto que el clima impide, según las más autorizadas opiniones científicas, que el contagio se produzca. Los bacilos pierden su fuerza transmisora combatidos por la benignidad de aquel aire saludable.

El acceso a las serranías es cómodo y se realiza con facilidad desde la villa, pues existen buenos caminos de piedra que allanan las excursiones de los turistas que desean gozar de aquellas alturas que tanto reconfortan.

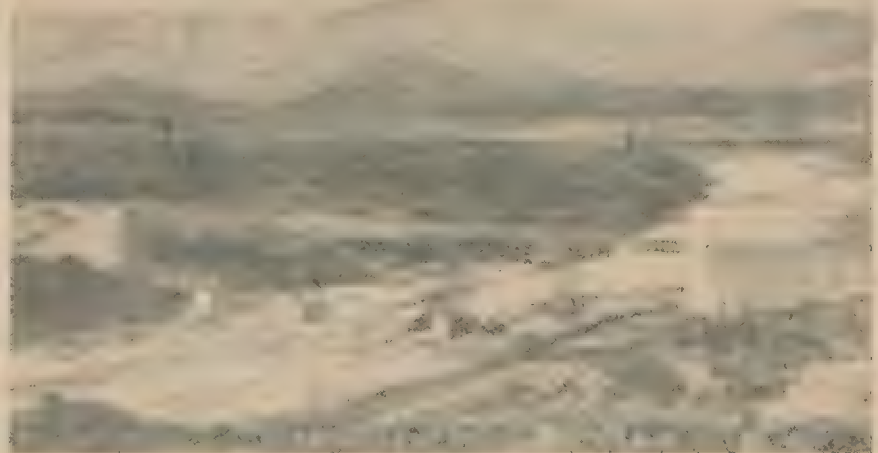
Cosquín, capital del departamento Punilla, tiene una población de nueve mil habitantes y está situada sobre la margen derecha del río que lleva su mismo nombre. Es el lugar de veraneo preferido por numerosas familias de Córdoba, de Buenos Aires y del litoral. Hay en ella agua corriente y luz eléctrica. Una de las obras más importantes de las sierras de Córdoba es el camino para automóviles que parte de la localidad que nos ocupa, cruza el cerro de "Pan de Azúcar" y llega a la ciudad de Córdoba, lo cual facilita el acceso a la mencionada localidad.

Cuenta Cosquín con municipalidad, comisaría, registro civil, correos y telégrafos, juzgado de paz y varias bibliotecas. El comercio está representado por muchas firmas de importancia.

Existe, además, un club social y una sala de espectáculos. También cuenta con varios hoteles bien instalados, como asimismo con numerosas pensiones y restaurantes. Aparecen dos periódicos y una revista.

En una palabra, Cosquín es una villa próspera que cuenta con todos los elementos para hacer grata la permanencia de los veraneantes que todas las temporadas van a pasarlas allí.

He aquí algunos de los principales veraneantes que poseen propiedades en Cosquín: Luis María Jordán, Jerónima de Deheza, doctor Eliseo Depetris, doctor Armando Cima, coronel Facundo Navarro, doctor José F. Mieres, doctor López Gordon, doctor Miguel Angel Escalera, doctor Rafael García Montaño, doctor Félix Alberto Arce, Juan Camarillo, Facundo Escalera, doctor Salvador Moyano Escalera, doctor Arturo Deheza, doctor Carlos Ernesto Deheza, ingeniero Ernesto Deheza, señora Teresa de Hernández, Estela Rodríguez viuda de De la Torre, señoritas de Yáñez, F. V. Iñarra, doctor Justiniano Achával, doctor Ramón Argañaraz, señora María Podestá viuda de Fontanilla, Justo E. Mañay, ingeniero Rodolfo Martínez, Rita L. D. de Olguín, Mercedes Agüero de De la Torre, Elías Romero, doctor Félix Gastón Maceda, doctor J. M. Aliaga, Santiago Jackás, contraalmirante Malbrán y el embajador en Wáshington, señor Malbrán.


Alrededores de Cosquín.


COLUMBIA

Hace algunos meses en el Museo Social Argentino, el señor Vicente P. Cacuri pronunció una interesante conferencia reflejando sus impresiones sobre la región serrana de la provincia de Córdoba. En tal oportunidad, este conocido hombre de negocios, que es al propio tiempo un poeta de fina sensibilidad, entonó un himno entusiasta a esos maravillosos rincones de la república. Fué la suya una impresión espontánea y sincera; en su disertación el conferencista volcó todo el encanto que le había producido una jira por los diferente parajes. Córdoba había conquistado un nuevo adepto, un ardoroso propagandista de sus bellezas. El señor Cacuri había experimentado en su viaje la sensación de todos los que por primera vez se hallan en presencia del magnífico panorama. De esa conferencia extractamos algunos de sus pasajes más interesantes.



Serranías de Córdoba

Por

VICENTE P. CACURI

CÓRDOBA es un oasis de paz y de belleza. En la deliciosa quietud de sus magníficos atardeceres serranos, ha sentido el espíritu las sensaciones más confortantes. La música agreste de su naturaleza pródigamente hermosa ha tenido la virtud de conmover la psiquis, que ha despertado, como halagada por amable convite, a sentir la fruición de gratas emociones.

Pensamientos optimistas, que intentan ser fuertes y elevados como sus propias montañas, exuberantes como sus mismos valles, dominan todas las potencias del alma, y en el íntimo coloquio con esa naturaleza así atrayente, cada detalle parece que sugiere ideas de elevación, armonía, serenidad; deseos espontáneos y vehementes de ser más humano, de ahogar todo arranque violento, toda inquietante ambición.

¡Qué contraste con la vida distinta de la gran urbe distante!... Vida compleja y artificial que tortura y deforma por la intensidad del esfuerzo que exige una lucha desigual, empeñada por la conquista de no siempre nobles privilegios!

¡Bello y fecundo suelo el de Córdoba! A la atracción admirable del paisaje se aunan los beneficios de su clima incomparable y su vegetación superabundante. Sus cerros, cubiertos de vegetación, ofrecen perspectivas interesantes por las tonalidades varias que dejan las luces solares en las alternativas de sus picos, en que ponen una nota pintoresca multitud de cabritos que semejan policromos copos de algodón. Por entre sus quebradas se estremecen los arbustos al impulso del aura, tan suave, que permite oír la risa de cristal de sus ocultas vertientes. Y a los pies de la rocalla — de entre cuyas grietas surgen abundantes y hermosos helechos, — en su "lecho de piedras", vibra la sinfonía propicia del arroyuelo cristalino, a favor de la corriente accidentada, de cuyas márgenes, perfumadas por la menta y la piperina e infinidad de otras yerbas olorosas y medicinales, emergen arbustos diversos. Hay también algunos sauces. Su ramaje ofrece el aspecto de una copiosa cabellera destrenzada, en un gesto de displicente coquetería femenina, para recoger, como homenaje, las últimas caricias del sol que ya se desvanece...

Apenas la visual va distinguiendo, allá en la lejanía, la silueta de los cerros que, cual cónclave austero y solemne, preside el "Pan de Azúcar".

Y como si se quisiera magnificar el espectáculo con un intento efectista, cae muy lentamente el telón de sombras, mientras se oye una marcha final, a toda orquesta: pájaros de la más notable variedad desgranan la melodía de sus trinos. Un coro de batracios croa, como ejecutando una concienzuda y concorde función de bajo y contrabajo, y ante toda esa armonía, que fluye del ambiente, que parece impregnado con la exquisita ternura que trascendiera del intenso y apasionado beso que sellara el idilio del valle y la montaña, por todos los dominios del espíritu se siente una entusiasta alegría de vivir.

PARENTESIS

Es medianoche. Escucho. Observo: todo se halla en aparente calma. Pero, la naturaleza no se detiene. Así, en las profundidades o en las alturas, en la cumbre o en el llano; en la tierra, en el agua, en el aire, en los espacios infinitos, en el tiempo que contiene el minuto que precede a las horas, a los días, a los siglos, la naturaleza sigue realizando imperturbablemente su obra creadora y fecunda!

PRESENTIMIENTOS

La ley del progreso, en su evolución constante, despertará en Córdoba vigorosas y firmes orientaciones. Desviará hacia esos rumbos nuevas energías — un poco de idealismo, otro poco de materialismo, — cuya aleación resultará prácticamente provechosa para el mayor desenvolvimiento espiritual y económico de ese notable pedazo de suelo argentino.

Cada viajero que llega, al acaso, por puro turismo, se convierte en pregonero de la fecundidad y belleza de esa privilegiada región. ¡Si es propicia para tantas expansiones tiene que ser propicia para todos los esfuerzos!

¡Con cuánta justicia afirmaba en una de sus memorables jornadas parlamentarias el malogrado doctor Zeballos, que nosotros, los porteños, por ignorancia o por indiferencia, condenamos a las demás provincias — la familia argentina, al fin!

SAN ESTEBAN

Hacemos un alto en San Esteban para visitar la vieja capillita de Dolores, que ve, impasible, el paso de las centurias. ¡Qué de dulces sugestiones flotan en la santa humildad del templo!

Es día de funciones. Oficia un anciano sacerdote. Su aspecto sencillo y digno, por rara asociación de ideas, nos hace evocar el Clero de Mayo, ardiente y leal, noble y patriota...

Una emoción solidaria, hondamente sentida, despertando no sé qué fuerzas atávicas, hacen vibrar el corazón. ¡El padre Moyano, realizando un esfuerzo enorme, permite, asimismo, percibir el "Ora pro nobis", que se le destroza en la garganta! ¡Está realizando los funerales de su propia madre!

Al salir nos detenemos a contemplar el paisaje.

Por efectos del sol radiante de este espléndido día serrano, tenues tules tornasolados parece que envolvieran las cumbres cercanas que se alzan ahí, como murallas, para guardar los inapreciables tesoros de paz y de belleza con que natura, artista incomparable, ha compuesto el bello cuadro que me colma de ricas sugestiones.

La vegetación prolífica recorta sobre el fondo del horizonte las infinitas formas caprichosas de sus ramajes, que parecen intrincados laberintos y raros jeroglíficos.

El breve hilo de cristal de un también breve arroyuelo, cuya linfa purifica un ojo de agua que surge a la vera del camino, se desliza perezosamente, cumpliendo su destino de viajero impreciso — tal como el peregrinaje humano, — que avanza y prosigue entre mil accidentes del camino, y marcha, para perderse, en fin, en la vastedad ignota, acaso en la sin nada de la nada...



Baja por la pendiente una mula bien enjaezada soportando, al parecer, filosóficamente resignada, su ingrata carga: un largo tipo cerril de patillas federales y mirada aguda, que fulgura bajo el ancho alero de su chambergo que, al mirarme, se toca con dignidad militar para significarme un saludo sintético.

El cuadrúpedo resopla y agita activamente el aire con el abanico de sus amplias orejas; detiene el paso, e inclina la cabeza para regocijarse con la frescura de la corriente...

Queriendo aprovechar el alto inesperado:

— Lindo día, ¿no? — le digo al jinete, por decir algo, seguro de que la espiritual salida bastaba y sobraba como introducción.

— Así es, y ¿quién hubiera pensado, con el día fierazo que tuvimos ayer?

— Hosco y frío. Creí que veríamos nieve.

— ¡Habrá madrugado recién, el señor!

— ¿...?

— Es que hoy día, un poco más temprano, podría haberla visto.

— ¡Ah! Caramba, ¿así que...?

— Si pue..., y garrotiyo...

— ¿Qué es eso?

— Aquí le yamamos garrotiyo a la nevada así...

— He notado en este paraje gran cantidad y variedad de pájaros.

— ¡Hay de cuanto Dios crió!

No los asustan, no andan a tiros, no los corren a pedradas...

— Y hacen nido y revolotean y trinan, cantando y encantando, y se dejan estar como satisfechos, porque los tratan bien.

— Así es: igualito que los cristianos... ¿Ve ese pájaro que se balancea en la rama? Es reina mora.

— ¿Canta?

— ¡Tiene un canto indito! Los del chañar aquel son zorzales. Hay gran variedad. Cada uno con su cantar. El que está arriba de aquel moye se yama carpintero. Las otras son torcacitas. Ese que vuela ahora es venteveo... ¡Hay de pájaros, señor, acá, en las sierras! Rey del bosque, martín pescador, tordos, chingolos, tijeretas, monjitas, cardenales, cacholote — el pájaro ese del copete. Dañino e inútil. ¡Ni canta, ni nada!

"¡Qué diferiencia con el hornerito! ¡Trabajador, desiplenao y curioso!...

"¿Sabe que no trabaja los domingos?"

— ¡Qué me dice? Y ¿dónde tiene el almanaque? ¡Curioso, amigo, en verdad!

"¿Así que esto es le paraíso de los pájaros?"

— ¡Eso mismo! ¿Conoce usted la calandria? ¡Hay que oírla! Imita a todos los pájaros.

— ¿Se puede conseguir para llevar, una?

— Tal vez, pero no es fácil que viva.

— Pero, bien cuidada, en una jaula...

— ¡Ahí está la cosa! La calandria canta muy lindo, pero hay que dejarla vivir y morir en su ley, al aire libre; en cuantito la enjaulan ¡adiós!

Coincidentemente el trepidar de un motor y un insistente toque de bocina de un auto puso fin al diálogo.

El estrépito y el vértigo del auto ponían una nota discordante en aquel hermoso poema agreste, y eran un como augurio de que sus delicadas notas habrán de perderse paulatinamente al paso tumultuoso del progreso invasor.



Frente del edificio de la Empresa Editorial Haynes Lda., S. A.

Una visita al dique de San Roque

(Continuación de la pág. 134)

cido como por arte mágica: su grandeza, sus caprichosas gradas, el día, la naturaleza toda se nos ha convertido en un montón de sombras.

Pero es una sorpresa rápida, el túnel es corto, toda la esplendidez del día vuelve a nuestros ojos, y el espectáculo nos parece más grandioso, más imponente, y nuestra vista se posa en todas partes curiosa, escudriñadora, buscando la renovación del paisaje.

El río corre en la quebrada profunda, y allá, en lo hondo, una vaca que, por la distancia, parece ternerita, despunta las hojas de una planta.

En algunas estaciones, simples parodias de casuchas, insignificantes montoncitos de cinc y de cualesquier otras cosas, contraste humilde con las maravillas serranas, chicuelas morochitas, simpáticas, graciosas, nos ofrecen en venta "peperina", hierba medicinal muy estimada de las sierras, en gruesos manojos.

El tren, fatigoso, pero heroico, sigue avanzando; no le preocupa el desprendimiento de alguna piedra que le hiciera ceder un riel de la vía y lo precipitara al fondo del principio.

La blancura de un murallón construído entre dos sierras, pone a nuestra vista el famoso dique de San Roque. Esta importante obra hidráulica, después de copiosas lluvias, en más de una ocasión, ha sido para Córdoba una verdadera espada de Damocles.

Nos llenamos del placer de andar por este murallón; el agua sale revuelta y espumosa por las compuertas para continuar en río por entre las quebradas.

Subimos por una larga escalera y nos instalamos en el restaurant del dique, situado en una sierra. En frente, la Sierra Chica, majestuosa y enorme, salpicada de casitas; a la izquierda, el río, y a la derecha, se extiende el dique, a veces angosto, a veces ancho, en su pintoresca quebrada.

UN DILUVIO INESPERADO

ESTAMOS en el restaurante. En frente, la mole serrana, recubierta de exuberante vegetación, parece reanimarse por la caricia del ardiente baño solar. Las hojas de las plantas y las hierbas, de un tono verde subido, espejean; algunas cabras hurgan la maraña, los techos de cinc de las casitas rebrillan.

De pronto, el cielo se viste de gris y corren algunas nubes manchándolo. Vienen otras nubes más grandes y se desflecan en los picos. El cielo, ahora, se encapota, la claridad desaparece invadida por las tinieblas. Las sierras pierden su verdor para darnos la impresión de un gran bloque de sombras elevado en desiguales puntas. Un relámpago, como un tremendo hachazo de fuego, parte nubes y sombras, haciéndonos percibir por la grieta que abriera, una zigzagueada cinta azulina del firmamento, un trueno formidable se desmorona del espacio y rueda tropezando en los lomos serranos. Otro relámpago, otro trueno... Se precipitan algunas gotas, seguidas de otras, de miles, de millones... Acribillan las plantas, picotean la superficie tranquila de las aguas del dique, que, impasible, recibe tantos flechazos, reblandecen la tierra. El viento brama enfurecido, baja por un lado de los monstruos, sube por otro, empuja la cascada que se derrama en gruesos hilos, la convierte en anchas y espesas cortinas, por momento las pulveriza, las lleva, las trae, las levanta, las estruja: es un río deshilachado por explosiones espantosas. ¡Dantesco espectáculo!

Algunas piezas del restaurante se llenan de agua. Una señora, sorprendida, exclama que las sierras se vienen abajo. Observamos. De los picos bajan gruesos chorros de agua sucia, arrastrando todo lo que al paso encuentran; terrones negros, piedras, hojas, ramas de árboles...

La vía férrea está cubierta por el agua y el lodo; no podemos descender, y el tren no tardará mucho en llegar; debemos regresar a Córdoba en el primero.

Por fin, la furia ha amainado, se ha hecho la calma; en algunos trechos la vía deja al descubierto sus gemelos de hierro. Descendemos por la larga escalera y nos encaminamos a la estación, simple casucha, insignificante montoncito de cinc y de cualesquier otras cosas: ¡humilde contraste con la grandeza serrana!

El negro Salvador

(Continuación de la pág. 128)

hombres. Era capaz de sentir celos, despecho, amor y odio que sucesivamente se reflejaban en su rostro curtido.

—¡No me quieren a mí! —decía amargamente.

—Sí —le respondían, —te queremos a vos solito.

—Mentira, mentira...

De repente, reaccionando, se ponía muy grave y decía:

—Se dejan de macanas... Me quieren a mí, si no, me busco a otra.

El negro Salvador, al lado de aquellas dos graciosas mujercitas, se transformaba lentamente. El milagro del amor iba convirtiendo en hombre a una vulgar caricatura de éste. Ya casi no decía malas palabras sino cuando le hacían perder los estribos. Andaba más limpio que de costumbre y hasta trataba de vestir mejor. Su ojos se humanizaban cada vez más. Tenía ansia de besos, y no pudiendo satisfacerla, besaba a su potranca con todo el cariño de que era capaz.

Como todo lo bueno termina, llegó el día cuando las muchachas debieron ausentarse de Cosquín. No se imaginaban ellas todo el bien que habían hecho en el alma del pobre negro y todo el mal que sufriría al perderlas. Trataron de engañarlo piadosamente, diciéndole que volverían pronto; pero esto no evitó que sufriera un hondo desgarramiento en su alma, cuyo efecto debía durar hasta después de la partida. En el momento que el tren se llevaba a los seres únicos que lo quisieron un poco en su vida, el negro, que tenía alma blanca, lloraba como un niño, enjugando sus lágrimas con un pañuelo que le colgaba del cuello.

Alta Gracia

—(Continuación de la pág. 58)—

hora de la tarde empezaba a agitarse para dar la nota típica del veraneo serrano, en un revuelo de faldas como de alas de raros pájaros que quisieran lucir la brillantez de su plumaje; pero por el imperio del tiempo que nos apremiaba, tuvimos que decirle adiós para embarcarnos de regreso a la ciudad y emprender sobre la marcha una nueva jira rumbo a la Mar Chiquita, en la que nos aguardaban otras gratas sorpresas.

Algunos de los principales veraneantes que poseen propiedades en Alta Gracia: Doctor Enrique Larreta, familia de Rodríguez Pividal, doctor Julio Estanguet, doctor Carlos Meyer Pellegrini, doctor Ricardo Seeber, doctor Enrique Grondona, familia de Marcó del Pont, doctor Manuel S. Anchorena, familia de Panelo, doctor Emilio Quesada, doctor Enrique Ferreyra, familia de Groussac, doctor Juan Carlos Rodríguez, familia de Gowland Moreno, doctor Manuel A. Eráusquin, familias de Luro, Escalante Echagüe, etc., etc.

La Piedra que Sangra

(Continuación de la pág. 5)

vado como un solo torturado arrepentimiento en el corazón con la envenenada flecha de ese amor desesperado.

Una mañana, en que Margarita había ido a buscar agua al río, el Ñato, que la acechaba desde temprano, se le apareció de improviso como una súbita visión, y con voz demudada por el violento deseo y el odio, le había dicho:

— Ti agarro, esta vez, poque siempre mi andai juiendo como a luz mala.

— ¿Io? ¡Di ande! ¿Y po qué?

— Lo sabrá Mandinga, que io no. Pero se mi hace que la querei más a la chuña fieraza 'e tu rancho que a mí...

— ¡Vaia, que mi hacei gracia!

Y echó a reír la moza.

El Ñato, entonces, la tomó de la muñeca con todo el furor de su despecho:

— Bueno, mirá: de mí no te vai a reír ni anque lo querai vo ni cien Goios. Io ti esperé aquí pa dicirte de una vez por todas que mi hai de atender si no querei que haga charque de tu corazón y de las carnes jediondas de aquel guacho con el filo'e mi cuchío.

Goyo no era hombre que le sacara el cuerpo al peligro tratando de defender lo suyo. Enterado por Margarita de lo ocurrido, fuése en busca del Ñato. Lo encontró "tabiando" entre un grupo de ociosos.

— Mirá, Ñato: vo sabei que io no soy gaio 'e peleia, pero tampoco paloma 'e la virgen que le dispara al cuzco. Pero te alvierto pa que no te metai a guapo con poieras qu'en cuantito le digai esta uñita a Marga, te sobo el lomo como p'hacer tiento más suave que cabritía.

— ¡Aquí te vai a ensartar, poio! — repuso el Ñato extrayendo el cuchillo de la cintura.

Pero Goyo no le dió tiempo a que tomara distancia, echándosele encima y asiéndole el brazo armado con una mano, mientras con la otra, tras de forcejear un breve momento, le arrancó el puñal.

— Conmigo vai a perder el tiempo, la que no la vida, que ni pal chiquero sirve!

Y de un fuerte impulso, hizo describir en el aire una parábola al cuchillo que fué a caer, a lo lejos, en las aguas torrentosas del río.

Y se alejó tranquilamente, mientras dos compañeros lo contenían al Ñato en un furioso ademán de embestir al que lo había desarmado con su valor y su fuerza hercúlea.

Se aproximaba el día de la boda. Los preparativos decían de lo que iba a ser aquello. En la casa de Goyo se estaban moldeando los más sabrosos quesos de cabra, se engordaban los más lindos pavos y los más pechudos guachitos de la abundante manada caprina. Iba a festejarse el acontecimiento con una de esas comilonas que no se empardan y que dejaría muy atrás a todas las realizadas hasta entonces. La mozada tendría tres días de expansión para el buche, el "garguero" y la movida de tabas acompasada y al rasgueo de las guitarras.

Goyo había preparado un viaje previo a Córdoba, adonde debía liquidar un buen lote de hacienda para reforzar la economía del nuevo hogar.

Una mañanita al alba, cuando parpadean las primeras guiñadas purpúreas del sol, Goyo reunió la majada, llenó las alforjas de la mula serrana y sin más acompañamiento que el hermano Felipón, mozalbete de varios años menor que él y jinete también de una manchada arisca, y los cuatro perrazos bravos y baqueanos en no dejar descarriar un solo bicho a su guarda, se puso en camino rumbo a la docta, después de despedirse de Margarita, que lo había esperado en el cruce de dos senderos. Ya a lo lejos, en un rodeo del camino, volvióse el mozo e hizo a su bien amada un postrer saludo con la mano, al que ella contestó agitando su pañuelo, y se perdió su silueta como tragada por el declive del horizonte.

Una secreta inquietud agitaba el corazón de Margarita. Un viaje a Córdoba, en aquellos tiempos, a lomo de mula, demandaba algo más que las tres horas que hoy separan a Cosquín de la capital por ferrocarril. Con los muchos rodeos, eran veinte las leguas a recorrer, y en caminos serranos que tenían en obstáculos lo que les sobraba de pintoresco. Goyo había de demorar lo menos tres o cuatro días entre ir, realizar la venta y estar de regreso. ¡Tres o cuatro días largos, interminables. Y el Ñato, que si bien desde el día del correctivo que le infligiera Goyo no había vuelto por ella, no era hombre capaz de perdonar así como así la doble afrenta del rechazo de ella y del gesto de hombría de él, que lo había humillado. Sin duda alguna, su alma perversa rumiaba la venganza.

Con ese vago temor dominando su espíritu, Margarita se encaminó de vuelta al rancho. Ya alcanzaba la meseta cuarcífera, en cuya más alta roca se había sentado tantas veces a



conversar con el dulce objeto de sus ensueños, ahora ausente. De pronto, sintió el ruido de unos pies pisando el lecho de cantos rodados y arena. Volvióse, como impelida más por su presentimiento que por la curiosidad y vió, con súbito terror, al Ñato que se dirigía resueltamente hacia ella.

Margarita se detuvo, comprendiendo lo tan inútil como imprudente de un gesto de huida. Antes bien, simuló una tranquilidad que estaba muy lejos de su ánimo.

El Ñato también se detuvo frente a ella.

— Marga — dijo con voz que pretendía disimular la violencia de la mala pasión que lo dominaba, — Marga, áura me vai a decir si es cierto que ti hago gracia y te rái sin resueio pa decírmelo.

—¿Y pa qué me preguntai eso, Ñato, si nunca m'hei ráido de vos, sino 'e pura gana, no más — repuso ella, temblorosa y mostrando aparente indiferencia.

—Bueno: ¡io lo hi jurao, y el Ñato no s'echa nunca atrás en lo que jura! ¡O mi contestai sobre el pucho que me atendei y lo largai por despeñadero al gaucho sarnoso e Goio, o te hago charque eso que tení como si juera corazón y debe ser como bofe reseco!

Se había acercado a ella, le estaba encima, la fulminaba con el siniestro fulgor de su mirada y el hálito ardodoro que exhalaba su fuego interior.

Margarita quiso retroceder, dominada ya sin disimulo por el espanto. Sentía como una mano implacable atenazarle la garganta... Pero era la de él, que la había aferrado del cuello y le hundía las uñas en la tierna carne morena... La doncella dió un grito; mas el Ñato, enfurecido, abriendo las esclusas de su incontenible odio y de su pasión irrefrenable, no la soltó:

—¿Me vai a contestar? Al ñudo es que me iorei el rosario. ¡Io quiero que me digai si sí o no, y nada más!

La moza calló, sobrecogida de terror, mientras él oprimía aun más esa garganta que hubiera baboseado con sus besos...

—¿Contestai o no? — repitió con voz ronca; y su mano libre tanteó el cuchillo...

Margarita vió el ademán. Sus piernas flaquearon; sintió que las fuerzas la abandonaban. Pero el recuerdo de su Goyo le dió valor para sobreponerse en un grito de toda su alma, de todo su ser:

—¡Goyo!

Fué un relámpago de tragedia. Hasta el mango, la hoja penetró en el seno palpitante una, dos, tres veces, hasta que le fiera sedienta de sangre y de venganza soltó su presa, inerte, sobre el níveo altar de cuarzo, huyendo como Caín después de inmolar al inocente...

... ...

Nunca se supo más nada del Ñato. Tal vez vagara unos días por las sierras y la justicia providencial lo hiciera desbarrancarse en algún precipicio donde su cuerpo despedazado fuese pasto de los cuervos.

Cuando Goyo regresó, su primer pensamiento fué correr a abrazar a la dulce novia. El anciano padre de Marga no atinó sino a echársele en los brazos, renovando el caudal de las amargas lágrimas que habían abierto un surco en sus escuálidas mejillas. Luego lo llevó al lugar fatal, donde el alma de la cándida doncella debía vagar aún, como la exhalación de un recuerdo de amor y de sacrificio. Y el viejo, entonces, narró a Goyo lo acontecido, interrumpiéndose a cada momento en ayes lastimeros que penetraban en el corazón del muchacho como acerada hoja de un puñal. Escuchaba el mozo la relación con la inmovilidad de una estatua. Era en su interior que sufría la embestida de los más dolorosos sentimientos, como si todo dentro de él se hiciera trizas, en un derrumbe total e irremediable de sus ilusiones, de su existencia ya sin aliciente.

El anciano le señaló el sitio donde fuera encontrada Margarita sin vida, con los ojos abiertos, mirando al cielo que debía haberla acogido entre sus ángeles. La lluvia torrencial de la noche anterior había borrado la huella sangrienta. Goyo se inclinó, y allí donde el viejo había posado el índice trémulo y descarnado, estampó un beso en el que puso toda la desesperación y la veneración de su amor lacerado. Cuando se incorporó, vió algo inesperado, algo que pareció detenerle la sangre en el corazón por lo impresionante.

— Veia, viejo — dijo indicando con la mano tendida el punto que acababa de besar.

El anciano miró. En la blancura nívea de la roca, como obra de encantamiento, había aparecido una mancha rosada, que se acentuaba hasta tomar el color rojo de la sangre. ¡El amor había hecho el milagro, para que perdurara a través del tiempo el símbolo de fidelidad llevada hasta la vida eterna de ultratumba!

Dice la leyenda que el varón fuerte y luchador no apeló al recurso cobarde del renunciamiento a la vida. Vivió, trabajó y luchó para los suyos. Sólo que nunca más se volvió a ver en sus labios dibujarse una sonrisa ni contestar con una sola mirada a la menuda insinuación femenina. El recuerdo de Marga estaba guardado en su corazón como en un santuario, y era a solas con él que el infeliz amante sonreía con la visión futura de la muerte que volvería a unirlos en la eternidad.

Después de desaparecido Goyo, con el tiempo la mancha fué palideciendo hasta tornarse del color pardusco que hoy presenta.

Pero asegura la vieja Deosinda que en las noches primaverales, cuando la naturaleza pone su misterioso ardor en todas las cosas, a la luz serena y mortecina de la luna, la mancha toma el color vivo de la sangre, de la sangre noble e inocente de la dulce Marga.



ALGUNOS DE LOS PRINCIPALES VERANEANTES QUE POSEEN PROPIEDADES EN RIO CEBALLOS.

Señor Rafael Peralta Ramos, doctor Carlos Carballo, doctor Estanislao Berrotarán, doctor Alfredo Amuchástegui, doctor César Gauchet, familia de Escobar, coronel Belisario Villegas, doctor José Antonio Amuchástegui, señora Cecilia Ramos Lestoche, familia de Santillán, doctor Horacio Clariá, señor Amado Roldán, doctor Mauricio Yadarola, señor Raúl Dale, señora Angela de Carreras, doctor José Morix, familia de Pueyrredón, doctor Marcolino Amuchástegui, familia de Cornejo, señor Julio Hilger, señora Concepción de Orrico, familias de Vázquez Cuestas, Bouson, Camino, Loza Amuchástegui, Montes, Pardal, Bustos, etc., etc.

En esta página dedicada a la mujer, nuestra colaboradora ROSALBA ayudará a las lectoras de "EL HOGAR" a resolver cualquier problema relacionado con sus toilettes.

Correspondencia sobre modas, labores y temas femeninos.

Por: ROSALBA



Cuantas consultas se le quieran hacer sobre modas, ROSALBA las contestará por riguroso turno. Bastará con dirigir la correspondencia a su nombre, Rio de Janeiro 262

EMPLEADITA RUBIA, Capital. — La mancha de pintura sobre su impermeable la sacará fácilmente con trementina, lavando después la prenda con jabón común. El mismo procedimiento sirve para las manchas de grasa sobre tela impermeable.



ÑATITA, San Pedro. — La tela de hilo no es apropiada para el acampanado, pues resulta muy armada para ese corte; despliegue la pollera y haga unas tablas encontradas hasta adaptarlas al cuerpo. Para alargarla puede colocar la tira al borde de la falda haciendo sobre ésta unos pespuntes en hilo azul, como también en el cinturón. El grabado le da una idea precisa de lo que le conviene.

A. G. C., Dolores. — Las copitas de licor se presentan en bandejas y se sirven en la mano.

M. BUTERFLAY, Saladillo. — Cada cual se acomoda según los elementos de que dispone; pero es lo cierto que ahora lo elegante es servir el té en mesitas enanas, bajitas, de patitas estilo japonés.

RUBIA LANUSENSE. — Para ensanchar sus mangas, combine con el crêpe saten de las mismas, crep mongol del mismo tono. Y al objeto de formar un conjunto más armonioso y de disimular la compostura de las mangas, aplique en el cuerpo del vestido y en la pollera unos bieses del mismo mongol.

F. G., Junín.—El color de su vestido es un tono bastante ingrato para combinar colores; no obstante podría hacerlo con beige, que es el color más apropiado, aun cuando le resultaría de mejor gusto arreglarlo con un género del mismo tono aunque de distinto matiz. Quite a la pollera los voladitos y únalos al ruedo por medio de pespuntes o vainillas hasta obtener un largo conveniente, luego inserte en la falda unos godettes en crêpe georgette o encaje, para dar amplitud a aquélla. A la manga puede dejarle el largo que tiene, haciéndole el resto en el mismo material de los godettes, y en la forma que le ilustrará el grabado.

M. J., Capital. — 1º Lea lo contestado a "Polín", La Plata. 2º: Los tonos brillantes se usan ahora menos.

POLIN, La Plata. — Para disimular la silueta siendo usted bastante gruesa, lo mejor será usar vestidos discretamente ceñidos y de colores obscuros. 2º: Le recomiendo explicar mejor lo que desea respecto a las carpetas.



[illegible] LINDA, San Luis. — El grabado le demuestra un pull-over práctico y moderno para confeccionar en lana verde Nilo, cuya muestra me ha enviado. Con negro no le quedará mal, pero mucho más elegante resultará con una combinación de verde esmeralda en la parte rayada y azul marino en la parte negra.

PETISA, Casanova. — De las dos muestras de tela que me envía, la de color celeste es hilo, y la de color amarillo es poplin.

JUANITA, Capital. — 1º: La mancha de su vestido de seda blanca, agrandada después de haber sido lavada con ese resultado negativo, es muy delicada. Pruebe a frotar con creta impalpable, por medio de un trozo de franela. Después sacuda bien la tela para quitarle el polvo adherido. 2º: Vea lo contestado a "La Morochita" de Caseros.

LA MOROCHITA, Caseros. PAMPITA, Rauch; MENDOCINA RUBIA; REVOLTOSA, La Plata, y CORA, Capital. — Repetidamente vengo dando en esta página explicaciones sobre los monogramas. En el número anterior habrán visto las razones que me veo obligada a reiterar en éste.



AMAPOLA, Capital.— Es verdad que el crêpe georgette resulta algo caído, pero es lo más apropiado y elegante para un traje de noche. Para que éste resulte más vaporoso coloque una serie de sesgos o voladitos del mismo género en la forma que podrá ver en el grabado. Le quedará muy delicado en un tono verde muy claro, tanto como el vidrio.

ITA, Capital. — 1º El zapato azul se usa para fiestas si armoniza con el color del vestido. 2º: Sí; el satín puede usarse para calle. 3º: Se sigue llevando la melena, y cuando es larga se usa recogida.

MOROCHA DE OJOS NEGROS, Capital. — Lave el terciopelo con nafta y después, una vez seco, le pasa un cepillo suavemente, a pelo.

MOCHITA, Tucumán. — En realidad, no es el de su tela el color que más le favorece, pues siendo usted morocha, alta y delgada, los colores obscuros la harán todavía más delgada. Pero para obviar este inconveniente, ya que necesita aprovechar el género, atenuará el efecto del mismo adoptando un modelo de vestido estilo pollera con casaca bolero, combinándolo con una blusa en color beige claro.



ANITA, La Plata. — Los sombreros grandes que se usan actualmente son muy elegantes, pero para una cena resultan extremadamente incómodos. Son más prácticos, y están más indicados para tales circunstancias, unos gorritos pequeños, a manera de turbantes, hechos del mismo género del vestido. Confeccione el suyo del mismo encaje que el vestido, adornado con un moño de cinta de gró.

NENA, Capital. — El bordado de lentejuelas para los vestidos ha decaído mucho; cuando más, se usa para los vestidos de fiesta, de ninguna manera para los de calle, que deben ser sencillos, graciosos y livianos. 2º: Se usarán guantes largos de seda para el verano. 3º: Las capelinas de paja bankou o crin de seda, con ala grande adelante, se llevan sin esas grandes cintas que antes se ataban adelante, bajo el mentón, o con un gran moño sobre la mejilla.



G. S., Villegas. — En color verde no le quedará mal, y se usa: la tira del escote colóquela de modo que el moño le quede en la espalda. Ponga para atrás la parte abierta de la falda, y como con el dobladillo suelto le da un largo regular, lo que necesita es acortar el talle de la blusa. Para esto podrá combinar el vestido con una cintura y caída atrás de encaje, mongol o crêpe georgette, en la forma que le indica el grabado. En esa forma su vestido quedará completamente nuevo y su silueta aparecerá fina y elegante. Las medias, en color tostado claro.

CALEFUENSE, Pampa. — En las tintorerías es donde se hace ese trabajo con mayor perfección. Pero si quiere hacer usted el teñido en casa, emplee el agua de té; le dará al hilo blanco y al encaje el color crudo que busca, más o menos intenso según esté de cargada la infusión de té.

ICAVIA, Capital. — 1º Con los abanicos en la falda estará más gracioso y más moderno su vestido. 2º: Mejor le estarán los zapatos en dos tonos del beige, estilo de fantasía que ahora se ve mucho.

UNA ENTRERRIANITA, Concepción del Uruguay. — Dada la mezcla de valores que ha hecho con los hilos pasados debe emplear para el monograma alguno de los colores más fuertes adoptados, el azul eléctrico o el rojo, por ejemplo.



SUSANA, Rosario.— Las echarpes y los pañuelos por su colorido y vaporosidad siempre están bien, más tratándose de toilettes para autos o excursiones, en que es necesario reparar el rostro y los cabellos del polvo y del aire. Sujete su echarpe a la capelina, en la forma indicada en el dibujo, y de ese modo le resultará su uso cómodo a la vez que original y elegante. Los guantes largos no se llevan con esos tocados; los guantes para auto tampoco son sumamente cortos; se llevan hasta la mitad del antebrazo, en gamuza, piel de Suecia o seda, en los colores negro, marrón, beige, o de un color que entone con el resto del conjunto.

MARY PREGUNTONA, Alejandro. — No tendrá otro remedio que aplicarle un canesú liso a la pollera, de la misma tela u otra del mismo color.

AMIKA, Rosario. — De no ser jaquet ni frac, puede vestir smoking, y aun en tren más modesto, si se quiere, saco negro con pantalón de fantasía.

BOTIJA LINDA, Capital. — Lo mejor es usar las anilinas que se venden para teñir telas. Dan resultados excelentes, y se puede elegir el color enteramente a gusto. Con las mismas se dan explicaciones para su uso.

CONFORME DE ROSALBA, Capital. — Lo mejor es que emplee para lavar su mantel el agua de arroz. Le da un lindo apresto y no se pone amarillo.

MUÑEQUITA, Capital. — Adopte el modelo de corpiño "Salomé" de cuatro cascos. Le resultará cómodo y fácil de confeccionar.



MABEL, Pergamino. — El modelo de almohadón futurista que aquí le presento, puede realizarlo muy bien con esos retazos. Lo hace a bandas diagonales siguiendo más o menos el dibujo original. La banda del medio estampada en los colores amarillo, beige, y bruno. Y las bandas laterales en los colores beige y bruno.

MARTHUCHA, La Plata. — Yo creo que no tenía necesidad de arreglar su vestido, pues las casacas se usan en forma de bolero, y también las tablas encontradas son de actualidad.

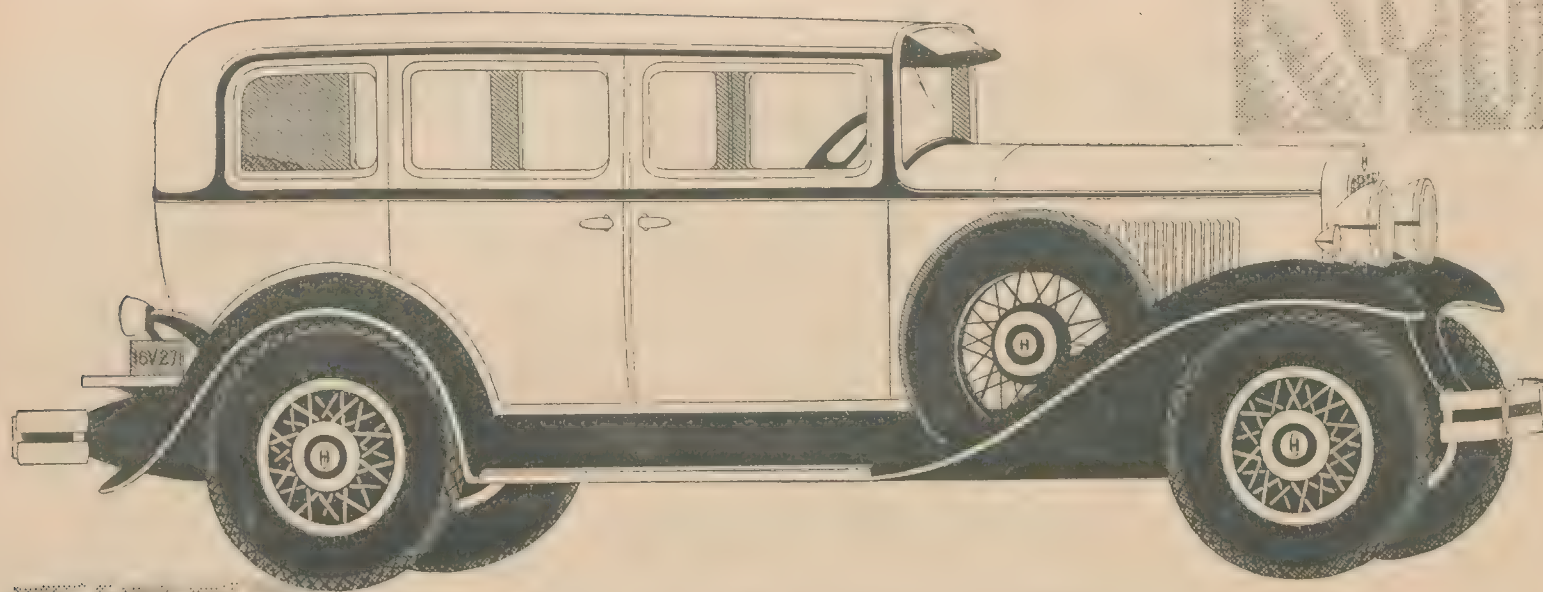
A. L., Macachín. — Con ese vestido no hay nada que hacer. Para alargarlo o ensancharlo no tendrá más remedio que combinarlo con otra tela, si es que no tiene posibilidad de conseguir tela igual.

[illegible], Castellanos. — Ese dato deberá consultarlo a la Escuela Profesional de Labores, que es donde ejercitan esa especialidad.



JULIETA, Paraná. — Siendo, como dice, tan baja y gruesa, no le conviene de ningún modo el uso de la melena larga, suelta, más bien recoja el cabello en rizos en la nuca, en la forma que representa el modelo.

UNA LECTORA, Coronel Dorrego. — Lamento no poder complacerla, porque no me es posible dar direcciones en esta página.



Si Usted *Quiere* Compararlo

...tendrá que hacerlo con automóviles más costosos

PARA comparar las cualidades del Hupmobile, será preciso equipararlo con automóviles de precio más alto, pues se trata del coche más fino de su precio entre todos los de seis y de ocho cilindros.

Este modelo ostenta una profusión de detalles de comodidad inasequibles en automóviles de su precio. Los asientos más grandes y mullidos, el rico tapizado, los neumáticos más gruesos, los muelles más largos y el asiento delantero graduable garantizan la comodidad máxima de conductor y pasajeros. Su motor está completamente aislado en caucho para excluir toda vibración aun cuando el coche corra a velocidades mayores de 100 km. por hora.

El estilo de la carrocería refleja el más exquisito gusto y el arte más refinado. Los guardabarros más grandes y más gruesos tienen una curvatura que sugiere velocidad, y el capó más robusto realza la elegancia y distinción de todo el coche. En estos y otros detalles se advierte la influencia de los artífices de Hupmobile, que tanto han aportado a la industria del automóvil durante los pasados 22 años. Vea y examine detenidamente este espléndido Hupmobile de seis cilindros.

Unicos y Exclusivos Representantes

ARGENTINA MOTOR Co. (S. A.)

265 CALLAO 271 BUENOS AIRES

HUPMOBILE

JUJUY
Vespucio
FORMOSA
2 Agencias
LOS ANDES
6 Agencias
SALTA
9 Agencias
CHACO
MISIONES
1 Agencia
TUCUMAN
CATAMARCA
3 Agencias
8 Agencias
CORRIENTES
4 Agencias
SANTIAGO DEL ESTERO
SANTA FE
LA RIOJA
1 Agencia
14 Agencias
16 Agencias
3 Agencias
205 Agencias
ENTRE RIOS
SAN JUAN
CORDOBA
S. FE
55 Agencias
CONCEPCION DEL URUGUAY
2 Agencias
ROSARIO
SAN LUIS
MENDOZA
202 Agencias
BUENOS AIRES
Dirección General
La Plata
PROVINCIA DE BUENOS AIRES
8 Agencias
22 Agencias
LA PAMPA
406 Agencias
MAR DEL PLATA
NEUQUEN
47 Agencias
P. Huincul
B. BLANCA
7 Agencias
RIO NEGRO
27 Agencias
PROVEE TOTALMENTE
CHUBUT
ARMADA
7 Agencias
C. Rivadavia
SANTA CRUZ
EJÉRCITO
5 Agencias
Malvinas
Tierra del Fuego

DIRECCION GENERAL DE YACIMIENTOS PETROLIFEROS FISCALES

YPF

PLANTAS DE DISTRIBUCION EN:

Dársena Sur
Santa Fe
Concepción del Uruguay
Mar del Plata
Rosario
Bahía Blanca
La Plata
Plaza Huincul
Comodoro Rivadavia
Vespucio (Salta)

PRODUCTOS:

Nafta aviación - Nafta automóvil - Kerosene Agricol - Gas oil tractor - Gas oil Fuel oil Diesel - Fuel oil.

Capital inicial: $ 8.655.241.10.
Capital al 31 de diciembre de 1929: $ 197.539.114.09.
Yacimientos en: C. Rivadavia, Plaza Huincul, Vespucio (Salta).
Destilerías en: La Plata, C. Rivadavia, Plaza Huincul, Vespucio (Salta).

L. A. AMALFI - B. As.



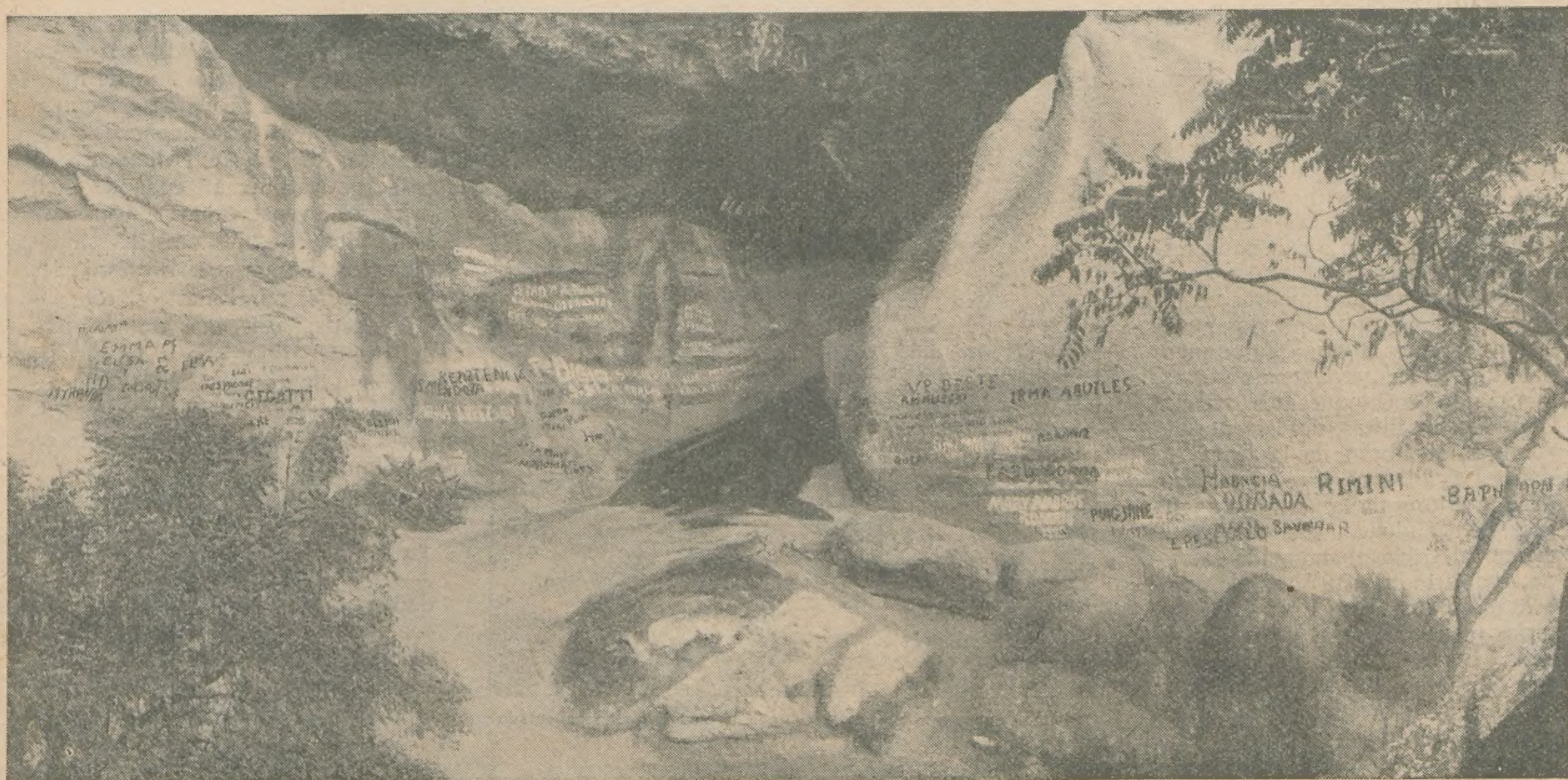
La marca

"Y. P. F.",

de los combustibles fiscales se extiende en sus actividades propias de producción, elaboración, transporte, almacenamiento y venta, por todo el territorio de la República, protegiendo las múltiples manifestaciones de la industria argentina.

La Paja en el Ojo Ajeno...

Por PESCATORE DI PERLE



La magnífica gruta de Ongamira, con la horrible lepra de las firmas de los turistas.

TAMBIÉN a mí se me ha ordenado que escriba a propósito de las sierras de Córdoba.

—Haga usted un par de páginas de perlas serranas para el número del 17 de octubre—me ha dicho, con la más fascinadora de sus sonrisas, la bellísima secretaria de nuestro Director.

Y aquí estoy discurriendo qué puedo hacer. Porque esto de buscarle errores, disparates o equivocaciones precisamente a la región más hermosa del mundo, es tarea no imposible, sino absurda. La Naturaleza, claro está, no es infalible: tiene distracciones como cualquier hijo de vecino. Ha creado los terremotos, los bichos de cesto, los sastres, el rayo, la polilla, los políticos y otras mil pestes por el estilo. Pero con las sierras de Córdoba no ha hecho pavada alguna: por lo contrario, se ha mostrado con ellas generosa, magnánima y artista. La Naturaleza debe ser, en el fondo, persona de buen gusto: bien se adivina que tiene el berretín de las sierras.

En las demás regiones del planeta ha sido más desordenada en sus obras. En el Himalaya, por ejemplo, se le fué la mano: quiso hacer unas sierras pintorescas y agradables, y le salieron unos picos inaccesibles que no sirven para nada. En Montevideo, en cambio, se quedó corta: le salió un cerro al que dan ganas de insinuarle: *va dire à ta mère que te finisse!* En Mar del Plata hizo unas playas que se están quedando sin playas.

Y en todas partes cometió graves faltas que los espíritus serenos e imparciales no podemos perdonarle. Pero en el Valle de la Punilla, en Yacanto, en Alta Gracia, en Mina Clavero, en Ascochinga, en Ongamira y en otros cien lugares de Córdoba de la Nueva Andalucía, como la llamaron entusiasmados por su belleza los primeros conquistadores, todo es maravilloso, desde la pureza de su cielo hasta la fertilidad de su suelo. Allí no hay errores, no hay disparates, no hay perlas.

Vosotros, los que hasta ahora habéis sufrido en silencio la enorme desdicha de no conocer aquello, me diréis, un poco fastidiados por tanta admiración:

—¡Cómo! ¿No ha cometido errores la Naturaleza en las sierras de Córdoba? ¿Acaso no ha creado allí al hombre y a la mujer?

Sí, es verdad. También en aquel edén ha aparecido Adán y ha venido Eva a perturbar a Adán. Pero son serranos, y es la gente serrana la mejor del mundo. Id a conocerlos, y volveréis encantados. No parecen hombres ni parecen mujeres: son buenos, leales, serviciales, desinteresados, callados... ¡Criollos puros! Y desde hace tres siglos. Se llaman Maldonado, Heredia, Luján, Pacheco, Bravo, Padilla... ¡Descienden de los comuneros de Castilla! Son, con los de Salta, y los de alguna otra provincia del interior, los de más limpio linaje. Id a la sierra quince días nada más, y volveréis transformados. ¡Imaginad cómo serán los que están en ellas desde hace trescientos cincuenta años!

Con todo, os concedo la razón: los hombres son los únicos disparates que se ven allá. No los serranos nativos, como os llevo dicho, sino los turistas.

¡Ah, los turistas!... Claro está que muchos van a las sierras a descansar, a tirarse a la sombra de un coco, a perderse, montados en un caballito serrano, por alguna escondida quebrada, o a trepar, ávidos de grandiosos panoramas, al Uritorco, al Pan de Azúcar, al Champaqui o a Los Gigantes. Estas son personas ignoradas y respetables que no merecen el duro calificativo de turistas. Turista es el que va a lucir a destiempo unas bombachas de golf, o un lujoso auto que ha nacido con escape libre, y es guarango y *nouveau-riche* hasta cuando duerme.

Me diréis que se les puede huir, que se les puede evitar. Afortunadamente. Entre tantos defectos, tienen una virtud: se reunen en los mismos sitios, y acuden en tropel a determinados lugares. Son excesivamente sociables. Van a una señalada pileta, se bañan todos a la misma hora, acuden puntualmente al club de moda, toman el té todos a la voz de mando y resuelven lo del copetín a un tiempo. Son muy disciplinaditos. Es lo mejor que tienen. Así, pues, con irse para la izquierda cuando ellos toman por la derecha, el grave problema queda solucionado.

Mas, ¡ay!... Esta gente no se limita a deslumbrarse mutuamente con sus automóviles y sus pantalones de golf. A ratos tienen más elevadas ambiciones, y quisieran perpetuar de alguna manera, como Shakespeare o Gœthe, su efímero paso por este valle de lágrimas. En realidad, ya no se contentan con firmar tan sólo sus cheques y sus cartas a la familia: desean inmortalizar sus nombres en alguna obra de arte de imperecedera vida. Y no han encontrado mejor cosa que estampar sus desconocidos apellidos al pie de las mejores producciones de la Naturaleza.

Yo no conozco más desvergonzados plagiarios. Que un infeliz le robe un soneto a un mal poeta, o un inocente se apodere de un cuentito insubstancial, vaya y pase. ¡Pero que un señor grandote o una señora obesa firmen como suyos la fantástica gruta de Ongamira, el Chorrito de La Cumbre, La Toma y el Zapato de Capilla del Monte, no hay derecho!

Y no tan sólo las obras de la Naturaleza están plagadas de nombres y apellidos de todos los países y de todas las razas: la furia por firmar lo ajeno nada respeta en las sierras. Los tanques de agua, las grandes piedras de los ríos, el dique San Roque, los puentes, los caminos, todo, absolutamente todo aparece garabateado por estos vanidosos enloquecidos. Ni aun las viejas capillitas, doblemente venerables, se libran de la lepra turista. Las blancas paredes exteriores e interiores de la admirable iglesuca de Candonga, sus puertas, el mismo altar, la abandonada sacristía, todo, ¡todo! está sucio de nombres, de pretensiosas firmas, de tonterías pseudoliterarias y pseudomísticas. E igual ocurre en la magnífica iglesia de Santa Catalina, en la capilla de Dolores, en la capilla de los Nogales de Cruz Chica, en el pequeño oratorio de Cuchi-Corral... Y lo estúpido del caso es que realizan estas profanaciones y estos sacrilegios sin tener conciencia de ellos, sin gustar siquiera la voluptuosidad de la condenación y del pecado. ¡Pobres e ingenuos turistas!... Cuando se mueran, ni siquiera irán al Infierno, a gozar de la compañía de los mejores hombres y de las peores mujeres. Se les condenará al Limbo, a vivir eternamente entre niños candorosos y molestos, escritores de la nueva sensibilidad, pintores cubistas, socios de la Wagneriana, de Los Amigos del Arte, arquitectos futuristas, boxeadores de peso pluma, socialistas sinceros, chicas que pasaron a mejor vida antes de terminar sus estudios de piano, enfermos curados por Asuero, imitadores de John Gilbert, falsificadoras de Greta Garbo, hinchas de football, declamadoras, espiritistas, radiómanos, filatélicos, motociclistas, doctores en filosofía y letras, alumnos de bridge, víctimas de pequeros, enamorados expansivos y confidenciales, adventistas del séptimo día, casados en segundas nupcias, engañados en primeras, vegetarianos naturistas, bibliófilos, consumidores de estupefacientes, humoristas profesionales y amateurs, numismáticos, rotarianos, poetisas, víctimas del cuento del tío, del filo-misho y de la política, estudiantes de ukelele, solucionistas de palabras cruzadas, pescadores de caña y cuanto inocente en el mundo ha sido.

"Venga, Juan, y trate de averiguar si nosotros hemos estado aquí anteriormente."

El caso de los enamorados es más disculpable. Bien es verdad que son más modestos, más concisos: se limitan a pintar o grabar las iniciales entrelazadas dentro de un corazón. ¡Piedad para ellos, Señor! El amor los redime y los entontece.

Pero este año va a ser fatal para los amigos de inmortalizar sus desconocidos y misérrimos nombres en las piedras de la sierra. Una asociación filantrópica que se propone el mejoramiento de la raza humana por medio de la selección darwiniana artificial (la conservación de los más aptos y la extinción total de los badulaques) ha obtenido de las autoridades correspondientes el necesario permiso para terminar a balazos con cuanto individuo sea sorprendido con un tarrito de pintura y un pincelito.

Y aun así, no se acabará con ellos: todos los días nacen varios.

Medio práctico de ganarse la vida durante el veraneo.



BUICK



HERMOSURA

Pareciera que flotásemos sobre la cinta pareja de la carretera que se desarrolla... apenas nos mecen las irregularidades del camino rural... ¡nos lleva un Buick! Y sus líneas gráciles y vigorosas, su hermosura destacada y sus colores armoniosos son expresión pura de la fuerza en acción, de la excelencia de la mecánica moderna. Precios s/w. Buenos Aires: Desde $ 5.675 hasta $ 9.890. Equipo Standard: para modelos con rodado de madera: 5ª. llanta completa. Con rodado de alambre: 2 ruedas de auxilio completas y porta equipaje. Todos los modelos con paragolpes y 4 amortiguadores hidráulicos. Agentes en toda la República. Solicite datos sobre la G. M. A. C., sistema de ventas a plazos.

PRODUCTO DE LA GENERAL MOTORS ARGENTINA

El de mayor venta por su calidad suprema



Precio en la Capital: 20 centavos

Impreso en los Talleres Gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda. S. A.

Precios: En el Interior: 30 centavos
En el Uruguay: 10 centésimos